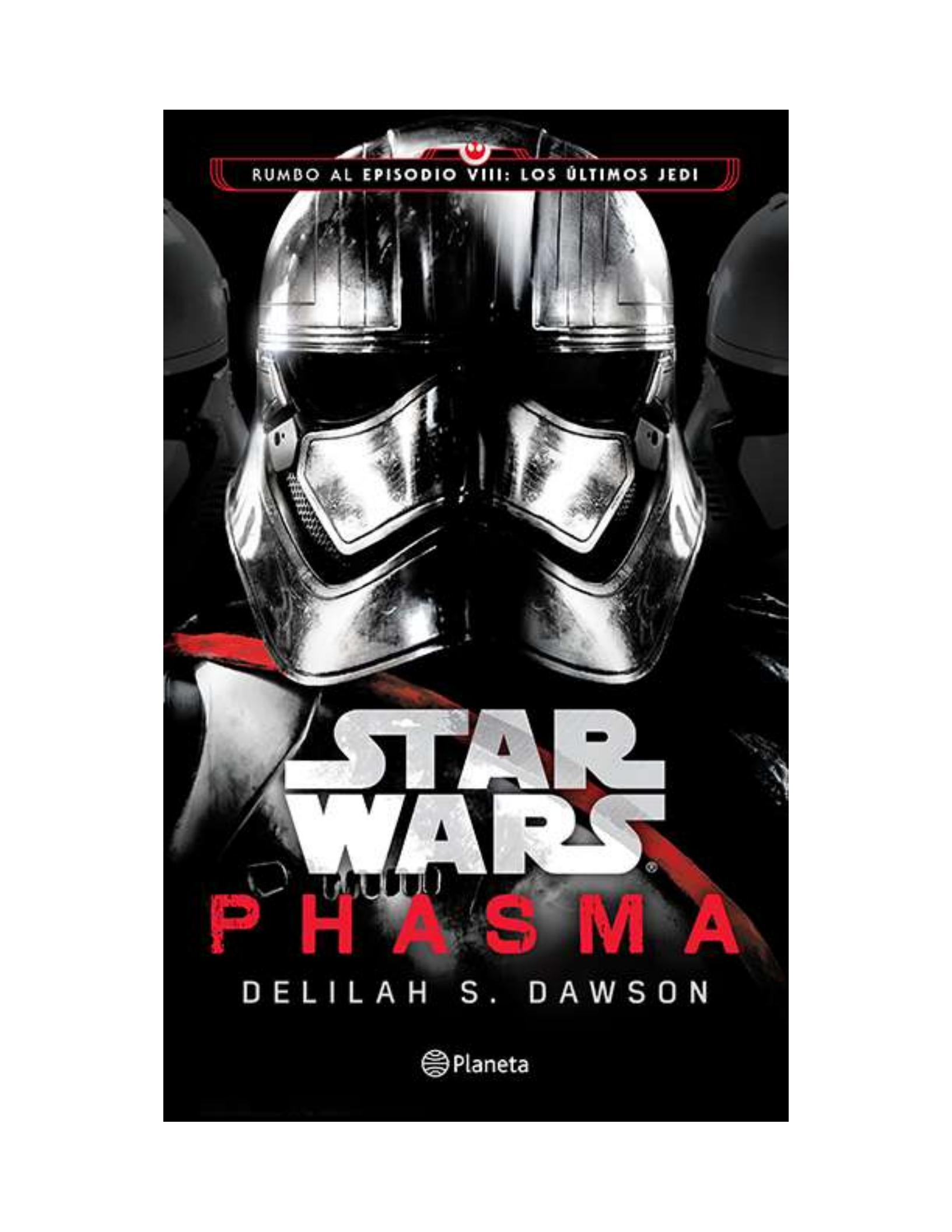


The background of the entire cover is a close-up, high-contrast image of a Star Wars helmet, likely a Stormtrooper's, with its visor and various metallic details clearly visible. The helmet is centered and occupies most of the frame.

RUMBO AL EPISODIO VIII: LOS ÚLTIMOS JEDI

STAR WARS

PHASMA

DELILAH S. DAWSON

 Planeta

Descubre el intrigante origen de la formidable Capitán Phasma. Una de las más astutas y despiadadas oficiales de la Primera Orden, la Capitán Phasma, cuenta con la simpatía de sus superiores, el respeto de sus colegas y el terror de sus enemigos. Pero, a pesar de todo su renombre, ella sigue siendo tan misteriosa como la impasible expresión de su brillante casco cromado. Ahora un adversario está decidido a desenterrar sus orígenes para exponer un secreto que ella guarda tan celosamente como sirve a sus superiores.

En las profundidades del crucero de batalla *Absolution*, una espía capturada de la Resistencia es sometida a un interrogatorio brutal a manos de Cardinal, un stormtrooper con una armadura color rojo brillante. Sin embargo, la información que él desea no tiene nada que ver con la Resistencia ni con sus operaciones encubiertas contra la Primera Orden.

Lo que el stormtrooper quiere es el pasado de Phasma: cualquier escándalo, traición o demonio que pueda esgrimir contra la odiada rival, quien amenaza su poder y sus privilegios en las filas de la Primera Orden. Aunque su prisionera tiene lo que Cardinal busca con desesperación, esta no se rendirá con facilidad. Mientras sostiene una guerra de voluntades con su captor, regateando por su vida a cambio de cada preciosa revelación, la crónica de la inescrutable Phasma se desenvuelve. Pero este conocimiento puede resultar más que peligroso una vez que Cardinal lo posea... y una vez que su adversaria desencadene toda su furia.

STAR WARS

PHASMA

Delilah S. Dawson



NUEVO CANON

Esta historia está confirmada como parte del Nuevo Canon.

Título original: *Phasma*

Autora: Delilah S. Dawson

Arte de portada: Larry Rostant

Traducción: Eloy Pineda Rojas

Publicación del original: setiembre 2017



en algún momento antes de *Star Wars Episodio VII: El despertar de la Fuerza*

Aporte: Darth Neurus

Revisión: Klorei

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

24.11.17

Base LSW v2.22

DECLARACIÓN

Todo el trabajo de digitalización, revisión y maquetación de este libro ha sido realizado por admiradores de Star Wars y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Star Wars y todos los personajes, nombres y situaciones son marcas registradas y/o propiedad intelectual de Lucasfilm Limited.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

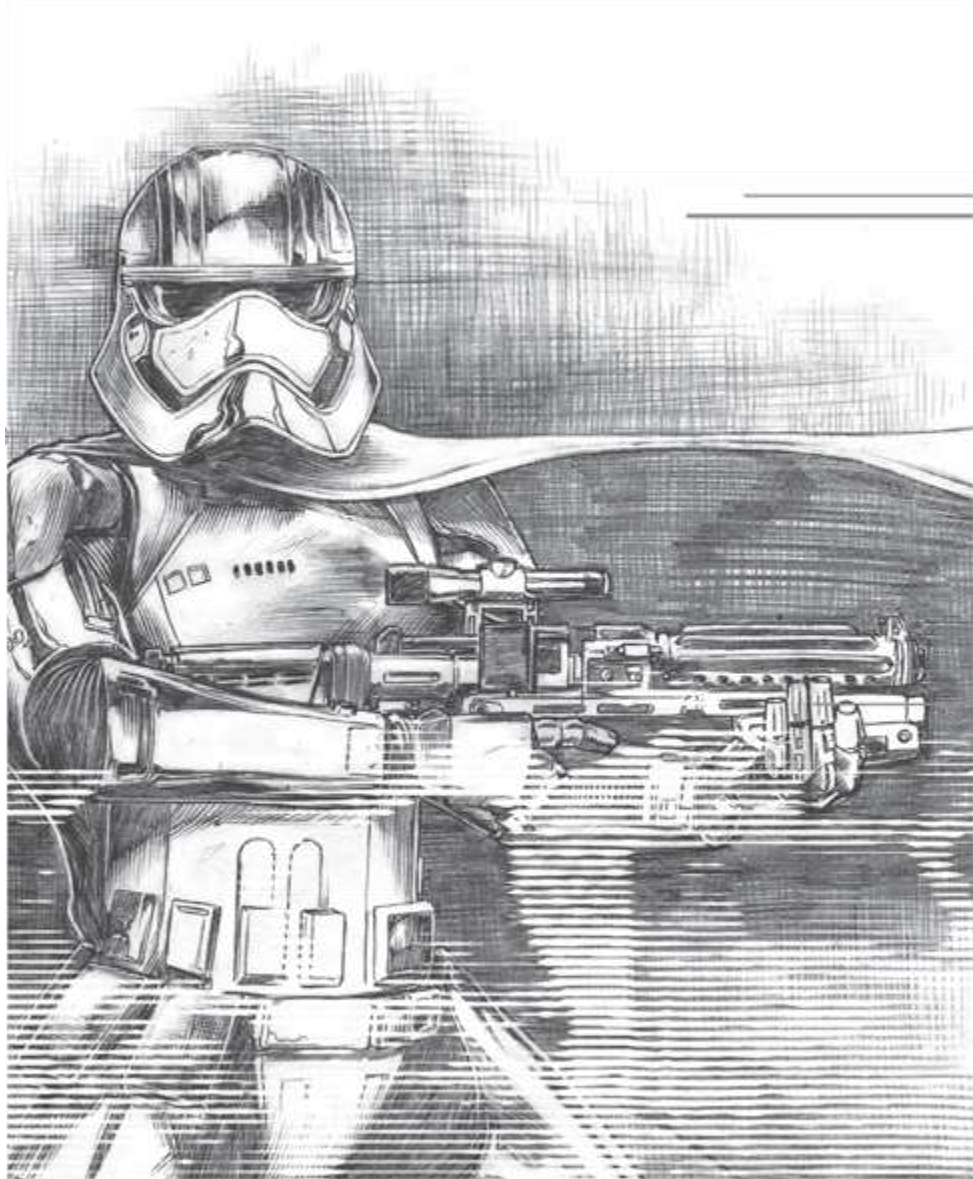
Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars





*A mi dulce esposo, Craig: te perdono por matarme
con esos noghris en el juego de rol de Star Wars en
1997.*

Más o menos.

Hace mucho tiempo en una galaxia muy, muy lejana...



UNO

EN LAS REGIONES DESCONOCIDAS

HAY ALGO RECONFORTANTE EN EL HIPERESPACIO. HUIR DE LOS problemas o correr hacia ellos es siempre lo mismo. Sólido, hermoso, tranquilizador, aun para los espías que llevan información altamente confidencial, por la que mucha gente mataría.

Mientras las estrellas se van quedando atrás, Vi Moradi se acomoda en su silla de piloto, suspira y levanta una bolsa del piso. Lleva semanas trabajando en este desorden irregular de manera intermitente, usando estambre grueso y suave para tejer un suéter destinado a su hermano mayor, Baako, un dignatario recientemente estacionado en Pantora, como si no hubiera otros lugares. Ella no es muy buena para tejer, pero la relaja, y Baako siempre le dijo que debía dedicar menos tiempo a vagar por allí y más a crear algo que valiera la pena. Por supuesto, ella tuvo que usar sus contactos «con los que vagaba» para obtener este muy codiciado, aunque no «bastante», ilegal estambre de hipoglase. Ojalá el tono azul cálido y brillante oculte todas las puntadas fallidas. Como tiene que ocultarle a su hermano que trabaja con la Resistencia, Baako aún la considera su hermanita traviesa y amante de las artes, aunque carente de concentración.

Él sabe muy poco.

El intercomunicador de ella parpadea. Ve quién está llamando y sonríe ante la misteriosa cualidad que tiene Baako para adivinar exactamente en qué momento ella no podrá hablar. No sólo porque está metida hasta los codos en un suéter lleno de bultos, sino también porque se encuentra en medio de un asunto en el que debe vagar oficialmente, que él no aprobaría y del que no puede saber. A pesar de que a ella le vendría bien una plática amigable para llevar un poco de calor a su corazón, después de los escalofríos sufridos en el desempeño de esta misión, la general está esperando que ella se reporte pronto.

—Lo siento, hermano —dice ella, pulsando el botón para desviar su llamada al buzón de mensajes—. Podrás contarme todo acerca del nuevo trabajo y sermonearme por mi falta de concentración una vez que haya cumplido mi misión y te haya dado este suéter en

persona. Pero es mejor que me veas en algún lugar civilizado y cómodo, porque ya estoy cansada de los ambientes imposibles.

El intercomunicador se queda quieto y ella siente una pequeña punzada de culpa por ignorarlo. Casi ninguna nave puede manejar siquiera las comunicaciones a este rango, pero la Resistencia cuenta con algunos juguetes maravillosos. Vi se pone sus botas, se echa hacia atrás en su asiento y se concentra en las pesadas agujas de madera que tienen más aspecto de armas primitivas que de herramientas elegantes.

—Tan sólo se trata de aprovechar la inercia, Gigi —le dice a su droide astromecánico, U5-GG—. Mejor un horrible suéter lleno de amor que... no lo sé. ¿Qué otros regalos da la gente a su único pariente vivo? ¿Un bonito cronómetro? Tengo que llegar hasta el final, aunque quede imperfecto. —Ella gira su silla y levanta lo que ha terminado hasta el momento—. ¿Qué te parece?

Gigi lanza pitidos y *bops* en lo que suena como una mezcla de decepción y disculpa.

—Más vale que seas amable, o haré uno para ti. Una cubierta para droide que no combine en absoluto con tu pintura.

La droide lanza un alegre silbido y se da vuelta como si estuviera desesperadamente interesada en los remolinos del hiperespacio que pasan a toda velocidad alrededor de ellos. Cuando la Resistencia le asignó a la droide, Gigi tenía los colores de fábrica (blanco y azul), pero Vi la pintó con sus nuevos y amigables amarillo y cobre, para que coincidiera con el pelo pintado de amarillo y la piel café brñida de ella.

Vi se da vuelta y teje con ahínco. Ahora lleva el pelo corto. La última vez que su imagen apareció en una lista de personas buscadas, el pelo largo y oscuro era demasiado llamativo, así que se lo cortó de inmediato y lo tiró al espacio. Delgada y fornida, pero pequeña, le costó trabajo encontrar partes de uniformes de la Resistencia que fueran de su talla. El traje de partes distintas que lleva ahora ha sido alterado y sus tirones, rasgaduras y parches dan fe de su desgaste. Hasta las suelas de sus botas están hechas trizas. Su misión actual ha requerido mucho esfuerzo físico en un lugar terriblemente desagradable, y ella está esperando con ansia pasar unos días de descanso en D'Qar.

El hiperespacio la arrulla y Vi se permite una corta siesta enredada en estambre grueso y suave antes de que Gigi lance un pitido y zumbe para hacerle saber que ya casi alcanzan su destino. Ella se endereza en su asiento y se estira todo lo que se lo permite la cabina de mando, deseando que la Resistencia le hubiera proporcionado una nave más espaciosa, pero sabiendo que, en el caso de las naves, como pasa con ella misma, ser pequeña y poco llamativa a menudo significa evitar la detección. La nave surge del hiperespacio para flotar suavemente en medio de la nada, tal como estaba marcado en el plan.

Respirando a fondo, aparta su tejido y teclea un largo código en su intercomunicador. La respuesta es inmediata y, como siempre, misteriosa. Nunca dicen más hasta que ella ha confirmado su identidad.

—Entendido.

—Sterling, reportándose con la General Organa.

—Bienvenida de vuelta, Sterling —responde una voz familiar, cálida pero profesional—. ¿Qué tienes para nosotros?

—Ah, general. Siempre son primero los negocios, ¿verdad?

—Cuando la galaxia está en juego, tengo que pasar por alto las formalidades de mi juventud. Escuchemos tu informe. —Vi puede escuchar la risita satisfecha de Leia y le agrada mucho. No es de extrañar que se lleven bien.

—Finalmente encontramos la pieza faltante del rompecabezas, aunque tuve que cazar un poco. Un lugar rudo.

—Todo es rudo en las Regiones Desconocidas. ¿Así que tienes lo que necesitamos?

Vi se encoge de hombros.

—Saber cómo los monstruos se vuelven monstruos no siempre ayuda a destruirlos.

—En ocasiones, sí. Cada arma de nuestro arsenal tiene un uso, Sterling. Ahora bien, sé que te mereces un poco de tiempo libre, pero tengo un juego de coordenadas más, y tú ya estás en el rincón correcto de la galaxia para que caigas por allí. ¿Cuento contigo?

Vi baja la vista, hacia el estambre azul que escurre de su bolsa. Ella odia posponer los encuentros con Baako. Se ven tan poco en estos días.

—Por supuesto, general. Para eso estoy aquí.

—Transmitiendo coordenadas.

En su pantalla, Vi traza la mejor ruta a la siguiente parada indicada por la general. Leia no mentía: ya estaba muy cerca, y no muchos pilotos tienen la experiencia o las agallas para explorar este sombrío rincón de la nada. Ella confirma la ruta y deja que Gigi trace el salto.

—No está mal. Llegaré allí dentro de poco.

—Bien. Sólo un rápido barrido del área. Hemos escuchado rumores de que hay naves de la Primera Orden allí, y es vital que sepamos si son ciertos. Si ves cualquier cosa, prepárate para saltar. Hemos perdido a varios pilotos.

—Apuesto a que no eran tan rápidos como yo.

Leia suspira, delatando todos los años que tiene encima.

—No se trata necesariamente de velocidad, pero si regresan, puedes correr contra ellos en Five Sabres. Te compraré una nave. Por ahora, sólo un rápido barrido y luego a casa. Necesito esos informes.

—A la orden, general —saluda Vi, deseando que tuvieran comunicación visual—. Estoy por entrar en el hiperespacio. Cuídense, General Organa.

—Tú también, Sterling.

La línea se corta. El starhopper se adentra rápidamente en el hiperespacio. Es un viaje corto, que no resulta relajante en absoluto, y ella no se molesta en recoger de nuevo su tejido. Ahora está nerviosa, porque ha pasado mucho tiempo sin dormir. Y de pronto son arrojados de nuevo desde el hiperespacio. Las largas líneas de estrellas son puntos agitados contra un mar de negrura. Los ojos de Vi se ajustan, y entonces ella murmura una maldición. No debería haber nada aquí, sólo oscuridad pacífica y luces titilantes. Por desgracia, más bien hay algo enorme: un destructor estelar de clase *Resurgente*. Leia

tenía razón: la Primera Orden está aquí, a lo grande. Antes de que pueda pensar las palabras, sus dedos ya están escribiendo nuevas coordenadas.

—Vamos, Gigi —murmura—. Tenemos que salir de aquí. Odio cuando la general tiene razón.

A pesar de toda su velocidad, no se sorprende cuando el starhopper se agita y empieza a moverse. No hacia delante, como debería, sino de lado, hacia la nave enemiga. Cualquier nueva tecnología que hayan fabricado mientras se ocultan aquí es poderosa, rápida e implacable. Vi intenta todos los trucos de su repertorio, pero el starhopper no logra liberarse del rayo tractor. Su poder de fuego es mínimo, y ella sabe que podrían reducirla a añicos con una victoria aplastante. Mientras Gigi chirría y barbotea frenéticamente, Vi repasa sus opciones.

—Lo sé, lo sé —bloquea su datapad, lo encripta y luego lo lanza a la oscuridad del espacio, junto con su chamarra parchada de la Resistencia. Las posibilidades de que regrese a reclamar cualquiera de los artículos es infinitesimal, pero cada pizca de esperanza puede sumarse para mejorar el resultado. Estira la mano hacia un cuchitril de almacenamiento, saca una chamarra de piel negra que le quitó a un kanjiklubber muerto y desliza sus brazos dentro. Huele a aceite, arena y hogar, y le sirvió bastante en su última misión. Su nave se acerca cada vez más al crucero; ella saca un espejo pequeño y se quita los lentes de contacto de color café oscuro para revelar su tono ámbar natural. Con su pelo, ojos, ropas y documentos falsos en el bolsillo del frente, es posible que no la reconozcan.

Cuando Gigi lanza un pitido de alarma, Vi se acomoda y le da un golpecito en sus sienes.

—No te preocupes, Gigi. Lo tengo todo donde cuenta. Y no me quebrarán.

Gigi hace un sonido que sugiere que las probabilidades están en contra de ese desenlace.

—Está bien, amiguita. Si fallo, nunca lo sabrás.

Girando en su silla, ella teclea un código en la ranura de la astromecánica y borra la memoria de la droide.

Su tranquilidad inicial y su postura descuidada han desaparecido. No es la primera vez que la capturan y tiene que concentrarse en el juego con todos sus sentidos. Se recarga de nuevo en su silla, con las piernas apartadas, los brazos en los descansos del asiento. Todos sus músculos están tensos y un pie da golpecitos junto a la bolsa de hilo olvidado. Sus ojos destellan peligrosamente, sus labios forman una línea delgada.

De una manera u otra, Vi Moradi va a sobrevivir.



DOS

EN EL *ABSOLUTION*

EL MALTRATADO STARHOPPER SE DESLIZA EN EL EMBARCADERO del *Absolution* y se acomoda suavemente en la cubierta del hangar. Es una cosa pequeña, apenas lo suficientemente grande para contener a un piloto, una droide y un hiperdrive, se ve tan pequeño en el vientre de la nave de guerra que, en comparación, parece el juguete de un niño, o tal vez un insecto. Vi se siente así también, como una pequeña, áspera e insignificante hormiga trífida rodeada por depredadores mucho más grandes y peligrosos. Se queda fría, preguntándose si esta cubierta impersonal, negra y blanca es la última cosa que verá, si se convertirá simplemente en otro piloto faltante devorado por la misteriosa Primera Orden.

Sólo en caso de que pueda desafiar las probabilidades y encontrar una manera de salir de aquí, ella cuenta y almacena en su memoria todo lo que ve: cientos de cazas TIE, transportes de tropas, speeders y hasta unos cuantos caminantes. A la General Organa le encantará saber el tipo de poder de fuego que enfrentarán en esta nueva batalla. Ellos sólo le dicen lo que necesita saber para completar sus misiones, pero considerando la información secreta por la que ya le están pagando a Vi, la Resistencia necesita toda la ayuda que se pueda obtener. Por el momento, las posibilidades de la Resistencia son casi nulas, igual que las de Vi.

A medida que los stormtroopers rodean su starhopper, apuntando con sus blásters, su líder atrae la atención de Vi. Ella ha visto troopers antes, por supuesto, pero nunca uno como este. Su armadura de color rojo brillante es un giro extraño entre los stormtroopers regulares, pero la violencia sanguínea del color le da un aire de amenaza sangrienta que el pulcro blanco simplemente no posee. Una capa que hace juego con la armadura cae sobre un hombro, y una droide negra y esférica flota al lado del trooper. Aunque este tipo no tuviera un aspecto diferente del de sus tropas, y aunque no supiera quién era, ella de inmediato reconocería su importancia. Hay una atención allí, un nivel de concentración que los soldados de menor nivel no poseen. Ella lo mira mientras uno de sus hombres abre la escotilla de su nave y le apunta con su bláster al pecho. Todo este tiempo, ella

trata de imitar el aspecto de un contrabandista común atrapado por tropas hostiles: asustada pero desafiante. Tendrá que hacerle al tonto si quiere permanecer viva el tiempo suficiente para escapar.

—Afuera —gruñe el trooper rojo.

Ella espera un momento, con los dedos doblados sobre el descansabrazos, antes de salir y pararse sobre la cubierta del destructor estelar.

—Las manos sobre la cabeza.

Ella obedece pero..., a cambio, tiene que ponerlo a prueba.

—¿Qué se supone que eres? —pregunta Vi—. ¿El gran botón rojo? ¿El freno de emergencia?

Él ignora sus burlas mientras desliza unas esposas en las muñecas de ella.

—¿Por qué estás en este sector?

—Por la misma razón que ustedes. Para disfrutar de la paz y la quietud. Por lo menos, yo. Mira, soy una agente viajera independiente con documentos legales. No tengo problemas con nadie. Entonces ¿por qué los blásters? —Gigi emite pitidos de alarma y Vi se da vuelta para encontrarse con que dos troopers revisan su cabina—. ¿Y por qué esos tipos están maltratando a mi droide? —Uno de los troopers tira del estambre y empieza a desenredar el suéter con sus guantes torpes, como si buscara armas—. ¡Oye, Soldado Amigable! Trabajé mucho en eso. No puedes ponerte a manosear así las pertenencias de alguien. A todo esto, ¿quiénes son ustedes?

—Silencio —dice el líder.

—Te hice una pregunta. ¿Quiénes son ustedes?

Se acerca un paso y su bláster se estrella en el estómago de Vi.

—Yo soy quien está al mando. Lo que significa que yo soy quien hace las preguntas.

—Pero ¿no había desaparecido ya el Imperio?

Él se ríe.

—No somos el Imperio. Y tú lo sabes.

—Señor —dice uno de los troopers desde la cabina del piloto—. Hemos obtenido los registros. Los planetas más recientes que ha visitado son Arkanis, Coruscant y Parnassos.

El bláster se estrella de nuevo contra el estómago de ella. Va a dejar un moretón. Uno de esos tres planetas debió de llamarle la atención, pero ¿cuál? No el densamente poblado Coruscant. Arkanis o Parnassos, entonces. Hay muchos secretos de la Primera Orden en ambos planetas, pero poco más. Ahora nunca la dejarán irse. Qué bueno que recogió esta chatarra dos saltos después de D'Qar, porque ese es un planeta del que estos monstruos no necesitan saber nada. Ahora van a abrigar sospechas, pero ella tiene que actuar con normalidad, lo que significa que será beligerante. El hecho de que sepa quién es él no significa que el trooper rojo sepa quién es ella.

—Lo que hacen es ilegal —le grita a los troopers que están dismantelando el starhopper—. Esa es mi nave.

—Ya no lo es. Busquen en la nave, separen al droide en partes y luego repórtense a sus estaciones —el líder instruye a sus tropas—. Yo me encargaré personalmente de este interrogatorio.

—Personalmente, ¿eh? —dice ella.

Él la rodea y empuja su bláster contra la columna vertebral de ella, lo que representa un cambio placentero en comparación con su estómago.

—Camina. Sé quién eres, espía de la Resistencia Vi Moradi, y me dará mucho gusto dispararte.

—No sé de quién hablas. Sólo soy una comerciante y a mi jefe no le gustará esto.

—No, a ella no le gustará.

El corazón se le va al suelo. Él lo sabe. Casi puede sentir cómo él mantiene su dedo en el gatillo. Quisiera jalarlo con gusto. Gotitas de sudor resbalan por el cuello de ella mientras lo mira sobre su hombro. Había esperado que esto fuera sólo una captura al azar, un acto habitual de la Primera Orden. Aparece una nave donde no debe estar, la reclaman y disponen de la persona inconveniente en el interior. Pero, si él sabe su nombre y quién es su jefe, ¿qué más sabe?

Él mira hacia la sala de control, parece hacerlo con un poco de nervios. Cuando él la empuja con el bláster, ella se mueve.

—Los jefes pueden ser un verdadero problema —dice él—. Ahora camina.

—

Vi estaba entrenada para recordar cada detalle de importancia, pero ni ella puede tomar nota de todos los giros y las vueltas laberínticas de las entrañas del enorme destructor estelar. Largos pasillos terminan y se intersecan, turboascensores que suben y bajan hacen que le resulte imposible recordar su ruta. Una cosa es ver fotografías de naves como esta, otra es comprender realmente la enormidad de los recursos de su enemigo. Mientras la guía a otro ascensor, el hombre de rojo se para enfrente del panel para que ella no vea a qué piso se dirigen.

—¿Tu departamento o el mío? —pregunta Vi, esperando provocarlo para que se haga a un lado.

Pero el hombre de rojo se queda en silencio, con el arma siempre apretada en algún lugar suave del cuerpo de ella y el droide esférico flotando a su lado. La chamarra de piel de ella tiene una placa de blindaje integrada, pero no serviría de mucho para detener un disparo fatal a esa distancia. Ella sabe que no va a dispararle, pero tiene que seguirle el juego. Cuando empieza a bajar lentamente las manos, él chasquea su lengua.

—*Chut*. Manos a la cabeza. Tú sabes cómo funciona esto, basura.

El bláster se clava en el riñón de ella, quien vuelve a subir las manos.

—Mira, no soy una basura. No sé quién crees que soy, pero sólo soy una comerciante. Tal vez trafico un poco, aunque ¿quién no lo hace? ¿Y no sería eso jurisdicción de la

Nueva República, en todo caso? ¿Retrocedí en el tiempo? ¿No debería estar en una celda, esperando a hablar con algún burócrata cadavérico que lleva un sombrero alegre?

La puerta del elevador se desliza para abrirse; él la empuja para que salga a un pasillo que francamente parece una mazmorra. No se ve a nadie cerca; Vi juraría que se debe a la combinación del conocimiento de este trooper del riguroso calendario de la nave y de la intromisión de la droide, porque en ocasiones esta se adelanta para guiar el camino. Pero, aquí abajo..., bueno, es evidente que nadie baja aquí. Excepto la gente que hace cosas que no debería estar haciendo.

La iluminación es débil y parpadeante, y algo está goteando, tal vez proveniente del sistema de ventilación. Están al fondo de las entrañas del destructor estelar, entonces, en un área que suele estar fuera de los límites o a la que le prestan poca atención. Y eso no es bueno para Vi. Hasta la Primera Orden tiene reglas y el trooper rojo las está rompiendo. Si este tipo la mata, ni siquiera tendrá que hacer el papeleo. Ella sólo será otra carga de basura deslizándose hacia el incinerador.

Estupendo. La Resistencia no sabe mucho acerca del enemigo al que está enfrentando, y la Nueva República no los considera una amenaza, lo que significa que a Vi no le han enseñado el protocolo que estas personas suelen seguir. Ella no sabe qué esperar. A pesar de que está entrenada para resistir el interrogatorio, desconoce cuáles nuevos juguetes podría tener este tipo. Un escalofrío recorre su espina dorsal. Podrían meterse en su cabeza.

—Te mandaron al *penthouse*, ¿eh, Freno de Emergencia? —dice ella, porque siempre habla mucho cuando está verdaderamente preocupada—. Instalaciones de primera. ¿Podemos tener servicio al cuarto?

El bláster no se separa de su espina dorsal. Su captor le da las instrucciones (da vuelta aquí, da vuelta allá), pero no responde a sus provocaciones. Por último, él teclea un largo código en un panel de control de la pared, y una puerta se desliza para abrirse con mucho menor suavidad de lo que Vi esperaría en lo que es obviamente una nave nueva. El interior del cuarto es más frío de lo que debería y huele a humedad, metal y, no tiene caso negarlo, sangre. La droide esférica se precipita primero al interior y apaga las cámaras, una por una. Vi se detiene un poco en el umbral, pero el trooper finalmente la toca, empujándola con una mano enguantada, de modo que ella cae de rodillas, con los dedos doblados alrededor de una reja oxidada del piso.

—Levántate.

—Realmente sabes cómo tratar a una chica.

Él estira la mano hacia el cuello de la chamarra de ella y la obliga a ponerse de pie, dándole vuelta. Ella se va tambaleando contra la pared, hasta que coloca su espalda contra el frío metal. El cuarto no es grande, tal vez de tres metros por cuatro, y evidentemente sólo tiene un uso: interrogación. Bueno, dos usos, si se cuenta la tortura. Tres, si se incluye la inevitable muerte prometida por el hecho de que ella no va a entregar ninguna información secreta sobre la Resistencia. El espacio está dominado por una silla de interrogación, y los únicos muebles adicionales son una mesa simple y dos

raquíticas sillas de metal, un sitio para que los chicos malos se sienten con una taza de café y recorran sus notas mientras su víctima se desangra, probablemente.

—Espero que las sábanas estén limpias.

Él sacude la cabeza como si estuviera decepcionado, la toma por las solapas de la chamarra y la arrastra a la silla de interrogación. La llaman *silla*, pero en realidad es como una camilla puesta de lado, con pinzas de metal para restringir el movimiento de cabeza, pecho y muñecas mientras permanece en la orilla de metal. Como parte de su entrenamiento, a Vi le habían mostrado docenas de imágenes de esas máquinas: desde unas que databan de los días de los inquisidores del Imperio hasta unidades más sofisticadas que los Hutt y otros matones estaban fabricando, invirtiendo dinero en exceso para satisfacer su necesidad de información sin ensuciarse sus manos viscosas. Esta unidad, nota tristemente, tiene capacidades de soporte de vida y una sonda mental, lo que significa que su captor puede omitir la discusión e ir directamente a su cerebro. Vi ha sido entrenada para soportar puños y armas, pero nadie ha encontrado aún una manera de evadir ataques directos al sistema nervioso. Contempla el uso del diente envenenado que le implantaron en la parte posterior de su mandíbula; pasa su lengua sobre él mientras su captor cierra las esposas de metal alrededor de sus brazos y su torso.

No lo morderá todavía. Aún hay una manera de salir de aquí. Tiene que haberla. Con todo lo que sabe ahora, sobrevivir significará avances importantes para la Resistencia. Tendrán una mejor idea de a qué se están enfrentando, en cantidad, tecnología y mentalidad del enemigo. Pero eso significa que tiene que encontrar una manera de sobrevivir a este interrogatorio con su mente y su cuerpo intactos. Significa, también, que va a dejar de concentrarse en su propio dilema y empezar a prestar atención a su enemigo y lo que lo hace moverse.

Por fortuna, ella sabe de él mucho más de lo que él sabe de ella.

Después de atarla, él revisa el panel que monitorea los signos vitales de ella, y lo golpea con un dedo.

—Tu ritmo cardíaco es elevado —observa él.

—Claro, bueno, estoy atada en una silla de tortura, parada sobre la sangre seca de alguien más. Parece una respuesta natural.

—Tienes algo que esconder.

—¿Quién no?

El casco rojo de él se inclina un poco, sólo una fracción, concediéndole la razón. Mientras ella lo mira, él recorre las orillas del cuarto, revisando nuevamente las grabaciones de las cámaras que su droide apagó, además de lo que ella adivina que es el sistema de intercomunicación. El droide flota ominosamente junto al hombro de él, quien realiza el recorrido con lentitud, como si estuviera haciendo una advertencia.

Esto no es oficial. Esto no se está grabando. Nadie más está mirando. No habrá interrupciones, ni indultos. Así no es como la Primera Orden hace las cosas.

—Así que esto es personal —observa Vi.

—Veremos. Depende de ti. Podemos hacer esto de la manera fácil o de la difícil.

Vi se remueve, probando la fuerza de sus amarras.

—Dejarme ir sería muy fácil, en realidad. Además, puedes revisar mis ropas todo lo que quieras, pero no tengo nada útil. Deja que tus chicos dismantelen mi nave, desarmen mi droide, desmadejen mi suéter, hurguen en mi cerebro todo el día. Quien creas que soy, estás equivocado. Sólo soy una pasajera inofensiva.

Él se para frente a ella ahora, con las piernas extendidas y los brazos cruzados. Su bláster está unido a su cadera, roja y brillante. Sus dedos, enfundados en guantes rojos, tamborilean contra él, como otro recordatorio. Sólo están ellos dos y su droide. Cualquier cosa podría pasar.

—Tú eres Vi Moradi, nombre código Sterling, conocida espía de la Resistencia. Y tienes la información secreta que necesito.

—Y tú eres el Gran Botón Rojo. ¿Qué pasa si presiono tu pecho? ¿Una luz se enciende en algún lugar? ¿Algo explota?

—¿No lo niegas?

Ella se habría encogido de hombros si no estuviera esposada y sujeta con correas.

—Tú eres quien se encarga de la tortura, así que tú decides lo que es verdad y lo que no lo es.

—Estuviste en Parnassos.

Vi está demasiado bien entrenada como para sonreír.

—¿Lo estuve? ¿Y qué es tan importante acerca de Parnassos?

Su captor se le queda viendo.

—Nada. Esto es lo importante. Ahora dime lo que sabes de la Capitán Phasma.



TRES

EN EL *ABSOLUTION*

VI MORADI ES BUENA EN SU TRABAJO, ASÍ QUE ENDEREZA SU cabeza, con la frente fruncida.

—¿Quién?

Su captor no dice nada que traicione su molestia, pero la rodea para quedar detrás de ella y ajusta sus ataduras. Algo se desliza sobre la cabeza de ella, raspando la parte superior de sus orejas. Ella está a punto de decir algo inteligente cuando el más pequeño de los choques eléctricos la golpea, erizando cada pelo de su cuerpo. En lugar de disiparse, corre por su espina dorsal, produciendo efervescencia en sus nervios como si quemara la punta de sus dedos de pies y manos. Aprieta los dientes con dolor y por un largo momento es incapaz de separarlos.

—Ese no es el valor más alto —dice él, volviendo al frente de ella—. Ni por mucho. Es apenas una probada. —Tiene un control remoto en sus manos grandes y enguantadas, y ella no puede ver qué clase de controles puede ejercer, pero en realidad no quiere saberlo. Es más fácil enfrentar el dolor cuando desconoces lo que está por venir.

—Me hizo un poco de cosquillas —las palabras salen arrastradas porque aún tiene la mandíbula apretada.

Él aumenta la intensidad y cada músculo del cuerpo de Vi se pone rígido. Siente como si sus huesos ardieran, y sus ojos dan vuelta en su cabeza, mostrándole una galaxia personal de estrellas en explosión que de ninguna manera se parecen a la comfortable seguridad del hiperespacio.

Cuando termina la sacudida, Vi levanta la cabeza para mirarlo, mientras la mandíbula le tiembla por la lucha para tratar de separar sus dientes. Siente como si se hubiera quemado el lugar donde la banda de metal descansaba contra su frente. Las palabras salen al principio de una en una, mientras la sensación y el control regresan con mucha lentitud.

—No sé nada. De nada.

Su captor no dice ni una palabra, sólo le da otra sacudida, subiendo un poco la potencia. Ella no tiene manera de saber hasta dónde puede subir o cuándo empezará a

producir daño real y perdurable a su cuerpo. Cuando llega la electricidad, lo hace con fuerza, y es todo lo que puede soportar. Estrellas, dolor, calor, sacudidas y ardor en su mandíbula y debajo de sus ojos. Cuando su visión regresa, mira a su captor a través de sus pestañas. A pesar de la calma que aparenta, hay cierta desesperación en él. No parece tan acostumbrado a los interrogatorios como quienes hacen este tipo de cosas con frecuencia. Tal vez nunca lo ha hecho. No ha tratado de usar la sonda cerebral, después de todo, y si su droide estuviera programada para interrogatorios, no hay manera de que pasaran por alto esa arma de intromisión.

Vi sabía que en los viejos días del Imperio, el Ministerio de Seguridad Imperial podía sacar toda la información a quien no estuviera entrenado en la Fuerza. Pero ¿este tipo? No sabe lo que está haciendo. Y eso significa que podría matarla antes de que él siquiera se diera cuenta de que se está muriendo.

—Cuéntame de la Capitán Pasma —grita él de nuevo—. Sé que has estado en Parnassos y que ella es de allí. Sé que te enviaron a reunir información secreta sobre ella. Y ahora quiero saber todo lo que sabes de ella. ¡Así que es mejor que empieces a hablar!

Claro, como si con sólo gritarle la obligara a escupir. El interrogatorio debe ser de dos vías. Sobre todo ahora que sabe que él cuenta con información sobre ella. Tiene que decirle algo o va a quebrarla, y pronto.

Dos sacudidas más y él levanta la cabeza colgante de ella por el pelo. Vi escupe sangre de su lengua mordida en las botas de él y mira la mancha sobre el plastoide perfecto. La sangre y la bota no son del mismo rojo, tal como a Brendol Hux le hubiera gustado que fueran.

—Pasma —advierde él—. Dime de ella o esto va a empeorar mucho.

Vi lo ve a través de una neblina roja. Siente su cerebro revuelto, como si estuviera más que borracha. Tal vez ese enchufe de la médula cerebral está funcionando después de todo. O tal vez un dolor así de intenso en realidad aligera las cosas, con o sin la lujosa tecnología.

—¿Quieres saber sobre Pasma? Puedo contarte sobre ella. Vaya que he escuchado historias.

Su captor se sienta en una de las sillas, con los brazos cruzados.

—Entonces cuéntame una y avanzaremos desde allí.

Vi sonríe, sólo un poco.

—Bien. Una historia. Te la narraré exactamente como me la contó una mujer llamada Siv. Mi cerebro no está funcionando muy bien ahora, pero tengo muy buena memoria. Por eso soy tan buena espía.

Él coloca el control remoto sobre la mesa.

Vi empieza a hablar.



CUATRO EN PARNASSOS, DOCE AÑOS ANTES

LA HISTORIA EMPIEZA CON UNA ADOLESCENTE LLAMADA SIV. Era parte de una banda de unas cincuenta personas con cierto parentesco que vivían en un territorio de Parnassos al que llamaban el Scyre. Aunque los habitantes del Scyre sabían que la vida había sido abundante y la tecnología próspera en su planeta, también sabían que este sufrió algún gran cataclismo que los había dejado con un medio cada vez más inhabitable. El Scyre estaba rodeado por un mar que invadía todo con rapidez, por un lado, y una tierra deshabitada y desconocida, de pináculos de piedra dentada, por el otro. Para Siv y su gente, el único terreno estaba conformado por rocas, y la comida y el agua siempre eran escasos. Comían vegetales marinos secos y carne, criaturas saladas de estanques formados por la marea, cosas muertas arrastradas contra las rocas o, en ocasiones, las aves chillonas que ocultaban inteligentemente sus polluelos y huevos. Cada tanto, algún resto de la civilización era arrastrado contra los acantilados negros y agujerados: un viejo datapad o un poco de malla de reciclado que atesoraban. Pero habían perdido el lenguaje escrito, por eso, todo lo que hacían era guardar lo que podían y esperar que algún día encontraran la paz y la comodidad que sus ancestros habían conocido.

Siv dijo que su mayor bendición era una antigua cueva: la Nautilus, que alguna vez había sido seca y segura, pero que ahora era inundada por el mar la mayor parte del tiempo. Una vez cada pocos días, la marea se alejaba y los scyres podían encontrar protección en la caverna, descansando, realizando rituales y cuidando su acumulada colección de tecnología rota, armas y restos humanos cuidadosamente dispuestos en túneles ocultos. La Nautilus era la razón por la que los scyres defendían tan fieramente su territorio, a pesar de que el mar cruel y las bandas vecinas invadían su hogar. En un mundo peligroso, la Nautilus los hacía sentir seguros. Hasta que una noche sucedió algo terrible.

Empezó con un grito; Siv se despertó agitada, lista para pelear. Ella era joven entonces, tenía alrededor de dieciséis años y ya la consideraban una guerrera mortífera.

Se levantó de un salto con una espada en la mano, mientras sus ojos se ajustaban a la oscuridad y recorría la cueva con la vista en busca de amenazas. Toda su banda estaba durmiendo pacíficamente sobre tapetes de paja alrededor de una fogata en el centro de la cueva, justo debajo de un agujero en el techo que daba al exterior del acantilado. Siv era una persona joven y sana; por ello, el lugar donde dormía estaba lejos de la luz y del calor del fuego, pero localizó fácilmente la fuente del grito.

Su líder, Egil, estaba tirado lo más cerca posible del fuego, jadeando para respirar. Un hombre más joven, Porr, estaba de pie sobre el guerrero encanecido. La espada de Porr chorreaba sangre y sus amigos bien armados permanecían junto a él, sonriendo de manera amenazante.

—Egil está muerto —gritó Porr, levantando su espada, una cosa burda hecha con una sierra oxidada—. Era demasiado viejo para gobernar y cada día se volvía más lento. Ahora yo los guiaré. Siv, trae los detraxores y extrae su esencia para que aun muerto proteja a nuestra gente.

Siv bajó la vista a la bolsa que siempre llevaba consigo antes de mirar alrededor para ver la reacción del resto de la banda por el cambio del poder. De inmediato comprendió la situación, vio que sus amigos se estaban poniendo en posición y supo que debía ganar tiempo.

—Egil no está muerto. Sólo usaré los detraxores cuando no quede esperanza. Tú lo sabes.

—Estará muerto dentro de poco. Ven aquí y prepáralos. O, mejor aún, enséñame a usarlos. Como nuevo líder, me encargaré del ritual.

Ante eso, Siv levantó su segunda arma y se agachó. No era una mujer grande, pero la conocían por ser una peleadora buena y rápida con sus dos guadañas hechas de implementos agrícolas viejos y afilados. La plata bien conservada brilló bajo la leve luz de la hoguera, ella mostró sus dientes.

—El uso de los detraxores es un ritual sagrado que me pasó mi madre, como yo se lo pasaré algún día a mi hija —le dijo a Porr—. No puedes usar simplemente las máquinas en un cuerpo y seguir adelante. Debes cuidarlos, aceitarlos y ofrecer las plegarias apropiadas mientras retiras la esencia y elaboras el bálsamo de oráculo. Sin los detraxores, sin el bálsamo para proteger nuestra piel y sanar nuestras heridas, toda nuestra banda morirá. Un buen líder comprende esas cosas.

Porr se burló y dio un paso hacia ella. Siempre había sido un abusivo, y Siv moriría antes de darle los detraxores a él. Por fortuna, ella no tuvo que elegir. El plan que había visto empezaba a rendir frutos; un joven llamado Keldo levantó la voz entre la multitud.

—Porr, así no es como hacemos las cosas. Matar al líder está prohibido, a menos que ambas partes estén de acuerdo en combatir.

Todos se dieron vuelta para ver a quien hablaba. La mayoría de la banda se puso de pie, pero Keldo permaneció en el suelo. De niño, había perdido la parte inferior de una de sus piernas, y aunque era lo bastante fuerte para sobrevivir en el Scyre, ahora lo conocían por sus consejos sabios y sus ideas inteligentes.

Porr se rio burlonamente.

—Oh, ¿tú vas a detenerme?

En el silencio que siguió, una fuerte voz llenó la Nautilus. Pero no era la de Keldo.

—Yo te detendré.

Una figura alta, con todos los ornamentos de batalla, se paró frente al usurpador asesino.

Era la hermana de Keldo, Phasma.

De más de dos metros de altura, Phasma atrajo la atención de todos. Llevaba su máscara de guerra, un objeto aterrador de color rojo oxidado hecho con piel endurecida de foca, pintado con rayas negras y rodeado por plumas y piel obtenidas en saqueos. Los agujeros para los ojos estaban cubiertos por una fina malla salvada de un naufragio, lo que hacía que Phasma pareciera más un monstruo de pesadilla que un ser humano. Garras para trepar sobresalían de sus guantes y botas para ayudarla a navegar entre las rocas y los pináculos del exterior o combatir contra cualquier banda rival. Y ahora encaraba a Porr fuertemente cubierta por pieles, máscara y botas con clavos, mientras que él sólo llevaba su ropa de dormir. Él había planeado la incursión para el momento en que Phasma estuviera fuera, en su guardia, pero había hecho un mal cálculo fatal. Junto a ella, Porr parecía pequeño y débil.

—No te metas en esto, Phasma. Tu hermano no vale nada para el grupo y lo sabes. Ahora que yo soy el líder, tú serás mi segunda al mando, pero antes debes someterte ante mí.

Phasma sacudió la cabeza.

—Nunca me mandarás a mí.

Como si se hubieran puesto de acuerdo, un círculo de guerreros se adelantó para unirse a ella. Aun en sus ropas de dormir, tenían una ventaja letal. Estos jóvenes peleadores eran leales a Phasma y estaban listos para hacer justicia en cuanto ella lo ordenara.

Siv estaba entre ellos; ella empujó primero la bolsa de los detraxores hacia Keldo, con una sonrisa de agradecimiento, sabiendo que él mantendría seguro el equipo vital. Mientras ella tomaba su posición, la luz de la hoguera destelló en su piel oscura, y ella se sentía feliz de haber atado sus largas rastas con una pieza de cuero para que pudiera pelear con mayor agilidad.

Quien estaba más cerca de Siv era Torben, un hombre grande con melena y barba espesas de color castaño, piel tostada y ojos verde claro. Era bondadoso y sonreía aun con su mazo con clavos y la enorme hacha en su mano; era el hombre más alto y ancho entre los scyres y siempre estaba listo para una pelea. El mejor amigo de Torben, Carr, estaba junto a él: un hombre larguirucho e ingenioso con piel dorada, pelo desteñido por el sol y pecas. Carr tenía la mejor puntería cuando lanzaba sablazos y siempre tenía preparada una broma, pero por ahora estaba serio y mantenía dos cuchillos por la punta; con los ojos exploraba el lugar en busca de alguien que pudiera hacer frente a Phasma. Al otro lado de Siv estaba Gosta, una chica ágil y rápida que podía salir disparada para sacar las

entrañas a un enemigo y huir bailando fuera de rango antes de que la víctima empezara a caer. Rechoncha pero toda músculos, con piel medio morena y pelo negro rizado, era sólo unos años más joven que Phasma y la miraba como si fuera una diosa renacida.

—Me muero de ganas de clavarles un cuchillo a los compinches de Porr —murmuró Gosta.

Ella era la única chica de su edad, apenas acababa de convertirse en mujer, y Siv había notado que Porr y sus amigos la miraban de una manera que Egil hubiera desaprobado. A pesar de que Siv odiaba a Porr, sabía que una cosa era cierta: Egil era demasiado viejo y débil para gobernar. Aunque no merecía terminar así, desangrándose en el suelo de la Nautilus, manchando el piso gastado con más sangre. Pocas personas vivían más de treinta y cinco años en el Scyre, y Egil tenía más de cuarenta. Se estaba volviendo lento. Todos lo sabían.

Quienes estaban indefensos entre los scyres se retiraron para pegarse contra las paredes de la cueva. Eso era parte de la vida en el Scyre: si no podías pelear, rápidamente encontrabas una manera de contribuir al grupo recogiendo comida, agua o ropa, y te apartabas de las peleas o morías donde te quedabas. Porr y Phasma se movieron en círculo alrededor del otro, mientras sus guerreros los rodeaban, con las armas listas. Porr lanzó el primer golpe, atacando a Phasma con su larga espada, mientras sostenía una daga en la otra mano. Ella era más alta y estaba vestida para pelear, pero Porr era mayor, más musculoso y estaba más desesperado.

Phasma rechazó la cuchillada con su lanza, una cosa áspera hecha totalmente de metal con una cuchilla en la punta. Siv tenía un ojo en la pelea y otro en los secuaces de Porr, que no eran tan rudos ni estaban tan bien entrenados como su líder. Phasma adiestraba personalmente a sus guerreros, les servía de *sparring* todos los días y los desafiaba para que aprendieran el uso de cada arma y se mantuvieran siempre en actitud vigilante. No la seguían porque se los pidiera, sino porque ella tenía su propia fuerza de atracción, una grandeza y un valor que hablaban a sus corazones. Pero Porr exigía atención y adulación de sus seguidores, y por eso se echaron atrás, esperando una señal de Porr, en lugar de meterse en la pelea y voltear la marea a su favor.

Porr era rápido con sus espadas. Luego de una cuchillada desde la derecha, lanzaba un revés de la izquierda. Pero Phasma conocía sus movimientos, porque había entrenado con él por años bajo la vigilancia de Egil. Todos los ojos en la Nautilus miraban a Porr y Phasma cortando, tirando cuchilladas, desviando golpes y gruñendo. La vida era difícil en Parnassos. La mayoría de las peleas consistían en incursiones de bandas rivales. En esas ocasiones, hasta quienes no podían pelear tenían que empuñar las armas y defender la tierra. Era raro ver a dos guerreros luchar, sobre todo cuando no era algo de vida o muerte para la banda. Siv recordaba que parecía hermoso mirar la facilidad con que Phasma rechazaba los ataques de Porr. Pronto, Siv se dio cuenta de que, a pesar de que Phasma lo hubiera destruido fácilmente, la guerrera se estaba conteniendo. Y entonces vio por qué.

Porr gritó y cayó al suelo, pero no fue la espada de Phasma la que lo golpeó. Fue la de Keldo. Mientras todos miraban la cara de Porr, la máscara de Phasma y las armas

destellantes en sus manos, Keldo se había arrastrado por el piso con su propio cuchillo y había rebanado los tendones de los tobillos de Porr, dejándolo cojo permanentemente.

Cuando Porr comprendió lo que había pasado, Keldo ya se había retirado fuera de su alcance y Phasma le apuntaba a la garganta.

—Has roto la más grande de nuestras leyes —dijo Keldo—. No levantamos un arma contra nuestra propia gente, y ahora recibirás un castigo. Servirás a los scyres con tus manos y tu mente, como yo, o contribuirás con tu esencia a la protección de la gente. ¿Qué escoges?

Porr estaba jadeando ahora, con los ojos muy abiertos y redondos mientras trataba de ponerse de pie sin lograrlo.

—¡Defiéndanme! —gritó a sus guerreros—. ¡No los dejen ganar!

Pero los compinches de Porr terminaron atrapados por las espadas de los guerreros de Phasma, y no hicieron nada por ayudar al que había sido su amigo.

—Oíste a Keldo —dijo Phasma—. Elige.

—No puedes acabar conmigo —balbuceó Porr, y los guerreros de Phasma se rieron; el áspero sonido rebotó en las paredes de la cueva.

—Oh, sí puede hacerlo, amigo —dijo Carr—. Ninguna de tus opciones te van a gustar.

—Ayudaré —dijo Porr—. Sólo..., por favor, no me mates. Trae al sanador. Puede arreglarse.

Keldo movió la cabeza de un lado al otro, denotando tristeza. Era el único en el suelo con Porr, pero su fuerza, confianza y dignidad irradiaban, mientras que Porr se estremecía, sangraba y sollozaba. Keldo era sólo un año mayor que Phasma, pero Siv había sabido desde mucho tiempo antes que sería un gran líder.

—Aceptamos tu rendición, pero sabes que esas heridas nunca sanan —dijo Keldo—. Phasma y yo gobernaremos ahora. Tú debes encontrar tu propia manera de contribuir. Cualquier otra persona que desee desafiarnos puede dar un paso al frente. Lo trataremos de la misma manera que a Porr: con justicia y de acuerdo con la ley.

Una vez neutralizada la amenaza de Porr, Phasma se dio vuelta para encarar a los habitantes del Scyre, que se arremolinaban contra las paredes de la cueva. Aun a través de su máscara, fue como si ella viera a cada persona a los ojos, mientras sostenía su lanza agresivamente hacia el frente.

—Entonces ahora somos el Scyre —dijo Keldo.

—¡Scyre, Scyre, Scyre! —cantó la gente, empezando con un susurro y subiendo de volumen hasta convertirse en un trueno.

La atención de Phasma se desplazó hacia sus guerreros y asintió en dirección a ellos, lo que significaba que estaba complacida con su desempeño.

—Siv, los detraxores —murmuró ella.

Siv buscó su bolsa en donde Keldo la había escondido y se acercó de prisa al cuerpo de Egil. Aun muerto, cada persona hacía una contribución.

—Gracias por servirnos, Egil —dijo ella—. Tu hoy protege el mañana de mi gente. Cuerpo al cuerpo, polvo al polvo.

Una vez dicha la plegaria, ella retiró la máquina de su bolsa. El bulbo, los tubos y el sifón con forma de aguja ya estaban equipados con una nueva piel curtida, lista para recolectar los nutrientes del cuerpo de Egil, sin los cuales los scyres se volverían enfermos y débiles. Siv usaba esta esencia para crear una sustancia aceitosa llamada bálsamo de oráculo, que tenía muchos usos. El más importante era que cuando se aplicaba a la piel, servía como protección de la lluvia, el sol y muchas enfermedades. Una formulación diferente creaba un linimento que ayudaba a sanar heridas. Para Siv, este proceso no era rudo, cruel ni extraño; era la cosa más cercana que tenía a una religión, y un día le llegaría su propio turno de contribuir. Egil se había ido ahora, el líder encanecido al que ella alguna vez había admirado se había apagado en algún momento durante la pelea.

Cuando el detraxor terminó de hacer su trabajo, ella se puso de pie con cuidado y llevó la piel llena adonde estaba parada Pasma, sosteniendo a su hermano por un brazo para que se mantuviera de pie. Siv le dio la piel curtida a Keldo con una ligera reverencia. Él la levantó.

—¡Por el Scyre! —gritó Keldo mientras levantaba la piel.

La gente vitoreó. El Scyre tenía nuevos líderes. Aunque eran jóvenes, también eran fuertes.

Pero todavía no entendían por completo a Pasma. Aún no.



CINCO

EN EL *ABSOLUTION*

VI SE PASA LA LENGUA POR LOS LABIOS SECOS Y MIRA A SU captor, deseando tener la oportunidad de ver su cara. Por supuesto, ya sabe que está irritado. Él golpea el piso con un talón y se ha sentado con el cuerpo hacia delante, concentrado en ella como si estuviera por explotar.

—No es lo que querías escuchar, ¿eh?

Él mueve la cabeza de un lado a otro.

—Necesito información secreta y pertinente. A nadie le importa lo que le sucede a los niños en planetas apartados. De lo contrario, esta nave estaría vacía.

Ella se toma un momento para asimilar por completo lo que hay detrás de su comentario.

—Información secreta y pertinente, ¿eh? Entonces tengo razón. Este no es asunto común para ti, ¿verdad, Freno de Emergencia? Esto es personal. Realmente personal. ¿Estás enamorado de Phasma?

Él se ríe y agita la cabeza, viéndola, antes de levantar el control remoto y subir la potencia aún más, tanto que ella se echa hacia atrás, parada de puntas, con las uñas imprimiendo lunas sangrantes en sus propias palmas. Cuando amaina, ella colapsa. Si no fuera por las correas apretadas, se deslizaría al suelo y gritaría. El aroma de la carne quemada llena el pequeño cuarto y le revuelve el estómago. Le toma más tiempo regresar esta vez, mientras su captor simplemente se sienta en la silla a mirarla.

—Está bien, lo opuesto entonces —dice ella, finalmente. Aclara su garganta quemada—. Mira. Tú quieres algo y yo quiero algo, y estamos solos, así que hagamos un trato.

Tiene que recurrir a toda su voluntad para elevar la cabeza y mirarlo a... bueno, adonde deberían estar sus ojos. Los abismos negros de las lentes de su casco sólo muestran el rostro suplicante de ella, ahogado en rojo. Él asiente casi imperceptiblemente, así que ella continúa.

—Yo sé todo lo que quieres saber sobre Phasma. —Hace una pausa llena de significados, lanza otro escupitajo de sangre con preocupantes manchas negras—. *Todo*. Digamos que te lo cuento. Y digamos que después de hacerlo, tú me dejas ir. ¿Qué te parece, Freno de Emergencia?

Él cruza los brazos y lo piensa, tomándose el tiempo suficiente para que ella recupere el aliento y deje de jadear.

—Me llamo Cardinal —dice por fin, y ella tiene que esforzarse para no reír. Por supuesto que ya lo sabía, pero lograr que el torturador comunique algo personal es como la primera grieta en una presa de agua. Si ella tan sólo logra sobrevivir y seguir hablando lo suficiente, tal vez logre encontrar algún punto débil en su armadura. Encontrar una ruta de escape. O, mejor aún, convertirlo para la causa. Sabe que Cardinal es un soldado apegado a las reglas, pero también que se dedica a trabajar con niños, dirigiendo el programa que convierte huérfanos en asesinos. Tal vez si le dice lo que quiere saber de Phasma puede exponerlo a algunas horribles verdades relacionadas con la Primera Orden en general. Tiene que seguir construyendo este pequeño entendimiento.

—¿Cómo es que mereciste recibir un nombre, Cardinal? —pregunta ella—. El resto de los cabezas de cubeta sólo son números.

Él ignora la pregunta.

—Quieres un trato. Aquí lo tienes: me dirás todo lo que sabes sobre la Capitán Phasma. Cada detalle. Si me das la suficiente información secreta para destruir su reputación entre la Primera Orden y que le formen una corte marcial, pensaré en dejarte ir. Pero comprende que no tienes esperanza de irte si no quedo satisfecho. —La droide flotante emite unos pitidos que parecen urgirlo, y él agrega—: Hazlo rápidamente. Tengo que cumplir con un horario aquí.

—Un horario, ¿eh?

Cardinal agita una mano a través del aire.

—Eso no te incumbe. Lo que debe preocuparte es decirme lo que quiero saber.

Ella ha estado hundida en la silla de interrogación, sostenida por las correas y las bandas, pero ahora Vi recupera la fuerza y se sostiene sobre sus pies. Es mucho más pequeña que Cardinal, pero también es fuerte y necesita que él lo sepa.

—Si prometes que me dejarás ir, te diré todo lo que necesitas para derrumbar a Phasma.

Cardinal asiente y estira su mano como si quisiera estrechar la de ella, pero, bueno, la tiene amarrada a una silla de tortura. Tal vez en algún momento ella lo convenza de que es bastante inofensiva y la suelte. Él deja caer su mano.

—Es un trato —dice él—. Pero sólo si obtengo lo que necesito. Así que, adelante. Cuéntame todo.

Ella asiente y sonríe. ¿Así que él cree que controla la situación? Bueno, hora de regresar al suelo nivelado.

—Oh, tendrás todo. —Ella levanta la cabeza para mirarlo—. Pero me ayudarías un poco si me muestras tu cara. ¿Qué tal si te quitas el casco, ahora que somos amigos? ¿Tienes miedo de que crea que no eres guapo?

La inofensiva sonrisa de ella debió convencerlo... o quizá sea el hecho de que planea matarla en cuanto obtenga lo que necesita. Vi también sabe algunas cosas más sobre él, pero mantendrá esas cartas bajo la manga para más adelante.

Después de pensar en la solicitud, él revisa que la puerta esté cerrada con llave, vuelve a revisar todas las cámaras y se da vuelta hacia Vi. Lo primero que ella nota cuando coloca el casco rojo sobre la mesa es el pelo sudoroso, corto, de color negro azulado. Cuando él se da vuelta para quedar de frente, ve a un hombre de aspecto mucho más joven del que esperaba. Tal vez de cuarenta años, aunque las arrugas de su cara y la distancia entre sus ojos café oscuro sugieren que ya ha vivido mucho. Su piel es dorada, con pecas y parches más oscuros que hablan de años de quemaduras de sol. Tiene arrugas en las comisuras de ojos y líneas al costado de los labios creadas por su sonrisa, pero ahora no está sonriendo.

—Por tu expresión se diría que ya estás pensando de nuevo en tu control remoto —dice Vi—. Pero, no te preocupes. Me comportaré. Si me exprimes demasiado con eso, no podré hablar. Además haces que me entumezca toda, ¿sabes?

Él no dice una palabra, sólo la contempla, con una línea lúgubre en su boca. Algo en sus ojos sugiere... ¿Es pena? ¿O culpa? Lo que sea, ella está lista para ahondar en ello.

—Sabía que eras de Jakku, pero parece que no te la pasaste muy bien allí —dice ella.

Eso hace que él se acerque y sacuda una mano enguantada en el aire, como si borrara un rastro en la arena.

—No importa de dónde soy. Regresemos a Phasma. A menos que prefieras decirme dónde está localizada la base de la Resistencia.

Ella sacude la cabeza en dirección de él, como si se tratara de un niño malcriado.

—¿Tú crees que ellos comparten ese tipo de información con personas como yo así nada más?

—Sí.

—Bueno, tal vez lo hagan o tal vez no, pero eso no era parte del trato. Así que dame todas las descargas que quieras. Eso sí, te advierto que podría hacer que se me olvide cómo Phasma se apareció un día y te robó tu trabajo.

Cardinal no puede ocultar la sorpresa de que ella lo sepa, pero sí puede apuntarle a la cara con un dedo amenazador.

—Ten cuidado, escoria. Insultarme no va a servirte de nada.

—Oh, cariño. Si no fuera verdad, no te hubiera dado tanto coraje. Apuesto a que realmente te quema saber que ustedes dos salieron de la nada y que aun así ella se te adelantó.

Vi ha recibido entrenamiento en la lectura de microexpresiones. En este tipo de situaciones, la vigilancia cuidadosa de sus emociones podría ser lo único que la mantenga viva. Las emociones que cruzan por la cara de él son repentinas e imposibles de ocultar.

No está entrenado en la resistencia al interrogatorio ni en el control de sus facciones, y ella guarda este fragmento de información junto con lo demás que ha aprendido. Ahora las arrugas en la cara de él se hunden con resentimiento, ansiedad y rabia. Sus dedos recorren el control remoto, pero seguramente lo han programado con un excelente autocontrol. Sin embargo, parece presa de una lucha interna. El droide hace sonidos burbujeantes sobre el hombro de él, quien sacude la cabeza, pone una expresión neutral y prueba una nueva táctica.

—No deberías provocarme. Llevo mucho tiempo cazándote, Moradi. Veo que también has obtenido información secreta sobre mí. Y eso significa que sabes que he estado en combate y que no me agobia matar a mis enemigos.

No sorprende que mantengan a este tipo detrás de un casco. Es fácil leer sus reacciones: se enoja y se le hiere con facilidad. Ella podría despojarlo de todo lo que posee en la mesa correcta de sabacc.

—Hablando de eso, ¿qué sabes de mí? —pregunta él, con voz agresivamente recortada, como si la pregunta no fuera más que una formalidad.

Vi piensa con detenimiento en la pregunta y le entrega la más pequeña muestra de lo que sabe.

—Naciste en Jakku, y el General Hux, Brendol Hux, el original General Hux, te sacó del planeta y te trajo a su programa de entrenamiento después de la batalla final entre la Nueva República y el Imperio. Ahora tú diriges a la mitad más joven del programa de capacitación de stormtroopers, mientras que Phasma pule a tus graduados para la batalla. Tú reportas al General Hux; es decir, a Armitage, el hijo de Brendol. —Cuando él abre la boca para preguntar más, ella sacude la cabeza—. Eso es todo lo que sé, Cardinal. Ni siquiera conozco tu nombre real, si alguna vez has tenido uno.

Él se pone de pie y se da vuelta hacia la puerta. Ella sabe muy bien lo que él está pensando y tiene que detenerlo.

—Espera, sé una cosa más. Eres un recluta ideal. Un soldado perfecto. Ni una sola marca negativa en todos estos años. Así que quizás estés pensando en delatarme ahora mismo, decir a tus superiores que tienes una espía de la Resistencia cautiva. Si lo haces, Cardinal, no te diré nada de Phasma. Si dejas este cuarto, estaré muerta antes de que regreses. Te lo juro.

Él resopla, pero se aparta de la puerta.

—¿Por qué harías eso?

A pesar del frío en el cuarto, el sudor resbala por la frente de ella, quien sacude la cabeza para apartarlo antes de que le queme los ojos.

—Tú estás dispuesto a morir por tus ideales. ¿Te parece tan incomprensible que yo desee morir por los míos?

Se acerca a ella, pero no en plan amenazador, sino con una especie de fervor religioso.

—¿Por la Resistencia? Sí, me parece increíble. Es una tontería. A ellos no les preocupa. No les preocupa nadie. Ellos medran en el caos.

Vi resopla.

—Odio informártelo, hombrezote, pero la mayoría sólo quiere vivir sus vidas chiquitas, no ser atrapada y morir en la batalla de alguien más por el poder definitivo. La Resistencia busca la libertad. Trata de hacer lo correcto y detener a los abusivos y a los tiranos. —Ella no puede dejar de sonreír mientras piensa en Baako, estudiando para ser un diplomático y entusiasmado por la perspectiva de hacer el bien a Pantora—. La Resistencia recompensa a las personas buenas que desean ayudarla. Si no te gusta cómo te tratan aquí, si te han hecho a un lado a la hora de un ascenso o si estás cansado de enviar niños a los planetas para oprimir poblaciones inocentes con blásters y lanzallamas, la Resistencia te otorgaría el perdón absoluto.

—¿Desertar? ¿A la Resistencia? —Él se ríe a carcajadas y recarga la espalda contra la pared, con los brazos cruzados—. ¿Por qué querría hacer algo tan estúpido?

—Porque las personas que tratan de hacer que Phasma caiga suelen tener finales horribles. Por lo menos, así pasó en Parnassos. Supongo que también pasa así en esta nave.

—Hablando de eso, nuestros registros indican que Parnassos fue destruido.

—¿Cómo va a estar destruido si tus hombres sacaron información de él del registro de mi nave?

Él mueve los ojos para ver el techo.

—El planeta todavía está allí, pero el nivel del agua creció. La gente de Phasma está muerta.

Vi sonríe con astucia.

—No todos. Alguien simplemente quiere que pienses eso. Me sorprende que lo creas. Y que ella no lo haya borrado por completo de tus mapas.

—¿Por qué Phasma haría eso?

—Porque no quiere que nadie sepa lo que sucedió el día que Brendol Hux cayó del cielo ni el día que él hizo un trato con ella.

Ahora Cardinal se burla, seguro de que la ha tomado desprevenida.

—Eso es mentira. Brendol Hux no hacía nada sin que yo lo supiera. Yo era su guardia personal.

—Entonces fallaste, porque él estuvo allí, en Parnassos. He visto la evidencia con mis propios ojos.

Cardinal se inclina hacia delante, evidenciando que ella ha despertado en él un nuevo interés.

—¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Qué sucedió?

Con un suspiro, Vi echa su cabeza hacia atrás. Los pies la están matando y hay una sorda pulsación detrás de sus ojos. Tiene dolor en cada una de las partes de su cuerpo. No puede escaparse del olor de su propia carne quemada. Pero debe continuar. Tiene que darle lo que quiere, pero necesita tomarse su tiempo y, con suerte, tal vez ganarlo para su causa. O por lo menos evitar que la mate.

—Llegaré a Brendol a su debido tiempo. Primero, necesitas conocer la historia de Phasma.

Cardinal sacude la cabeza.

—No tengo mucho tiempo. Ve a la parte del General Hux. Si ella le hizo algún daño o si trabajó activamente en su contra, sólo necesito evidencia. Algo para atraparla. —La droide lanza un pitido de advertencia, y la boca de él se tuerce mientras lo mira—. No. Iris tiene razón. Cuéntame todo. No tengo manera de saber lo que al final pueda ser importante.

Eso resulta excelente, porque de todos modos es lo que Vi estaba por hacer. No serviría para este trabajo si entregara la mejor información tan fácilmente.

—Estoy de acuerdo con tu droide. Necesitas escuchar toda la historia. Para que comprendas de verdad a quién estás tratando de derribar.

El pulgar de él juega sobre el control remoto.

—¿Por qué necesitaría comprenderla cuando sólo quiero destruirla?

—Porque todo gran cazador sabe que es fundamental comprender a su presa, sobre todo cuando se trata de un depredador que, a su vez, te está cazando. Por todas las historias que Siv me contó, ella se aseguró de que yo comprendiera muy bien una cosa.

—¿Qué cosa?

Vi mira a Cardinal a los ojos con dureza, para obligarlo a comprender.

—Phasma hará cualquier cosa para sobrevivir.



SEIS EN PARNASSOS, DIEZ AÑOS ANTES

EN LA ÉPOCA EN QUE TUVO LUGAR ESTA HISTORIA, DE ACUERDO con Siv, había una niña entre los scyres que representaba algo importante para ellos. Los habitantes de Parnassos valoraban a los niños por encima de todo lo demás, porque sabían que sin niños su banda se extinguiría por completo en unas cuantas generaciones. Sin embargo, en los últimos diez años los bebés se habían vuelto raros y los embarazos con mucha frecuencia terminaban en tragedia. Ya fuera por algo en el aire, la lluvia ácida o la falta de nutrientes vitales, casi todos los niños se perdían antes de que los vientres de sus madres empezaran siquiera a hincharse. Pero una mujer llamada Ylva había dado a luz a una bebé sana, y el clan estaba decidido a mantener a salvo a la madre y a la niña.

Cuando cumplió los cinco años, la hija de Ylva era lo bastante grande para cazar ranas y erizos de mar y para contribuir con el clan, así que le dieron el nombre de Frey. Era algo raro que un niño viviera lo suficiente para recibir un nombre. Frey trajo esperanza al clan de los scyres y todos la querían y la consentían. Gracias a su pequeño tamaño y a sus dedos ágiles, se aventuraba en cuevas que el resto del clan no podía explorar para robar huevos de aves en las estrechas repisas de roca en que anidaban. Fue la primera niña en alcanzar los cinco años de edad; la única, hasta entonces, de su generación, y todos la amaban y la adoraban.

Keldo y Phasma habían sostenido el mando con firmeza durante casi dos años, y el grupo estaba floreciendo. Aunque aún mantenía cerca a sus guerreros, Phasma consideraba que era su responsabilidad mantener a todo el grupo del Scyre, incluidos quienes no tenían talento o eran demasiado viejos o enfermizos para defender activamente al grupo, en buena condición física y capacitado en el uso de armas. Hasta la pequeña Frey le rogó a Phasma que le enseñara a pelear, y Phasma le hizo un hacha a su tamaño con piedra y madera de naufragios. Juntas, jugaban alegremente en el piso de la cueva Nautilus, cuando estaba seca.

Un día, Siv y Pasma estaban entrenando en los acantilados, cerca de la orilla de su territorio, saltando de un pináculo de roca al siguiente mientras desviaban golpes y cortaban con sus espadas. Se necesitaba agilidad y fuerza para maniobrar sobre rocas afiladas, mientras el océano se agitaba muy abajo. De pronto, Pasma levantó una mano para detener la pelea y usó su viejo par de quadnocs para explorar el horizonte.

—Balder —dijo ella.

—¿Nos atacan los claws? —preguntó Siv, contenta de tener sus guadañas a mano.

Los claws eran una banda de guerreros locales liderados por un dug particularmente malvado de nombre Balder. Todos los scyres eran humanos, pero tenían historias que habían pasado desde sus ancestros que sugerían que alguna vez hubo dugs, además de chadra-fans y rodianos, entre sus filas. Hasta donde sabían, Balder era el último de su especie. Los claws tenían más gente y más peleadores en particular, pero lo que Balder no tenía era la capacidad mental de los hermanos que lideraban a los scyres.

—No es un ataque. Sólo es Balder. Pero nos está vigilando. Lleva haciéndolo desde hace tiempo.

Las manos de Siv apretaron las empuñaduras de sus armas.

—¿Crees que quiera la tierra? ¿La Nautilus?

Pasma movió sus quadnocs en la otra dirección, hacia el grueso de los acantilados de piedra donde su banda vivía su vida comunal. La gente estaba relajada y trabajando. Keldo repartía sentado sobre una piel suave, mientras Torben le enseñaba a Frey cómo lanzar golpes al aire con su hacha.

—Creo que quiere a Frey.

—¿Por qué?

—Porque ella es lo más precioso que tenemos.

Siv lo pensó y preguntó.

—Entonces ¿por qué ahora?

—Porque ahora ella es útil. Los claws no tuvieron que gastar tiempo y recursos para mantenerla viva cuando era bebé, pero ahora estarían felices de usarla.

La idea hizo que la sangre de Siv hirviera.

—No podemos dejar que pase.

Pasma miró de nuevo en dirección del territorio de los claws.

—No, no podemos.

A partir de entonces, Pasma apostó dos guardias a la orilla de su territorio. Cada turno reportó que los espías de Balder seguían vigilando.

Así que Pasma vigilaba a los claws, que a su vez vigilaban a su gente. Entonces urdió un plan. Lo notable esta vez fue que, a diferencia de otras veces en que ella siempre trabajaba en combinación con su hermano, Keldo, como si fueran dos brazos de un mismo cuerpo, ahora sólo se lo explicó a sus guerreros. No informó a Keldo que pronto serían víctimas de una incursión. Tampoco le contó que ella exploraría, a su vez, el territorio de los claws para espiar a Balder. Pero Siv lo sabía.

Por fin sucedió en una noche sin luna. Phasma y su gente estaban durmiendo en sus hamacas de red, amarradas entre los pináculos rocosos más elevados, cuando sonaron los ululantes gritos de los claws, rebotando en la piedra. Phasma estaba preparada. Se balanceó en su hamaca, completamente despierta. Blandió su lanza y saltó de roca en roca hacia la hamaca más segura, donde Ylva siempre dormía con Frey atada a su pecho. De la misma manera, sus guerreros saltaron de sus hamacas, armados y despiertos, listos para pelear. El resto de los scyres no tenía idea de que el ataque estaba por suceder, pero se replegaron y prepararon sus armas. La primera de las vigilantes nocturnas del Scyre gritó y cayó, cortada por el propio Balder; su cuerpo salpicó sobre el océano y rápidamente fue arrastrado hacia abajo, al agua oscura, por dientes blancos y brillantes de por lo menos un metro de largo.

Phasma miró cómo sucedía, demasiado lejos para salvar a la guardia, y gritó con rabia. Los scyres no habían perdido a un miembro en muchas lunas, y esa era una manera sucia de morir.

—¡La madre está aquí! —gritó Balder, colgando de una saliente y señalando adonde Ylva estaba encogida en una hendidura de la roca, con los brazos rodeando el bulto atado a su pecho.

—¡Pero yo estoy aquí! —se burló Phasma.

La gente del Scyre formó un círculo y protegió a Ylva, Phasma se interpuso entre su propia gente y Balder.

—No me asustas, niñita —gruñó Balder.

Aunque era mucho más pequeño que Phasma, el dug tenía de su lado la agilidad natural y la agresión de su especie, además de un estilo único de pelea: caminaba de manos y usaba sus ágiles piernas para manipular sus armas. Phasma nunca había peleado con él, pero no iba a darle ventaja alguna.

Mientras se desplazaban en círculo, Phasma saltó hacia él. En una mano sostenía su lanza, que tenía en la punta su hoja más delgada, y en la otra mano tenía un hacha de metal oxidado. De los muchos restos de las viejas minas que su gente había saqueado, nada era tan útil como las viejas hojas de sierra y la maquinaria con la fuerza suficiente para cortar la propia roca. Ella hizo sangrar primero a Balder y se rio; al parecer, la pelea despertaba en ella una feroz alegría. Hasta entonces, las redadas habían sido pruebas, más que otra cosa, pero esta batalla era real.

Fue difícil llevar la cuenta de quién moría y quién vivía mientras los scyres peleaban para defender sus vidas. Aunque mantuvieron un círculo apretado alrededor de Ylva, algunos miembros de los claws lograron saltar al interior del anillo protector, o abrirse paso peleando. Torben era quien permanecía más cerca de Ylva, la última línea de defensa con sus poderosos mazos erizados con clavos. A pesar de que ella tenía su paquete atado a su pecho, Ylva peleó con tanta ferocidad como cualquiera, derribando a dos peleadores claws con las hojas oxidadas de sierra que Phasma le había enseñado a empuñar. Hasta Keldo derribó a un claw porque sólo podía pelear en su lugar atado con cuerdas a su pináculo de piedra y obligado a pelear en un pie.

Pero Phasma fue la guerrera que hizo más daño. Con su máscara y sus clavos para escalar, era fuerte, alta, rápida y dominaba cada arma que portaba. A pesar de que Balder tenía la ventaja física, Phasma peleó como si anhelara la muerte a manos del enemigo, como si añorara caer ante la b'hedda de Balder, una afamada arma de los dugos que él había elaborado con sus propias manos y con grandes esfuerzos a partir de un viejo sable que había extraído de una mina. Pero el b'hedda era un arma para la distancia y Phasma se acercó rápidamente a Balder, luchando dentro de su propio círculo de defensa y obligándolo a apartarse de Ylva y a usar herramientas más personales para superarla. Era como un baile, me contó Siv: una adolescente vestida como un monstruo, con las armas girando en sus manos mientras peleaba con un dug adulto.

Phasma desvió cada golpe y contraatacó hasta que la sangre de Balder empezó a gotear de su piel gris como la piedra. Una de las razones por las que él gobernaba era porque no caía enfermo por sus heridas tan fácilmente como lo hacían los seres humanos con tanta frecuencia, pero pronto terminó jadeando y actuando con lentitud. Su cuchillo cayó de su pie cortado como si el apéndice estuviera entumecido, pero siguió peleando. Cuando Phasma le cortó una de las aletas de una oreja de la que colgaban adornos ceremoniales, Balder finalmente rugió de rabia, se dio vuelta y se alejó, ordenando la retirada. Los claws lo siguieron de buena gana, porque habían perdido a una docena de miembros y sostenido severos daños sin obtener a la niña que buscaban.

Phasma se quedó parada sobre su pináculo de piedra junto a una scyre, levantó su hacha en el aire y lanzó su grito de guerra. Su gente se reunió alrededor, incluida Ylva, quien estaba exhausta, porque había sido el centro del ataque.

—¿Cómo está la niña? —gritó Keldo.

Cuando Ylva desamarró su carga, no había señales de Frey. Su bulto estaba lleno de mantas rasgadas. Los scyres contuvieron la respiración, impactados de que, a pesar de la derrota, la gente de Balder lograra robar a la niña que estuvieron dispuestos a proteger, incluso hasta morir.

Entonces Phasma desamarró su voluminoso abrigo para mostrar que ella misma había cargado a Frey; la niña estaba atada a su pecho, intacta.

—Corriste un gran riesgo, hermana —dijo Keldo, con aspecto sombrío.

—Y funcionó. Ya no veremos a Balder por un buen rato. Si volvemos a verlo.

Eso llamó la atención de todos. Mientras Phasma desamarraba a Frey y transfería a la niña de regreso con su madre, Keldo la presionó.

—¿Por qué? Después de esta noche, pensaría que es dos veces más probable que ataque, ahora que le hemos denegado su botín.

—¿Viste cómo Balder ya no podía pelear? ¿Cómo sus armas caían de sus pies y veía los dedos de sus pies con horror? Probé otro truco, y resultó bien.

—¿Y no me dijiste?

—No estaba segura de que funcionaría. Siempre suponemos que las heridas se infectan por el agua, pero me di cuenta de que es por el liquen de las rocas. Con sólo tocarlas las puntas de los dedos se entumecen. Así que aplasté el liquen para hacer una

pasta y la unté sobre mis espadas. Por eso Balder se debilitó. Ni siquiera la sangre de los dugs puede contener el veneno.

Ella levantó su hacha, era evidente que había una sustancia de color verde claro en el metal, mezclada con sangre y pedazos de carne gris.

—¿Por qué no compartiste esto con la tribu —preguntó Keldo, apenas conteniendo la ira—, cuando todos pudimos obtener ventajas con este conocimiento?

—Tenía que probarlo primero. Tenía que estar segura. Y te lo estoy diciendo ahora.

—Hermana, estoy avergonzado de ti.

Phasma enganchó sus armas en su cinturón y se abrió paso hasta el pináculo de roca en que él estaba sentado, con su pierna buena y su media pierna colgando sobre el océano revuelto, muy abajo.

—¿Estás avergonzado de que haya derrotado a nuestro enemigo y de que haya salvado a una madre y una niña y protegido el territorio de los scyres? ¿O estás avergonzado de que no te haya incluido en mis planes por decisión propia?

Keldo pensó cuidadosamente las palabras de ella, como lo hacen los buenos líderes. Sabía que perder su temperamento lo haría quedar mal.

—Gobernamos juntos, Phasma. Siempre lo hacemos.

Phasma no se arredró ni pestañeó.

—Todavía lo hacemos. Pero la pelea es mi especialidad, hermano, y hoy peleamos. ¡Y ganamos! —Ella lanzó un grito de guerra; los scyres la secundaron, levantando sus armas al cielo nocturno tan lleno de estrellas lejanas—. Ahora que Balder está inválido y su gente se recupera, debemos regresarles el favor. Incursionar en sus asentamientos. Tomar su territorio. Ellos tienen una meseta del tamaño suficiente para que duerma toda su banda. Encienden una hoguera por la noche para cocinar sus alimentos y calentar sus cuerpos. ¡Todas las noches! Los scyres merecen sentir el calor de esa hoguera, ¡y mirar a nuestra Frey caminar sobre tierra suave!

Sin embargo, ante eso, la gente no gritó para demostrar su acuerdo. Se quedó callada y miró a Keldo.

El rostro de Keldo estaba sombrío.

—Eso no puedo permitirlo, hermana. Una cosa es matar para defender nuestro hogar y nuestra cueva sagrada; otra, invadir un territorio vecino, sin importar que sea una tiranía. Somos buenos y fuertes, pero no asesinos. Yo dormiría mejor con la consciencia tranquila que calentándome sobre los huesos de personas inocentes. Debemos usar este periodo de fragilidad para forjar una paz con la gente de Balder. De seguro ellos, como nosotros, comprenden que si pasamos más tiempo sobreviviendo y procreando niños y menos tiempo peleando, toda nuestra gente se fortalecerá. Si seguimos peleándonos por nada, nos extinguiremos. Una, tal vez dos generaciones más y no quedará nadie para pelear, no quedará nada por lo cual pelear.

Los scyres asintieron ante estas palabras sabias; sin embargo, Phasma dejó escapar un zumbido de desaprobación, mientras el vapor salía de su máscara, que aún mantenía puesta.

—Tú le tienes demasiado aprecio a la paz —dijo ella, simplemente.

—Soy un líder, y un líder hace lo que considera mejor para su gente.

Phasma movió la cabeza de un lado a otro y se apartó.

—Yo soy una peleadora. Hago lo que debo hacer para sobrevivir. Y proponer la paz a Balder no nos salvará.

Después de que Phasma se alejó para sentarse sola en un promontorio lejano, donde había caído la guardia nocturna, los scyres votaron. Se decidió dejar que Keldo tratara de hacer las paces con Balder, aunque los guerreros de Phasma votaron en contra. Los hombres de más confianza de Keldo lo ayudaron a hacer el viaje al territorio de los claws al día siguiente; él no solicitó la presencia ni la ayuda de su hermana. Phasma y sus guerreros se quedaron mirando, en silencio, mientras la procesión pasaba junto a ellos. Una votación era una votación, después de todo.

Como el dug estaba inconsciente y aún sanando de las heridas que le había infligido Phasma, la gente de Balder no tuvo otra opción más que aceptar las condiciones de Keldo. Se negoció una frágil paz entre scyres y claws, sin Phasma y sin Balder. No habría más redadas. Trabajarían juntos por un futuro compartido, intercambiarían bienes y estimularían nuevas amistades que podrían producir niños sanos. Todos aplaudieron y scyres elegidos por Keldo pisaron suelo real por primera vez en muchos años, disfrutando la breve seguridad de la tierra de los claws.

Phasma y sus guerreros se habían quedado atrás, vigilantes en sus pináculos rocosos, resguardando a la Nautilus y los miembros más indefensos del clan, como siempre lo hacían. Pero escucharon los vítores mientras regresaba la procesión de Keldo. Phasma tenía puesta su máscara, pero tenía los puños apretados. Ella dio la espalda a la celebración y miró hacia el océano.

Por sus muy diferentes papeles en esta nueva paz, Phasma y Keldo fueron reconocidos y festejados como héroes.

Pero para Phasma no representaba paz. Era una traición. Tal vez le había ocultado sus planes a Keldo, pero él se opuso directamente a ella y luego la desdeñó.

Ella no lo olvidaría.



SIETE EN EL *ABSOLUTION*

VI LEVANTA LA VISTA. CARDINAL ESTÁ HIPNOTIZADO POR LA historia, inclinado con avidez hacia delante.

—¿Así que estás diciendo que ella fue una heroína en su planeta? —pregunta él con una sonrisa triste—. ¿Que salvó a madres y a niñas e inventó nuevas armas contra sus enemigos? ¿Que merece su reputación de soldado perfecto? —se burla—. Por desgracia, esa información no me ayuda. Hay una reunión mañana. El General Hux estará allí y necesito algo que pueda acabar con la Capitán Phasma de una buena vez.

—¿El pequeño Armitage viene a jugar? ¿Qué se celebra?

—No me corresponde saberlo. Soy un soldado, ¿recuerdas? Ahora dime algo que pueda usar.

Vi se aclara la garganta seca y sacude la cabeza, sintiéndose como una maestra con un estudiante particularmente obstinado.

—Esa fue sólo una historia, una probada de la vida de ella en Parnassos. El relato de sus orígenes, por decirlo así. Es fácil ser un héroe cuando tu propia supervivencia está alineada con la de alguien más, cuando tu victoria es una victoria de todo tu clan. En Parnassos, haces una contribución al grupo o no duras mucho. No había nada que perder en su pelea con Balder. Su grupo necesitaba a esa niña para la supervivencia del clan. Salvar a Frey era como salvarse a sí misma, aunque parezca un poco cursi en la superficie. La información real que necesitas apartar de esta idílica escena es que Phasma traicionó a su hermano y le guardó rencor. Sí, ella salvó a la niña. Además inventó una nueva arma. Pero no dejó que alguien más recibiera un poco de sus fanfarrias, y ella no quería paz. De haber sido por ella, hubiera matado a cada uno de los claws.

Cardinal no dice una palabra, sólo frota sus manos en su cabello y mira a cualquier lado. Vi casi puede ver que hace cálculos en su cabeza, ver que la Phasma que él conoce ahora es la misma que una vez se mantuvo de pie en Parnassos, con armas en las manos. Pero esta historia no bastará para convencerlo de lo que Phasma es realmente. Él necesitará más.

Y lo quiere para mañana, de modo que pueda, ¿qué? ¿Contar chismes sobre Phasma? ¿Hacer que la corran de la Primera Orden? Su rivalidad debe de ser más seria de lo que la Resistencia la había llevado a creer. Le dijeron que Cardinal y Phasma eran iguales, cada quien con su propio dominio, pero definitivamente no era así como Cardinal lo sentía. Esta no era una pequeña reyerta laboral ni una competencia amistosa. Y si Vi aprendió algo en Parnassos fue que Phasma tiene sus propios planes para Cardinal, que ella no dejará que un rival adulador perdure demasiado, sobre todo si se convierte en una amenaza.

Vi puede ver cómo la historia empieza a fragmentar a Cardinal. Cómo cuanto más piensa en Phasma, menos se parece a un soldado formal de la Primera Orden y se convierte más en un niño furioso. Ella tiene que estimular eso, mantener alteradas las emociones de Cardinal y presionarlo para que su cuidadosa programación se resquebraje. Esa es la clave para tenerlo de su lado.

Pero también debe evitar que se enfurezca tanto como para que la mate.

El control remoto nunca ha estado lejos de la mente de Vi. No puede recibir muchos choques eléctricos más. Es fundamental que él no pierda de nuevo su temperamento. Hay que mantener un delicado equilibrio, y ella definitivamente no está en las mejores condiciones ahora.

Ella pasa saliva audiblemente, separando los labios agrietados.

—Oye, ¿qué te parece si me das un poco de agua? Estoy seca, y al mismo tiempo sentando las bases para las historias realmente jugosas.

Cardinal niega con un dedo.

—No tenemos mucho tiempo. Sólo cuéntame.

—Así no funcionan las cosas. Si muero de deshidratación o electrocución, la historia de Phasma se muere conmigo.

—¿Tengo aspecto de que voy a traerte comida para un día de campo? Esto es un interrogatorio, no una fiesta.

—Va a parecerse menos a una fiesta cuando me desmaye.

La droide flotadora (¿él la llamó Iris?) rodea deprisa a Vi y lanza varios pitidos imperativos a Cardinal. A Vi le gustaría burlarse de que él reciba órdenes de una droide, pero sabe muy bien que cuando Gigi tiene nueva información, ella siempre la escucha. Va a extrañar a esa pequeña astromecánica alegre. Vi se asegura de jadear cuando Iris flota enfrente de su cara.

—Lo sé, lo sé —murmura Cardinal a su droide y se queda parado enfrente de Vi. Tan cerca que ella podría escupirle en el ojo, si tuviera la humedad suficiente, pero no la tiene. Él es de Jakku, sabe qué aspecto tiene la deshidratación y no le quedará otra opción que concordar con su droide en que ella no tiene buen aspecto. Algo de los choques que esta máquina le descargó hicieron mella en su cuerpo. Las lecturas de la droide deben confirmar que ella no está jugando con él. Cardinal suspira y se pone de pie, colocándose su casco.

—No es necesario que lo diga, pero no te muevas. No trates de escapar. Me llevo el control remoto. Voy a dejar a Iris y a cerrar la puerta con seguro. ¿Puedo confiar en ti?

Ella no le dice que si la suelta de la silla en este momento, tan sólo caería al suelo y convulsionaría. Sus músculos están agotados, los huesos le duelen.

Tampoco le dice que lo que está tratando de hacer precisamente es crear confianza, y que esta es una estupenda manera de lograrlo.

—Puedes confiar en mí porque hicimos un trato. Pero, cuando regreses y me encuentres completamente inmóvil, quiero que lo recuerdes.

—¿Por qué?

Ella le lanza una sonrisa que le parte los labios.

—Porque creo que vamos a hacer varios tratos más, conforme avancemos. No estaría mal un poco de comida. Esta máquina es como la cruda enorme y metálica después de una borrachera. Es terrible.

La voz de él es impersonal y fría a través del casco.

—Por supuesto que es terrible. Se supone que así debe ser. Es un dispositivo de tortura.

Con eso, él da un golpecito en el panel de control y la puerta se desliza para abrirse. Vi cierra los ojos para disfrutar esa pequeña brisa, el aire un poco más fresco, antes de que la puerta se cierre. Aunque está muy segura de que podría escapar si se esforzara, aún no se siente a gusto con sus posibilidades. Además, Iris está vigilándola, con un ojo rojo que parpadea como una advertencia. A Vi le gustaría apostar para comprobar si esta pequeña droide de comunicaciones ha sido dotada con alguna suerte de mecanismo de defensa, un láser o un brazo de choque. Pero no piensa hacerlo.

Decide repasar su cuerpo de los pies a los ojos, flexionando cada articulación, cuando es posible, apretando y luego soltando los músculos. Está adolorida y agotada. Se traza el objetivo de fortalecerse como sea antes de que él la libere de la máquina o de que ella encuentre una manera de liberarse. En el estado actual, no podría pelear ni siquiera con uno de los niños stormtroopers de él, y lo sabe.

Sin proponérselo, Vi cae dormida. Dentro de su cabeza hay oscuridad y calor, una cueva placentera donde puede descansar. Se despierta sobresaltada cuando la puerta se desliza para abrirse y se cubre de rojo brillante. Parpadeando para enfocar sus ojos, hace lo mejor posible para enderezarse, de modo que Cardinal no sepa lo débil que se siente justo ahora.

—¿Es un filete de nerf lo que huelo? —murmura ella.

—Es agua y proteínas. La dieta habitual de los troopers.

—Estaba bromeando. Huele a muerto.

Cardinal se quita el casco y lo coloca de nuevo sobre la mesa. Está sonriendo y Vi reconoce que tiene una sonrisa agradable. No importa. Él aún es el enemigo.

—Las proteínas siguen en su paquete y, por tanto, no tienen olor. La única cosa en este cuarto que tiene un olor obvio eres tú. Supongo que llevabas mucho tiempo en esa cabina de mando, ¿verdad?

Vi no puede siquiera inclinar la cabeza para oler sus axilas, pero tal vez él está en lo correcto. Entre la misión, los choques eléctricos y el encierro en este cuarto que parece una caja para asesinatos, es probable que no represente un regalo para uno solo de los sentidos.

—Pasé mucho tiempo allí, sí. —Ella está de acuerdo y ambos pueden escuchar el tono áspero en su garganta—. Y además en Parnassos, que no es conocido como un mercado de fragancias personales.

La mirada que le lanza Cardinal..., bueno, ella ya sabe que el trabajo de él incluye la capacitación de los reclutas más jóvenes, pero ahora puede ver por qué es bueno en eso. Hay bondad en sus ojos, una genuina preocupación que ella no esperaría en un enemigo. Él frunce el ceño y le acerca una botella de agua, extendiendo un popote para ayudarle a beber como lo hacía su madre cuando ella era niña y tenía fiebre en Chaaktil. El agua tiene un sabor falso, como si estuviera repleta de vitaminas y medicamentos, pero no es necesariamente mala. Ella bebe profusa y ruidosamente y él aparta el popote.

—No demasiada. Puedes enfermarte.

Ella le sonrío, con agua todavía en los labios.

—Simplemente no querrás limpiar si vomito.

—Es la única manera en que podrías oler peor.

Eso lo hace reír de verdad, y a ella le da gusto seguirlo. El policía bueno siempre es mejor que el malo y hay más posibilidades de que el final del juego sea más fructífero si pueden establecer alguna camaradería. En realidad, resulta una sorpresa encontrar que alguien que trabaja para la Primera Orden puede ser agradable; Vi esperaba un abusivo furioso, adoctrinado, con el cerebro lavado. Un imbécil. Pero él vino de Jakku, ¿o no? Tal vez vivió allí en su adolescencia, de modo que ya había moldeado su personalidad antes de que la máquina de propaganda lo atrapara. Por lo visto hasta ahora, su personalidad es muy diferente de lo que ella sabe de Phasma. Él le da unas cuantas cucharadas de pasta gris oscura, y ella se siente tan agradecida de tener algo en su estómago que no se queja del sabor.

Bueno, tal vez deba quejarse un poco.

—Sabes, en la Resistencia comen alimentos reales —dice ella—. Hechos de animales y plantas reales. Con esas cosas locas llamadas especias y sal. Te volará los sesos.

Él se sienta y mueve la mano para desechar la idea con cansancio.

—Crecí en Jakku. Unas cuantas ratas de la arena, un pájaro fibroso de vez en cuando. En ocasiones encontraba un nido de grillos, si tenía suerte. No me preocupa mi paladar. Pero, cuéntame: ¿por qué te uniste a la Resistencia?

Vi sacude la cabeza y se toma un momento para pensar en la respuesta correcta.

—Yo no me uní. Eso sugeriría que trabajo gratis, o que fui en busca de ellos o de una causa por la cual luchar. Estoy bajo contrato y ofrecieron pagarme por lo que hago mejor. Como tenía tiempo libre, acepté.

La mirada de él sugiere que sabe que la mayor parte de eso es mentira.

—Oh, de modo que, si la Primera Orden te ofrece más créditos, ¿cambiarías de bando ahora mismo?

A ella no le queda más que encogerse de hombros.

—No. Nunca. Me atrapaste. No puedo trabajar para los malos. Puedo darme el lujo de trabajar sólo para organizaciones con créditos y moral.

La sonrisa de Cardinal desaparece.

—¿Moral? ¿La Resistencia? ¿Estás bromeando? Abogan por la anarquía y la destrucción. El egoísmo. No hay moral.

—¿La Primera Orden sí la tiene? ¿No lo hacen sólo por la necesidad de mantener el dominio sobre la galaxia?

Él sacude la cabeza con tristeza, como si ella fuera una estudiante que lo decepciona y necesita un buen sermón.

—Está justo allí, en el nombre. Primera Orden. Primera. Orden. Arreglar el desastre que dejaron la República y ahora la Nueva República. Deshacerse de diplomáticos inflados y lobistas que no representan a la gente real con problemas reales. Traer igualdad para todos. El viejo sistema de gobierno es ridículo y está condenado al fracaso. Los seres sensibles no son capaces de tomar las decisiones más adecuadas para sus intereses a largo plazo. El principal objetivo de la Primera Orden es la estabilidad.

—Entonces es fácil que lo inestable se una, ¿o no? —contraataca Vi—. ¿Qué hay de la individualidad? ¿Y de la libertad? Con tantas personas en tantos mundos, ¿no son nuestras diferencias y decisiones únicas lo que nos hace hermosos?

Cardinal lanza una sonrisa de burla, recargando su espalda contra la mesa, con una mano en su bláster, como si la idea le pareciera insoportable.

—Nuestras diferencias nos hacen vulnerables. Vulnerables al mal gobierno, a la corrupción, a quedar atrapados en la burocracia en lugar de llevar a la práctica el cambio real. La estabilidad asegura el progreso para todos. Ese es el objetivo del gobierno.

—¿Por qué, Cardinal? Suenas como alguien que ni siquiera sabe que para un tirano no eres más que una herramienta.

—Y tú suenas como alguien que tan sólo quiere ver arder la galaxia.

Vi sonríe. Sus ojos dorados brillan.

—Sí, bueno, algunos de nosotros vemos mejor bajo la luz del fuego.

Cardinal expulsa el aire, molesto, y le da más proteínas. Vi las traga, odiando todo eso. Pero él ni siquiera sabe lo horrible que es la comida, ¿o sí? No sabe lo que se está perdiendo. Ese es el problema con el adoctrinamiento: lo fundamental del tipo de educación de la Primera Orden es hacer que alguien deje de pensar y que, en cambio, funcione con sus emociones. Hacer que odien todo lo demás para que se aferren a lo que les dan. Es difícil pensar por ti mismo cuando el miedo y la furia están dirigiendo la nave.

Él no puede verlo porque se encuentra en el interior. Y evidentemente cree que tiene la razón.

—Mira, no sabía lo que se siente tener el estómago lleno hasta que Brendol Hux me encontró. Sólo había dormido en la arena, nunca había pasado una noche sin despertarme

porque las ratas, las pulgas de la arena o algo peor me estaban mordiendo o picando. Los otros chicos eran crueles, los adultos eran peores. Eso es lo que hace tu Nueva República. Ignora a los pobres planetas lejanos y canaliza el dinero a los ricos que pueden permitirse una voz en el Senado. ¿Quién habla por Jakku? Nadie. ¿Quién habla por el niño que fui? Nadie.

—¿Qué ha hecho la Primera Orden por Jakku, eh? ¿Es mejor, ahora que lo has dejado atrás? ¿Los niños están bien alimentados y tienen un cuidado médico adecuado?

Cardinal tira la pasta y se incorpora, apretando los puños.

—Lo tendrán. Aún no es tiempo. Pero ese momento llegará.

—¿No te has dado cuenta? —pregunta Vi—. Nunca va a ser justo. Aunque ganes, se olvidará a los niños. Tú tuviste suerte. Tu vida mejoró. Pero eso no significa que Brendol Hux fuera bueno.

—¿Qué tiene que ver Brendol Hux aquí?

Cardinal se pone frente a su cara; ella quiere apartarse, pero no puede. Él huele a sudor, metal y esa furia soterrada e hirviente que Vi ha oído en hombres por toda la galaxia. Como si su furia brotara de sus poros porque es incapaz de concentrarla en su verdadero blanco. Esta furia puede destruir a un hombre. O puede aprovecharse. Usarse. Una herramienta para el bien mayor. Ella sólo tiene que idear cómo meterlo en el arnés y dirigirlo en la dirección correcta.

Él todavía se encuentra a centímetros de su cara. Le dificulta concentrarse. Ella se aclara la garganta.

—Paciencia —dice Vi—. Paciencia, y un poco más de agua. Estaba por llegar a la parte de Phasma y Brendol.

Cardinal se empuja en la silla de interrogación para alejarse, sacudiendo los huesos de ella dentro de la jaula de metal. Ella sabe que le encantaría golpearla, pero no puede. La electricidad no es tan personal. Su furia por Phasma es una locura que aún no ha encontrado su blanco. Ella no sabe si él se niega a golpearla porque le tiene lástima o porque está programado. Tal vez la golpearía si sus superiores le dieran una orden, pero sus superiores no saben que él está aquí. Tampoco saben que ella está aquí. Y necesita mantenerlo así. Ella no dice una palabra, no empieza su historia. Tan sólo se pasa la lengua por los labios. Necesita esa agua. La droide lanza pitidos urgentes, como si le leyera la mente.

Cardinal juguetea con la pantalla en la pared. Tal vez la está revisando para asegurarse de que no se ha notado su ausencia. Vi guarda silencio. Él no encenderá un intercomunicador, al menos mientras ella esté aquí; aun así, ella no va a arriesgarse a amenazar su frágil paz. Al final, satisfecho con cualquier cosa que haya encontrado, le trae el agua y espera a que ella cierre los labios alrededor del tubo y beba.

—No demasiada —él la previene de nuevo, como sólo puede hacerlo alguien que está casi muerto en un desierto.

—Espera —dice ella, dándose cuenta de pronto de que ha cambiado por completo el sabor de su discusión. Él es ahora una persona quebrantada con ella, que le está dando información personal—. ¿Por qué te estás portando tan amable conmigo?

Cardinal se echa hacia atrás en su silla y sonríe.

—Porque mientras estaba en mis cuarteles, investigué un poco más. No me contaste que tenías un hermano.

Vi se despierta de inmediato y queda en alerta máxima, tirando de sus ataduras.

—No tengo ninguno. No sabes nada.

—Algo me dice que Baako no está al tanto de tu vida secreta. Después de todo, los espías no son muy buenos para las carreras de diplomáticos, ¿o sí? Ni aunque se trate de diplomáticos enviados a lunas pantanosas.

Ahora ella está jadeando, furiosa y aterrada. Nunca le contó siquiera a la Resistencia de Baako. Ella se cambió el nombre para mantenerlo seguro, pagó cortadoras muy costosas para enterrar su pasado. Sin embargo, Cardinal lo sabe.

—Dime lo que quieres —dice ella, con voz baja y derrotada.

Cardinal lanza el control remoto al aire y lo atrapa.

—Lo mismo que he querido todo el tiempo. Háblame de Phasma. Y de Brendol Hux.

Vi traga saliva, se aclara la garganta y empieza a hablar.



OCHO

EN PARNASSOS, DIEZ AÑOS ANTES

UNA VEZ QUE SE HABÍA ESTABLECIDO UNA PAZ FUNCIONAL CON la tribu de Balder, las cosas debían ir bien para Phasma y los scyres. O por lo menos lo mejor que podrían ir en un mundo primitivo donde todos los días había una batalla tan sólo para comer mientras se evitaba caer entre las rocas y ser devorado por tiburones gigantes. Hasta que llegó el día en que Brendol Hux cayó del cielo. Siv dijo que él nunca les contó lo que estaba haciendo en el área. Conducir exploraciones, buscar niños para robarlos, ¿quién lo sabe? Lo único que puede afirmarse es que el viejo sistema de defensa orbital de Parnassos lo detectó, le dio a su nave y lo hizo caer como plomada hacia la imperdonable topografía del ahora primitivo planeta.

Phasma y sus guerreros empezaron a hacer preparativos en el momento en que vieron la explosión en lo alto. Mientras los restos de la nave cruzaban el cielo en franjas, Phasma lo siguió con sus quadnocs, tomando nota cuidadosa de en dónde caía. En el peor de los casos, era posible saquear naves como esta; en el mejor de ellos, siempre había una esperanza de que pudieran rescatarla y usarla para salir del planeta. Nadie con vida había visto que esas naves hicieran otra cosa que caer y estrellarse, pero eran evidencia de la galaxia de mayor tamaño más allá de Parnassos, de un futuro que les habían negado. Era doloroso vivir en un planeta tan traicionero, con tantos recordatorios de la facilidad y la tecnología que alguna vez se habían tomado como algo seguro. Por lo menos habría metal, dispositivos tecnológicos, ropa, medicamentos, comida y tal vez blásters útiles dispersos alrededor de lo que quedara de la nave. Esas eran las más grandes riquezas en el mundo de Phasma.

Pero tenían que apresurarse. Otros grupos de otros territorios también estarían viendo y preparándose para el viaje. Las estrellas fugaces, como les llamaban, eran raras, y esta nave era la cosa más brillante que los scyres hubieran visto jamás; tan brillante que tuvieron que protegerse los ojos mientras caía como flecha hacia el planeta. Parte de la

nave se desprendió y cayó flotando por separado; se dirigió al área donde el territorio de los scyres limitaba con el de Balder, lo que hizo que fuera más importante apresurarse.

Cuando Phasma y sus guerreros levantaban sus mochilas para partir, Keldo llamó para detener a su hermana.

—Me parece que le pertenece a los claws —dijo, sentado en la silla que Torben había tallado para él en un pináculo de piedra—. Nuestra paz es más importante que cualquier bien que haya en esa nave. Te prohíbo que ataques a la gente de Balder y rompas la tregua que tan arduamente hemos pactado.

Phasma no detuvo sus preparativos.

—Pero esta nave es más grande que las demás y parece estar intacta. Todavía podría funcionar. Podría cargar las riquezas y la tecnología que necesitamos para salvar a todo nuestro clan. No voy a dejar pasar la oportunidad de ofrecer una mejor vida para nosotros porque no quieres meterte en una pelea de gritos con ese tirano.

—Hermana, ¿no lo ves? Si todos trabajamos juntos en lugar de pelear, tendremos una mejor oportunidad de sobrevivir. Nuestras bandas están en el proceso de unirse. Pronto compartiremos el botín de esa nave.

—Hermano, creo que tú eres el que está ciego. Balder nunca compartiría una nave con nosotros. Puede estar de acuerdo con tu paz ahora, cuando es débil y está herido. Pero, si recupera su fuerza, nada le evitará destruirnos. Exigirá venganza, aunque sólo hayamos defendido lo nuestro. Tú sueñas con la paz, pero él sueña con el poder. Debemos atacar ahora, mientras no puede contraatacar. Parte de la nave está cerca del territorio de Balder, pero la mayor parte ha caído en las tierras baldías, y si nos apresuramos será de nosotros. Esas tierras deshabitadas no pertenecen a nadie.

—Sin embargo, debes atravesar el territorio de Balder para llegar allí. No sabemos qué peligros esperan más allá de nuestras fronteras.

—Pero sí sabemos qué peligros nos esperan *aquí*. Es hora de tomar un riesgo. Necesitamos esa nave.

Keldo aceptó a regañadientes lo que proponía su hermana.

—No puedo negar que la estrella caída podría ser nuestra mejor esperanza de supervivencia. Toma a tus guerreros y ve donde ha aterrizado la nave. Si está en territorio de los scyres, toma lo que puedas. Si está en el de Balder, déjala. Si está en los baldíos, confiaré en que negocies con nuestro aliado y encuentren un punto intermedio. La paz debe mantenerse a toda costa.

Phasma asintió, con una sonrisa en el rostro.

—Haré lo mejor que pueda para conservar la paz —dijo.

Siv observó entonces que los ojos de Phasma hervían de rabia y que su voz era áspera e implacable. Pero ¿qué podía hacer Keldo? Los guerreros más poderosos estaban del lado de Phasma. Además, gracias a su pierna, el propio Keldo no podía siquiera ir detrás de ella para reprenderla. No tenía otra opción que aceptar su palabra. Aunque los scyres habían votado con Keldo por la paz, tenían la misma idea cuando se trataba de la posibilidad de un mejor futuro. Esa nave era su mayor esperanza. Phasma se llevó a sus

cuatro guerreros más confiables y eligió a ocho más, dejando al resto de los scyres para que defendieran a Keldo, Ylva, Frey y a su adorada Nautilus.

El viaje no fue fácil, porque ningún viaje en Parnassos lo es. A menos que te encuentres en un pequeño y ágil starhopper, seas rápido y lo bastante inteligente para evitar esos cañones orbitales y casi todo lo demás que quiera devorarte en ese planeta.

El territorio scyre estaba formado principalmente por pináculos de roca negra, acantilados dentados, salientes, cuevas y ocasionales pozos que se formaban cuando había marea baja en el océano. Dentro de su acostumbrada área habitable, mantenían una serie de tirolesas, puentes de cuerda, amarras, redes y hamacas; incluso el menos ágil de los scyres podía ir de un lugar a otro sin demasiado problema. Pero, más allá de su nido, a lo largo de su frontera con los claws, el terreno se volvía cada vez más peligroso. Los puentes no eran robustos, y uno nunca sabía cuándo un pico de sostén podría oxidarse o un pináculo de piedra podría desmoronarse. Los guerreros de Phasma tuvieron suerte de que la nave se hubiera estrellado durante una época de marea baja, porque pudieron atravesar el terreno con mucha mayor facilidad que si la marea fuera alta, sin mencionar que durante esta, el mar, o los monstruos que lo habitaban, podrían tragarse a la nave.

Aunque había pasado toda su vida cerca del territorio de los claws, Phasma conocía muy poco de lo que se encontraba más allá de los límites del hogar de Balder. Lo que había visto durante las incursiones o en sus exploraciones sugería que su tierra era muy superior a la de los scyres, con mesetas planas, rocosas, tierra real y ocasionales hierbas verdes. Muchas veces, discutió con Keldo sobre los beneficios de apoderarse del territorio de los claws, incursionar más allá y plantar banderas scyres para reclamar parte de la tierra en la meseta y por fin darle a su pueblo lo que ella percibía como un espacio muy necesario para respirar libremente. Pero Keldo siempre se negó a considerar la opción de apoderarse de la tierra, y la mayoría de los scyres votó con él. No todos los scyres eran tan hábiles y tenaces como los guerreros de Phasma, y aunque sus veinte combatientes regulares podrían defender al grupo como un todo, los más viejos, débiles y lesionados del clan se sentían lo bastante felices con aferrarse al Nautilus y la ruda pero predecible vida que proporcionaba. Les asustaba tomar lo que necesitaban, cosa que enfurecía infinitamente a Phasma.

Aun así, el conocimiento que Phasma tenía del mundo consistía en el mar por un lado y la meseta de Balder por el otro. Lo que podría haber en los baldíos, más allá del territorio de los claws, era por completo una conjetura. Keldo razonaba que sólo podría ser más roca y mar, pero Phasma ansiaba saber si habría lugares diferentes, cosas distintas por las que valiera la pena luchar en el otro lado. Alguna vez Phasma razonó, mientras hablaba en privado con sus guerreros, que si los claws fueran aliados verdaderos, la gente de Balder debería permitir que los scyres atravesaran la tierra, o hasta compartirla, en lugar de mantener sus límites territoriales tan cuidadosamente delineados y tendidos.

Partieron de inmediato. Trece scyres que cargaban con las provisiones que podrían representar la diferencia entre la vida y la muerte en una tierra difícil. Odres y comida

seca que podría transportarse bien, tiras de carne seca y vegetales marinos salados y secados al sol. Hamacas de red, cobijas y abundantes armas. Picos y equipo de rapel. Viajaron con largas cuerdas de hilo trenzado anudadas entre cada persona, que representaban la única red de seguridad en caso de que alguien resbalara y cayera hacia las olas que se agolpaban abajo. Considerando el peligro de cortes y abrasiones, llevaban gruesos guantes y botas de piel, con garras en las puntas para ayudarlos a cavar en la piedra. Siempre llevaban sus máscaras, además, para protegerse el rostro de los elementos y para infundir temor en los corazones de cualquier persona o cosa que los viera acercarse. Siv había repartido su bálsamo de oráculo de antemano, para asegurarse de que los guerreros mantuvieran sus fuerzas. Debajo de sus máscaras, cada persona llevaba gruesas franjas del bálsamo color verde oscuro sobre sus mejillas.

El viaje les llevó tiempo. Gosta era la primera de la fila, gracias a su agilidad y ligereza. Ponía a prueba los puntos de apoyo, plantaba los picos que sostenían las cuerdas y se adelantaba para asegurarse de que el camino podría soportar al resto del grupo. Phasma la seguía y la ayudaba a trazar la ruta; Siv, Carr y el resto las seguían. El poderoso Torben venía al final, porque era el más pesado y la mejor defensa contra cualquier cosa que pudiera sorprender al grupo por la retaguardia. Para todos, representaba la primera misión de exploración fuera de su territorio en años, y Phasma se aseguró de que su gente estuviera segura mientras se aventuraban más allá.

Cuando llegaron a la línea de banderas que delimitaban las fronteras entre los territorios de los scyres y de Balder, Phasma marcó un alto y sacó sus quadnocs. La frontera parecía interminable aquí y estaba caracterizada por su aspereza y su inutilidad como lugar habitable. Agujas largas de roca rota se levantaban como picos, y mucho más allá de ellos no se extendía el océano al que los scyres estaban tan acostumbrados, sino más piedra aserrada y llena de huesos, basura y hongos de colores brillantes.

Al explorar el área, Phasma descubrió a uno de los centinelas de los claws que hacía guardia en un pináculo más ancho de piedra. Apartando sus quadnocs, miró a sus guerreros, de uno en uno.

—Gosta, derribalo —dijo, señalando a la figura en el horizonte.

Gosta asintió, desenganchó su arnés de las cuerdas del grupo y se alejó, saltando atléticamente de un pináculo a otro.

Uno de los scyres que no pertenecía al círculo interno de Phasma parecía espantado.

—Pero Keldo dijo que debemos mantener la alianza a toda costa.

Phasma saltó para compartir el pináculo sobre el que estaba parado, mirándolo a los ojos a través de su máscara feroz.

—Keldo no está aquí, y él no sabe cómo funcionan las cosas fuera de nuestro territorio. Balder no nos permitirá cruzar la frontera, sobre todo si él también quiere la nave caída. Ese guardia se interpone entre nosotros y la cosa que podría salvarnos.

Por su aspecto, el hombre quería añadir algo, pero sus botas lanzaron guijarros abajo, porque la torre de piedra apenas tenía el tamaño suficiente para contenerlos a los dos. De alguna manera, Phasma pareció inclinarse hacia delante sin haberse movido, y el hombre

retrocedió, perdió el equilibrio y empezó a caer. En el último momento, Pasma lo tomó del brazo en el aire, lo atrapó y sus cuerpos quedaron balanceándose de tal manera que evitó que ambos cayeran por la orilla.

—¿Estás conmigo o contra mí? —susurró ella.

—Estoy con el Scyre —respondió él rápidamente.

—Cuando Keldo no está aquí, yo soy el Scyre.

El apretón de ella se aligeró un poco, apenas lo suficiente para que él se tambaleara.

—Contigo, Pasma. Estoy contigo.

Ella lo soltó, lo enderezó y saltó al siguiente pináculo de roca, como si no hubiera estado a punto de matar a uno de sus propios hombres.

—Entonces todos encuentren un lugar firme y preparen sus armas. Si Gosta hace bien su trabajo, no las necesitaremos. Todavía.

Los doce scyres se pusieron en cuclillas y sacaron mazos, cuchillos, hachas y lanzas. Era una situación nueva, un grupo de ellos en un lugar poco familiar y agrediendo por primera vez. Ya no estaban en terreno seguro. Pasma levantó sus quadnocs. Cuando lanzó una carcajada corta y brutal, todos se pusieron tensos.

—El centinela ha caído. Gosta está indicando que el camino ha quedado despejado. Deprisa.

Nadie habló de nuevo contra ella mientras se movían en silencio y con rapidez hacia la frontera. Cuando alcanzaron a Gosta, la chica señaló abajo, al cuerpo de un hombre encajado muy abajo en un ángulo extraño, mientras la sangre pintaba las rocas. Pasma asintió y recogió sus quadnocs, explorando adelante en busca de los siguientes centinelas, pero estaban demasiado lejos o escondidos.

—Tú —señaló a una de las scyres—. Quédate aquí en el lugar del centinela.

—¿Por qué? —preguntó la mujer, y necesitó valor para hacerlo.

—Para que cuando el siguiente centinela mire o regrese, encuentre a alguien donde espera que haya alguien. Si te topas con alguien que no sea un scyre, lo matas.

La expresión de la mujer indicaba que quería discutirlo, pero el cuerpo de abajo la convenció de no hacerlo. Simplemente asintió y se hincó para atar su cuerda al pico del centinela muerto. La dejaron y siguieron adelante, detrás del avance lento de Gosta entre las formaciones rocosas mientras encontraba la mejor ruta.

Ahora bien, lo notable de esa parte de Parnassos era que resultaba muy difícil esconderse allí. Cuando la única manera de moverse era estar de pie en la parte superior de una roca muy alta, sin árboles o arbustos, era imposible mantenerse oculto por mucho tiempo. Lo positivo de este problema era que el enemigo estaba de igual manera limitado. Por ello Pasma y los scyres se dieron cuenta de que se acercaban a una circunstancia inusual. Muy lejos, en la meseta de Balder, todos los claws estaban reunidos y, por fortuna, todos tenían la vista lejos de las fronteras y el acercamiento de sus supuestos aliados. El propio Balder estaba gritando.

—¡Deprisa! ¡Tráiganlos! ¡Tráiganlos ante mí ahora mismo! —era lo que repetía.

La tierra de los claws, tan codiciada por Phasma, era mucho más grande de lo que recordaba, o tal vez el Scyre se había reducido tanto que el territorio de Balder simplemente parecía enorme en comparación. La meseta permanecía en lo alto, con polvo rojo y áreas verdes por aquí y por allá. Era lo bastante grande para que todos los claws permanecieran de pie y unos cuantos más se encontraran recostados o sentados, sobre todo los muy viejos, que permanecían reunidos cerca del fuego. No había niños a la vista, lo que explicaba la desesperación con que habían tratado de capturar a Frey. La meseta terminaba en un acantilado áspero por un lado, al otro había una roca aserrada lo suficientemente grande para llamarla montaña, para nuestros propósitos, pero era roca sólida y no el tipo de cosas que un cuerpo podría simplemente cruzar o recorrer a pie. Algunos planetas tenían montañas que se recorrían con placer, con senderos serpenteantes tallados en su superficie, con belleza resplandeciente y bestias salvajes, pero las montañas de Parnassos se parecían más a las garras de algún animal grande e implacable, con sed de sangre.

Sin decir una palabra, Phasma urgió a su gente a seguir adelante, haciendo movimientos para que lo hicieran en silencio y con rapidez. Cuando llegaron a la orilla de la meseta, detrás de la multitud de claws que estaban tan hipnotizados que ni siquiera habían notado a los intrusos, Phasma y su gente vieron el milagro que se estaba presentando.

Estaban subiendo a cinco figuras a la meseta, desde la tierra de abajo. Mientras avanzaban poco a poco hacia el grupo completamente absorto, los scyres quedaron fascinados de ver que al otro lado de la meseta de Balder no se veían las aguas revueltas del océano oscuro y agitado, sino suelo. Y no suelo formado por roca, o no sólo por roca. Era arena. Arena hasta donde alcanzaba la vista, curveada en dunas onduladas, un campo gris tan sólo roto por rocas negras caídas. Usando sus quadnocs, Phasma siguió las huellas y marcas de arrastre hasta donde esperaba una máquina de metal, sumergida a medias en la arena y junto a una enorme y arrugada pieza de tela. Era parte de la nave que se había desprendido y que había caído flotando suavemente. Los scyres nunca habían visto tanta tela en una pieza en toda su vida, y quedaba claro por qué varios miembros de los claws estaban allí abajo, cortando diligentemente las largas cuerdas que unían la tela a la máquina, para que pudieran reclamarla como propia. La nave caída no estaba a la vista, sino demasiado lejos, más allá de la arena y las ocasionales rocas en esta. Phasma siguió la delgada línea de humo blanco que se elevaba al cielo, marcando el camino a las verdaderas riquezas.

Se escuchó una aclamación cuando arrastraron la primera figura extranjera para dejarla de pie sobre la meseta, con el brazo aferrado al pie vendado de Balder. Era un hombre. Para Parnassos, sus ropas eran escasas, tan sólo la tela finamente urdida y suave de un uniforme negro, además de botas altas y brillantes, cubiertas por la arena. Era la persona más vieja que los scyres hubieran visto jamás, con piel pálida y pelo rojo, encanecido en las orillas. Aunque sus extremidades eran delgadas, tenía el vientre

abultado y ojeras. Sonrió con suavidad ante los gritos de admiración y los silbidos de los claws, pero era claro que él no celebraba.

Balder lo empujó con cuidado a un lado y se estiró para tomar a la siguiente figura: un guerrero que llevaba una armadura blanca con franjas de arena gris sobre un delgado traje negro. Los claws contuvieron el aliento, y los scyres también: esa armadura le daría a cualquier persona en Parnassos una enorme ventaja sobre los elementos, y el sólido casco parecía una mejora sobre sus ligeras máscaras de piel. Le siguieron dos soldados más de armadura blanca, y al final llegó un droide. Tenía una forma vagamente humana y estaba hecho de un metal negro y opaco. Se necesitó muchísimo tiempo para subirlo hasta allí, con toda probabilidad debido a su peso y su incapacidad para trepar. La gente de Parnassos había visto las partes que componían a cientos de droides y hasta utilizaba metal de droide en sus armas, pero ningún ser vivo había visto a un droide permanecer de pie por su propia voluntad y levantar una mano indignada, como hizo este droide negro cuando Balder trató de tocarlo.

Ahora que las cinco figuras permanecían en la meseta, Balder se dio vuelta hacia su gente y le hizo un ademán para que se callara. Los scyres se agacharon para evitar que los detectaran entre la multitud. El dug parecía más viejo y cansado. Los colgajos de su piel y sus orejas se curvaban y sucios vendajes cubrían sus brazos y piernas. El lugar donde Phasma había cortado el colgajo de su oreja se veía aserrado y horrible. Además, la herida se había puesto negra en las orillas. Phasma le dio un codazo a Siv, señalando los resultados de su trabajo manual. Ambas se sacudieron con una risa callada.

—Mi gente, sentémonos para escuchar a los recién llegados —dijo Balder.

Los scyres se sentaron a la orilla de la multitud, agradecidos de estar perdidos entre tantos extraños que miraban ávidamente el espectáculo. Había quizá quince scyres, pero había por lo menos el doble de claws, y estaban tan concentrados en los viajeros que no se pusieron a pensar quién podría estar acechando entre ellos. El sol era agotador ese día. Muchos claws tenían puestas sus máscaras, lo que ayudó a los guerreros scyres a mezclarse entre ellos.

Balder indicó al líder del nuevo grupo que hablara, y el hombre de negro se pasó la mano por el pelo rojo, molesto, antes de unir sus manos detrás de su espalda, con las piernas abiertas, como si estuviera más que acostumbrado a hablar a grandes grupos y todo aquello le pareciera aburrido. El droide permanecía a su lado, escuchando con atención, mientras los tres soldados lo flanqueaban, con ligeros retorcimientos de sus cascos mientras seguían los movimientos del grupo, sugiriendo que estaban más que listos para enfrentar problemas. Los soldados sostenían en las manos blásters brillantes, de color blanco y negro, y llevaban otros más pequeños en sus caderas. Phasma y los scyres se dieron codazos entre sí, ansiosos por encontrar una manera de reclamar parte del nuevo botín.

El droide le habló al hombre de negro, y todos contuvieron el aliento ante la voz mecanizada. Era difícil escuchar en la meseta, rodeados por susurros y súbitas ráfagas de viento, pero el idioma parecía a la vez familiar y diferente. El hombre de negro le

contestó al droide, y este volvió a hablar, ahora a mucho mayor volumen, proyectando su voz con alguna especie de extraña maquinaria.

—Me llamo Brendol Hux y me temo que mi nave espacial fue derribada por un sistema de defensa automatizado sobre su mundo. Mi idioma es un poco diferente del suyo, así que este droide traducirá a su dialecto más primitivo.

La multitud contuvo el aliento y susurró. Escuchar su idioma a través de la máquina, aunque extraño, era sorprendente.

Balder se puso de pie y sacudió la cabeza de tal manera que los anillos de sus orejas tintinearón.

—Me llamo Balder y soy el líder del pueblo claw. Gobernamos esta tierra, y tu nave ha caído en nuestro territorio.

El hombre de negro, Brendol, lanzó una sonrisa apretada y habló de nuevo con el droide como intermediario.

—Estoy contento por su ayuda, Balder y el poderoso pueblo claw. Mi cápsula de emergencia ha aterrizado muy lejos de mi nave. He perdido a varios de mis propios hombres en esta horrible tragedia. Pero, si deseas ayudarme, te ofrezco a cambio el tipo de tecnología y las provisiones que tu mundo ha perdido. Si llegamos a mi nave caída, te daré armas, comida, medicinas y agua. Podré llamar a una nave más grande que te traerá aún mayores riquezas.

—¿Por qué estás aquí, Brendol Hux? —preguntó Balder, acariciando su barbilla con el pie.

Phasma hubiera preguntado lo mismo. Nada era gratuito, y las riquezas que Brendol Hux ofrecía no tendrían un bajo costo.

El droide tradujo las palabras de Balder para Brendol. Este asintió como si se tratara de una pregunta inteligente y Balder fuera un gran líder. Phasma le dio a Siv un empujón en el costado.

—Este Brendol Hux es un hombre inteligente —dijo.

—Yo también lo sería con tres guerreros armados hasta los dientes a mi lado. Con esos blásters podrían matar a todos en esta meseta en menos de un minuto, si lo desearan.

—Entonces debemos hacer que deseen otra cosa.

Brendol habló al droide y este tradujo.

—Vengo de una poderosa banda llamada Primera Orden, que trae la paz a la galaxia. Tengo la tarea de explorar las estrellas en busca de los más grandes guerreros que pudieran unirse a nuestra causa. Nuestra gente está bien cuidada y entrenada. Pregunten a mis soldados, aquí. Troopers, ¿no es así?

Los tres soldados de blanco asintieron.

—¡Sí, señor! —gritaron.

—Cada uno de estos guerreros fue seleccionado de un planeta distante y entrenado para combatir por la Primera Orden. Si tu gente nos ayuda a regresar a nuestra nave, llevaré a nuestra flota a quien desee unirse a mí. Esos soldados vivirán en la gloria y la riqueza, nunca volverán a sufrir carencias. Ahora, ¿quién me ayudará?

Los claws se pusieron de pie para vitorear, pero una nueva figura apareció al lado de Brendol Hux, un guerrero que llevaba una fiera máscara roja.

—Me llamo Phasma y soy la más grande guerrera de Parnassos. —Phasma se quitó su máscara, se puso frente a Brendol y esperó a que el robot tradujera—. Le ayudaré a encontrar su nave.

En un instante, Balder tenía los dedos de sus pies apretando la chamarra de Phasma, y los guerreros scyres y claws estaban de pie, maniobrando para ganar una mejor posición alrededor de ella.

—Estamos en paz, pequeña scyre —siseó Balder—. A pesar de ello has invadido nuestro territorio.

—¿Nos has dicho de tu nueva riqueza, Balder? ¿Ya enviaste mensajeros al Scyre, urgiéndonos para que nos unamos a ti en esta búsqueda? ¿Incluirías a tus aliados en tu viaje a la estrella fugaz?

Torben, Siv, Carr y Gosta tenían sus armas empuñadas. Los peleadores entre los claws de Balder estaban igualmente listos. Brendol Hux paseaba la vista de Phasma a Balder, pero no como si estuviera preocupado. No, era como si tuviera curiosidad.

—Lo hubiera hecho, pequeña scyre —gruñó Balder—, pero tú has logrado que esa bondad desaparezca con tu falta de juicio. Has roto el tratado al venir aquí, y tus tierras volverán a conocer nuestra furia.

—¿Así que no permitirás que los guerreros scyres acompañen a los claws en este viaje a la estrella fugaz, donde los beneficios serían para todos? —preguntó Phasma, con voz inalterada y una sonrisa engañosamente suave.

—Yo no recompensó a quienes rompen sus promesas —siseó Balder.

—¿Qué pasa si me disculpo ante ti a nombre de los scyres y prometo sostener el tratado?

Balder lo pensó, con sus labios contraídos en un gruñido.

—Entréganos en prenda a la niña de los scyres como disculpa por meterte en nuestro territorio. Si lo haces, sostendré el tratado.

La sonrisa de Phasma se volvió delgada y quebradiza.

—Entonces estoy de acuerdo. Trabajemos juntos para mantener la paz para todos —dijo Phasma, aunque Torben puso una mano en el hombro de ella como advertencia.

Ella se quitó su guante de escalar y extendió su mano. Balder estiró su pie para estrecharla, como se cerraban esos tratos en Parnassos. Pero cuando se inclinaron para completar el gesto de buena voluntad, Phasma lo jaló hacia ella y deslizó una pequeña daga de piedra en su pecho. Balder se estremeció contra ella y cayó. En cuanto su cuerpo golpeó el piso, Torben lo levantó y lo lanzó fuera de la meseta, hacia la arena distante. Phasma y sus guerreros apenas tuvieron tiempo de dispersarse y empuñar sus propias armas antes de que los guerreros claws atacaran.

—¡Lleva a Brendol Hux de regreso al Scyre! —gritó Phasma a Torben.

El hombre grande levantó a Brendol como si fuera una bolsa de arena y lo amarró a su espalda, con una facilidad que hizo pensar que el hombre no era más que un niño, como Frey.

Los soldados de Brendol apuntaron sus armas a Phasma.

—Sigan a su líder —gritó ella—. Los llevaremos a su nave. Balder los hubiera matado a todos y se hubiera apoderado de sus riquezas, pero mi gente irá con ustedes.

Mientras se entablaba una fiera batalla, los stormtroopers debieron hacer los cálculos: quedarse aquí y pelear contra un montón de primitivos extraños o seguir al hombre enorme que se alejaba saltando con su superior. Podían disparar a Torben, pero Brendol iba atado a su espalda y les gritaba que no lo hicieran; así que tenían pocas opciones. Con los blásters en las manos, siguieron a Torben, escogiendo su camino entre los pináculos de roca con pasos cuidadosos.

La batalla se desencadenó a su paso. Phasma estaba realmente en su elemento. Antes, todas las batallas habían sido defensivas, centradas en repeler enemigos de la tierra y salvar a la gente que no podía luchar por sí misma. Ahora, con tres de sus guerreros selectos a su lado y ocho scyres más elegidos por ella misma y entrenados individualmente por su habilidad con las armas y sus deseos de seguir sus órdenes, podía experimentar una verdadera batalla por primera vez. La meseta estaba atestada, con cuerpos que se aferraban a otros mientras los claws entraban en pánico y buscaban seguridad, pero huían o caían ante el hacha y la lanza de Phasma. Desplazándose entre la multitud, Phasma apuntaba a los luchadores, a las máscaras familiares y a las armas de las que ella se había defendido por años, durante las incursiones, y en quienes ahora podía finalmente liberar su rabia y la fiera alegría de la destrucción.

Phasma y su gente lucharon alrededor del perímetro de la gran meseta, lanzando hacia la arena a los heridos y muertos por la orilla, abriendo espacio para la pelea. Tal como Phasma lo había planeado, lucharon para rodear la meseta hasta que estuvieron cerca de la serie de pináculos de roca que los llevarían al otro lado de la frontera, de regreso al territorio scyre.

—¡Ahora! —gritó Phasma, y su gente se retiró entre las rocas mientras Carr los cubría, listo para atacar a cualquiera que los siguiera con sus cuchillos de mano cubiertos con el veneno de Phasma.

Pronto, los restantes guerreros scyres avanzaban de prisa, de regreso a casa. Sólo perdieron a dos personas, y ni siquiera valía la pena mencionarlo. Los claws habían sufrido mucho más daño. Sin Balder para liderarlos, y más preocupados en proteger su propiedad y a sus miembros más frágiles, habían sufrido mayores bajas y ahora varios sobrevivientes permanecían en la orilla, mirando hacia abajo para descubrir quién había muerto y había sido lanzado a las arenas, muy abajo.

—Has roto la tregua. ¡Esto no ha terminado! —gritó uno de los lugartenientes de Balder.

—¡Entonces ven a buscarnos cuando quieras morir! —gritó Phasma por encima de su hombro, riendo.

Ella y su gente se apuraron para alcanzar a Torben y ayudar a los soldados de Brendol para que aprendieran a recorrer las peligrosas rocas de Parnassos. A los ojos de Pasma, la incursión resultó un éxito rotundo. Ella y sus guerreros no sólo habían terminado con el reinado de Balder y creado el caos entre los claws; también habían sumado a Brendol Hux y sus soldados a sus filas. Su truco había funcionado, y Keldo tendría que ver que su estrategia llevaría a un gran futuro para los scyres.



NUEVE

EN EL *ABSOLUTION*

—ESO NO ES SUFICIENTE —DICE CARDINAL, FRUNCIENDO EL CEÑO.

—Preguntaste cómo llegó Brendol a Parnassos, ¿o no?

—Sí, pero esta historia no es importante. Sólo es más de lo mismo —Cardinal frunce el ceño—. Phasma es grande. También es una mentirosa. Carece de honor. Tal vez mintió un poco, pero fue por el bien mayor. A la Primera Orden no le importa nada de eso.

—Pero debería importarte a ti. Ella es la suma total de sus historias, ¿sabes?

La droide lanza un pitido para hacer una pregunta.

—Buena pregunta. ¿Cómo eliges las historias que cuentas? ¿Cuál es tu intención?

Vi lanza una tos seca y espera a que él le ofrezca un sorbo de agua antes de hablar de nuevo.

—Te estoy contando todo esto porque, como dije, he estado investigando todos los grandes nombres de la Primera Orden y tú estás en la lista. No encuentro una sola marca negra en tus registros. Tengo archivos y más archivos como prueba de que no eres una mala persona. Tienes tus principios y te apegas a ellos. Eres un gran soldado. Practicas lo que predicas. Los chicos que se gradúan de tu programa de entrenamiento te adoran. Ni siquiera puedo encontrar una manera de odiarte, a pesar de que todavía huelo la carne quemada de los electrochoques que me diste. Así que me imagino que todo esto puede tener dos desenlaces. O usas lo que te doy para acabar con la Capitán Phasma, o te das cuenta realmente para quién estás trabajando y desertas. De cualquier manera, yo gano.

Cardinal se echa hacia atrás en su silla y lanza una carcajada, mirándola como si se hubiera vuelto loca.

—Eres una tonta —dice, sacudiendo la cabeza—. Todo lo que me has dicho es lo que ya sé: la Capitán Phasma desea hacer todo lo necesario para dar gloria a su gente. Ella hizo exactamente lo que la Primera Orden hubiera hecho en esa situación, lo que nadie más tuvo el valor de hacer, lo que aseguraría prosperidad para su gente. Ni siquiera yo puedo encontrar algo malo en eso. Y quisiera encontrarlo. No, vas a tener que darme algo más si quieres salir viva de esto y si quieres mantener a salvo a tu hermano.

Ante la mención de Baako, Vi le muestra los dientes.

—Ah, pero ese no fue el final de la historia —ella sisea—. Ni siquiera he llegado a lo bueno.



DIEZ

EN PARNASSOS, DIEZ AÑOS ANTES

PHASMA Y SUS GUERREROS LES ABRIERON EL CAMINO DE regreso al Scyre. Fue un regreso lento. Durante todo el trayecto, Phasma se concentró en comprender mejor el acento extraño y el peculiar vocabulario de Brendol. Sin el droide traductor, que se había perdido de alguna manera en la escaramuza, ella estaba decidida a comunicarse en sus propios términos. En general fue cortés y servicial, pero él tuvo que corregirla con frecuencia.

—Deja de llamarme Brendol Hux —murmuró él—. Mientras estemos en este planeta arrasado, sólo llámame Brendol.

—¿Tu gente tiene más de un nombre? —preguntó Phasma, fascinada.

Brendol se encogió de hombros.

—Algunos. Otros tienen números, como mis soldados.

—No creo que yo quiera ser un número —dijo Phasma, volteando a ver a los tres troopers.

—Depende de tus prioridades —la interrumpió Brendol—. Ellos lo consideran una compensación valiosa por una vida mejor.

Phasma se encargó ella misma de ayudarlo a recorrer el terreno y, aunque él no era tan ágil y fuerte como sus guerreros, entre el músculo de Torben y la paciencia de Phasma, Brendol no los hizo avanzar con terrible lentitud. Sus soldados, informó Siv, estaban bien entrenados, eran rápidos para improvisar y estaban incansablemente dedicados a su superior. Aunque ella ya le había prometido que los ayudarían a encontrar su nave, Phasma siguió recabando información sobre estos extranjeros de las estrellas, tratando de comprender mejor sus costumbres y su manera de hablar.

El viaje original había tomado medio día, quizá, para llegar al territorio de Balder, pero regresar tomó más tiempo. Los guerreros estaban cansados. Varios habían recibido heridas menores y el propio Brendol no era ágil ni rápido y tenía poca masa muscular. Los guerreros murmuraban entre ellos que la vida de él en las estrellas debía de ser fácil.

Mientras se paraban en una de las últimas mesetas para descansar y comer, Phasma acaparó el tiempo de Brendol, haciéndole una pregunta tras otra mientras se esforzaba por dominar las complejidades de su idioma. Ella quería saber sobre su vida, sus naves, por qué la Primera Orden necesitaba guerreros. Estaba interesada sobre todo en sus programas de entrenamiento, porque había mirado a los troopers en armadura blanca luchar durante la batalla con los claws de Balder y le había parecido muy admirable su calma, su concentración, su templanza y la manera en que seguían las órdenes de manera automática.

Brendol parecía feliz de hablar, aunque sus ojos humedecidos miraban a todos lados, explorando el cielo constantemente, como si en cualquier momento pudieran aparecer los rescatistas, sin haberlos solicitado. Hablaba lentamente mientras Phasma sorteaba las diferencias entre sus idiomas, pero era obvio que él no tenía interés en aprender acerca de los scyres ni sus patrones de lenguaje. Todas sus preguntas eran acerca del planeta como un todo.

—Pero ¿qué sucedió aquí? —preguntó, moviendo el brazo para abarcar el horizonte, con la nariz arrugada como si el aire llevara malos olores—. Hay un poderoso sistema de defensa pero nada más. No hay ciudades. Ni señales de comunicación.

—No sabemos —le dijo Phasma—. Hace generaciones teníamos tecnología. Y tal vez ciudades. Pero todo eso ha sido olvidado —ella se encogió de hombros y masticó su carne seca—. Todo lo que podemos hacer es sobrevivir y abrigar esperanzas de que algo cambiará.

—¿Así que nunca has visto vehículos activos en el cielo? ¿No hay presencia corporativa ni gubernamental aquí?

Phasma niega con la cabeza.

—Sólo están los scyres y los claws. Además de los terrenos baldíos. Nadie que haya ido allí ha regresado en muchos años.

—Fascinante. Nada de esto está registrado, ¿ves? El planeta aparece en las listas como deshabitado, pero el resto de los archivos fue borrado.

—¿Qué son archivos?

Brendol ignoró la pregunta.

—Cuéntame, Phasma. ¿Hay otros peleadores en el área que compartan tu valor? ¿Bandas vecinas que pudieran tener guerreros como tú?

Ante eso, Phasma lanzó una risa arrogante.

—No, Brendol. Mis peleadores son los mejores guerreros aquí. Balder era poderoso, pero lo maté. Tal vez su clan todavía tenga peleadores, pero no hay otras bandas. Alguna vez las hubo, cuando yo era joven, pero murieron o se unieron a bandas más fuertes. Perdemos terreno cada año a medida que el mar crece. Por eso estamos ansiosos de irnos contigo.

—Es curioso que tu tierra esté siendo tragada —dijo Brendol—. Desde el cielo, observamos varias masas de tierra que parecían mucho más habitables. Praderas y

bosques, tal vez, hasta unos cuantos complejos grandes que parecían algún tipo de civilización. Pero nadie respondió nuestra llamada de auxilio. ¿Qué le hicieron a eso?

—Me gustaría verlo por mí misma desde tu nave. ¿Todas las estrellas nocturnas son planetas como el nuestro?

—Algunas. La mayoría de los planetas están mucho más avanzados.

—Pero no muchos planetas tienen peleadores tan fuertes como nosotros. —Phasma miró a su banda de guerreros con orgullo—. ¿Cómo nos volveremos guerreros de tu clan, Brendol?

Brendol se puso muy tieso.

—La Primera Orden no es un clan, Phasma. Es una organización política y militar.

—Esas palabras, *política* y *militar*, ¿qué significan? —preguntó, aunque encogió un hombro como para significar que, si no formaban parte del dialecto de los scyres, tal vez no eran importantes.

Brendol se quedó viéndola, como si evaluara su inteligencia.

—Significan, en resumen, que la Primera Orden busca gobernar a quienes no pueden gobernarse por sí solos, instaurar la estabilidad y promover el progreso para todos.

Phasma estiró un brazo, haciendo un ademán en dirección del horizonte.

—¿Qué pensaría la Primera Orden de este lugar?

—Este lugar. —Brendol hizo una pausa mientras se esforzaba por masticar un pedazo de carne seca—. Muchas partes de este planeta podrían ser útiles, si lográramos deshabilitar el sistema de defensa. Podría colonizarse y usarse para entrenamiento y apoyo, tal vez para la agricultura y la minería. Es desafortunado que tu gente haya quedado atrapada en un área tan poco acogedora. Pero, como te dije, podemos ofrecerles algo más que arañar las rocas.

—¿Qué pasará, en ese caso, con quienes no son guerreros? —preguntó Phasma—. Tal vez podrían transportarlos a esas zonas mejores que has visto.

—Tal vez —dijo Brendol, pero cambió de inmediato el tema, para regresar a la lucha de Phasma.

Siv tomó nota de que, a medida que Phasma hablaba con Brendol, ella hacía que sus patrones de lenguaje coincidieran con los de él. Sus consonantes se volvieron más cortas, sus vocales se alargaron, y en unas cuantas horas empezó a desarrollar el acento del extranjero. Una mímica natural, aunque Siv nunca había escuchado la frase. La mayoría de los scyres todavía tenía problemas para comprender el acento de Brendol y seguía concentrada en el aspecto más importante de la vida parnassiana: sobrevivir. Siv y sus amigos estaban explorando constantemente las fronteras, esperando que aparecieran los claws y reclamaran su recompensa.

No pasó mucho tiempo antes de que se pusieran de nuevo en movimiento, de regreso a territorio scyre. Phasma iba al frente, con Torben y Brendol a su lado, y el resto de sus guerreros ayudaban a los troopers de Brendol a recorrer los abismos en sus armaduras. Cuando el primer centinela gritó un saludo, Phasma y sus guerreros lo regresaron con gusto, golpeando sus armas contra sus hombros y lanzando un aullido de victoria. El

centinela no compartió su triunfo, sino que les dio noticias solemnes: Keldo y el resto de los scyres estaban esperándolos en la Nautilus. Habían considerado un gran presagio que los extranjeros de las estrellas cayeran en Parnassos cuando la cueva se reveló, y Keldo reunió a su corte en el interior, sentado en el ancestral trono de piedra.

Un contingente de guerreros resguardaba la entrada de la cueva. Phasma y Brendol pasaron entre ellos y entraron lado a lado, seguidos por los stormtroopers, a quienes les permitieron conservar sus armas y trataron como invitados valiosos. Torben, Carr, Siv y Gosta los siguieron. A pesar de la formalidad de la reunión, fue un momento de gran excitación y esperanza, porque ningún scyre vivo había conocido a alguien de las estrellas, alguien que hubiera sobrevivido al sistema de defensa orbital que solía reducir toda nave invasora a una pila de refacciones.

La gran claraboya alumbraba el trono de Keldo, quien parecía resplandeciente y solemne, vestido con su traje completo de scyre, compuesto por telas brillantes y plumas antiguas cuidadosamente almacenadas para los grandes eventos de Estado. Sobre sus rodillas descansaba un bastón antiguo hecho de metal dorado, una pieza ancestral de equipo de minería pasado de líder a líder entre los scyres y ocultado en la Nautilus con otros tesoros cuando había marea alta. Junto a él había lugar para Phasma, pero esta vez él se sentó en el centro del trono, negándole a su hermana el lugar que le pertenecía por derecho.

—Hermano, traigo regalos. Primero para ti.

Los guerreros de Phasma sabían que no era correcto espiar, pero todos habían sentido curiosidad por el bulto que cargaba en la espalda y que no había llevado cuando partieron hacia las tierras de los claws. Lo desenvolvió para revelar lo inesperado: una pierna. Siv reconoció que había pertenecido al droide traductor de Brendol.

—Con unos cuantos ajustes, podrás pararte por ti mismo de nuevo.

Keldo tomó la pierna, cuidándose de no mostrar lo difícil que le resultaba sostener un dispositivo tan pesado. Lo vio desde todos los ángulos antes de recargarlo contra su trono, con un rostro en que se anteponían la esperanza y la ira. Siv lo comprendió a la perfección: sí, era un regalo, pero también un insulto. Tal vez representaba la manera de Phasma de afirmar: «Te lo dije» enfrente de todos los scyres. Keldo le había prohibido irse, pero no logró detenerla ni seguirla. En ese aspecto, era incapaz. Y eso lo enfurecía.

—¿Qué más me trajiste? —preguntó él con todo cuidado.

—Un visitante del cielo —dijo Phasma—. Te presento a Brendol Hux y a sus soldados. Se llaman a sí mismos stormtroopers y su clan es la Primera Orden. Brendol comanda a muchas grandes naves que están esperando en el cielo.

Keldo no sonrió. Sus dedos estaban blancos donde apretaban la piedra y alrededor del bastón.

—Hermana, ¿y qué hay de nuestro tratado? De seguro nuestro aliado, Balder, del clan de los claws, no te permitió libremente traer a este Brendol Hux contigo a los territorios scyres.

Phasma conservó la calma. Permaneció de pie, evidenciando su altura, con su máscara aún puesta, y no se doblegó ante su hermano de ninguna manera.

—Estas personas y sus naves son más importantes que cualquier tratado. Si podemos ayudarlo a llegar a su nave caída, Brendol Hux se pondrá en contacto con su gente, que nos dará comida, agua, provisiones, medicinas y acceso a los cuantiosos avances que nuestra civilización ha perdido.

Keldo echaba fuego por la insatisfacción. Su voz retumbó en la cueva.

—Entonces ¿encontraste a estas personas en la frontera?

—Estaban más allá del territorio de los claws, en los baldíos que no pertenecen a nadie.

—¿Y Balder te permitió pasar?

Phasma expulsó el aire con fuerza, haciendo que brotara humo entre su máscara. Cuando habló, su voz era áspera y grave, casi animal.

—No. Balder exigió que le entregáramos a la niña Frey por mi insolencia de cruzar la frontera, así que tomé a estas personas para los scyres y maté a Balder por su presunción. Ese asqueroso dug no nos causará más problemas.

La cueva se quedó en silencio, porque los scyres quedaron atrapados entre la alegría feroz de Phasma y la decepción de Keldo.

—¿Cuántos de los nuestros murieron durante esta escaramuza inútil?

La voz de Phasma fue dura.

—Dos. Y por lo menos doce claws. Pero la pérdida será más que recompensada. Brendol Hux nos ayudará. Nuestros hijos nacerán y se criarán en un ambiente seguro entre las estrellas. Nuestros guerreros se unirán a la gloria de la Primera Orden y traerán honor a nuestro pueblo.

Keldo suspiró.

—Esos son los sueños de una niña, hermana. Tus acciones han roto la paz entre las bandas y tu tontería ha hecho que se pierdan vidas preciosas.

—Son los sueños de un guerrero, hermano, y son reales. Balder está muerto y la banda de los claws se encuentra derrotada. Matamos a una docena de sus mejores guerreros y reclamamos esta recompensa de manera justa. Brendol Hux es nuestra mayor esperanza para el futuro. Con su ayuda, podemos convertirnos en la banda más poderosa del planeta y evitar que nuestra gente se extinga. Brendol me dice que hay mejores tierras más allá del mar, tierras donde los edificios permanecen en pie y el terreno es sólido y produce cosechas, frutas y animales salvajes. Puede llevarnos allí en su nave, reubicarnos a nosotros y todos nuestros tesoros en un lugar más seguro. Esta será nuestra recompensa por regresarlo con los suyos. Sólo necesita llamarlos, y aparecerán.

Siv observó aquí que, hasta donde ella sabía, Brendol no había prometido nada de eso, pero nunca se atrevería a corregir a Phasma, y mucho menos en público.

Keldo levantó un dedo.

—Si su gente es tan extraordinaria, ¿por qué simplemente no la encuentran por sí mismos? Si su tecnología es como la que perdimos, sus naves ya habrían inmovilizado el

sistema de defensa orbital y explorado la superficie del planeta en busca de su nave perdida. He leído los viejos manuales, Brendol Hux. ¿Tu nave no tiene un dispositivo rastreador?

Siv no podía ver la cara de Phasma, pero se dio cuenta de que las manos de su líder formaban un puño apretado. Ni siquiera Siv sabía que Keldo había aprendido a leer, aunque ella se había dado cuenta de que tiene un viejo datapad entre sus pertenencias. Él había mantenido esos secretos.

Al escuchar el tono petulante de Keldo, Brendol tomó la palabra, aunque con lentitud y como si hablara con un niño.

—Es posible que el sistema de defensa orbital haya destruido mi nave, además de cualquier faro que pudo servir para ponerse en contacto con mi gente de manera independiente. Aunque vengan a buscarnos, estamos lejos del sitio en que se estrelló la nave y ahora aún más lejos de nuestra cápsula de escape. Es urgente que regrese a mi nave caída, para que mis tropas y yo podamos reparar la matriz de intercomunicación y establezcamos contacto directo con mis superiores. Tu hermana tiene razón: una flota completa de naves, con millones de hombres, espera mis órdenes.

Keldo permaneció sentado en su trono, firme como piedra, mirando a Phasma. Estaba lívido, porque se sentía herido. Siv lo conocía bien y nunca había sabido que los hermanos pelearan. Todos estaban sobre un nuevo terreno... algo raro en el Scyre. Phasma dio un paso adelante, pero él estiró una mano, como si le ordenara que no se acercara más.

—Hermano, escucha. Esto es para bien. Mis guerreros y yo llevaremos a Brendol Hux y su gente a encontrar esta nave. He visto los baldíos sin dueño más allá del territorio de Balder, y no se parece a nada que hayamos visto antes. Tierra hasta donde llega la vista, árida y cubierta solamente con arena. No hay rocas, ni agua. Sin tu pierna, no podrás hacer este viaje con la velocidad necesaria, así que te suplico, quédate aquí donde estarás más cómodo, y traeremos gloria al Scyre cuando se haya alcanzado el objetivo.

—Pero, hermana, me trajiste una nueva pierna.

—Pero, hermano, primero debes aprender a usarla.

De pronto el interior de la Nautilus pareció demasiado pequeño. Los scyres se apiñaron, confundidos por la hostilidad entre sus líderes y por la presencia de los extranjeros del espacio. Miraban a Keldo y Phasma en espera de respuestas, pero todo lo que encontraron fue tensión. En algún lugar, en voz baja, Frey empezó a llorar.

Cuando Keldo volvió a hablar, su voz era fría y poco amistosa, lejos de la cálida y ansiosa promesa de Phasma.

—Pero, hermana, la nave está más allá del territorio de Balder. ¿Sabes de quién es ese territorio o cómo pelean en su terreno? Ahora los claws ya deben de haber elegido un nuevo líder y tal vez están planeando un contraataque que traerá violencia a nuestra tierra. Hemos perdido a varios de nuestros propios guerreros, y veo que las heridas entre nuestros hombres restantes ya empezaron a enconarse. Simplemente es demasiado

riesgoso para ti y tus finos guerreros dejarnos aquí, desprotegidos, cuando has alterado el equilibrio de la paz.

—Pero, hermano...

—Phasma, escúchame. Pueblo del Scyre, escúchenme. Brendol Hux, escúchame. Prohíbo que cualquiera de mis hombres se entregue a esa búsqueda. Brendol Hux y su gente son bienvenidos para quedarse aquí y unirse a los scyres, pero el riesgo de irse es demasiado grande. Nuestra gente ha luchado y muerto para proteger esta cueva y esta tierra. Tal vez tú has destruido la paz arduamente ganada con nuestro mayor enemigo, Phasma, pero no dejaré que destruyas al Scyre. Una misión de recuperación está fuera de discusión.

Él golpeó el suelo con su bastón, y el sonido rebotó por la ahora silenciosa Nautilus, ondulándose por todas las cuevas ocultas y saliendo, por algún lado, al mar.

—El Scyre ha hablado.

Phasma no dijo una palabra; cuando el Scyre hablaba, ya no había más argumentos. Esta noche, su hermano había decidido tomar el mando formal del gobierno, negándole el lugar que había ganado a su lado, como su brazo armado. Como ella lo sabía bien, no había peleas entre los scyres; aquí, en la Nautilus, la gente reunida estaba para ser mandada. Ella asintió para mostrar su acuerdo, se dio vuelta sobre sus talones y caminó hacia la oscuridad.

Si tan sólo Keldo hubiera comprendido mejor a su hermana.

Esa noche, mientras los scyres dormían en sus hamacas entre los pináculos de roca, Phasma se introdujo furtivamente en la Nautilus y cargó varias mochilas con la comida, las herramientas y el agua recolectadas por la tribu, que se encontraban en los almacenes cuidadosamente llenados y atesorados para emergencias. Tal vez razonó que la Primera Orden estaría más que feliz de resurtir todo lo que tomó. Tal vez tan sólo le importaba forjar una alianza con Brendol. Cualquiera que hubiera sido la razón que se dio a sí misma, Phasma salió a la noche con sus cuatro guerreros más cercanos, Brendol Hux y sus tres troopers, dejando detrás a una tribu diezmada e indefensa.



ONCE

EN EL *ABSOLUTION*

—VES LO QUE PHASMA ESTABA HACIENDO, ¿O NO? —PREGUNTA VI.

Cardinal se encoge de hombros.

—Alinearse con la parte más fuerte mientras se deshace de la influencia de su hermano más débil. Pero todo eso está de acuerdo con las costumbres de la Primera Orden. En primer lugar, ella era leal a su gente. Cuando no estuvo de acuerdo con la decisión de su hermano, hizo lo que pensaba que era lo mejor. Si él hubiera sido su verdadero superior, lo objetaría. Pero, como lo has descrito, eran iguales. Por tanto, ella no rompió un convenio.

—¿Entonces crees que hizo lo correcto?

Vi aprecia el cuidado que Cardinal pone en su respuesta. Es evidente que él se siente frustrado, pero también desea debatir. Es algo raro encontrarse a alguien con deseos de desafiar sus propios prejuicios, sobre todo en un tema tan importante como este para Cardinal.

—No importa si Phasma hizo lo correcto. Yo soy leal a la Primera Orden y lo que sucede entre nuestras filas. Cualquier cosa que haya sucedido antes de que Phasma nos jurara lealtad no es de mi incumbencia. No tengo manera de conocer los pormenores de su cultura y su estructura de liderazgo. Lo que me has contado hasta ahora podría ser un interesante estudio de carácter, pero necesito prueba documentada de las malas acciones de Phasma dentro de la Primera Orden. Y aún no me has contado cómo murió el General Hux.

—Me estoy acercando a eso —dice Vi—. Pero necesito un medpac. Si me debilito aún más, no podré hablar. ¿Y qué hay de mis necesidades personales? No es fácil contar una historia cuando estás a punto de reventar.

Cardinal se inclina hacia delante y sacude la cabeza.

—Habrà tiempo para todo eso más tarde. Cuéntame de Brendol.

Vi se afirma en su posición.

—Primero un medpac. Necesito estar fortificada para esta parte. —Ella deja caer su cabeza y sonríe con ironía—. No te va a gustar esto.

Cardinal se pone de pie para revisar las lecturas en el panel que se encuentra junto a la cabeza de ella, el que monitorea sus signos vitales. Cualquier cosa que vea debe confirmar lo que ella está diciendo. La droide lanza un pitido renuente. Vi se da cuenta de que ha empezado a considerar a Iris como el más amigable de sus interrogadores.

—Tus necesidades personales son tu problema. Te traeré un medpac, más comida y agua. Si intentas algo, el trato se rompe. Y recuerda: sé dónde está tu hermano. Además, Iris te estará vigilando. —Se pone su casco y va a la puerta.

Antes de que se abra, Vi dice algo, cuidadosamente elegido para preocuparlo.

—Cuéntame, Cardinal. ¿Recuerdas cuando Phasma llegó por primera vez al *Finalizer*?



DOCE

EN EL *ABSOLUTION*

CARDINAL SALE AL CORREDOR, ASEGURA LA PUERTA Y LA REVISA de nuevo. Debe mantener a esta espía de la Resistencia como su sucio secretito, por lo menos hasta que obtenga la información que necesita de ella. Revisa la hora y murmura una maldición en la jerga vulgar de Jakku que hubiera hecho fruncir el ceño a quien estuviera cerca para oírla. La Capitán Phasma y Armitage Hux estarán en el *Absolution* para una reunión mañana, lo que significa que Cardinal no tiene mucho tiempo para exprimir los secretos que su prisionera guarda sobre Phasma.

Se siente bien pensar en ella como Phasma, más que como Capitán Phasma. Una sucia, ignorante, desesperada y traidora villana de una colonia moribunda, que deseaba hacer lo que fuera para salir de su planeta. Sí, eso suena a la Phasma que conoce, o por lo menos a lo que le gustaría suponer. Casi no sabe nada de ella, pero todo lo que Vi ha dicho suena cierto. Él ha tomado en consideración que la espía podría mentir, pero las historias son demasiado específicas y coinciden fácilmente con su rival. Es extraño que él odie a Phasma con semejante intensidad. En la superficie, tienen demasiado en común. Peleadores jóvenes y con determinación, a quienes Brendol Hux se llevó, bajo la promesa de una vida mejor dentro de una nave a través de las estrellas.

Ja. Cardinal fue el primer proyecto de Brendol y el máspreciado. Phasma fue una adición posterior. Una idea secundaria. Alguien a quien le prestaron atención que no merecía.

Mientras avanza hacia el comedor, las palabras finales de Vi resuenan en su cabeza.

¿Recuerda el día que Phasma llegó al *Finalizer*?

Por supuesto. ¿Cómo olvidarlo?

Ese fue el día en que perdió la mitad de todo aquello por lo que había luchado.

Brendol se había ido a una misión de reclutamiento, por lo que Cardinal se quedó a cargo del programa de entrenamiento. Era un trabajo que amaba y para el que estaba calificado de manera única. ¿Quién mejor para apaciguar e inspirar a los nuevos reclutas que un hombre que alguna vez había estado en sus botas pesadas y de una talla diferente?

Desde que dejó Jakku para irse con Brendol, Cardinal había estado en el programa o ayudado a moldear las mentes jóvenes para que se convirtieran en soldados perfectos de la Primera Orden. Los oficiales de Brendol dominaban la programación, pero Cardinal se encargaba de la instrucción física real: combate mano a mano, prácticas con el bláster, ejecución de simulaciones, prueba constante del brío y moldeado sutil de sus mentes jóvenes. Él era el líder ideal. Nadie creía en la Primera Orden como Cardinal, a quien habían levantado de la pobreza aplastante y le habían dado un propósito. Él se sentía orgulloso de ayudar a que cada joven huérfano encontrara sus fortalezas internas y aprovechara ese resistente núcleo en que algún día vivirían para servir a la Primera Orden.

Estaba entrenando a un batallón en el uso de los bastones de control de disturbios cuando llegó la orden a su intercomunicador.

—Cardinal, repórtate a la sala de juntas uno-cero-siete de inmediato, por órdenes del General Hux.

Cuando se daba ese tipo de órdenes, como la de la reunión de mañana, no había que cuestionarlas, ni preguntar si le hablaban para elogiarlo o regañarlo. Tampoco debía demorarse. Dejó a Iris y al siguiente oficial con mayor antigüedad a cargo del entrenamiento, dio órdenes claras y se precipitó por los corredores hacia la familiar sala de juntas, ansioso por saber lo que quería su superior. Aunque él pertenecía formalmente a la guardia personal de Brendol y acompañaba al hombre en todas las misiones de Estado importantes, Cardinal estaba bien consciente de que Brendol a menudo hacía esos viajes de reclutamiento, muchas veces para explorar un nuevo planeta en busca de cadetes con la combinación adecuada de desventajas y fortalezas. La galaxia estaba llena de huérfanos que habían crecido igual que Cardinal: solos y luchando en un planeta difícil. Para esos niños, la Primera Orden era el salvador ideal. Aun los cadetes renuentes, a quienes tomaban en contra de su voluntad, pero por su propio bien, aprendían a verlo así, con el tiempo. Así que tal vez Brendol había traído un nuevo grupo de estudiantes para que Cardinal los introdujera con gentileza a las maravillas del agua limpia y la comida regular. Ese era el mejor de los escenarios.

Pero cuando Cardinal llegó a la sala de juntas, con la armadura y el casco completamente pulidos y con postura erguida, no se encontró al grupo habitual de niños desaliñados o un datapad con nuevos números de identificación, sino a una sola figura alta al lado de Brendol. Evidentemente, él (porque en ese momento Cardinal estaba seguro de que era un hombre) no era un stormtrooper apropiado, sino que llevaba una armadura blanca de stormtrooper, de una talla diferente y completamente sucia. Por todos lados tenía sangre, excremento y marcas de quemaduras. Debajo de la armadura, estaba envuelto de manera blasfema en tela roja en lugar del guante corporal negro obligatorio; era más alto que Cardinal o Brendol y emanaba un aire de amenaza silenciosa.

Desde el principio, Cardinal supo que este nuevo advenedizo representaría un problema.

—Cardinal, te presento a Phasma —había dicho Brendol—. Le mostrarás la nave y sus deberes. El programa de entrenamiento ha crecido más allá de nuestras mayores expectativas, y una vez que se haya completado su propio entrenamiento, tu tarea actual se dividirá entre ustedes dos. Tú seguirás entrenando a los reclutas nuevos y jóvenes, mientras que Phasma tomará con el tiempo a los adolescentes y los adultos, sobre todo en relación con el combate y las simulaciones en el terreno. Cardinal, voy a nombrar un nuevo guardia personal. Tú lo has hecho admirablemente, y ahora deseo que te concentres en nuestro programa en expansión y en el entrenamiento de Phasma en todas nuestras armas. Asegúrate de que ella se ponga al día en el uso de datapads, tecnología y ese tipo de cosas.

Esta presentación tomó a Cardinal por sorpresa. No sólo no estaba preparado para que el intruso alto fuera mujer, sino que había perdido su más alto honor como guardia de Brendol, sin contar la mitad de su programa de entrenamiento. Además de todo eso se esperaba que la entrenara. Si alguien más le hubiera solicitado esa tarea... Pero era Brendol Hux.

—¿Se le ha asignado un número, señor? —preguntó, odiando el chillido de desesperación en su voz.

Brendol lanzó esa secreta sonrisa tan suya y se rio entre dientes.

—Oh, no. Como tú, ella es un caso especial. También necesitará una armadura de su talla. Ya le he asignado una suite separada. Hemos tenido un viaje largo, así que descansaremos hoy. Empezarás su entrenamiento mañana a primera hora. Y ahora debo ir a asegurarme que nuestra otra nueva recluta empiece con el pie derecho. Tengo grandes expectativas para estos guerreros de Parnassos.

Cardinal se despidió de él con el saludo de rigor, pero Brendol estaba actuando extrañamente. Había observado a su mentor durante años, desde ese primer vuelo fuera de Jakku, y había visto a Brendol en días buenos y malos, bajo gran tensión y cuando gozaban de una victoria burocrática. Algo extraño pasaba con él ahora, algo más que sólo su piel enrojecida por el sol, pero Cardinal no podía saber qué era. Tal vez este hombre envejecido simplemente estaba exhausto de cualquier cosa que hubiera sucedido en el planeta de Phasma.

Brendol se fue y Cardinal sintió como si hubiera perdido algo valioso y le estuvieran dando un reemplazo patético. Se volvió hacia Phasma, determinado a obtener lo mejor de la situación. Porque eso era lo que Brendol y la Primera Orden necesitaban. Si algo quería Cardinal era hacer su trabajo, y hacerlo bien.

—¿De qué planeta dijo el General Hux que vienes? —preguntó él, abriendo la puerta y esperando a que ella pasara.

—Parnassos —contestó ella. Cardinal tomó nota de su acento tan recortado y perfecto como el de Brendol, pero casi carente de emoción.

—No he escuchado de él. —Como ella aún no pasaba por la puerta, él agregó—: Después de ti.

Phasma negó con la cabeza.

—Ve tú por delante. Yo no conozco el camino.

Por esa ocasión, Cardinal lo dejó pasar. Ella estaba cansada, evidentemente había estado peleando y resultaba obvio que provenía de algún planeta lejano, devastado por la guerra. Por supuesto, ella no querría hablar de ello. Así que él asintió y la condujo fuera de la sala.

Ahora, caminando por los pasillos de un destructor estelar diferente pero idéntico, su *Absolution*, en lugar del que se había convertido en el *Finalizer* de ella, Cardinal se ve forzado a recordar que Phasma nunca mencionó de nuevo su planeta, que ella siempre ha esquivado cualquier mención de sus orígenes o su entrenamiento previo. Ante cualquier intento de ahondar en ello, Phasma simplemente se hunde más en el silencio o dobla el esfuerzo de su ataque, en lo que debería ser un ejercicio de entrenamiento amigable.

No es en balde que los pasados destinos de Vi le hayan recordado algo. Aunque lo buscó en los mapas estelares y vio que estaba marcado como DESTRUIDO, nunca había escuchado de nuevo el nombre Parnassos, ¿o sí? Hasta hoy.

Mientras entra en el comedor, Cardinal deja que su preocupación se desprenda de sus hombros para poder permanecer erguido. Se mueve entre sus soldados, contesta con un movimiento de cabeza a quienes lo saludan con deferencia. Seguro, él los considera soldados, pero todos tienen menos de dieciséis años, ¿o no? Desde la división de los programas de entrenamiento, los reclutas de mayor edad del Capitán Cardinal parten para completar su entrenamiento en el *Finalizer* con la Capitán Phasma, mientras que los cadetes más jóvenes permanecen en el *Absolution* con él. Cardinal no tiene idea de lo que les pasa a los de mayor edad allá. A juzgar por las victorias militares celebradas en ambas naves, sospecha que los métodos de Phasma siguen siendo ejemplares. Él sabe que los suyos son impecables.

En la fila, selecciona varias botellas de agua y otro paquete de proteínas, este de un sabor diferente. No es que le importe mucho a su prisionera, pero él quiere mantenerla viva para que siga hablando, lo que significa que ella necesita comer. Iris confirmó que sus estadísticas no eran buenas, así que Vi no mentía sobre eso. Aunque él está aprendiendo mucho de las historias que ha contado hasta ahora, está seguro de que ella está reservándose algo, alargando la historia más de lo realmente necesario. Ella sabe algo sobre Phasma, algo que puede ayudarlo. Si tan sólo pudiera sacar esa información secreta de la espía antes de que lleguen Armitage y Phasma, si pudiera obtener pruebas reales y concretas, tal vez pueda deshacerse de su rival de una vez por todas.

No es que ella sea mejor que él o que le preocupe sostener una competencia amigable. Lo que pasa es que cuanto más aprende de Phasma, más cree que ella no es la soldado perfecta que aparenta. Hay algo peligroso en ella, algo que es amenazante para la Primera Orden. Ella es como una bola de putrefacción en un paquete de proteínas que debería ser comestible, algo a lo que no se le debería permitir existir y que debería someterse a cierto control... pero que de alguna manera ha pasado la inspección.

Cardinal simplemente sabe que todo dependerá de la historia de Brendol Hux. Eso también es personal. Cuando Phasma apareció, Cardinal fue relevado de su tarea como

guardia personal de Brendol, y esa distancia evitó que Cardinal lo protegiera cuando él más lo necesitaba. Brendol había gozado de buena salud antes de ir a Parnassos, y siguió así por un tiempo después de regresar. Luego empezó a enfermarse más y más y entonces... sólo murió. O así lo dijo el joven Armitage Hux en un discurso particularmente conmovedor ante toda la tripulación del *Absolution*. Nunca se reveló la verdadera causa de la muerte de Brendol y las indagatorias de Cardinal fueron ignoradas, como si él sólo hubiera sido otro stormtrooper sin nombre.

Sus reclutas se ven tan jóvenes en el comedor. Sus cascos están cuidadosamente colocados en repisas numeradas para que puedan comer. Lo saludan con ademanes alegres y él les contesta con otro ademán. Aquí, cenando y bebiendo en grupos elegidos libremente, son sólo niños. Levantados de algunos de los territorios más solitarios y no reclamados de la galaxia, se reúnen para convertirse en grandes soldados bajo el ojo vigilante de Cardinal. Su pelo y su piel abarcan todos los tonos posibles, desde el pálido hasta el oscuro; sus ojos van del azul hielo hasta el negro profundo... y todos los tonos intermedios. Sus cabellos cortos muestran el sudor del entrenamiento. Su risa desafía la miseria de sus orígenes y sus historias. Ellos han emergido de sus propias cenizas.

Cardinal siente una oleada de orgullo. Este, precisamente *este* es el objetivo de la Primera Orden. Dar a todos oportunidades iguales de alcanzar el éxito, sin importar lo bajo de sus orígenes o lo alejado de su planeta. Aquí no hay niños ricos reinando sobre los huérfanos. Ni lobistas, grupos de interés o sobornos. Nadie padece hambre, sed o muerte por exposición a los elementos. Hasta donde concierne a Cardinal, cualquiera que se opone a los obvios beneficios de la Primera Orden es un tonto. Cualquiera que haga un juramento a la Primera Orden y la traicione habrá de responderle a Cardinal.

Mira el comedor por última vez antes de dirigirse de nuevo al pasillo. Cardinal debería ir a dormir ahora por cuatro horas, pero eso no va a pasar. Sin embargo, es obligatorio que asista a su sesión nocturna de moral, que es vigilada por los oficiales de arriba. Se desliza en su cuarto, toma su lugar ante la pantalla y se relaja mientras absorbe el mensaje. Cuando era joven, le resultaba un poco aterrador mirar todas las cosas terribles que pasaban en la galaxia bajo el gobierno de la Nueva República, el caos y la tragedia causadas por terroristas y rebeldes. Ahora se siente relajado, porque sabe que la Primera Orden se elevará por encima de eso para conquistar a todos los que se le oponen. Él colabora con el entrenamiento de los troopers que lucharán por la estabilidad y confía en sus habilidades.

Cuando la sesión termina, pasa por la bahía médica de las barracas, les dice a los droides que se siente mal y tal vez necesite algunos paquetes de vitaminas y estimulantes. Él es el Capitán Cardinal, así que le dan lo que solicita sin preguntas. Toma una ruta tortuosa de regreso al piso inferior, donde lo está esperando la espía. Si ella es inteligente, no habrá intentado algo estúpido. Ya debe saber que es tonto resistirse a él y al poder que representa. Nadie puede desafiar a la Primera Orden y sobrevivir. A pesar de su naturaleza obviamente rebelde, ella tiene algo que le atrae. Cuestionarla independientemente representa una apuesta. Este interrogatorio es su primer desafío

dentro de la Primera Orden. Por lo menos, Iris ha cubierto sus huellas. Cualquier persona que busque en los registros encontrará una anomalía, como si la espía nunca hubiera existido o como si alguien más hubiera alterado los registros. Es una jugada arriesgada y tal vez errónea. Sin embargo, para él representa su último intento. Tiene una oportunidad de eliminar el cáncer que representa la Capitán Phasma y está dispuesto a apostar a que su jugada rendirá frutos. Esta espía... ella sabe cómo acabar con Phasma.

¿La espía podría estar jugando con él sólo para seguir viva? Tal vez. Pero la programación de Iris fue escrita para detectar mentiras, lo que ayuda con los reclutas más jóvenes. Hasta ahora, Vi cree en la historia que está contando. Él necesita forzarla a tropezar y ver cómo reacciona. Pero también obtendrá más si ella piensa que le simpatiza o que la cree inocente, de modo que no puede presionarla demasiado.

Casi se siente como una traición: mostrar que se empatiza con una espía de la Resistencia, pero lo que él está haciendo es por servir a la Primera Orden. Si Phasma es una mala semilla, él tiene el deber de ayudar a que sus superiores lo vean, extirparla antes de que algo peligroso eche raíces. De alguna manera, han pasado por alto lo que él ha visto todo el tiempo. Tal vez si Brendol estuviera vivo, la habría atrapado. Es una pena con Armitage. Él nunca le agradó al Hux más joven, que sin embargo sí es muy cercano a Phasma. Pero Cardinal va a cambiar eso. O por lo menos es lo que se dice a sí mismo.

El turboascensor se abre. Sale al pasillo oscuro, odiando la falta del orden y la limpieza que son omnipresentes en todos los demás lugares del *Absolution*. Este piso inferior... bueno, evidentemente le han asignado sus usos, pero no representa las mejores partes de la Primera Orden. Cardinal sólo conoce este cuarto en particular porque fue testigo de varios interrogatorios hechos por Brendol hace años, también en secreto, y él duda que muchos otros lo hayan visto o que sepan que existen lugares como este. Ni siquiera los troopers asignados a las tareas de limpieza tienen asignadas labores en estas profundidades del gigantesco destructor estelar.

Se queda parado fuera del cuarto, con las provisiones en la mano, tratando de contener sus emociones. Tiene que mantener el control pero debe parecer alegre y mostrar simpatía. Tiene que parecer amenazador pero mantenerla contenta, hacer que siga hablando. No puede perder el control y herirla... demasiado. Y tiene que adentrarse en el meollo del asunto rápido, antes de que Armitage y Phasma lleguen a la nave y empiecen a preguntar dónde ha estado Cardinal. Él necesita evidencia física y real. Nadie daría más valor a la palabra de una espía de la Resistencia contra una guerrera probada y capitán de la guardia de la Primera Orden, sobre todo si se trata de la alabada Capitán Phasma.

No deja de percibir la ironía. Cardinal está rompiendo las reglas de la Primera Orden para deshacerse de la Capitán Phasma por romper las reglas de la Primera Orden. Pero él no lo está haciendo por beneficio personal, ni porque quiera una promoción, una recompensa o poder. Lo está haciendo porque ella tiene el potencial para destruir lo que él más ama, y debe detenerla.

Tiene que obtener las respuestas que necesita. De lo contrario... De lo contrario él también es un traidor.



TRECE

EN EL *ABSOLUTION*

—OH, POR DIOS —DICE VI, CON LOS OJOS PEGAJOSOS PESTAÑEANDO para abrirse—. No estoy soñando.

—No lo llares sueño hasta que hayas probado la comida —replica Cardinal mientras coloca su casco sobre la mesa, pero hay algo en su forzada locuacidad que le indica a Vi que no es completamente genuino—. Los paquetes de vitaminas son difíciles de tragar.

La ayuda con el agua, le mete en la boca los estimulantes, la obliga a pasar las vitaminas y aplasta aún más pasta de proteínas grises en su boca, formando un verdadero revoltijo.

—Casi sabe a pollo —dice ella, luchando para tragarlo—. Si deshicieras un pollo y lo forzaras a través de un happabore. Ahora, ¿cuándo vas a soltarme de esta lujosa silla para que pueda comer con mis propias manos?

—Cuando me digas lo que necesito saber.

—Ya sabes lo que necesitas saber. Phasma representa malas noticias.

Él niega con la cabeza, exasperado.

—Oh, por supuesto. Déjame ir con el General Hux y pasarle esa información. «Sí, señor, resulta que la espía de la Resistencia que estoy ocultando en la sentina de la nave dijo que Phasma es una *huttnugett* piojosa y malvada». —Por un solo momento, surge lo que ella piensa que podría ser el acento original de él, ancho y áspero. Luego regresa a su mejor aproximación a los tonos recortados de la Primera Orden—. Me lanzarán desde una esclusa de aire. Esto no es un juego de chismes entre niños. Necesito evidencia real, auténtica, de malas acciones. Y no la idea equívoca de lo que la Nueva República considera malas acciones. Tiene que ser una clara violación de la ley de la Primera Orden.

—¿Como asesinar a Brendol Hux?

Eso atrae su atención. Se da vuelta para quedar frente a ella, y la droide se acerca entusiasmada para colocarse al lado de él.

—Sí. Exactamente como eso. Por fin estamos llegando a la parte importante. ¿Tienes pruebas?

Vi echa la cabeza hacia atrás, sonriendo.

—Puedo decirte dónde encontrar pruebas, pero representa casi una carrera suicida. Aunque vas a tener que dejar que llegue allí. Todo es parte de la historia. —Ella se ríe—. Todo es parte de la leyenda. ¿No te ha molestado eso?

—¿Qué?

—Que es como si la hubieran elegido por encima de ti. Querían convertirla en un mito. La niñita que salió de la nada para convertirse en el motor más alabado de la más grande máquina de guerra.

Él se da vuelta. Ella sabe que lo tiene enganchado.

—Me molestaría si ella no fuera lo que parece.

—¿Alguna vez te has preguntado si todo no era más que una mentira? ¿Si ella no es realmente el prototipo en cromo plateado, brillante, que aparece en todos los carteles de propaganda, esa capa hinchada que vuela detrás de ella? ¿Que no sea la soldado ideal? —Hace una pausa—. ¿Que ella en realidad no crea en la Primera Orden como tú?

Cardinal se queda muy quieto. No le da la cara, pero ella puede ver el dolor en cada línea de su cuerpo. Sus dedos jalan brevemente la capa de su propia armadura, idéntica a la de Phasma, aunque él no aparezca en alguno de los carteles. Todo lo que ven es su cromo pulido. Esta púa lanzada por ella le ha pegado duro a él.

—Por supuesto que me molesta. Todos los días.

—Pero no has hecho nada por ello.

Él se da la vuelta para enfrentarla, mostrando los dientes.

—¿Qué puedo hacer? Nadie sabe algo de ella. Brendol ya no está. Busqué en los registros y no encontré nada acerca de Parnassos, hasta que te apareciste hoy. No puedo quitarle el traje para buscar pistas. Ella no habla con nadie, nunca ha confiado en una sola persona. ¿Cómo puedes combatir a una leyenda, sobre todo una que sigue ganando el favor de sus superiores e impresionándolos? ¿Cómo puedes combatir un mito que ellos crearon de la nada?

—Tal vez si tus superiores supieran la verdad, harían lo correcto. Se darían cuenta de que ella es una mynock que está royendo el corazón de sus ideales. Que es una ficción. Sólo humo y espejos. Que la leyenda es en realidad una mentira. Que un día traicionará a la Primera Orden como ha traicionado a todo lo demás a lo que le ha profesado amor.

Cardinal ha quedado de pronto frente a ella. El fervor quema sus ojos oscuros.

—Entonces dame la evidencia para que esto pueda terminar. Para acabar con ella.

Vi sonríe.

—Está bien, entonces. Déjame contarte acerca del principio del final de Brendol.



CATORCE

EN PARNASSOS, DIEZ AÑOS ANTES

DESPUÉS DE DEJAR EL SCYRE, PHASMA NUNCA MIRÓ ATRÁS. Sus guerreros siempre la habían considerado su verdadera líder y dejaron de ocultar sus verdaderas lealtades. Nadie habló de Keldo, del resto de los scyres ni de los claws; nadie habló de arrepentimiento. Se fueron en silencio mientras recorrían los pináculos de roca que hacían que la tierra del Scyre fuera tan traicionera. Mientras Gosta exploraba al frente, Torben ayudó de nuevo a Brendol, y Phasma, Carr y Siv ayudaron a los troopers. A pesar de los ruidos inevitables hechos al anclar sus garras y saltar de una roca a la otra, nadie de la tribu se movió mientras se iban, ni siquiera los centinelas.

Cuando llegaron a la frontera, el último centinela scyre estaba dormido en su hamaca. Más adelante, en secreto y sin que los oyera Phasma, sus guerreros conversaron sobre esta peculiaridad. Se mencionó entonces que quizá su líder había echado algo en su brebaje nocturno para ayudar a la partida del grupo. Phasma había servido a su gente personalmente, algo que habían considerado un honor. A sus guerreros y a la gente de la Primera Orden les había servido primero, por supuesto. Después de dejar atrás al centinela roncando, no pudieron sino pensar que tal vez el gesto de buena voluntad de Phasma había sido menos un honor y más un seguro, aunque no tenían una palabra para eso en el Scyre. Aun así, ellos sabían que algo tramaba, y era escalofriante ver este nuevo lado de Phasma.

Siv estaba atravesando por su propia crisis en ese momento. Como detentora de los detraxores, a ella la habían criado para comprender que su labor era mantener viva y saludable a su gente, al retirar la esencia de los miembros muertos y elaborar el bálsamo de oráculo para quienes quedaban atrás. Irse con Phasma y llevarse ambos detraxores significaba abandonar, traicionar y posiblemente condenar a la mayoría de la banda. Ella lo sentía muchísimo. Pero había tomado su decisión y siguió adelante sin quejas. Esperaba que Phasma fuera la clave para un futuro más brillante para todo el Scyre. Un

día traerían las riquezas de la Primera Orden a su gente, y ya no volverían a necesitar el bálsamo.

En lugar de atravesar directamente la frontera y adentrarse en el territorio de Balder donde los centinelas claws podrían dar la alarma, Phasma dobló al este. Sus guerreros la siguieron sin cuestionar, pero la consideraron una movida arriesgada. Los scyres conocían poco de esta región; sólo que las rocas eran más altas cerca del mar y que allí había muy poco que recolectar. Si la tierra hubiera sido madura o acogedora, Balder se hubiera esforzado para extender su territorio, pero parecía haber un paño mortuario sobre el área, como si hubiera una razón para que nadie deseara ir allí. La frontera no estaba marcada allí, porque los scyres y los claws, cada uno por su lado, llegaron a la conclusión de que no valía la pena luchar por esa tierra.

Justo antes del amanecer, Phasma reunió a su grupo cerca de un afloramiento con suficiente espacio para que todos se sentaran o acomodaran relativamente cerca. Se veía muy poco bajo la luz de las estrellas y no tenían fuego; sólo los resplandecientes pedazos de metal en el uniforme negro de Brendol y el brillo de la armadura de los stormtroopers destacaban en la oscuridad.

—No podemos atravesar directamente la tierra de los claws —dijo Phasma, atendiendo de inmediato la pregunta en la mente de todos—. No sabemos qué tan sedienta de sangre esté su gente. Si son inteligentes, enviarán un contingente por las arenas hacia la nave de Brendol, mientras dejan una fuerza defensiva para mantener su territorio y cosechar los cuerpos.

—¿Cosechar los cuerpos? —preguntó Brendol, entre enojado y curioso.

—Siv, explícale.

Siv estiró la mano para tomar su mochila y sacó un detraxor.

—Como lo sabes, nuestro planeta está enfermo. El sol es demasiado rudo, la lluvia nos quema la piel y no podemos obtener todos los nutrientes que necesitamos de nuestra comida, lo que lleva a enfermedad, huesos frágiles y dientes caídos. Cuando alguien muere, usamos los detraxores para extraer todos los minerales y líquidos que podamos. Con esos nutrientes elaboro aceite al que llamamos bálsamo de oráculo. Cada miembro de la banda recibe una dotación. Al untarla sobre la piel nos aseguramos de mantener lo mejor posible la salud, protegidos de los elementos. Los claws también lo usan.

—Es poco elegante pero necesario —dijo Phasma, con voz áspera y sin dar espacio a la desaprobación.

—Ya veo —dijo Brendol, siempre diplomático—. ¿Cómo llegaron a poseer esta máquina?

—Se ha pasado de una generación a otra desde que las ciudades murieron. Alguna vez las usaron en animales, para alimento. Mi madre me enseñó a cuidarlas. —Siv acarició amorosamente la piel gastada—. Y he hecho algunas mejoras. El bálsamo de oráculo de mi madre olía a pescado rancio, pero el mío por lo menos huele a...

—Pescado más fresco —interrumpió Carr, Siv le dio un codazo y le lanzó una sonrisa.

—Es bárbaro —indicó Brendol.

Siv pareció ofenderse.

—No. Es sagrado. Es como se mantiene a tu gente fuerte, aunque los abandones. Cuerpo al cuerpo, polvo al polvo.

—La muerte es inevitable, pero significa que el resto de la tribu será más fuerte —dijo Phasma. Recorrió con la vista a todos en el círculo, mirando a los ojos de cada uno mientras el sol salía y echando un largo vistazo a cada stormtrooper, sus rostros, como siempre, ocultos detrás de sus cascos—. Aprendan a respetar ambos extremos de la máquina, si desean sobrevivir el tiempo que pasen en Parnassos.

—¿Tienen esos problemas entre su gente? —preguntó Gosta. La chica estaba asombrada con Brendol y sus troopers, igual que lo estaba con Phasma y sus guerreros.

La sonrisa de Brendol fue más amable cuando habló a la chica.

—No, niña. No los tenemos. Somos beneficiarios de los más grandes avances en tecnología y medicina. Simplemente agregamos los nutrientes vitales a nuestra comida para permanecer fuertes.

—¿De dónde los obtienen?

—Se los compramos a comerciantes.

—¿De dónde los obtienen los comerciantes?

Brendol ya no sonreía ahora.

—Esas preguntas tontas desperdician tiempo valioso. Lo maravilloso de la civilización es que compras lo que necesitas, apoyando con eso a comerciantes y artesanos. No es mi problema de dónde obtienen sus bienes. Pero te aseguro que no vienen de seres humanos. Esas cosas suelen ser mal vistas en las partes más civilizadas de la galaxia.

Gosta parecía aplastada, pero Phasma habló a continuación.

—Deseo con ansias beneficiarme de esa civilización, pero hasta entonces usaremos cada recurso a nuestra disposición para salir de este planeta. No hay que avergonzarse de usar cada ventaja para permanecer vivos.

Brendol parecía sorprendido cuando uno de los stormtroopers habló a continuación, con una voz extraña y de alguna manera amplificada por su casco.

—Tenemos algo similar en Otomok, pero para las bestias. Es similar a un detraxor de humedad.

Los guerreros de Phasma no pasaron por alto la cara de burla de Brendol mientras se daba vuelta para mirar al trooper y fijar la vista de manera evidente en su número.

—Tal vez te olvidaste, PT-2445, de que he visitado varias veces Otomok, además de planetas con condiciones aún más difíciles. Cuando estoy en esos planetas, aún mantengo mi rango.

—Sí, General Hux. Lo siento, señor.

Brendol asintió, pero ahora un escalofrío recorrió al grupo. En Parnassos, donde todos luchaban para sobrevivir, esas formalidades se reservaban para raros casos de rituales o liderazgo, como el pronunciamiento de Keldo desde su trono en la Nautilus. En los demás

momentos, a todos se les consideraba iguales. Al parecer, así no eran las cosas en la Primera Orden. El stormtrooper no volvió a hablar.

En cuanto a Phasma, ya estaba mirando más allá del grupo, hacia la línea rígida del horizonte. Siv sabía que su líder había tomado nota cuidadosa del lugar donde aterrizó la nave de Brendol y del que surgió el humo. Aunque no conocían la disposición del terreno entre aquí y allá, todos esperaban problemas.

—No importa en qué dirección vayamos, nos dirigimos a tierra que nunca hemos visto. Coman y beban, aplíquense su bálsamo y luego preparen sus cuerdas. El camino es largo para bajar al otro lado de estas montañas.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Gosta.

Phasma se quedó viéndola por largo tiempo.

—Sabemos que hay tierra plana más allá de esas rocas porque la vimos al otro lado del territorio de Balder. Lo razonable es que esa tierra se extienda hasta las rocas. ¿Alguien está en desacuerdo?

Nadie se atrevió a estarlo, ni siquiera Brendol.

—Creo que serán varios días de viaje hasta la nave caída, aun sin impedimentos importantes. Podemos encontrar animales y gente, o sólo enfrentar condiciones difíciles y diferentes de las de nuestra propia tierra. General Hux, ¿puede decirnos qué vio del terreno entre el momento en que derribaron su nave y su viaje a la meseta de Balder?

Brendol lo pensó con calma.

—Usamos las cápsulas de escape poco después de que nos dieron. En cada cápsula caben seis personas, y nosotros éramos once, así que teníamos dos cápsulas. Dos pilotos en la cabina de mando ya estaban muertos, de modo que en nuestra cápsula sólo íbamos nosotros cuatro y el droide. No hemos visto la otra cápsula, ni hemos podido comunicarnos con los demás mediante nuestro sistema de intercomunicación. No sabemos si los otros cinco troopers sobrevivieron. Fuimos incapaces de ver qué pasó con la nave, pero cuando salimos de la cápsula, el humo estaba muy lejos. Por los menos el humo sugiere que no cayó al océano, lo que la volvería irrecuperable. La tierra que vimos era arena, tan sólo arena interminable. Caminamos hacia la meseta porque vimos humo, lo que significa gente. No esperábamos que nos recibiera un dug asesino y que se nos considerara... despojos. —La expresión de su rostro sugería que le habría encantado ser él quien clavara el puñal a Balder.

—Nunca he caminado en la arena —observó Torben—. ¿Cómo se siente?

La gente de Phasma la miró, pero ella movió la cabeza en dirección de Brendol.

—Se desliza bajo tus pies. Gruesa y áspera. Irritante. Se mete por todos lados. Se desliza dentro de tus ropas y tus botas.

—¿No pasaron junto a animales o gente en su camino a la tierra de Balder? —presionó Phasma.

Brendol negó con la cabeza.

—Nada ni nadie. Temíamos estar en un planeta completamente deshabitado, aunque sí vimos varios complejos industriales y ciudades deshabitadas desde el cielo.

—¿Qué tan lejos?

—En mi nave, sólo horas. A pie, varios días, con toda probabilidad. Es difícil hacer un estimado exacto de navegación mientras te precipitas a tu propia muerte. —Suspiró y se puso un poco melancólico—. Es una pena que hayamos aterrizado aquí, donde el terreno no perdona. Al otro lado del océano hay un continente más grande, exuberante y verde. Como dijiste a tu hermano, si logramos llegar a mi nave, tal vez tu gente se pueda mudar allí para darles una mejor oportunidad de reclamar lo que alguna vez fue. Tal vez haya sobrevivientes allí, una civilización.

—Tal vez —dijo Phasma—. Pero estamos seguros de que hay una mejor vida entre tus estrellas.

—¿Puedo hablar contigo en privado? —preguntó Brendol.

Los guerreros de Phasma siempre habían comprendido que vivían bajo dos gobernantes. Phasma actuaba como el músculo y Keldo como el cerebro y el espíritu. Resultó muy fácil aceptar que Brendol sería ahora uno de sus líderes. En ese momento, además, tenía sentido para ellos que Brendol deseara hablar con Phasma a solas. El par desapareció alrededor de un montón de piedras más grandes, que encubrió sus susurros.

Ahora bien, cuando la gente crece en pequeñas bandas en tierras difíciles, se acostumbra a no tener privacidad nunca y a dar a quienes buscan retiro el más pequeño espacio posible. Los guerreros dieron la espalda a Phasma y Brendol y empezaron a hablar entre ellos, murmurando sobre sus esperanzas de un nuevo hogar, ya sea en un continente cercano hecho de terreno sólido o en las estrellas, portando una armadura blanca. Los tres troopers se pararon fuera de este círculo. Parecían muy fuera de lugar.

—¿Te gusta? —preguntó Gosta a uno de los stormtroopers, señalando al cielo estrellado—. ¿Allá arriba?

El hombre se quedó viéndola y parecía como si estuviera a punto de responder, pero PT-2445 los interrumpió.

—No debemos hablar sin el permiso del general —dijo—. No estamos de descanso.

Con su casco puesto, era imposible adivinar lo que sentía el silenciado trooper. Sin embargo, debió de estar de acuerdo con su compañero, porque no respondió; en cambio, se dio vuelta, con la mano en su bláster. Los guerreros de Phasma intercambiaron miradas. ¿Un buen líder evitaría que sus soldados dijeran lo que pensarán? ¿Estos guerreros cedieron su propia voluntad, su propia personalidad, con tanta facilidad? Era una nueva manera de hacer las cosas y no sentaba bien con la gente libre del Scyre.

El sol estaba saliendo cuando Phasma y Brendol regresaron de su conversación privada. Phasma debió de usar parte de su tiempo para preparar al otro líder para el siguiente paso de su viaje, porque Brendol ahora llevaba guantes de scyre con garras de escalar y un par de clavos atados fuertemente alrededor de sus brillantes botas negras. Era un hombre torpe, como ya lo sabes, con vientre prominente y cara de desprecio, y tropezaba mientras caminaba y se iba acostumbrando a las nuevas herramientas.

Phasma estiró la mano para tomar una de sus mochilas y les lanzó tres pares más de guantes y clavos para botas, todos robados de la Nautilus. Sus guerreros ayudaron

rápidamente a los troopers a atárselos. Ya casi estaban listos para irse cuando Phasma miró a Siv, quien extendió el bote con bálsamo de oráculo. Era una masa densa, de color verde negruzco. Phasma hundió dos dedos y trazó líneas oscuras debajo de sus ojos. Siv extendió el frasco a cada uno de los scyres, quienes hicieron lo mismo. Cuando se lo pasó a Brendol, él negó con la cabeza, irritado.

—Podemos sobrevivir unos cuantos días antes de recurrir a estos recursos desagradables —dijo.

—Como gustes —dijo Phasma, poniéndose su máscara—. Vámonos.

Una vez más, sus guerreros intercambiaron miradas. Estaban acostumbrados a conocer los planes secretos de Phasma, aunque Keldo no los supiera. Pero esta vez ella no reveló nada. Ellos también se pusieron sus máscaras. Si iban a morir en la montaña, morirían fieramente.

La propia montaña representó un nuevo tipo de desafío. Los scyres tuvieron que usar todas sus herramientas y sus trucos para recorrer los peligrosos bordes de la torre de roca dentada. Había cientos de metros hasta el suelo arenoso, y tuvieron que rodear la escarpada cara del acantilado utilizando sólo los clavos de sus botas y sus garras de mano, mientras permanecían atados entre sí, además del imposiblemente desmañado Brendol y los torpes troopers. Con cada deslizamiento de un pie o el rompimiento de un pedazo de roca, todo el grupo se aferraba a la montaña, abrazándose a sí mismos para absorber el peso de un cuerpo caído. Phasma y Torben mantuvieron a Brendol entre ellos, mostrándole dónde plantar sus clavos y manteniéndolo cerca para que no pudiera arrastrarlos en su caída. Cada paso los llevaba a rodear y bajar la montaña en etapas minúsculas. El viento pasaba silbando y curiosas aves marinas surcaban el aire, mirando y deseando ver los signos del inminente festín de un ser humano aplastado abajo.

Ahora bien, cualquiera que fuera lo bastante astuto y fuerte para llegar a la edad adulta en el Scyre sabía que un escalador inteligente nunca miraba abajo; sin embargo, todos admitirían más tarde que de todos modos lo habían hecho. No era frecuente que tuvieran la oportunidad de ver algo totalmente nuevo por primera vez. En el lado de la montaña del que venían, el oscuro y familiar océano mordía interminablemente la roca; en su lado distante, la montaña empezaba como una cara recta y luego se iba inclinado poco a poco hacia otro mar oscuro: la interminable arena gris. Cuando el sol de la mañana golpeó el valle, abajo, resplandeció con rojos y anaranjados brillantes, una hermosa vista que prometía la rara opción de caminar sin miedo de tropezar hacia la propia muerte. Siv confesó que esta vista era tan inesperada y llamativa que por poco se cae de la montaña. De haberlo hecho, sospecho que no estaríamos hablando aquí ahora. Cuando todos están distraídos y una persona desfallece, tiende a presentarse una gran tragedia, ¿o no?

Paso a paso bordearon la montaña, cada vez más cerca del suelo arenoso. El sol alcanzaba su cenit y el aire empezaba a calentarse. Los scyres empezaron a torcer y sacudir sus cabezas, sudando debajo de sus máscaras; nunca habían sentido ese tipo de calor. Aunque el sol era áspero en casa, siempre estaban frescos, gracias al frío del

océano, los vientos cortantes y la sombra de las rocas más altas. Ahora el sudor empezaba a resbalar hasta sus ojos y por sus espaldas. Quitarse las máscaras no era una opción: el viento barría arena a cada poro, mientras el sol los castigaba con un rigor mayor de lo habitual. El pobre Brendol era el único sin protección en la cara. No podía hacerse nada por él hasta que estuvieran sobre el suelo y alcanzaran sus mochilas. Cada dedo de sus pies y manos estaba metido en una hendidura de la roca. Pronto él se encontró recorriendo la montaña con los ojos apretados, mientras tentaba a ciegas con los guantes y las puntas de las botas en busca de hendiduras, con las mejillas rojas y los labios ampollados.

Los troopers eran sorprendentemente tenaces, con todo y que sus armaduras los hacían parecer voluminosos. Siv observó que cualquier tipo de entrenamiento que hubieran recibido lo habían asimilado bien. Los tres troopers tenían buena condición física, eran fuertes y capaces de dominar rápidamente el arte de escalar. Nadie se quejó, ni siquiera Brendol, quien evidentemente tenía problemas. Aun los guerreros de Phasma sufrieron, porque su terreno habitual incluía saltar y lanzarse en rapel de un pico a otro, sin aferrarse a la cara de una roca por horas. Sus brazos empezaron a doler y arder, los dedos curvados de sus pies empezaron a adormecerse en sus botas. Cada vez que alguien encontraba un borde, se paraban allí por turnos para descansar un momento, balanceando sus brazos y doblando sus rodillas, apurándolos para sentirlos de regreso a sus huesos. De no ser por esos pequeños momentos de clemencia, alguien hubiera dado un mal paso. Por algún milagro, nadie lo dio.

Las botas de Phasma fueron las primeras en pisar arena, poco después del mediodía. Ella lanzó un grito de triunfo que atrajo todas las miradas. Por primera vez en la historia viva, un scyre ponía un pie sobre el planeta real. No en lo alto de una roca, ni en una cueva, sino en terreno sólido del que no se podía caer a ningún lado. Luego Brendol saltó, y Phasma tuvo que atraparlo y ayudarlo a quedar de pie. Cuando Torben saltó, la tierra se levantó a su alrededor como humo gris y él lanzó su risa explosiva, haciendo sonreír a Siv.

Uno por uno, los guerreros y troopers aterrizaron en la arena. Los scyres no pudieron sino echar atrás sus máscaras para mirar abajo y maravillarse con el tacto de la tierra real debajo de sus pies. Desamarraron sus cuerdas y se hincaron o se sentaron sobre la arena, fascinados por la sensación. Toda su vida, hasta ese momento, habían sabido que estaban muy arriba del suelo, y que caer de esas grandes alturas significaba la muerte. Aquí no había adónde caer. Siv nunca se había sentido tan segura, a pesar de encontrarse en un territorio completamente nuevo. Más tarde descubriría que la arena era mitad mineral y mitad ceniza volcánica, lo que explicaba su volátil suavidad y su tendencia a levantarse e irritar ojos y mucosas.

En cuanto a Carr, él se quitó un guante y pasó la arena entre sus dedos, riéndose. Su risa de detuvo de pronto.

—¡Ouch!

Phasma saltó a su lado.

—¿Qué pasa?

Carr levantó una mano para mostrar un bulto rojo en ella.

—Algo me picó, creo. ¡Allí está!

Señaló a una criatura pequeña y brillante que se enterraba rápidamente en la arena gris. Phasma cavó y la atrapó entre los dos dedos de sus guantes. Era un escarabajo con un caparazón dorado, cuernos y una trompa larga y puntiaguda. Mantenido bajo el sol, formaba un arcoíris enteramente iridiscente que iba del dorado al verde brillante. Por supuesto, puedo describírtelo porque he estado en Parnassos y estudié uno; sin embargo, ninguno de los hombres de Phasma había visto algo parecido antes.

—Es bonito —dijo Gosta.

Phasma lo levantó hacia la luz. Una sola gota de sangre cayó de la trompa del insecto y se desplomó sobre la arena, donde fue absorbida de inmediato. Alrededor de la sangre, más escarabajos parecieron explotar de pequeñas colinas de arena, barriendo furiosamente el área con sus propias trompas y chupando los granos cubiertos con sangre.

Phasma aplastó al escarabajo entre sus dedos y lanzó el húmedo cascarón dorado y negro a la confusión de escarabajos que peleaban por la gota de sangre. Los escarabajos cayeron sobre su compañero, devorando cada gota de líquido viscoso de su interior hasta que no quedó nada, sino fragmentos brillantes de exoesqueleto. En cuanto la humedad desapareció, los escarabajos volvieron a enterrarse bajo tierra, dejando la antes suave arena empedrada con montones peculiares, en forma de conos. Phasma se puso de pie.

—Los guantes se quedan puestos, y no se los quiten sin que yo lo indique. ¿Se siente infectado?

Carr miró la herida roja y palpitante y volvió a ponerse el guante con una mirada burlona.

—Se siente tonto. Y un poco embarazoso. Pensar que perdí una batalla con un bicho.

Phasma suspiró, pero nadie podría estar mucho tiempo enojado con Carr.

—Pórtate con seriedad, por una vez.

—Tengo comezón, pero no siento fiebre.

—Indícame si la sientes. General Hux, ¿está usted familiarizado con esta criatura?

Brendol se encogió de hombros.

—No con esta especie en particular. Cada desierto tiene insectos sedientos de humedad. Sin embargo, estoy de acuerdo: es mejor permanecer lejos y no darles lo que quieren.

Él seguía haciendo bizcos entre la arena que soplaba, y sus ojos se habían puesto rojos y abultados. Ahora que estaban en el suelo, Phasma sacó una tela larga de su mochila y lo ayudó a enredarla en su cara, dejando expuestos únicamente sus ojos azules. Gosta se adelantó para ofrecerle un par de viejos *goggles* gastados, que él aceptó de inmediato. Cuando Siv le tendió de nuevo el frasco de bálsamo de oráculo, él lo pensó con más cuidado, pero siguió sin aceptar el regalo.

Cuando Brendol quedó vestido para soportar las arenas, Phasma miró a sus troopers.

—Sería mejor que mancharan un poco más sus armaduras —dijo—. Las partes limpias destacan en este desierto gris.

Ya estaban un poco sucios por su recorrido, pero los troopers estuvieron de acuerdo. Uno de los soldados tomó un puñado de arena y la frotó sobre su armadura, donde dejó un brillo de color gris oscuro. Pronto los tres troopers estaban manchando sus armaduras con la ayuda de los scyres, que se cuidaron muy bien, todos ellos, de mantener sus guantes puestos y revisar cada puñado de arena en busca de más escarabajos que se alimentaban de sangre. Cuando la armadura y los cascos blancos quedaron manchados con un gris sucio de manera más uniforme, Phasma aprobó con un movimiento de cabeza y empezó a caminar. Los scyres ya habían enrollado sus cuerdas para escalar, se habían quitado los clavos de sus botas y siguieron a su líder hacia la desconocida inmensidad.



QUINCE EN PARNASSOS, DIEZ AÑOS ANTES

LA ARENA GRIS SE EXTENDÍA EN TODAS DIRECCIONES MÁS ALLÁ de las montañas, hasta donde alcanzaba la vista. Se elevaba en grandes dunas con patrones de olas de viento y se desplomaba en valles profundos. Para los scyres, se parecía al mar que tan a menudo miraban desde sus puestos en la piedra: una cosa oscura, implacable, turbia, a pesar de ser también incómoda y antinaturalmente tranquila. No había plantas ni animales a la vista. Cuanto más se alejaban de la montaña y las torres de piedra de la frontera, más se agitaba cada uno. Nunca habían pasado un día de sus vidas sin trepar a un pináculo alto. Se sentían desorientados al quedar atrapados entre esas arenas movedizas, hundiéndose y deslizándose a cada paso. No había puntos de referencia, objetivos claros ni lugar donde esconderse.

De alguna manera, Brendol y sus tropas parecían más impasibles. Recorrían el desierto como si fuera cómodo allí. De pronto, Gosta reunió el valor o tal vez se sintió lo suficientemente aterrada para preguntarles por eso.

—Hemos visitado planetas de toda la galaxia —dijo Brendol, sin aminorar su paso penoso, aunque su falta de condición física hacía que respirara pesadamente—. Planetas de desiertos, de agua o de hielo, y arruinados como el de ustedes, con todo tipo de topografías y ambientes. Cada ambiente tiene sus propias y únicas bondades y horrores. Aun en las condiciones más difíciles, como estas... —Miró alrededor, y aunque nadie pudo ver que fruncía el ceño a través de sus envolturas, evidentemente estaba incómodo—: nunca estás tan solo como crees.

—Si no encontramos agua pronto, estaremos en problemas, ¿o no? —preguntó la chica.

—Seguimos adelante —dijo Phasma, con voz dura—. Avanzamos. Encontraremos lo que necesitamos o no. Pero llegaremos allí.

Sus palabras hicieron que los scyres se sintieran nerviosos. ¿Qué había planeado Phasma, y por qué de pronto se mostraba tan decidida? La habían visto pelear contra toda

adversidad y tomar grandes riesgos para su gente, pero la manera en que marchaba por la arena sin pausa les parecía casi suicida.

Carr era el último de la fila. A medida que el día se terminaba, se volvió evidente que él los estaba retrasando. Siv retrocedió con él para preguntar sobre su salud, pero él sólo sacudió la cabeza.

—Me siento mareado y con fiebre —dijo—. Y no de buena manera.

—¿La fiebre?

Él lanzó una risa triste, un eco patético de su buen humor habitual.

—Cuando sientes como si la piel se hubiera incendiado y sientes como si tu cráneo fuera a explotar, una fiebre es igual que la siguiente, supongo.

Cuando ella le quitó la máscara y puso una mano sobre su frente, él estaba casi frío. Un extraño color moteaba su rostro, que solía ser bronceado; una palidez preocupante. Ella pudo ver una vena azul, justo debajo de la piel de sus sienes, latiendo rápidamente con su corazón.

—Phasma, ven a ver esto —gritó Siv.

Phasma dejó que Torben y Brendol dirigieran al grupo mientras ella se apresuraba para llegar al final de la fila.

—¿Cuál es el problema?

—Carr se siente mareado y caliente, pero su piel está fría.

Phasma levantó su propia máscara para tener una mejor vista y frunció el ceño ante lo que vio.

—Muéstrame tu herida.

Cuando Carr se quitó el guante, se sorprendieron al ver que la herida del escarabajo casi había desaparecido. Estaba hinchada, roja y dura después del piquete, pero parecía sanada. Sólo quedaba una erupción de color rosa claro alrededor del piquete. Phasma puso su mano en la frente de él y revisó el blanco de sus ojos. Al final sólo sacudió la cabeza.

—Debemos seguir caminando. Infórmenme si algo cambia. En caso de ser una infección, no se parece a los peligros que enfrentamos en nuestro territorio. Por lo menos no es la fiebre. Mantente alerta. Aplica más bálsamo. Y ponte la máscara. Si es contagioso, necesitamos tomar precauciones.

—Trataré de no besar a nadie —murmuró Carr.

Sin embargo, obedeció. Dibujó un segundo juego de franjas con el bálsamo de Siv y bajó su máscara, como lo hizo Siv con la suya. Phasma trotó hacia el frente de la fila, y todos siguieron caminando. Los scyres escuchaban a Phasma consultar con Brendol en un susurro y creyeron oír que hablaban de sus medicinas prometidas. Eso era bueno, entonces: su líder hacía planes para ayudar a su amigo herido. Eran una comunidad muy unida, todos se esforzarían para asegurarse de que Carr alcanzara la nave de Brendol, aunque tuvieran que cargarlo por turnos.

Caminaron toda la tarde, deteniéndose una vez a la sombra de una duna para mordisquear carne seca y dar cuidadosos sorbos a sus odres. Phasma había distribuido

varios odres a cada persona, tomados de los almacenes de la Nautilus, pero Siv hizo las cuentas y al instante supo que no era suficiente para llegar a la nave de Brendol. Tan lejos de su territorio y sin una planta o criatura viviente a la vista, el agua sería una preocupación creciente. En casa, tenían otras maneras de recolectar suficiente para beber, y aunque rara vez había más de la necesaria, nunca se habían preparado para un recorrido tan seco como este. Recolectar y filtrar orina era una parte común de sus vidas, pero con el tiempo también se agotaría. Sin embargo, los scyres no hablaban en voz alta de sus preocupaciones. Phasma se ocuparía de ellos. Tenían que creerlo.

El desierto se calentó más mientras el sol de la tarde lo azotaba. Aunque estuvieron tentados a levantar sus máscaras y deshacerse de sus envolturas para que el viento enfriara su piel sudorosa, sabían que no debían hacerlo. Mantenerse cubiertos siempre era una mejor opción: cualquier franja de carne expuesta se quemaría rápidamente y tal vez se ampollaría sin una gruesa cubierta de bálsamo. El sol no era tan amable como antes. Cuando Siv volteó a verlo, Carr se había quedado aún más atrás, con la máscara levantada sobre su cabeza. Sus mejillas estaban abultadas y pálidas, sus ojos un poco saltados, sus labios secos e hinchados.

—Lo sé —dijo él, al ver que lo miraba—. Me veo terriblemente guapo.

—Necesitas descansar.

—Puedo descansar después. Ayúdenme a subir la colina.

Siv llegó de prisa a su lado y lo ayudó a arrastrarse para subir la siguiente duna; lo sintió tambaleante contra ella, como si hubiera perdido su alguna vez sólido sentido del equilibrio. Faltaban días para que llegaran a la nave de Brendol. Carr sería un lastre para todo el grupo si no se sacudía esta nueva enfermedad.

Cuando alcanzaron la parte alta de la duna, se quedaron consternados al descubrir que era la primera de una serie de altas colinas que se extendían hasta el horizonte como un mar de olas gigantes. El viento era fuerte en la cima. Bajaron trotando cada colina hacia el frío del valle antes de esforzarse para subir la siguiente colina. Siv le contó que el tiempo se alargaba entonces de una manera extraña, mientras luchaban para subir y bajar, porque parecía que estaban estancados, que no hacían progresos visibles. Era como combatir con el mismo enemigo una y otra vez, sin tener nunca un punto de apoyo; a decir verdad, era como su antigua vida en el Scyre. Toda la maravilla causada por el nuevo mundo se perdió y se convirtió en temor e incomodidad, además de preocupación por Carr. Los músculos que se usan para caminar en la arena terminaron siendo muy diferentes de los que se necesitan para escalar y trepar entre las rocas. Sus brazos todavía les dolían por descender por la ladera del acantilado. De muchas maneras, era un infierno inesperado para una persona forjada en el crisol de la lucha.

He visto esas dunas y no logro imaginar qué tipo de mentalidad se necesitaría para enfrentarlas sin tirarse a morir en un valle. Crecimos tan acostumbrados a nuestros speeders, nuestras naves, nuestros hiperdrives. Estar en un mundo donde sólo tus pies pueden moverte, centímetro a centímetro a través del infinito... digamos tan sólo que hay una razón para que Phasma quisiera salir de esa roca.

El sol se estaba poniendo cuando bajaron tropezando de una duna hacia el valle, enfriado por la sombra y donde susurraba un viento atemorizante. Carr fue el último en bajar y se deslizó como peso muerto, aterrizando de espaldas a los pies de Siv.

—Acamparemos aquí esta noche —dijo Phasma—. Manténganse cubiertos. Reciclemos los líquidos corporales. Cada gota cuenta. Tengan cuidado con sus provisiones. Si dormimos juntos conservaremos el calor corporal. —Suspiró pesadamente y agregó—: Será difícil, pero no quiero oír quejas.

Sus guerreros asintieron con apatía y los troopers miraron a Brendol, quien agregó:

—Phasma tiene razón. Conserven sus recursos.

Se sentaron en grupos más pequeños para comer, los guerreros scyres juntos y Phasma sentada junto a Brendol con sus troopers. Los tres soldados con armaduras se quitaron sus cascos por primera vez. Siv quedó extrañamente fascinada al ver que eran personas como cualquier otra, con el pelo cortado casi al ras y la piel sudorosa y roja. Uno de ellos era mujer, aunque sólo resultaba perceptible por su estructura facial: tenía el pelo cortado igual que los hombres. Su armadura no mostraba diferencia en fisonomía, y Siv recordó que se sintió complacida de que entre la Primera Orden se considerara a las mujeres como iguales y también como guerreros. Su madre le había contado historias de un mundo diferente en que se consideraba a las mujeres débiles o inferiores. Tal vez ese prejuicio había muerto porque se había determinado que las mujeres scyres podían trepar mejor que los hombres y empezaban a superarlos en número entre los guerreros. Sin embargo, en ese momento, sentada a la sombra de la duna con esos extraños de más allá de las estrellas, Siv se quedó pensando cómo sería llevar ella misma la brillante armadura blanca para carecer de cara, ser poderosa y convertirse en una de las incontables personas que luchaban por una causa valiosa.

¿A su gente le preocupó que su líder se sentara con los extranjeros en lugar de hacerlo con su propia gente? Un poco, pero también comprendían que Brendol Hux era un comandante poderoso por derecho propio, y que los líderes a menudo pasaban tiempo juntos haciendo planes para el mejoramiento de la gente. Aún tenían problemas para entenderle a Brendol, en ocasiones, debido a su acento afilado y a algunos extraños cambios en su vocabulario. Si acaso, Siv dijo que se sentían orgullosos de que una mujer scyre fuera considerada igual que un general rico y poderoso que comandaba naves espaciales.

En cuanto a Carr, parecía cada vez más ausente. Miraba fijamente el espacio y se mecía un poco mientras permanecía sentado. Rechazó la carne seca que Siv le ofreció y sólo mordisqueó un vegetal marino salado, pasando los sorbos de agua asignados. Sin embargo, no tenía desperdicios corporales que agregar a la unidad de reciclaje, que era el tipo de cosas que se notaban cuando el agua se volvió más escasa de lo habitual. Fue el primero en quedarse dormido. Cayó al piso en una nube de arena gris y roncó suavemente a través de sus labios hinchados. No podían hacer nada por él; se trataba de un nuevo padecimiento y su única esperanza era que mejorara por sus propios medios o que se

curara fácilmente con el equipo médico que Brendol prometió que los esperaba en su nave.

A la mañana siguiente, Carr amaneció peor. Su carne estaba hinchada y pálida, todas las venas azules de su cuerpo eran visibles y palpitaban cerca de la piel. Siv recordó las criaturas que a veces eran arrojadas de las profundidades del mar, con un blanco fantasmal y parcialmente transparente, jadeando para respirar y aplastadas por el propio aire. Sus guantes estaban demasiado apretados sobre sus manos hinchadas y casi tuvieron que cortarlos con un cuchillo. Cuando le preguntaron cómo se sentía, no pudo hablar; tenía la lengua y los labios muy hinchados. Sólo pudo sacudir la cabeza. Pero la sorpresa y el miedo que Siv esperaba ver en sus ojos... no estaban allí. Parecía adormilado y resignado. Lo jalaron para que se pusiera de pie. Torben ayudó a Siv a empujarlo para subir la siguiente duna; cada músculo de ella ardía mientras el hombre enfermo trastabillaba entre ellos.

Cuando Phasma llegó a la cresta de la duna, la iluminaba el sol saliente: una sombra mitad oro fundido y mitad índigo. Ella levantó la mano para cubrirse los ojos.

—¡Enemigos! ¡Scyres, luchen! —gritó, mientras empuñaba su lanza y estiraba la mano para tomar el hacha que colgaba de su cinturón.

Siv y Torben no tuvieron otra opción que dejar a Carr en la arena y correr al lado de Phasma, empuñando sus propias armas. Los troopers sacaron sus blásters y empezaron a disparar hacia abajo de la duna. Cuando Siv llegó a la cima con Torben siguiéndole los pasos, vio cómo se desplegaba el ataque. Figuras envueltas en gris parecían deslizarse a través de la arena, jalados por enormes lagartos con piel de color gris como la piedra. Se deslizaban por el suelo mucho más rápido de lo que el grupo de scyres podía correr, y sostenían lanzas largas y agitadas con hojas de cristal en la punta.

Siv pensó en usar los dardos de su cerbatana, pero no encontró piel en los atacantes y no quería arriesgarse a desperdiciar las púas de metal. En cambio, sacó sus dos guadañas. Los atacantes estaban cerca ahora, seis de ellos arrastrados por seis lagartos. El bláster de un trooper envió a uno de los lagartos agitándose duna abajo, y a su amo trastabillando detrás de él. Los cinco skimmers restantes no retrocedieron.

Phasma era quien estaba más cerca. Esquivó la acometida del lagarto y pasó su daga a través de los pliegues de su cuello, cortando a profundidad en el músculo y haciendo que la criatura chillara. El skimmer detrás de él logró saltar ágilmente de una pieza de metal plana y correr hacia Phasma a grandes zancadas. Su lucha silenciosa atrajo la mirada de todos, hasta que el siguiente skimmer se acercó deslizándose. Pasó junto a los troopers, pero Torben fue corriendo detrás de él. Descargó su mazo en el cráneo del lagarto, lo rodeó deprisa y cortó el pecho del skimmer con su hacha. La figura cayó y Torben puso una enorme bota en sus entrañas, extrajo su hacha y lanzó su grito de batalla, salpicado de sangre tan roja como la suya.

Así que estos atacantes eran seres humanos. Probablemente. A pesar de sus trajes extraños, podían morir. Eso envalentonó a los scyres. Escarabajos dorados brotaron como

una erupción de la arena para chupar la sangre. Torben retrocedió, cazando a su siguiente presa.

Siv dejó escapar su grito ululante y corrió duna abajo hacia uno de los skimmers, lista para hacer su trabajo por su gente. El lagarto la esquivó, con la enorme boca abierta para mostrar cientos de dientes aserrados. Siv se dejó caer sobre su espalda y se deslizó por la arena, rebanando el vientre de la criatura mientras pasaba debajo de ella. Luego clavó sus pies en las piernas del enemigo arrastrado detrás de él. La figura cayó con una maldición demasiado humana. Antes de que Siv pudiera pararse y seguir luchando, la pequeña Gosta saltó por encima de ella, blandiendo su espada, y la clavó en un lugar vital mientras lanzaba su grito de guerra. El skimmer no volvió a levantarse.

Gosta extendió una mano para ayudar a Siv a ponerse de pie. Cuando miró alrededor, los guerreros scyres y sus invitados troopers habían destruido por completo a los atacantes y sus lagartos. La pelea había sido inusualmente rápida y brutal. Ningún enemigo quedó respirando, lo que significaba que no se obtendrían respuestas. ¿De dónde venían esos atacantes? ¿Qué querían? ¿Su gente había seguido la ruta de la nave de Brendol por el cielo y ellos también iban corriendo para reclamar el botín?

No podía hacerse ya nada. Por lo menos los scyres habían ganado.

—Bueno, eso no estuvo demasiado mal —dijo Siv con una sonrisa. No disfrutaría la victoria por mucho tiempo.

—Rápido. Los detraxores —gritó Phasma.

Siv se acercó de prisa al lagarto al que había destripado, sacó el primer detraxor de su bolsa y clavó la espiga a profundidad en los músculos de la criatura. Considerando que los escarabajos sedientos de sangre ya se escurrían dentro de la cavidad sangrante, tuvo que apresurarse. En cuanto empezó a funcionar, fue hacia la figura a la que Gosta acababa de derribar. Aunque reconoció que el tiempo era esencial, tenía que ver quién estaba proveyendo la esencia dadora de vida para el bálsamo que protegería a los guerreros scyres en su viaje. Para Siv, esto no era sólo un acto físico, era un ritual. Al tirar de las vendas en la cara de la figura, no sabía lo que habría de encontrar: una especie alienígena, un ser humano mutado, algo nativo de Parnassos que nunca había visto arrojado contra las rocas.

Era un ser humano como cualquier otro. Una mujer joven, como ella. De piel ligeramente bronceada, pelo largo y trenzado bajo sus envolturas. Limpia y sana. Sin señales visibles de traumatismo o enfermedad. Hasta los dientes de la mujer estaban intactos. Siv cerró los ojos color café de la mujer y dijo la rápida plegaria que los scyres siempre decían cuando cosechaban minerales y líquidos de un cuerpo.

—Gracias por darme vida. Tu hoy protege el mañana de mi gente. Cuerpo al cuerpo. Polvo al polvo.

Antes de que Phasma pudiera gritarle de nuevo, ella encajó el siguiente detraxor en el muslo de la mujer y lo puso a funcionar.

Los scyres y los troopers no habían sufrido daños. Había sido una gran victoria. Los nutrientes y los odres que reclamaron de sus asaltantes les salvarían la vida y tal vez

ayudarían a nutrir a Carr para que se recuperara de cualquier traumatismo sufrido. Siv recogió su primer detraxor del ahora disecado lagarto, cambió el odre lleno por uno vacío y empujó la máquina hacia el siguiente lagarto. Mientras ambas máquinas hacían su trabajo, ella se unió a los demás a la cacería entre los cuerpos humanos, en busca de despojos y bolsas de agua. Tuvieron cuidado de apartar a los escarabajos, aplastando las cosas perniciosas cuando fue necesario y sin dejar nunca que se acercaran a su piel.

Cada uno de sus atacantes llevaba bolsas que colgaban de su cadera. Aunque los scyres no reconocieron todo lo que había en el interior, las tomaron y se sintieron más decididos a comprender cómo vivir en este lugar árido. Lo más valioso que encontraron en cada bolsa fue un pastel seco de minerales densamente empaquetados y sales, que le recordaban a Siv un poco de la rica esencia de los detraxores. Los trineos que montaban los skimmers serían una bendición. Les permitirían arrastrar sus paquetes, a los que se habían sumado ahora varios odres, sin esfuerzo sobre la arena en lugar de cargarlos. Los lagartos resultaron ser un recurso especialmente rico. Gosta rebanó tiras de su carne seca para el camino.

—¡Oh! Podemos arrastrar a Carr —dijo Siv, recordando de pronto que ella y Torben se vieron forzados a dejar caer a su compañero para correr al lado de su líder durante la pelea.

Torben asintió y la siguió de regreso al otro lado de la duna, arrastrando un trineo detrás de él con la cuerda. Carr era sólo un montón oscuro en la parte inferior del valle, caído de costado, con la respiración entrecortada e irregular y su ritmo cardíaco agitado.

—Carr, ¿te sientes peor? —preguntó Siv.

Un gruñido ronco fue la única respuesta.

—Dale vuelta.

Torben dio vuelta con suavidad a Carr para que quedara boca arriba y lo ayudó a sentarse. Carr parecía tener ahora el doble del tamaño que alguna vez tuvo, con su cuerpo hinchado y la piel delgada, pálida y estirada. Siv le tomó la mano desnuda y encontró que sus uñas habían desaparecido. Habían saltado y caído a la arena.

—Quédate con nosotros, viejo amigo —dijo Torben, con suavidad a pesar de su tamaño y su poder—. Te arrastraremos detrás de nosotros, seremos tus lagartos de arrastre personales. Brendol Hux te curará y te llevará a las estrellas.

Carr gimió de nuevo y trató de cerrar los ojos, pero los párpados no se cerraron sobre sus órbitas saltadas.

—Deprisa —gritó Phasma, desde la cima de la duna—. Los detraxores están llenos y listos para retirarlos. Necesitamos irnos antes de que alguien venga a buscar a esta gente.

Torben movió la cabeza en dirección de Siv, quien acercó el trineo. Carr temblaba y gemía, y Siv dejó de tirar del trineo para concentrarse en él. Se estremecía, presa de sacudidas, con los ojos y los labios completamente abiertos y la lengua hinchada mientras se esforzaba para hablar.

—¿Qué es eso? —preguntó Siv.

Como respuesta, Carr giró sus ojos hacia ella y se estremeció. Su piel tembló, demasiado hinchada para ser tocada. Lanzó un último gemido y explotó en una nube de agua. Fue como si su piel se hubiera disuelto. El líquido salpicó a Siv y Torben y se hundió en la arena, coloreándola con un negro profundo. No había demasiada sangre. Sus órganos parecían haberse marchitado: cosas oscuras conectadas por tubos de color azul pálido y huesos casi transparentes. Mientras Siv se incorporaba y retrocedía horrorizada, el suelo alrededor de las ropas de Carr hizo erupción con escarabajos que salían de sus conos de arena y chupaban el agua con sus trompas largas.

—¡Arriba! ¡Vámonos! —le gritó a Torben, quien estaba congelado por la impresión y la pena.

El hombre grande se incorporó y trastabilló hacia atrás mientras más escarabajos brillantes, cientos de miles, salían de la arena para precipitarse hacia el agua que había sido su amigo y compañero guerrero. Los escarabajos chuparon sus órganos reducidos y trataron de subir por las piernas de Siv para lamer el líquido que empapaba sus pantalones. Ella los apartó con la mano y corrió unos pasos más allá.

—Ustedes dos, aléjense de ahí.

Siv y Torben levantaron la vista para encontrar a Phasma en la cima de la duna, rodeada por un halo de luz matutina mientras los miraba, con el hacha y la lanza todavía en la mano. Brendol permanecía a su lado, con la cabeza inclinada, viendo con curiosidad el horror que se había desplegado.

—Pero Carr —dijo Siv.

—Ya se ha ido. No puede reclamarse. No puede nutrir a su gente. Ahora depende de nosotros. Debemos preparar lo que podamos e irnos.

—Por lo menos ya no sufre más —agregó Brendol, pero sus palabras parecieron vacías y empalagosas. Él no había perdido a ninguno de sus hombres, y Siv sospechaba que, de haberlo perdido, no lo habría llorado.

Nunca antes un scyre había muerto sin nutrir a su vez a su gente. Se pensaba que aun quienes caían al océano alimentaban a las criaturas de allí, y que esas criaturas habrían de morir y ser arrastradas a las rocas, donde los scyres las usarían para ropas, alimentos y humedad. Carr simplemente se había ido. No había una plegaria que pudiera decirse por él y que funcionara.

—Gracias... por ser tú —dijo Siv, de pie sobre los huesos envueltos en ropas húmedas y cubiertas por escarabajos frenéticos y crueles.

—Sí, gracias —añadió Torben antes de poner una mano sobre el hombro de ella y apurarla gentilmente para que subiera por la duna—. Carr fue un buen amigo y un gran guerrero.

De todas las colinas por las que subieron en el desierto, esa fue la más difícil. Cuando finalmente llegaron a la cima, Siv vio que Phasma se había alejado unos pasos y estaba en cuclillas con Brendol, conversando en susurros.

—Este ya está terminado —dijo Gosta, señalando al segundo lagarto, que no era ahora más que un esqueleto suelto cubierto por una piel oculta y seca como el propio aire.

El detraxor estaba lleno y ronroneando. Siv se arrodilló para retirar el odre y colocar el sifón en el siguiente lagarto. Mientras trabajaba, describió cada paso a Gosta, mostrándole cómo las piezas del detraxor embonaban entre sí y cómo debían limpiarse. Nadie más entre ellos sabía cómo hacer trabajar las máquinas o confeccionar el bálsamo, y ella tenía que pasar a otros su conocimiento. Había muchos peligros aquí entre las arenas oscuras. Siv podría ser la siguiente en caer ante algún terror desconocido. Sin hijos a quienes pasarle su conocimiento, como su madre se lo había pasado a ella, ella pensó en enseñarle a Gosta todo lo que sabía. Eso era todo lo que tenían en el Scyre: los unos a los otros, y esperanza.



DIECISÉIS EN PARNASSOS, DIEZ AÑOS ANTES

MIENTRAS SIV Y GOSTA RECLAMABAN LA MAYOR CANTIDAD posible de nutrientes de los caídos, Phasma dirigió al resto de la partida para cosechar la carne de los lagartos y agregar a sus propios trajes las capas ligeras de ropa que los atacantes habían vestido.

—Si nos parecemos más a ellos, tal vez no nos atacarán tan rápido la próxima vez —explicó, deslizando sus brazos entre las finas túnicas grises, del color de la arena.

Su siguiente objetivo fueron los troopers, quienes cubrieron sus armaduras con tela para no destacar contra el áspero paisaje. Brendol Hux era una figura extraña, con sus ropas negras y finas ocultas bajo largas túnicas y atadas con una faja alrededor de su estómago abultado, una característica que ninguno de los guerreros scyres había visto alguna vez en otro ser humano. En el Scyre, las costillas eran evidentes y los estómagos convexos.

Mientras dejaban los cuerpos en la pura piel, encontraron una caja de madera labrada que colgaba del cuello de cada uno de sus atacantes. Phasma abrió una y todos se quedaron sorprendidos al ver otro escarabajo como el que había picado a Carr.

—¿Qué es eso? —preguntó Gosta.

—Un arma —supuso Phasma, cerrando la caja de golpe—. El escarabajo pica a alguien y cualquier cosa que inyecte en el cuerpo destruye silenciosamente la carne y los órganos. Una manera fácil y elegante de matar a enemigos poco suspicaces.

—Inteligente —reflexionó Brendol.

—Peligroso.

Phasma arrojó la caja cerrada a la duna, donde rebotó hacia la oscuridad. Como Torben no tenía nada con qué contribuir a la cosecha, pisoteaba escarabajos, mientras vigilaba que no hubiera más asaltantes. Cada vez que una gota de sangre de un muerto caía a la arena, uno o más de los escarabajos salían para apiñarse sobre ella. Torben los pulverizaba con su mazo o los aplastaba con sus grandes botas, dejando cascarones dorados y brillantes cubiertos de un líquido pegajoso y negro que atraía a un número

mayor de escarabajos. Mientras el tiempo pasaba y los detraxores hacían su brutal trabajo, los escarabajos parecían llegar arrastrándose desde muy lejos, formando largas franjas de oro a través de la arena. Los troopers se unieron a Torben para aplastarlos. Mientras cortaban tiras de carne disecada del último de los lagartos, había tantos escarabajos que aplastarlos no era suficiente.

Brendol se sacudió uno de su ropa con un golpe.

—Es hora de irnos —anunció con severidad.

Siv se dio cuenta de que Phasma asintió sin protestar.

No hubo dudas sobre la opción de seguir las huellas de los trineos, que el viento había ocultado rápidamente. No tenían tiempo para descubrir de dónde venían sus atacantes. Esta era una misión de rescate con el único propósito de llevar a Brendol Hux a su nave, no una incursión o ni siquiera una partida de exploración. Los guerreros, tan inquisitivos acerca de esta nueva parte del mundo, no podían darse el lujo de la curiosidad y tendrían que esperar que el ataque hubiera sido pura coincidencia. Phasma exploró el desierto con sus quadnocs, siguiendo las huellas de trineo sobre una duna, hacia la derecha. Siv la conocía demasiado bien y sabía que estaba marcando el lugar en su mente, agregándolo a su mapa mental impecable de la topografía del planeta.

Cargando la mochila de Carr y las bolsas de los asaltantes en dos de los trineos, el grupo partió del otro lado de la duna y siguió adelante, hacia la nave caída. La voluta de humo blanco había desaparecido mucho tiempo antes, pero Phasma y Brendol estaban de acuerdo en que avanzaban en la dirección en que se había estrellado la nave. Torben jalaba ambos trineos mientras Siv y Gosta llevaban al hombro los paquetes que contenían los detraxores limpios y preparados, además de sus odres. Con todo y que nadie recibía con beneplácito un ataque, su rápida defensa y sus habilidades de combate les habían conseguido el agua y los nutrientes que tanto necesitaban para su viaje. En general, lo consideraron un buen augurio. Aunque mantenían cautela, todos se sintieron confiados de que, si aparecían más skimmers, estarían preparados para enfrentar el desafío.

Siv miró sobre su hombro los cuerpos en la duna: la arena ya se estaba desplazando para cubrir lo que quedaba de su piel y sus huesos. Lagartos y seres humanos por igual pronto serían montones y luego sólo arena suave. Ella estaba contenta de no poder ver en el valle los restos de su amigo. Sin embargo, no dejaba de preguntarse cuántas cosas muertas reposaban bajo las brillantes dunas grises.

Pobre Carr. En todos sus veinte años de vida, Siv nunca había visto a un miembro de los scyres morir de una manera tan extraña y desconcertante. Aun quienes se perdían en el mar alimentaban a las criaturas marinas, y su muerte se consideraba valiente y natural. Pero, aquí, en estas arenas extrañas e interminables, los huesos de Carr no encontrarían su hogar en las ocultas cuevas de la Nautilus. Sus restos serían cubiertos lentamente bajo la arena y olvidados para siempre, rodeados por enemigos y vacío. Era un lugar solitario. Alrededor de las fogatas, se extrañaría su buen humor y su risa cálida.

Sin embargo, la vida entre los scyres era difícil y corta, y Siv había visto morir a muchos amigos. Se consideraba una debilidad guardar luto por mucho tiempo, así que volteó la cara hacia el sol ardiente y siguió a Phasma a su destino.

Durante el resto de esa tarde, no vieron más que arena y dunas. Subían penosamente cada duna, jalando sus trineos, cargando sus mochilas y sorbiendo con cuidado las cantidades más pequeñas de líquido. En la cresta de la duna, no podían evitarlo, se detenían, exploraban el área que quedaba al frente en busca de algo, cualquier cosa, que no fuera arena. Una y otra vez quedaron decepcionados. Todo lo que veían eran dunas grises e interminables que se elevaban en olas interminables contra un cielo también interminable de azul derretido. Detrás de ellos, nubes grises se agolpaban en la lejanía, oscureciendo el horizonte y el lugar de donde venían. El Scyre parecía condenado a morar bajo una cortina opresiva y la amenaza del trueno. En cambio, aquí, a sólo unos días de distancia, ni una sola nube manchaba el cielo; no había nada que ofreciera sombra o la esperanza de agua. El aire formaba olas sobre la arena, el calor húmedo rebotaba para quemar los ojos de Siv. La propia tierra los llevaba hacia delante, impulsándolos hacia la promesa de la nave de Brendol, la paz imaginada y la frialdad del espacio.

Esa noche, Phasma se detuvo en la cima de una duna y estiró su mano. Era la señal universal para que se acercaran con cuidado. Siv se dio vuelta para buscar la mirada de Torben, él pasó las cuerdas de ambos trineos a su mano izquierda y levantó su mazo.

Más adelante, Phasma sacó sus quadnocs, miró a través de ellos brevemente y se los pasó a Brendol, quien también se quedó viendo por un tiempo.

—¿Qué piensas de eso? —preguntó él.

Phasma negó con la cabeza.

—Este no es nuestro territorio. No sabemos nada de este lugar. ¿No has visto algo como eso en tus viajes?

El regaño en el tono de ella debió de escapársele a él. Negó con la cabeza y frunció su corto ceño.

—Ni siquiera podría decir qué es. Animal o mineral, lo descubriremos. Está directamente en nuestro camino.

Phasma miró a su gente.

—Saquen sus armas. Estén preparados.

—¿De qué se trata? —preguntó Gosta, llegando a la cresta de la duna, al lado de Phasma.

—No lo sabemos —fue todo lo que dijo Phasma.

Phasma y Brendol avanzaron al frente, con los troopers y Gosta detrás de ellos. Siv y Torben venían al final, con las armas desenvainadas. Cuando llegaron a la cima de la duna, Siv sentía la comezón de la curiosidad. ¿Qué podría tener inseguros a Phasma y Brendol? Lo que vio más allá no le dio una respuesta.

La arena se extendía en un plano por mucho tiempo, sin dunas, por lo que representaría varias horas de caminata. En medio de esa infinita planicie había un gran montículo negro. Desde esta distancia, y con el aire ondulante, caliente y lleno de azotadora arena gris, era realmente imposible adivinar lo que podría ser, qué tamaño tenía o si estaba vivo.

La forma era negra, con chispas de sol reflejado por aquí y por allá. Eso sugería que era metálico o que algo se estaba desplazando. Estaba cubierto por bultos y parecía grande (más grande que una persona, más grande que la Nautilus). La arena de alrededor era del mismo gris que se había vuelto su mundo entero, y no había nada que marcara una diferencia en la topografía: sin vegetación ni rocas o metal. Sólo la mancha pesada, cambiante, oscura en medio de la nada.

Ahora bien, hay que tomar en cuenta que Siv y los otros guerreros scyres nunca habían visto nada vivo sobre la tierra que fuera más grande que un ser humano. Habían visto bocas en el océano, pero no los cuerpos gigantes a los que debían estar unidas. Habían visto partes y fragmentos de bestias enormes arrojadas y golpeadas contra las rocas, pero en realidad ninguno de ellos podía nombrar o describir a los monstruos cuyas pieles se habían vuelto sus propias capas y botas. En su mundo no había mamíferos más grandes que las pocas cabras pequeñas que quedaban, y aun los lagartos que habían jalado los trineos habían sido una revelación para ellos. Nunca habían visto un edificio o una máquina que no se hubiera relegado a partes y hojas. Así que ¿cómo podrían saber qué era lo que estaban mirando? En cuanto a Brendol, tal vez él tenía alguna idea, pero nadie podía saber siquiera lo que estaba pensando, y ciertamente no ofrecía pistas.

—Vamos a rodearlo. Mantengan listas sus armas —dijo Phasma.

No era necesario que lo dijera. Sus guerreros estaban bien entrenados. Ella se había asegurado de eso.

—¿Te sientes bien? —preguntó Torben. Siv se le quedó viendo.

—Por supuesto. No dudes de mí.

Bajaron arrastrándose por la duna, hacia el enorme valle plano. Todos estaban ansiosos, con las armas en la mano, buscando señales de vida, más lagartos y atacantes, o que la cosa enorme y voluminosa hiciera algo más que quedarse allí, arrojando una igualmente grande y voluminosa sombra a la arena. Sin embargo, no actuaba como un animal: no se agitaba, resoplaba ni parpadeaba con ojos grandes y amarillos a los invasores. Había algo incómodamente extraño en eso, en la manera en que parecía ignorarlos o ni siquiera notar que estaban allí. Se acercaron con calma, luego empezaron a rodearlo, y Siv palideció y puso los ojos en blanco cuando me lo contó.

No se necesitan muchas palabras para narrarlo, pero el viaje real tomó varias horas. Horas acercándose a la cosa, horas rodeándola, horas dejándola atrás. Todo el tiempo no hizo más que estremecerse, sin que pudieran discernir la razón.

Recuerdo esta parte de la historia porque, a pesar de toda la violencia que describió en el tiempo que pasamos juntas, Siv parecía más obsesionada cuando relataba esa parte.

Después de que rodearon la cosa, Brendol se detuvo. Todos los demás se detuvieron y se quedaron viéndolo; nadie se sentía seguro. Estaban a cielo abierto, cerca de algo desconcertante que no podían explicar. Cada nervio de sus cuerpos bien afinados les indicaba que se alejaran de ese infierno. Pero Brendol se detuvo, porque así era él, ¿o no? Brendol era curioso, y necesitaba respuestas.

—Dame tu bláster —dijo al trooper más cercano.

Una vez que tuvo el bláster, apuntó y disparó al pesado montón negro.

Explotó. La piel negra que vieron desplazarse y temblar era una enorme parvada de pájaros, murciélagos o una mezcla de ambos. Eran negros, pequeños, rápidos y ágiles. Se alejaron en una nube que se movió como un solo ente, lanzando chillidos mortales. Los destellos debajo de la cosa negra resultaron ser más escarabajos dorados. Cuando estos también se apartaron, se reveló la verdadera forma de la cosa llena de bultos. Era un monstruo, una cosa muerta que era devorada por los carroñeros. Parecido a los lagartos que habían visto antes, pero de mayor tamaño y con grandes crestas y espinas a sus costados. No quedaba mucho de él, sólo mantos de la piel colgando de huesos rígidos y un agujero café agitándose a un lado.

—No necesitamos tanto el agua —decidió Phasma.

—No con tantos escarabajos —estuvo de acuerdo Brendol.

—Esperen, ¿qué es eso? —preguntó Gosta.

Las entrañas de la bestia muerta se ondularon, y dos luces rojas y brillantes aparecieron en el agujero de su piel. Surgió un gruñido y una bestia se escabulló fuera de la carcasa, una cosa de aspecto húmedo, como un lobo-jabalí sin pelo, con su piel del mismo color gris de la arena. Acechaba sobre largas patas que se doblaban hacia atrás y estaba cubierto de verrugas y granos, todo salpicado con manchas de sangre roja oxidada de su festín. Sus ojos rojos estaban clavados en el grupo. Se encogió brevemente antes de precipitarse directamente hacia ellos. Aparecieron dos más de estas criaturas y lo siguieron, formando una V al atacar.

Fiel a las costumbres, Phasma sacó su espada y su daga y corrió hacia la primera bestia, lanzando su grito de guerra. Gosta le pisaba los talones y Siv y Torben las siguieron. A Siv le dolían los músculos de la pierna por el esfuerzo de subir y bajar por la arena, pero se soltaron ante la carrera en plano. Giró ligeramente a la derecha mientras Gosta lo hacía a la izquierda, cada una de ellas balanceándose hacia una de las criaturas sucias y relucientes. Hubo un choque de carne y metal, pero Siv se concentró con todo su ser en el lobo-cosa. Su trabajo era matarlo antes de que hiriera a alguien más. Los scyres sabían que cualquier herida podría volverse tóxica, pero la tradición decía que las mordidas y los rasguños de los animales tenían más probabilidades de matar.

A diferencia del lagarto, el lobo de piel, como después lo llamaron, no cayó al primer tajo. Su piel era gruesa y rugosa. El vuelo de la espada hizo un corte que pareció cerrarse de nuevo, sin siquiera hundirse en la carne de la cosa. Fue tras el brazo de ella, quien se echó hacia atrás y tiró un tajo a sus tobillos delgados, con la esperanza de hacer un corte a través de piel delgada, hasta el tendón o el hueso. Su guadaña golpeó y resbaló, causando

apenas algún daño. La criatura atrapó el dobladillo de su túnica y la agitó, haciendo caer a Siv de espaldas. Ella lo empujó hacia arriba con su hoja curva, pero no perforó el cuello arrugado del lobo. Tuvo que soltar sus guadañas para apartar la masa de la bestia, que buscaba la cara de ella.

¡Piu!

Un rayo rojo y ardiente pasó junto a su muñeca y golpeó a la bestia, que aulló y retrocedió, lanzando un zarpazo hacia lo que quedaba de su nariz.

¡Piu!

Otro rayo le dio en las costillas. La criatura cojeó una vez y cayó de costado, con un agujero humeante en su pecho húmedo y gris.

—¿Necesitas ayuda? —La mujer trooper extendió un guante hacia Siv, quien lo agarró con todo gusto y se puso de pie.

Los otros troopers estaban ocupándose de los dos lobos de piel restantes, que habían absorbido cuantiosos cortes, pero que se negaban a aflojar el paso o responder a sus heridas. Sin embargo, los blásters fueron brutalmente eficaces. Las criaturas no duraron mucho bajo el asalto de los rayos láser. Dos disparos a cada uno y quedaron muertos.

—¿Alguien sufrió algún daño? —preguntó Phasma.

Brendol levantó su brazo, mostrando un rasguño en la ropa que penetraba hasta su piel. No sangraba; era más como una quemadura, sólo una línea roja contra la pálida piel de su brazo.

Phasma exhaló contrariada.

—Debimos ponerle las pieles de Carr. Siv, échale linimento. General Hux, infórmeme si empeora o llega la fiebre. Con suerte no será así.

—¿Y si llega? —preguntó Brendol, con rostro preocupado mientras inspeccionaba la herida.

Phasma le lanzó una mirada severa y decidida.

—Entonces perderá su brazo y el codo.

Brendol la miró como si ella fuera tonta.

—Pero ¿no empeoraría la herida? ¿No atraería aún más infección?

—No. —Siv se hincó ante él con la antigua lata de metal que contenía el linimento de oráculo que su madre le había enseñado a elaborar. La fórmula del linimento era diferente de la del bálsamo. Servía específicamente para abrasiones y heridas e incluía hierbas tranquilizantes que aún crecían cerca de los acantilados del Scyre. Cuando ella extendió su mano, Brendol hizo una pausa momentánea antes de ofrecerle su brazo.

—La infección viene del animal o el liquen, no del aire. Una hoja limpia hace un corte limpio, el fuego cauteriza la herida y el linimento evita mayor contagio.

—¿Tienes entrenamiento médico? —le preguntó Brendol, mostrándose interesado por primera vez en alguien diferente de Phasma.

Phasma dio un paso adelante.

—Este conocimiento mantiene viva a nuestra gente. Los niños lo aprenden en cuanto pueden hablar. Los niños que no dicen a los adultos que se cortaron mueren en una noche. Cuéntale, Gosta.

En voz monótona, Gosta cantó:

*Si tienes una herida, no seas tonto,
es mejor que le digas a mamá pronto,
si tienes la piel blanca con orilla roja,
esta noche tu dedo caerá como hoja.
No le digas a mamá y entonces ya verás,
la herida se pudrirá y pronto morirás.*

Brendol sacudió su cabeza, como si quisiera apartar las palabras de su mente.

—Qué macabro.

—No conocemos esa palabra. Pero haces que suene como algo malo. Como si tuviéramos una opción de ser diferentes. Esta es nuestra vida. Por esto es por lo que mi gente es fuerte. —Phasma puso una mano en el hombro de Gosta y la chica pareció brillar por el orgullo—. Hasta nuestros niños pueden pelear por el clan. Crecimos sabiendo exactamente lo difícil que será la vida en Parnassos y lo que se espera de nosotros. No lloramos por el débil.

—¿Estás diciendo que el hombre que perdimos hoy, un hombre que elegiste y entrenaste, era débil?

Brendol lo dijo como si fuera una especie de prueba. Phasma se acercó a él, sólo un poco.

—Carr era fuerte y yo lo entrené bien. No tuvo suerte y ahora se ha ido. Quienes sobrevivimos debemos seguir con nuestra vida.

Brendol sonrió como si esas palabras lo complacieran, pero Siv no podía imaginar por qué.

—Si tan sólo tuviera un intercomunicador —murmuró él—. Esas frases quedarían muy bien en nuestro programa.

—¿Tu programa?

Siv había terminado de aplicar el linimento y bajó la manga de Brendol. Él inclinó su cabeza hacia ella con un agradecimiento mudo, se puso de pie y empezó a caminar, con las manos en su espalda. Después de mover la cabeza en dirección de sus guerreros, Phasma avanzó para caminar a su lado. Todos los demás se apresuraron a seguirlos. Siv estaba contenta de que no se esperara que usara el detraxor en los perros sucios. A pesar de que eran resistentes y fuertes, parecían enfermos y malos. En secreto, le preocupaba que su esencia contuviera cualquier patógeno que hubiera causado los horribles granos y verrugas que se formaban en su piel. Mientras Torben levantaba las cuerdas de sus trineos, él y Siv se acercaron deprisa para escuchar lo que Phasma y Brendol comentaban.

—Tengo una misión especial en la Primera Orden —dijo Brendol—. Mi rango es de general, muy parecido al tuyo entre tu gente. Soy un líder. Mi mayor responsabilidad

consiste en diseñar el programa que entrenará a los jóvenes guerreros, les enseñará a pelear mientras les ayuda a comprender *por qué* peleamos. Como te imaginarás, esto no sólo incluye los aspectos físicos de la instrucción, que dejo a oficiales más jóvenes y adecuados, sino también la educación. Tenemos dichos como la rima acerca de las heridas, canciones, historias y parábolas que usamos para enseñar nuestros valores y creencias en nuestros peleadores desde las edades más tempranas. El resultado final es el que ves ante ti. —Brendol hizo un ademán para abarcar a sus tres troopers—. Los mejores guerreros de la galaxia, entrenados para seguir mis órdenes con precisión usando diferentes armas y equipos, mientras recorremos una amplia selección de ambientes. Deben saber cómo pensar sensatamente y actuar con rapidez sin importar lo hostil que resulte la situación. Parece una tarea para la que tú, Phasma, estás muy bien calificada.

Phasma resopló, impasible ante sus elogios.

—Dices que forman a los mejores guerreros de la galaxia, pero me gustaría algún día probar a tus guerreros contra los míos. Una vida como la nuestra agrega determinación, una firmeza de carácter que no puede enseñarse con canciones inteligentes.

Brendol asintió, con aspecto divertido.

—Espero con ansias escuchar más de tus estrategias y cómo podrían aplicarse en un ambiente, digamos, más controlado. Tal vez algún día nos sentemos juntos y miremos a tus guerreros probar a los míos, pero bajo condiciones ideales. Creo que quedarías muy impresionada con nuestras barracas de entrenamiento en el *Finalizer*.

Detrás de su máscara, la cara de Phasma era inescrutable.

—Eso sería más instructivo —dijo ella, con su acento frío y su cadencia que coincidían perfectamente con las de Brendol. Hizo que un escalofrío recorriera la columna vertebral de Siv.

Avanzaron por el plano hasta que el sol empezó a ponerse y el aire se volvió más pesado y frío. El mundo era igual en cualquier dirección: arena interminable sin lugar para ocultarse. Estarían expuestos sin importar dónde acamparan por la noche.

—Descansaremos aquí —dijo Phasma, deteniéndose en un lugar que no era diferente de cualquier otro—. Los guerreros harán una guardia por turnos y nos levantaremos al amanecer. Yo me encargaré de la primera guardia.

Sus guerreros asintieron como respuesta. Después de mirar a Brendol, también lo hicieron los troopers. Brendol quedó fuera de las labores de guardia. Siv no estaba segura si fue porque parecía tener pocas habilidades de lucha o porque Phasma lo consideraba superior en rango y por encima de esas tareas. En el Scyre, Keldo nunca había hecho guardia por esta misma combinación de factores. Pero no le correspondía a Siv pensar en la jerarquía. Su trabajo era sanar heridas y distribuir el agua y el bálsamo. Por lo general, Gosta se habría dedicado a recolectar pedazos de leña todo el día y, mientras se establecían, hubiera encendido una hoguera. En cambio, aquí, en la arena, no había nada que recolectar, nada que quemar.

Aunque el Scyre era un lugar solitario y amenazador, Siv nunca se había sentido tan miserable y expuesta en el mundo. Los fuertes vientos atrapaban sus túnicas, se prendían

de cada orilla de su ropa y levantaban tanta arena alrededor que la única manera de comer era deslizar pedazos de carne y vegetales marinos secos debajo de su máscara. Era una noche desdichada y todos parecían tener el sueño ligero. Se revolvían, se daban vuelta en la arena y se despertaban, sobresaltados, medio cubiertos de gris, para quitarse la arena de encima y tratar de encontrar una posición más cómoda. No la había. Los scyres estaban acostumbrados a dormir en sus hamacas de red, solos o con una compañía confiable; sin embargo, a medida que la temperatura iba cayendo, se acercaron unos a otros, buscando, medio dormidos, algún tipo de calor. A Siv le dio gusto cuando Torben la despertó para su guardia, porque el sueño le había traído poca tranquilidad.

Ella pasó su guardia en la mayor de las alertas, explorando la profunda oscuridad en busca de cualquier nueva sensación. Había poca luz, remolinos de arena oscurecían las estrellas, y nada podía penetrar la negrura. Los únicos sonidos eran la elevada agitación del viento y el suave desplazamiento de la arena. Todo olía a minerales y cuerpos, porque los scyres habían sudado a través de sus capas de tela durante todo el día y ahora estaban empapados por el sabor agrio de la carne sin lavar, pegajosa por la arena. Aun a través de su máscara, la arena salpicaba los labios de Siv. Cuando ella terminó lo suficientemente frustrada para relamerlos, esta se metió desagradablemente entre sus dientes. El Scyre empezaba a parecer un lugar amigable, en comparación. Sin importar lo que Phasma pensara que obtendrían de Brendol Hux y su nave, Siv sólo esperaba que valiera la pena este sufrimiento y la pérdida de Carr.

Cuando pasó su hora, fue a despertar a uno de los troopers, porque todos los scyres habían tomado su turno en la guardia del campamento. Sus ojos se habían ajustado a la escasa luz que había allí. Recorrió con la vista el grupo disperso de cuerpos durmientes y eligió a uno de los más cercanos a ella. Estiró la mano para tocar suavemente el hombro con armadura del soldado dormido.

—Es hora —dijo, en voz muy baja. Un guante aterrizó en su mano y la dobló de tal modo que su muñeca casi saltó.

Ella sabía muy bien que no debía gritar.

—Estoy de tu lado —susurró Siv.

El trooper se incorporó bruscamente. Su boca pasó de un gruñido a un fruncimiento mientras él le soltaba la mano.

—Lo siento. El entrenamiento, ¿sabes? —La voz del hombre era grave y áspera. Nada cercano a la voz recortada y propia de Brendol.

—Está bien —dijo ella—. Todos estamos nerviosos.

—La tomaré a partir de aquí, entonces.

—Sé fuerte. —Cuando él bajó las cejas en señal de confusión, ella explicó—: Eso es lo que decimos cuando cambiamos de guardia.

—¿Hacen esto todas las noches?

—Por supuesto. Tanto en el campamento de casa como cuando nos sentamos como centinelas.

Él movió la cabeza de un lado a otro.

—Las barracas del *Finalizer* parecen más y más acogedoras a medida que paso tiempo aquí.

Ella asintió y se acercó a Torben, apoyando su cabeza en la arenosa manga de su túnica. Torben estaba de costado y ella se fue acercando hasta que su espalda tocó su brazo; él estiró la mano y la atrajo más hacia la cálida curva de su cuerpo. Ambos suspiraron con alivio. A pesar de todos los horrores de las arenas, este abrazo era una experiencia completamente nueva, tan diferente de los cuerpos tambaleándose en una hamaca que se balanceaba precariamente sobre el mar. Recuerdos de Keldo y Carr destellaron en la mente de Siv, aunque no era la manera en que los scyres lloraban a quienes se habían perdido o ido. Guardar duelo por el pasado arriesgaba la vida de todos en el presente. Pero fue una suerte que ella se hubiera tomado ese momento para hacer una pausa y apartar su dolor, porque en la quietud estuvo segura de haber escuchado un sonido que no debía estar allí.

Siv se quedó congelada, conteniendo la respiración y explorando la noche con todos sus sentidos. Antes de que pudiera preguntar al trooper de guardia si también lo había oído, quedó cegada por la luz más brillante que hubiera visto jamás.

—¡Nos atacan! —gritó Siv, yendo por sus guadañas mientras luchaba por salir de debajo del enorme brazo de Torben.

—¡General! ¡Troopers! —gritó el vigilante.

Todos se despertaron al mismo tiempo, poniéndose de pie de un salto, con las armas preparadas. Sin embargo, los troopers no dispararon, y los guerreros scyres no lograban distinguir qué era lo que debían atacar. Mientras permanecían allí, esperando, preparados, la pelea nunca surgió. El campamento estaba bañado por la luz áspera. Mientras sus ojos se ajustaban, Siv vio que no estaban enfrentando más skimmers o lobos de piel. Ni siquiera seres humanos.

Sus guadañas cayeron a los lados cuando se dio cuenta de que estaba mirando a un rígido droide blanco. No se parecía al que había llevado Brendol Hux desde su nave. Este era largo, delgado y rugoso, un poco más bajo que la propia Siv. Al parecer, no portaba armas, sólo una caja que emitía la luz cegadora.

—Nuestras plegarias han tenido respuesta —dijo el droide en una voz monótona que aun así expresó algo de entusiasmo—. ¡Alabados sean los creadores! Espero que vengan conmigo. Los hemos estado esperando desde hace mucho tiempo.

—General Hux, ¿qué hacemos? —preguntó Phasma.

Cuando miraron a Brendol, todavía yacía solo en la arena. Estaba inconsciente e inmóvil, rojo por la fiebre. Siv miró su brazo: la infección había avanzado demasiado. Ni siquiera la amputación ayudaría.

Brendol Hux se estaba muriendo.



DIECISIETE

EN PARNASSOS, DIEZ AÑOS ANTES

—NO PUEDO AYUDARLO —DIJO SIV—. LA FIEBRE SE HA APODERADO de él. Es demasiado tarde.

—Oh, no —dijo el droide—. Eso se ve mal. Por fortuna, la bahía médica de nuestra estación está bien equipada. Nos complacerá administrarle los antibióticos apropiados.

Phasma se acercó al droide con su hacha y su lanza preparadas. Los stormtroopers la flanqueaban con sus blásters.

—¿Quién eres tú y por qué estás aquí? —rugió Phasma.

El droide adelantó su cabeza hacia ella.

—Soy TB-3, de la Corporación Minera Con Star. Si su compañero en realidad está moribundo, tal vez debamos continuar esta plática mientras caminamos de regreso a la estación. No está lejos.

Siv revisó el pulso de Brendol y lo encontró inestable.

—Necesitamos ayuda. ¿Torben?

El guerrero grande colocó rápidamente a Brendol en el trineo y él mismo levantó las mochilas. Pero Phasma siguió encarando al droide.

—¿No nos harás daño?

—¡Ja, ja, ja! —La risa del droide fue monótona y extraña—. Mis protocolos me impiden dañar a seres sensibles. Por supuesto, mi único deseo es servirles. Alabados sean los creadores. Como pueden ver, no estoy equipado con armas de ningún tipo, ni lo están mis iguales.

—¿Tus iguales?

—Hay cuarenta y siete droides funcionales en la Estación Terpsichore. Yo soy un droide de protocolo, programado para ayudar a la fuerza de trabajo humana con idiomas, estadísticas, estrategias y necesidades básicas. Por favor, síganme.

Nadie estuvo de acuerdo; sin embargo, el droide se dio vuelta y se alejó de ellos, apuntando con su luz hacia el desierto. Siv se incorporó luego de ayudar a acomodar a

Brendol y observó que el droide seguía sus propias huellas, un rastro que pasaba sobre la siguiente duna.

Phasma se arrodilló junto a Brendol, miró su herida y susurró entre dientes.

—Tienes razón. Ha avanzado demasiado.

—Debemos salvarlo —dijo uno de los stormtroopers—. No importa el costo.

—¿Confías en este droide? —le preguntó Phasma.

Él se encogió de hombros.

—Parece que no tenemos otra opción.

Levantando su mochila, él siguió al droide. Los otros dos stormtroopers avanzaron detrás de él. Siv y los guerreros scyres miraron a Phasma.

—Brendol es nuestra única esperanza. Tampoco tenemos otra opción.

Phasma levantó su mochila y se apresuró a seguir a los troopers. Torben fue tras ella obedientemente, remolcando a Brendol detrás de él. El droide iluminaba el camino. Siv sentía como si aún estuviera medio dormida, arrastrando sus botas a través de la arena y apretando los dientes contra el frío de la noche. Nadie hablaba. Siv seguía de cerca a Brendol, aunque su herida estaba más allá de sus escasas habilidades como sanadora.

El amanecer apenas empezaba a iluminar el cielo cuando el droide se detuvo ante una duna especialmente escarpada. Su rastro había sido cubierto desde hacía mucho por el desplazamiento de la arena, pero parecía como si supiera exactamente adónde se dirigía. Aunque ella no veía ninguna característica de género en su conformación física, algo en la voz y la marcha del droide indicaban que era masculino, así que pensó en TB-3 como un «él».

—Oh, Dios mío. Los vientos son brutales. Un momento.

Los guerreros scyres intercambiaron una mirada de suspicacia mientras el droide cavaba alrededor de la duna.

—Ah, aquí es.

La pared de arena se estremeció y una capa de gris cayó para revelar una apertura antinatural. Sé lo que es una puerta, por supuesto, pero Siv nunca había visto algo como eso. La describió como si el mundo que conocía se hubiera abierto para revelar un extraño corazón mecánico. Dentro, la arena gris encontró un piso liso y blanco, con paredes que combinaban y un techo cubierto con luces.

—Bienvenidos a la Estación Terpsichore, la instalación minera más importante de la Corporación Minera Con Star en Parnassos —dijo TB-3 con orgullo—. Por favor, entren para que pueda cerrar la puerta y evitar que entre soplando demasiada arena. No podemos hacer que los droides ratón se vuelvan quisquillosos.

Como si estuviera sincronizado, un pequeño droide negro entró rodando de algún lado y empezó a absorber con dedicación la arena que había empezado a arremolinarse en el pasillo limpio.

Aunque Phasma solía dar el primer paso en cualquier intercambio, esta vez miró a los troopers. Hasta Phasma se sintió intimidada al entrar en un edificio por primera vez, porque la Nautilus había sido el único espacio cerrado que había conocido. Los troopers

pasaron al interior y avanzaron un poco más allá del vestíbulo, como si todo fuera completamente normal. Phasma los siguió, pero con delicadeza, como si esperara que el piso colapsara bajo sus botas gastadas. Una vez que cruzaron el umbral, hizo un ademán a su gente para que se le uniera. Siv se paró sobre el piso liso, seguida por Gosta y Torben, quien jalaba a Brendol detrás de él. En cuanto estuvieron todos adentro, el droide oprimió un botón y la puerta de deslizó para cerrarse.

En ese momento, una gran sensación de terror se apoderó de Siv. Estaba encerrada, totalmente incapaz de ver el cielo. Aun en la Nautilus tenían una claraboya. Pero aquí todo era antinatural y nada familiar. Ella quería encorvarse sobre el piso y sentía como si el edificio pudiera caerse sobre ella en cualquier momento y aplastarla. A juzgar por la falta de sonrisa en el rostro de Torben y los ojos inquietos de Gosta, Siv no era la única.

—Este es el camino a la bahía médica —dijo TB-3, guiándolos por el pasillo.

Lo siguieron y Siv se maravilló de las cosas que vio en la estación. Había ventanas en las paredes cubiertas con paneles claros para mostrar maravillas del mundo pasado que Siv nunca había atestiguado por completo. Estaba un poco familiarizada con las antigüedades, pero nunca había visto una mesa y sillas intactas, mucho menos un banco de computadora o una colección de máquinas de fábrica. En algunos salones, los droides se detuvieron para mirarlos pasar y Siv se sintió extraña al ser mirada por máquinas con ojos. El pasillo se torcía y doblaba, y en ocasiones TB-3 oprimía otro botón para abrir una nueva puerta. Con el tiempo, los condujo a otro cuarto abierto lleno de maquinaria.

Tres droides esperaban junto a una plataforma de metal, todos más voluminosos que TB-3.

—Por favor, coloquen al paciente en la cama —dijo uno, extendiendo un brazo—. Alabados sean los creadores.

Torben miró a los troopers y uno de ellos asintió. El gran guerrero tomó a Brendol en sus brazos, como un bebé, y lo colocó cuidadosamente sobre la cama, acomodando sus brazos y piernas para que su cuerpo quedara dentro de ella. Retrocedió para quedar junto a Siv.

—Nunca he sentido una fiebre tan intensa —murmuró Torben—. Ya casi se ha ido.

Los droides empezaron de inmediato a realizar acciones que Siv no comprendió, explorando a Brendol e inyectándole líquidos.

—Ahora que se está tratando a su compañero, por favor vengan conmigo para analizar las opciones de pago —dijo TB-3. Uno de los stormtroopers gruñó, pero Siv aún no comprendía lo que estaba sucediendo.

—Debo permanecer con él —dijo ella.

—Uno de *nosotros* lo hará —replicó la mujer trooper.

TB-3 estiró su brazo para conducirlos fuera del cuarto.

—Por favor, permitan que los droides médicos realicen sus funciones. Su compañero tiene setenta y dos por ciento de posibilidades de sobrevivir en este momento, pero cualquier tensión o patógeno extraño puede reducirlas. Estaremos al otro lado del pasillo.

El droide los condujo a una sala dominada por una mesa larga con varias sillas.

—Por favor, tomen asiento. Yo regresaré con el papeleo. ¿Quieren algo para refrescarse?

—Esto es confuso —dijo Torben—. ¿Puedo matarlo?

Antes de que Phasma pudiera responder, TB-3 salió deprisa de la sala, cerrando la puerta detrás de él.

—Droides —murmuró uno de los troopers—. Pueden actuar de manera extraña si no se calibran adecuadamente. Este parece un poco excéntrico.

—¿Por qué no hemos visto a personas? —dijo otro trooper—. Algo extraño pasa aquí.

La puerta se deslizó para abrirse y revelar a otro droide, este era más bien rechoncho y redondo; cargaba una charola llena de bebidas y comida. Siv y los scyres dudaron, pero los troopers se quitaron los cascos y empezaron a comer y beber. Phasma dio un sorbo titubeante a una bebida y Siv se sintió lo suficientemente contenta de seguir el ejemplo de su líder. El agua era abundante y fresca. La comida era extraña, suave y dulce, y Siv sintió ganas de seguir comiendo eternamente.

—¿Podemos confiar en que esto es seguro? —preguntó Phasma, levantando una pieza de alimento.

—Mírelo de esta forma —dijo un trooper—. Si estos droides nos quisieran muertos, nos hubieran matado en el desierto. Pudieron lanzarnos gases en este complejo. Tal vez TB-3 no tiene armas, pero ellos son más aquí que nosotros. Quien dirige este lugar debe querernos vivos o de lo contrario ya no lo estaríamos. —Y siguió comiendo.

Cuando la comida se terminó, reapareció TB-3 con una datapad que funcionaba. Se quedó de pie a la cabecera de la mesa y señaló números que destellaron en la pantalla luminosa.

—La Corporación Minera Con Star se siente complacida de informar que su compañero está vivo y que su infección se ha controlado. Nuestros protocolos sugieren que permanezca aquí, descansando y bajo cuidado en la bahía médica, al menos por dos días. ¿Cómo planean reembolsar a la Corporación Minera Con Star estos cuidados médicos?

—¿Reembolsar? —preguntó Phasma.

—Quiere créditos —dijo un trooper—. Pago. Nada es gratis.

—Correcto. Aquí está la factura.

TB-3 deslizó la datapad al trooper. Phasma se levantó para mirar por encima del hombro de él. Desde donde estaba sentada, Siv sólo pudo ver interminables listas de símbolos que no tenían sentido.

El trooper se rio a carcajadas y lanzó descuidadamente el datapad de regreso.

—No tenemos créditos. Tal vez puedan enviar una factura a la Primera Orden, pero nosotros sólo somos soldados. No contadores.

La cabeza del droide cayó como si estuviera decepcionado de oír esto.

—Por desgracia, tenemos una imposibilidad temporal para transmitir datos fuera del planeta. Si su acompañante desea irse, debe pagar la factura o tu grupo puede aceptar

puestos con la Corporación Minera Con Star como trabajadores. Con un plan de sesenta días, pagarán esta deuda mientras disfrutan de alojamiento confortable y prestaciones de empleados. Alabados sean los creadores.

—¿Qué significa esto? —preguntó Phasma al trooper que estaba a su lado.

—Para decirlo directamente: o tomamos el trabajo para pagarles o Brendol se muere.

—Pero no tenemos sesenta días. Debemos llegar a la nave.

El trooper levantó la vista hacia TB-3.

—¿Podemos hablarlo a solas unos momentos?

El droide inclinó la cabeza.

—Por supuesto. Regresaré en unos momentos —dijo, antes de desaparecer al otro lado de la puerta y cerrarla detrás de él.

—¿Podemos salir de aquí peleando? —preguntó Phasma.

El trooper se acercó a ella.

—Mantén la voz baja. Podrían tener dispositivos de escucha. Como veo la situación, no sabemos quién está dirigiendo este lugar ni dónde se encuentra la sala de control principal, así que es posible que no podamos llegar con Brendol y escapar antes de que tomen acciones contra nosotros.

Phasma lo pensó con cuidado.

—Entonces necesitamos a Brendol completo. Y también debemos saber más. Aceptaremos esos puestos, reuniremos la información que necesitamos y escaparemos.

El trooper se encogió de hombros.

—Es nuestra única opción. Aunque hay ventajas. Tal vez tengan vehículos que podamos usar para llegar a la nave más rápido. El general sabrá qué hacer, cuando despierte de nuevo. Él es un maestro de la táctica.

TB-3 había dejado el datapad sobre la mesa. Phasma lo tomó y experimentó con él, arrastrando su dedo aquí y presionando allá. Sus ojos mostraban un brillo de fascinación y Siv se dio cuenta de que nunca había visto a Phasma tan interesada en algo. Phasma veía todo como una herramienta, pero miraba al datapad casi como si fuera sagrado.

—Muéstrame cómo funciona esto —dijo ella, y el trooper lo tomó y empezó a presionar botones.

El droide regresó y reclamó quisquillosamente el datapad.

—¿Han tomado su decisión? —preguntó.

—Aceptaremos tu ofrecimiento —dijo Phasma. Los stormtroopers se miraron entre sí, pero nadie se opuso.

—¡Alabados sean los creadores! Todos nos sentimos muy complacidos. Empecemos de inmediato. —El droide tomó sus huellas digitales y dijo muchas cosas que Siv no comprendió. Luego les anunció que eran empleados de la Corporación Minera Con Star.

—Ahora es momento para un breve disco de orientación —dijo. Las luces se apagaron, pero no tanto para que Siv sintiera pánico. Una película brillantemente iluminada apareció en la pared blanca y lisa, junto con el parloteo de la voz alegre de una mujer.

—Bienvenidos a la Corporación Minera Con Star. ¡Estamos complacidos de que hayan decidido unirse a nosotros en el hermoso Parnassos, donde serán parte de una comunidad única de pioneros en este planeta exclusivo! —La imagen se desplazó desde una gran caja blanca, que dio vértigo a Siv. Luego la caja se volvió pequeña y fue rodeada por montañas, verdor y los océanos de color azul cristalino—. Parnassos es rico en metales y minerales. Hemos diseñado su hábitat para brindar una comodidad familiar a su especie. —La imagen volvió a agrandarse y se metió en la cosa plana; la escena cambió tan rápidamente que Siv sintió que su estómago se hundía. Reconoció el pasillo que los había conducido a esta misma sala—. Vivirán en la Estación Terpsichore, situada en un valle rico, repleto de botines de la naturaleza. Está a una distancia corta en tranvía del Mar de las Sirenas para pasar un día en la playa. —La imagen mostró algo brillante y plateado que se desplazaba a lo largo de dos vías, cortando el verdor. Luego un hombre, una mujer y dos niños aparecieron y agitaron sus brazos. La imagen cambió y la familia sonreía junto al océano. Pero no era el oscuro, amenazante y frío océano que golpeaba las paredes de roca del Scyre y que estaba repleto de bestias hambrientas. Esta agua era de color azul claro y parecía acogedora, con un fondo arenoso. Los niños corrían a voluntad en él, chapoteaban y reían.

—Esto es una locura —murmuró Siv a Pasma.

—Así es como debió ser Parnassos hace cien años —resopló Pasma, mirando a las personas siempre sonrientes en el pasto verde que lanzaban una pelota roja para que la persiguiera un animal de cuatro patas con la lengua de fuera—. Nuestros ancestros eran extraños. Extraños y débiles.

Las imágenes y la voz de trueno siguieron y siguieron. Siv supo que la cosa plana era un edificio y la cosa plateada que avanzaba a gran velocidad era un tranvía. Vio laboratorios, fábricas, minas y filas interminables de casas ordenadas, con todo tipo de comodidades curiosas proporcionadas por máquinas que ahora eran sólo montones de óxido almacenadas en la Nautilus. Supo que allí alguna vez hubo docenas de comunidades separadas en Parnassos, cada una con su propia estación y objetivo. Y descubrió que alguna vez, hacía mucho tiempo, este desierto arenoso había sido un valle verde y fértil lleno de plantas, animales y seres humanos extrañamente felices, todos ellos traídos al exuberante planeta para trabajar con Con Star.

—Entonces les damos la bienvenida a la Estación Terpsichore, donde su hoy protege nuestro mañana —atronó la voz—. Estamos seguros de que serán muy felices aquí.

La pantalla se puso en blanco y la luz dejó de parpadear, dejándolos en una momentánea oscuridad.

—¿Creen que al Scyre lo llamaron así por el Mar de las Sirenas? —preguntó Gosta, con voz impresionada.

—¿Por qué siguen diciendo «Alabados sean los creadores»? ¿Realmente quieren a quienquiera que los haya creado? —preguntó Torben.

Un trooper negó con la cabeza.

—Ya se los dije. Los droides actúan de manera extraña cuando no les dan el mantenimiento apropiado.

—No importa —dijo Phasma con firmeza—. El pasado está muerto y los droides no son asunto de nosotros. Nuestro único objetivo es salir de aquí y finalizar la misión antes de que alguien más lo haga.

Las luces volvieron a encenderse y un nuevo droide se apareció caminando. Mientras que TB-3 parecía inofensivo, dócil y servil, este nuevo droide le recordó a Siv una herramienta, algo obtuso hecho sólo para el trabajo.

—Hola y bienvenidos a la Corporación Minera Con Star. Alabados sean los creadores. Soy D473 y les asignaré sus labores. Por lo general se aplica una batería de pruebas para asignar los puestos adecuados a sus capacidades, pero el tiempo es esencial y no se han alcanzado las cuotas, así que todos trabajarán en la mina. Espero que les parezca aceptable.

—No somos mineros —rugió uno de los troopers—. Exigimos hablar con un supervisor.

D473 juntó sus manos de metal y movió la cabeza hacia delante, como si se disculpara.

—Lo siento, trabajador, pero estamos muy cortos de mano de obra en este momento. El supervisor no está disponible. Se espera que pronto envíen refuerzos desde la oficina principal, alabados sean los creadores. La Corporación Minera Con Star se disculpa por este inconveniente. Ahora, por favor, disfruten este disco de orientación a la minería. Alabados sean los creadores.

El droide salió, la sala se oscureció una vez más y una nueva imagen apareció en la pantalla. En lugar de las bonitas imágenes del pasado, este disco informó a Siv cómo se realizaba la minería y qué tareas le exigirían. Aprendió los procedimientos de seguridad apropiados, qué hacer en caso de derrumbes y cómo portar siempre un casco de trabajo y llevar su datapad de la Con Star, que le advertiría de fugas de gas y le informaría cuándo estaban permitidos los descansos. La gente en la pared blanca sonreía mientras trabajaba en largos túneles que se parecían a la Nautilus pero que no contenían las pinturas hechas con sangre, ni las colecciones de objetos labrados y rituales.

—¿Nos usarán para este trabajo? —preguntó Gosta.

—Sólo hasta que mejore Brendol —respondió Phasma—. Entonces ya veremos.

La puerta se abrió pero, en lugar de un droide, sólo escucharon una voz: la de la misma mujer tranquila del disco.

—Por favor, sigan la línea roja hacia las barracas para que tengan su ropa de trabajo, alabados sean los creadores.

En la pared apareció una línea roja, que serpenteaba y desaparecía tras una curva. Phasma avanzó primero y Siv se dio cuenta de que con Brendol fuera de escena, los troopers habían aceptado tranquilamente el liderazgo de ella. Caminaron al ritmo que impuso Phasma, reduciendo la velocidad ante cada apertura en la pared. Siv conocía lo suficiente a Phasma para saber que estaba atesorando conocimientos para tomar

decisiones informadas en el futuro, tratando de aprender todo lo que podía sobre este nuevo entorno.

La línea roja terminaba en una puerta abierta que daba paso a una sala iluminada con la misma luz fría, tan diferente del sol del exterior. Racks de ropas colgantes se extendían por las paredes. Otro droide esperaba allí, en silencio e inmóvil, hasta que todos entraron en la sala.

—Soy D477 —dijo una voz más suave, de mujer—. Tomaré sus medidas para sus uniformes, alabados sean los creadores. Por favor acérquense uno por uno.

Todos los ojos se dirigieron a Phasma.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Es necesario que todos los empleados de la Corporación Minera Con Star vistan el uniforme apropiado —respondió con calma la droide.

—¿Y si nos negamos? —preguntó Phasma.

La cabeza de la droide se inclinó hacia ella de una manera que le recordó a Siv a un insecto depredador conocido por arrancar la cabeza de su pareja después de poner sus huevos.

—Mostrarán respeto por los creadores y seguirán órdenes, o los términos de sus trabajos forzados se alargarán de manera correspondiente.

Phasma mantuvo su posición con firmeza.

—No estoy de acuerdo con esta tontería y realizaré mis tareas tal como estoy.

La cabeza de la droide lanzó chispas y Siv se echó hacia atrás.

—NO SE COMPUTA ALABADOS SEAN LOS CREADORES ¡TODOS LOS EMPLEADOS SEGUIRÁN ÓRDENES Y TODOS LOS DROIDES SEGUIRÁN EL PROTOCOLO DEL CREADOR!

La tensión se mantuvo en el grupo hasta que la droide dejó de echar chispas y recuperó la calma. Enderezó su cabeza y estiró una mano hacia el rack, retirando un conjunto de ropa doblada que colgaba de un pedazo de alambre retorcido.

—Este debe ser de tu talla —dijo, extendiéndolo hacia Phasma. Ella lo tomó, pero no hizo nada más—. Por favor, pruébatelo —dijo la droide, recuperando la cortesía—. Queremos que te sientas cómoda, alabados sean los creadores.

Phasma asintió ante la droide, pero empezó a acercarse al rack, arrancó la ropa del alambre y la arrojó alrededor de la cabeza de la droide para cubrir sus sensores faciales. Plantando una bota en el pecho de la droide, la pateó hacia atrás. Cayó al suelo con un pesado ruido metálico. En un santiamén, Phasma estaba montada sobre su torso y metiendo el alambre de metal en su apertura ocular.

Uno de los troopers cayó de rodillas a su lado, buscando un panel en el pecho de la droide y hundiendo sus dedos, tratando de abrirlo. Las manos de la droide se agitaron y estiraron hacia sus asaltantes, pero era evidente que no estaba acostumbrada al combate. Los otros dos troopers se sentaron en cada brazo y Torben contuvo las piernas de la droide mientras el primer trooper logró abrir el panel y empezó a arrancar puñados de alambres.

—OBLIGATORIO OBLIGATORIO ALABANZA ALABANZA NO... —gritó la droide.

Las luces se apagaron, un claxon empezó a sonar y algo húmedo cayó sobre sus cabezas. Siv volteó la cara para ver el techo, asombrada por el líquido que caía como la lluvia inofensiva que recordaba de su infancia, pero que no era agua. Respiró aquel olor desagradable, antinatural, y todo se volvió negro.



DIECIOCHO EN PARNASSOS, DIEZ AÑOS ANTES

SIV DESPERTÓ DE ESPALDAS, MIRANDO EL TECHO DE COLOR blanco. Cuando se incorporó estaba mareada, y sus compañeros se encontraban igualmente medio dormidos alrededor de ella. Pequeños droides negros se desplazaban deprisa entre ellos, secando el piso, pero Siv aún estaba húmeda. TB-3 permanecía de pie sobre ellos, agitado.

—Los previne —dijo—. Ahora son empleados y no pueden eludir sus obligaciones contractuales, alabados sean los creadores.

—¿Por qué sigues diciendo eso: alabados sean los creadores? —preguntó Siv, todavía confundida.

TB-3 dio unos golpecitos con orgullo a un gafete en su pecho blanco y brillante. Lo habían pulido desde que los trajo a la estación, y toda evidencia de la arena gris había desaparecido.

—La Corporación Minera Con Star aterrizó aquí hace ciento ochenta y seis años. Nuestros creadores nos construyeron y activaron en Parnassos; ellos nos diseñaron para realizar a la perfección nuestras labores. Una vez que las instalaciones quedaron bajo una administración adecuada y llegó el personal humano, los creadores se fueron. El tiempo pasó y experimentamos una interferencia temporal de la señal. Ya no podemos comunicarnos con los creadores ni con las otras estaciones. Nuestro contingente humano... bueno, hemos estado esperando desde entonces. A los creadores. Estamos muy complacidos de que ustedes hayan llegado.

—Pero nosotros no...

Phasma la interrumpió.

—Nos sentimos felices de estar aquí.

—Muy bien. Supongo que ahora querrán bañarse y ponerse sus uniformes. La pobre D477 estaba tan perturbada por su insubordinación. Necesitarán comer antes de su turno y la puntualidad es importante.

Siv miró a Phasma y Phasma sólo agitó la cabeza.

—Nos sentiremos felices de cumplir con eso.

TB-3 los condujo a una sala que lanzaba agua como aerosol y les solicitó que se desvistieran y se bañaran. Siv estaba renuente a confiar sus armas al droide y los troopers también estaban reacios acerca de sus armaduras, pero TB-3 les mostró casilleros para que guardaran sus pertenencias. Cuando Phasma no discutió y colocó su hacha y su lanza en la caja de metal, Siv no tuvo otra opción que seguirla. Era extraño estar sin sus guadañas. Se sentía estupefacta por la sensación de bañarse, desnuda, con el jabón de la Con Star. Una máquina de aire cálido los secó y una nueva versión de D477 les entregó sus ropas extrañas y ligeras con un gafete de la Con Star en el pecho, igual al que TB-3 portaba con orgullo.

Les dieron instrucciones para que siguieran la línea amarilla hasta la cafetería, donde les sirvieron comida idéntica en charolas de plástico idénticas. Siguiendo a Phasma, Siv ingirió los alimentos. Todos tenían la misma textura, pero los sabores y colores eran ampliamente distintos. Las bebidas, servidas de una bolsa, tenían un sabor a minerales. Una vez que se acabó la comida, ella se paró con sus amigos (ahora compañeros de trabajo) para vaciar su charola y seguir la línea azul al turboascensor, que los bajó al interior de la mina.

Cuando Siv me contó esta historia, aún estaba asombrada por las enormes diferencias entre la estación y el Scyre. Todo estaba limpio, ordenado y fresco, con paredes lisas, esquinas perfectas y luces frías que a veces parpadeaban, pero nunca se apagaban. Ella tuvo que aprender palabras que nunca había escuchado, comprender cómo realizar el trabajo repetitivo que le exigían. Después de unas horas, fue como si sus manos estuvieran hechas para sostener la manija y empujar el carrito. Llevaba su casco de trabajo y *goggles*, e hizo todo lo que le pidieron; un equipo de droides auxiliares la instruía y supervisaba.

Ante cada nueva tarea, todos miraban a Phasma. En lugar de una máscara, garras y armas, Phasma vestía su uniforme limpio y planchado. Aunque no sonreía, miraba todo lo que sucedía, sus ojos de color azul brillante se clavaban en cada consola de control y tablero por el que pasaban. Entre todos intercambiaban miradas de secreto; estaban esperando a que pasara el tiempo y lo sabían.

Siv ya tenía las manos ampolladas cuando una luz verde y parpadeante anunció el final de su turno. Dejó su martillo neumático y empujó su carrito hacia el turboascensor, donde se quedó de pie en silencio entre Phasma y Torben. Siguió la línea verde a las barracas, donde se pusieron sus ropas de dormir y se deslizaron en las literas que les asignaron. Era el lugar más cómodo en que Siv hubiera estado, con espacio suficiente para estirarse por completo y darse vuelta en la dirección que deseara sin sentir el chirrido de advertencia de una red o el desplazamiento granuloso de la arena. Pero no tenía sueño. Ninguno de ellos lo sentía. Sólo estaban esperando a que la puerta se cerrara, dejándolos solos en la oscuridad y el silencio.

—Esto es una locura —dijo uno de los troopers. Era al que Brendol le había gritado, PT algo. Después de ese arrebato, los troopers habían mantenido su distancia de los

scyres, pero ahora que no estaba Brendol, tal vez sintió que era seguro hablar. Sin su casco y su armadura, parecía mucho más pequeño, como cualquier otro hombre, no un extraño de más allá de las estrellas.

—Debemos seguirles el juego hasta que logremos acercarnos a Brendol —dijo Pasma, en voz baja.

El trooper asintió.

—Sí, él comprenderá más acerca de los droides y su programación. Sabemos cómo derribarlos individualmente, pero no podemos combatir a cuarenta y siete droides sin nuestras armas, sin mencionar a quien dirija la sala de control.

—Y es posible que aún haya gente.

—Cierto.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Siv, sintiéndose valiente—. No el número con el que Brendol se dirigió a ti, sino tu nombre real. No parece correcto que conozcas nuestros nombres y nosotros no conozcamos el tuyo.

Él lanzó una sonrisa torcida.

—No tenemos nombres. La Primera Orden sólo nos da números. Yo soy PT-2445 y ella es LE-2003. —Él movió la cabeza en dirección de la mujer—. Él es HF-0518. —La movió en dirección del hombre.

—Es difícil pronunciar tu nombre —dijo Gosta—. ¿Puedo llamarte Petey?

Por un momento, PT-2445 pareció amable y divertido.

—Se oye más como el nombre de un niño, pero supongo que pueden pensar en mí como Pete cuando el general no esté cerca.

—Eso me convertiría en Elli —dijo la mujer trooper—. Y tú eres... Huff.

El tercer trooper, ahora Huff, frunció el ceño.

—Ese ni siquiera es un nombre.

—Ah, pero antes no teníamos nombres, ¿o sí? —dijo Pete, y los troopers compartieron una risita privada.

—Basta con lo de sus nombres. Quiero irme. Estas ropas son inútiles —dijo Torben. Su uniforme era demasiado pequeño para él y apenas podía estirar sus brazos—. No podemos pelear con ellas puestas. No pueden detener una espada. No sorprende que hayan tenido problemas para mantener a su gente aquí.

Siv se rio, agradecida por un momento de bondad en ese extraño lugar. Pero Pasma no compartía su jocosidad.

—Entonces todos estamos de acuerdo —dijo abruptamente—. Hacemos lo que los droides pidan hasta que Brendol esté con nosotros, y entonces...

—¿Y entonces? —preguntó Gosta.

—Entonces damos vuelta a las cosas.

—

El tiempo pasó de manera brumosa durante varios días, o por lo menos durante lo que Siv supuso que eran días. No podían ver el cielo y no tenían concepto del tiempo. Dormir, luego comer, luego trabajar, luego comer, luego trabajar, luego dormir. Era monótono ser empleado de la Corporación Minera Con Star. Los droides con los que se encontraba cuando caminaba por los pasillos o a quienes entregaba su carrito lleno de minerales eran alegres y serviciales, pero ella nunca vio a otra persona y no confiaba por completo en los droides ni se sentía segura cerca de ellos. Extrañaba la vida en el exterior, aunque fuera difícil. Por lo menos era honesta.

Dos ciclos de sueño después, Brendol Hux se apareció en el desayuno. Su piel era más pálida de lo habitual. Tenía bolsas moradas debajo de los ojos y su uniforme, aunque limpio y planchado, parecía un poco más suelto. En cuanto los vio, se acercó deprisa mientras TB-3 se desplazaba ansiosamente tras él.

—¿Qué diablos llevan puesto? —gruñó, mirando a cada uno de ellos con detenimiento.

—Nuestro uniforme, señor —dijo uno de los troopers, desviando la vista hacia el droide que flotaba alrededor—. Nos hemos contratado con la Corporación Minera Con Star para pagar sus deudas por el tratamiento médico.

La piel de Brendol tomó un tono peculiar de rojo. Empezó a farfullar, pero Phasma agitó una mano.

—Sólo son sesenta días para cada uno —dijo ella, con una sonrisa afectada—. Estoy segura de que valdrá la pena haber pasado ese tiempo aquí. Pero debemos mantener la calma. Hicimos enojar a uno de los droides hace poco y nos castigó con dureza.

—Se espera que los empleados de Con Star muestren buen comportamiento, alabados sean los creadores —concordó TB-3.

—Debe ir por una charola para unirse a nosotros —dijo Phasma—. Nuestros turnos de trabajo son largos y le dará hambre.

—¿Turno de trabajo? Casi me muero. Apenas sobreviví en la bahía médica bajo esos carniceros. ¡No puedo trabajar! —Brendol hizo una rabieta.

—General... —empezó uno de los troopers.

Phasma lo interrumpió.

—Si hay algo que hemos aprendido aquí es que la insubordinación se castiga. Así que le ayudaremos con gusto a aclimatarse. Estoy segura de que nuestro tiempo pasará con rapidez bajo la vigilancia de nuestros anfitriones.

La sonrisa que dirigió a TB-3 era tan fría que habría congelado el agua, pero el droide no lo percibió.

—Usted es una empleada modelo, Phasma —dijo este.

Brendol torció la boca mientras pensaba en la situación, pero al final tomó su charola como todos los demás. Una vez que se acomodó, TB-3 se fue. Sabían muy bien ahora que debían seguir la línea azul hacia el turboascensor para iniciar su turno de trabajo cuando sonara la campana.

Cuando Brendol se acercó a la mesa con su desayuno, Phasma se deslizó un poco para hacerle lugar. Él se sentó, contemplando la charola como si estuviera llena de baba.

—Esto es una locura —dijo.

—Lo sabemos —respondió Phasma, inclinándose para susurrar de cerca—. Pero no podíamos escapar sin usted. Podemos matar a los droides uno por uno, pero sus troopers no saben cómo apagar el sistema. Son demasiados, y siempre están vigilando. Y escuchando. —Ella inclinó su cabeza hacia el droide de la cafetería, congelado en su lugar junto a las charolas.

—Necesitamos encontrar la sala de control —Brendol probó la comida y casi la escupió—. Y rápido.

—Esta noche. Prestan menos atención por la noche. He realizado varias incursiones y no he encontrado droides.

Siv estaba sorprendida de saber que Phasma se había aventurado fuera del cuarto por la noche sin ella, sin ninguno de los guerreros scyres. Le lanzó a Torben una mirada inquisitiva, y él se encogió de hombros. La pobre Gosta parecía igual de sorprendida que ella. Siempre habían conocido los planes de Phasma de antemano.

—Bien —dijo Brendol y siguió comiendo con el brazo que casi lo había matado... un brazo que todavía estaba completo.

—¿Cómo está su herida? —preguntó Siv, porque ella nunca había visto a nadie recuperarse de la fiebre antes.

Brendol subió su manga para mostrarle. El tajo del lobo de piel era una nítida línea rosada, y su brazo tenía un color normal. Todos los signos de infección habían desaparecido. No había enrojecimiento, vetas ni pus asqueroso. Siv movió la cabeza para mostrar su aprobación, pero por dentro estaba llena hasta el tope de una sensación de esperanza. Aquí los medicamentos realmente eran milagrosos. Si la Primera Orden de Brendol tenía disponibles esas curas, era imperioso que llegaran a su nave y salieran del planeta, sin importar el costo.

—

Sus dos turnos de trabajo parecieron durar una eternidad. Por la noche regresaron finalmente a las barracas. Phasma y Brendol sostuvieron un diálogo en susurros y pronto estuvieron listos para moverse.

En lugar de seguir las líneas rojas, amarillas, verdes o azules, se precipitaron a las duchas, donde cambiaron sus ropas nocturnas de la Con Star por sus ropas y armas regulares. Se untaron, además, el bálsamo de oráculo como preparación para su fuga. Brendol fue el único que no necesitó cambiarse, y pasó su tiempo identificando cámaras que podrían vigilarlos.

—Están grabando —murmuró él—. Sin embargo, nadie ha venido a detenernos.

—Algo que descubrí hace días, mientras te encontrabas en la bahía médica. En lugar de preocuparnos por eso, hay que aprovecharlo —interrumpió Phasma, bajando su máscara.

Siv se sintió mejor en el momento en que estuvo de regreso dentro de sus pieles. Le lanzó una sonrisa a Torben, agradecida de ver que él volvía a parecerse a sí mismo y feliz de sentir el peso de sus guadañas en la cadera. Ella notó que Phasma estudiaba a los troopers mientras se ponían sus armaduras y revisaban sus armas. Conocía a Phasma desde niñas; sin embargo, estaba viendo un nuevo lado de su líder. Phasma siempre se había dedicado al poder, pero ahora estaba hambrienta de algo más que la estabilidad del Scyre. Codiciaba la armadura, los blásters y la tecnología. Siv empezó a preguntarse si Phasma estaría deseándolo demasiado.

De regreso en el pasillo, siguieron a Brendol mientras leía la placa junto a cada puerta. Siv tenía empuñadas sus guadañas, listas para enfrentar a cualquiera de los droides que pudiera desafiarlos. Lo extraño fue que no apareció uno solo, ni siquiera los pequeños droides ratones que siempre se precipitaban cuando el más pequeño pedazo de polvo estropeaba el piso reluciente.

Finalmente, Brendol encontró lo que estaba buscando.

—Sala de control —dijo, mientras daba un golpecito en la placa—. Aquí es. Mis soldados irán primero, porque los blásters causarán más daño al metal y sólo hemos visto droides hasta ahora. En caso de que haya cualquier ser como centinela en el interior, siéntanse con la libertad de someterlo.

Phasma asintió y Brendol oprimió algo en la pared. La puerta se deslizó para abrirse. Los troopers entraron en abanico, con los blásters arriba. Pero no dispararon. Pasaron varios segundos antes de que un trooper gritara: «Todo despejado, señor». Brendol condujo al resto de ellos al interior. Sin que se lo pidieran, Torben permaneció afuera, como guardia. En el Scyre, uno nunca entraba en un espacio cerrado sin que un amigo se quedara a vigilar. Era muy fácil terminar atrapado.

El interior de la sala se parecía al de todas las demás: blanco e inmaculado. No había nadie amenazador en el interior. Los troopers tenían sus blásters arriba, y Siv se dio cuenta de que con sus armaduras puestas no había manera de distinguirlos. Ya no había Pete, Elli y Huff. Tan sólo eran soldados sin rostro.

Brendol se dirigió directamente a un grupo de máquinas que emitían pitidos, parpadeaban y hacían destellar símbolos extraños. La sala estaba llena de pantallas que mostraban varias imágenes de la estación, incluidas todas las salas que Siv había visto y muchas más. Una sala, para su horror, estaba llena con cuerpos humanos apilados al azar. Al menos no eran frescos, por lo que podía ver. En otra sala, se sorprendió de ver a todos los droides de pie en filas ordenadas. Se mantenían perfectamente quietos mientras TB-3 permanecía frente a ellos. Sin embargo, su atención regresó a Brendol.

Los dedos de él volaban sobre un teclado. Phasma permaneció cerca, mirando cada movimiento.

—Vamos —refunfuñó Brendol ante el tablero, golpeando botones y torciendo diales.

Debió hacer algo importante, porque todas las luces se apagaron, se quedaron en completa oscuridad. El constante zumbido de las máquinas en el fondo quedó en silencio. El aire, que era de un frío constante y regular, se quedó quieto, estancado, y llevó el inconfundible olor de la muerte.

—Sólo denle un momento —dijo Brendol, y tenía razón. Un brillo rojo llenó suavemente la sala.

—¿Qué pasa? —preguntó Phasma.

—Apagué la fuente principal de energía y desactivé a los droides. Le daré unos momentos antes de reiniciar. Sin embargo, los droides permanecerán desactivados.

—¿Qué significa eso?

—Significa que las luces y los ventiladores permanecerán encendidos mientras que los droides dementes seguirán apagados. Al parecer no hay otros seres humanos alrededor. Si los hubiera, estarían corriendo en este momento para detenernos.

Las luces volvieron a encenderse y las pantallas parpadearon de nuevo; nada más sucedió. Siv miraba la puerta, esperando a que Torben gritara o que alguna nueva amenaza apareciera, pero nada de eso sucedió. Brendol siguió accionando los dispositivos hasta que encontró lo que buscaba.

—Estos registros muestran que el único supervisor que queda es el doctor Kereg Ryon, pero es todo lo que puedo encontrar. ¿Alguien lo ve en una pantalla en algún lugar?

—Creo que lo encontré —murmuró Gosta.

Ella se paró frente a una de las pantallas. Allí, los restos de un hombre estaban sentados ante un escritorio grande, con un bláster en la mesa frente a él. Brendol miró rápidamente y asintió.

—Eso es lo que dice su placa. Así que ahora sabemos lo que pasó. Lo único peor que personas sin supervisión y sin un líder ni un propósito es un montón de droides en la misma situación. No creo que haya nadie aquí que pueda desafiarnos.

—Pero ¿qué están haciendo? —preguntó Siv, señalando a la pantalla que mostraba a los droides alineados en filas perfectas.

Brendol se acercó para ver mejor.

—Es como si estuvieran rindiendo culto a algo. Vean cómo sus cabezas están inclinadas y sus manos dobladas. Es un comportamiento extraño.

—Sus creadores —dijo Siv en voz baja y señaló a la pared detrás de TB-3, donde estaba pintado un enorme logotipo de la Corporación Minera Con Star—. Sólo quieren que sus creadores regresen.

Brendol sacudió la cabeza.

—Es porque los droides necesitan mantenimiento de rutina. Su programación se volvió extraña, y empezaron a actuar...

—¿Como seres humanos?

Él le lanzó una mirada brusca.

—Como locos.

—Pero fueron amables con nosotros. Lo curaron. Sólo estaban haciendo su trabajo. Y parecían tan felices de vernos. ¿No puede encenderlos de nuevo después de que nos vayamos?

—No —dijo Phasma, acercándose para pararse junto a Siv—. No podemos tomar ningún riesgo que ponga en peligro la misión.

—Podrían desactivar los vehículos, bloquear las puertas o tener acceso a armas —concordó Brendol—. Es mejor así. Los droides nunca fueron rudos con la gente. Sólo tienen el propósito de cumplir los objetivos de sus amos.

Siv no pudo sino echar una mirada a los troopers para ver su reacción ante las palabras de su superior, pero sus armaduras ocultaban sus expresiones. Cuando miró a Gosta, la chica más joven sólo agitó la cabeza; era evidente que veía las cosas con la misma profundidad que ella. Como Torben seguía afuera, Siv era la única persona que sentía pena por los droides. Con el golpeteo de unas cuantas teclas, Brendol había destruido su civilización, además de borrar sus personalidades y objetivos. Aunque no eran personas con sentimientos, seguía pareciendo cruel.

—Cuando esté entre su gente, ¿aprenderé a operar estas máquinas? —preguntó Phasma, señalando el teclado que Brendol había usado.

—Si lo deseas.

—Lo espero con ansias, General Hux —dijo Phasma.

Aunque Siv no podía ver la cara de Phasma debajo de su máscara, sabía que su líder estaba sonriendo.

—

Con los droides desactivados, no les tomó mucho tiempo encontrar el hangar. Brendol entró y fue de un objeto a otro, observándolos. Las formas voluminosas tenían poco sentido para Siv, pero Brendol sabía lo que buscaba. Por fin se paró enfrente de una fila de máquinas metálicas y puntiagudas.

—Estas son las motos speeders —dijo—. Y estas grandes, en forma de bloques con torretas, son vehículos de asalto terrestres, o VAT. Las speeders están hechas para volar sobre el suelo y los VAT están diseñados para avanzar por la arena u otras condiciones rugosas. Sugiero que mis troopers tomen los speeders, porque ya están entrenados. Así pueden explorar adelante y atrás de nosotros. El resto puede montarse en un VAT, que también tiene espacio para llevar nuestras mochilas.

—¿Qué los propulsa? —preguntó Phasma.

Brendol le lanzó una especie de sonrisa condescendiente.

—Eso es muy complicado, pero el VAT es el único del que necesitamos preocuparnos. Si el tanque está lleno, debe llevarnos hasta donde necesitamos llegar. Llevaremos otro barril de combustible con nosotros, por si acaso. ¿Ves aquí? Tiene una ranura hecha para eso. Sólo necesitamos llegar a mi nave, después de todo. Una vez que estemos allí, la Primera Orden se encargará de todo lo demás.

Siempre curiosa, Siv no pudo evitarlo y se dedicó a explorar el enorme salón mientras Brendol y sus troopers preparaban los vehículos. Encontró otro conjunto de casilleros como los de las regaderas. No estaban cerrados con seguro y algunos tenían ropas dobladas o botas pulidas; otros contenían armas.

—Podemos tomar lo que queramos, ¿o no? —preguntó Siv, maravillada.

—Estas ropas viejas son inútiles —dijo Phasma, tirando una pila de tela al suelo y recogiendo una bota corta, suave, que no hubiera durado un día entre las rocas del Scyre—. Cualquier cosa que esta gente haya hecho para sobrevivir evidentemente no funcionó. Sabemos que podemos contar con nuestras botas. Las hicimos nosotros mismos de cuero, las cosimos a mano con tendones. ¡Quién sabe cuánto tiempo durará esta cosa, o si se rasgará al primer contacto con un cuchillo o una garra!

—Pero si vamos a unirnos a la gente de Brendol, ¿no todo será como esto? —Siv levantó una blusa tan suave y fina que le hizo pensar que una ligera brisa se la llevaría volando.

Phasma negó con la cabeza.

—Yo nací para esa armadura. Hemos visto lo fuerte que es. La gente de Balder ni siquiera le hizo mella durante la pelea. Cosas como esta... —Tomó la blusa de las manos de Siv y la rompió por la mitad—, nunca serán para mí.

—Qué extraño —Siv caminó junto a la fila de casilleros, pasando sus dedos callosos sobre el metal—. Nuestros ancestros usaban esas cosas. Vivían aquí. Trabajaban aquí. Quién sabe si vinieron a Parnassos a propósito o si fueron traídos contra su voluntad. Trataron de hacer su vida aquí. Y luego todo sólo... se vino abajo.

Phasma sacó un bláster de una bolsa y sonrió.

—No fueron lo suficientemente fuertes. Nosotros lo somos. Este planeta se está muriendo. Pero tendremos una nueva vida en las estrellas. —Le entregó otro bláster, más pequeño, a Siv.

Siv tomó el arma, percibiendo la extraña suavidad de la empuñadura, lo ligera y simple que parecía. Esta arma podía hacer más daño que ambas cuchillas de Siv, y desde mayor distancia. De no haber sido por los blásters de los troopers, los lobos de piel habrían superado a todo su grupo.

Siv sonrió.

—Sólo necesitamos una manera de atar los blásters. Y podemos buscar unos más para Gosta y Torben.

Phasma abrió todos los casilleros. Echó fuera su contenido, como si buscara algo en particular. Siv los revisó, recogiendo blásters y otros artículos que parecían útiles. Al final, Phasma levantó su premio: un casco. No se parecía a los cascos suaves y redondeados de los stormtroopers. Gastado y pintado con colores brillantes, tenía una línea negra entre los ojos, otra línea negra de la nariz a la barbilla y una pequeña antena que salía de la parte de arriba. Phasma se quitó su máscara y se puso el casco, luego estiró la mano para tomar los guantes de trabajo pesado que coincidían con él y una placa para el pecho. Siv le dijo que fue como mirar el ensamblaje de un droide, pieza por pieza.

Phasma empezó a verse cada vez menos como un animal y más como un trooper. Debajo de ese casco ella podía ser quien fuera o nadie. Ni siquiera parecía un ser humano.

—Nada nos detendrá ahora —dijo Phasma.



DIECINUEVE

EN PARNASSOS, DIEZ AÑOS ANTES

A PESAR DE QUE BRENDOL EXPLICÓ CÓMO VIAJARÍAN DENTRO del vehículo, Siv no comprendió cómo funcionaría... hasta que estuvo dentro y se movió. Brendol se sentó al frente, accionando palancas y botones complicados con manos y pies, mientras Phasma se sentaba en la torreta junto a él, con su bláster a la cadera y su mano puesta sobre la enorme arma que giraba debajo de un domo claro. Siv, Gosta y Torben se sentaron, apretados, en una banca de la parte de atrás. El vehículo zumbó y se tambaleó, haciendo que ella apretara los dientes. Se aferró a la banca con los dedos y esperó que eso terminara pronto, o que por lo menos salieran bajo el cielo en lugar de mantenerse entre las suaves y antinaturales paredes del edificio.

Siv abrigaba emociones complicadas acerca de la Estación Terpsichore y los droides que, para todo efecto, habían muerto allí, dejados para siempre en silencio y quietos con unos cuantos golpes de los dedos gruesos de Brendol. Borraron una civilización casi del tamaño de la del Scyre, y ni Brendol ni Phasma lo habían pensado un momento. Siv miró a los troopers que flotaban en las motos speeders. Hasta ahora no habían compartido sus nombres reales ni mostrado algún rasgo de personalidad. ¿Acaso la Primera Orden de Brendol se preocupaba tan poco por la humanidad básica que querían que su gente, o por lo menos sus soldados, fueran tan dóciles y uniformes como los droides? ¿Por qué Phasma se adhirió tan rápidamente a esta forma de pensar?

Hacía poco, Siv había visto a Phasma matar a un aliado, desafiar a su hermano, abandonar el Scyre y ahora esto. Su líder llevaba un casco y mantenía en secreto sus planes. Tal vez Phasma estaba cambiando, o quizá sólo mostraba su verdadera naturaleza por primera vez.

El hangar conducía a un pasadizo más pequeño, muy parecido a los que habían atravesado a pie, pero con el ancho suficiente para que pasara su vehículo, o hasta tres vehículos. Los troopers de Brendol se desplazaron a un lado del VAT en sus speeders, deslizándose sobre el piso sin tocarlo. El pasadizo era muy largo y se inclinaba hacia

arriba ligeramente, iluminado por la misma luz fría, de un azul blancuzco, que había afectado a Siv desde el momento en que ingresaron en la estación. Adelante, otra pared lisa y blanca se interponía en su camino. Brendol detuvo el vehículo, salió y dio unos golpecitos en el tablero hasta que la puerta se deslizó para abrirse.

Siv no sabía qué les esperaba. Día, noche o aún más blanco interminable. Lo que vio fue una pared sólida de arena gris, que colapsó hacia dentro para revelar un punto brillante más allá: el sol.

Se protegió los ojos con una mano mientras Brendol trepaba de nuevo al vehículo y lo ponía en movimiento. Las ruedas atrapadas y hundidas derraparon un poco, hasta que ganaron tracción y empezaron a avanzar cuesta arriba. Retumbaron para salir del agujero y emergieron en medio del desierto gris, con las ruedas del VAT agitando y escupiendo una estela de arena. Los troopers brotaron del agujero en sus speeders y flotaron sobre la arena con la ligereza de aves marinas en picada. Una vez que el VAT quedó libre tomó velocidad, pero Phasma gritó a Brendol para que se detuviera.

—No sabemos en qué dirección vamos —dijo ella.

Él detuvo el vehículo complacientemente. Ella se bajó de la torreta y se alejó unos pasos, mirando al sol y el área que los rodeaba. No había rastro del lugar en que estaban cuando TB-3 los había encontrado, ni de dónde se encontraba la Estación Terpsichore. La mayor parte del complejo estaba enterrada bajo la arena; eran jorobas redondas y blancas que brillaban y desaparecían de nuevo mientras el viento se arremolinaba. Siv se estremeció, sabiendo que habían estado bajo tierra todo el tiempo.

—Antes nos dirigíamos al norte —dijo Brendol.

Phasma se dio vuelta lentamente. El viento agitó las plumas y la piel alrededor de su cuello. Siv pensó en lo extraño que era ver a su líder con un casco liso en lugar de su máscara feroz y oxidada. Siv se preguntó si los demás conocerían su máscara del color verde del líquen mejor que su propia cara, como a veces le pasaba con ellos. Torben era Torben, pero cuando llevaba su máscara blanca con sus barras negras y sus cuernos estilizados se volvía un monstruo brutal. Gosta era Gosta, pero su máscara de color gris oscuro desaparecía en la noche, y se mostraba casi como una sombra ágil con ojos enormes y blancos. Era divertido cómo el hecho de portar sus máscaras ocultaba sus caras; sin embargo, de alguna manera los hacía ser más ellos mismos.

El casco sólo hacía que Phasma se pareciera más a una máquina. Mientras caminaba alrededor, los dedos de Gosta buscaron los de Siv, donde estaban aferrados a la orilla del asiento.

—Estamos tan lejos de casa —dijo la chica, con una voz aguda, lo que le recordó a Siv cuán joven era aún.

Siv le lanzó una sonrisa, aunque Gosta no podía verla por la máscara.

—Pero estamos más cerca de nuestro nuevo hogar en el cielo.

—Siento que me gustaba allá. ¿Está mal?

Torben se inclinó. Su máscara aterradora contrastaba con su voz gentil.

—Es normal que un pájaro ame el cautiverio —dijo—. Por lo menos, hasta que pueda volar de nuevo.

—¿Qué significa eso?

—No lo sé. Pero mi madre solía repetirlo cuando le decía que quería quedarme en la Nautilus para siempre. Cuando era niño, permanecía abierta hasta por una semana entera.

Gosta bajó la vista, haciendo un puchero.

—La comida de la Con Star era buena.

—La comida era fácil. No significa que fuera buena para ti. —Torben le entregó un pedazo de carne seca—. Esta cosa es mejor para tus dientes y tus tripas. La comida suave vuelve suave a la gente.

Mientras Gosta tomaba la comida con agradecimiento, Phasma regresó al vehículo y señaló.

—Necesitamos ir en esa dirección.

—¿Qué dirección es esa? —preguntó Brendol.

—La correcta.

—¿Cómo calculaste eso?

—Ella simplemente lo sabe —dijo Siv.

—No sabes dónde estamos y no has visto el humo en días. ¿Estás segura?

Phasma se agachó desde su torreta, mientras sus pieles crujían. Se quitó el casco y fulminó a Brendol con la mirada.

—Apostaría mi vida a eso. *Estoy* apostando mi vida a eso. Si quieres encontrar tu nave y tu gente, iremos en esa dirección. Si quieres morir en Parnassos, escoge tu propia dirección.

Brendol se le quedó viendo, mordiéndose el labio por un momento, inseguro. Ahora vestía una chamarra gruesa con una capucha de piel que Phasma había tomado del almacén, además de los viejos *goggles* de Gosta. Si otro lobo de piel se lanzara hacia él, por lo menos tendría alguna protección. Por primera vez, llevaba una línea gruesa de bálsamo de oráculo sobre cada mejilla. Siv pensó en advertirle que cubriera el resto de su piel antes de que se quemara, pero no quería que Brendol Hux le lanzara esa mirada tan suya, que sugería que acababa de agregar el nombre de alguien a su lista de enemigos.

—Bien —dijo él—. Entonces iremos en esa dirección.

Pero por la manera en que lo dijo parecía que la consideraba una apuesta perdida, y que si las cosas salían mal, Phasma sufriría. En verdad, si ella estaba equivocada todos sufrirían... y morirían. Con ambas manos en el volante, Brendol hizo girar el vehículo en la dirección que la guerrera scyre indicó. Phasma se puso de nuevo el casco y volvió a treparse en la torreta. Así empezó el siguiente tramo del viaje.



VEINTE

EN EL *ABSOLUTION*

—¿POR QUÉ TE DETIENES? —PREGUNTA CARDINAL. LA HA MIRADO con tanta intensidad que Vi sabe que ha hecho un buen trabajo hasta ahora. Sin embargo, él simpatiza con Phasma, está tan fascinado con su historia como Vi.

—Porque tengo la garganta tan seca como las arenas grises de Parnassos. —Ella pasa la lengua por sus labios partidos y, por sólo un momento, deja que el dolor de cabeza palpitante se apodere de ella, para que Cardinal vea que está en muy mala forma. Los estimulantes ayudan, pero también hacen que los músculos se pongan más tensos, y ella no puede dejar de temblar.

Con la frustración escrita en cada arruga de su cara, Cardinal sostiene la bebida. Ella absorbe por el popote y bebe profusamente. Se pregunta, por un instante, si el agua contiene sedantes o algún otro tipo de aditivo especial de la Primera Orden, aunque no por eso dejaría de beberla. Pero, considerando las necesidades de una nave tan grande (cientos de miles de personas), seguramente el agua contiene vitaminas, nutrientes y tal vez medicinas. Un poco de refuerzo para el ánimo, un pequeño suavizante de las sustancias químicas, para evitar que los cerebros alertas se despierten por completo y se amotinen. O peor: que cuestionen. No es poco lo que Vi sabe de la manera en que se entrena a la nueva camada de stormtroopers; sobre todo, de la parte en que Cardinal les enseña a los niños cómo manejar armas, con la amabilidad que lo haría un tío favorito.

No, a los jóvenes reclutas los enchufan en sus camas como datapads que descargan nueva información. Por la noche, voces gentiles y monótonas llenan sus cabezas con dichos, propaganda, advertencias, recordatorios de que la Primera Orden es la única respuesta, la única manera de salvar a la galaxia de sí misma y de la destrucción. Armitage Hux creció en la Academia Imperial en Arkanis, mirando cómo su padre entregaba, manipulaba y programaba niños para convertirlos en máquinas asesinas. Pero Armitage ha ido aún más lejos con sus agudos conocimientos teóricos de la batalla, creando simulaciones complejas que replican de manera realista cada aspecto del combate. Los niños pierden todo sentido de individualidad, de sí mismos. Nunca se les

permite jugar, se les desalienta la risa, la frivolidad o la creatividad, a menos que puedan usar esas emociones o urgencias para ganar en juegos bélicos.

Pero Cardinal está conforme con todo eso. Él es producto de ese sistema. Vi no logrará que cambie de bando atacando el corazón de lo que él es y de lo que representa. No, ella va a seguir desmadejando la historia, mostrándole quién es realmente Phasma mientras se compra tiempo suficiente para escapar, en caso de que él no termine compartiendo su punto de vista.

La droide emite un pitido, recordando a ambos la tarea a mano.

—Adelante —dice él—. Se nos está acabando el tiempo.

—¿No sabes que no se puede apresurar una historia? —bromea ella, pero con cansancio.

—Sé que la verdad no toma tanto tiempo como una mentira.

Vi se ríe, o trata de hacerlo, pero termina tosiendo. Él le permite otro sorbo de agua.

—En ocasiones, la verdad toma un buen rato en asomarse. En eso se parece un poco a Parnassos: no se preocupa por ti.

Cardinal levanta el control remoto, y Vi no hace más que arredrarse.

—Entonces preocúpate de este control remoto —dice él—. Porque Phasma estará pronto en esta nave. Debo tener lo que necesito antes de que llegue aquí. De lo contrario, tú y tu hermano, Baako, tendrán mayores problemas que un pequeño choque eléctrico.



VEINTIUNO EN PARNASSOS, DIEZ AÑOS ANTES

LOS VEHÍCULOS EMERGIERON DEL COMPLEJO POR LA TARDE, LO que les dio varias horas de luz para avanzar. No era que la necesitaran mucho para navegar. La arena era tan gris e interminable como siempre, aunque había algunas dunas más pequeñas, como si se fuera un cuerpo gigante cubierto por una sábana, que se curva por aquí y por allá. Mientras el sol se ponía, una sombra oscura surgió a lo largo del horizonte, demasiado lejos para que alguien adivinara lo que pudiera ser. Otro complejo, otra bestia muerta, una de esas ciudades destruidas que Brendol mencionó que había visto mientras su nave caía... nadie podía saberlo.

Brendol detuvo el vehículo en la cima de una de las pequeñas dunas. Cuando el casco de Phasma se dio vuelta para mirarlo, él se encogió de hombros.

—No es seguro para mis tropas montar las speeders de noche. Nos detendremos aquí y descansaremos hasta el amanecer. Cualquier cosa que sea, allá adelante... tengo el presentimiento de que es mejor enfrentarla a la luz del día.

—¿Y si decide venir por nosotros primero?

Brendol le lanzó una mirada plana, pensativa.

—Tú eres una guerrera. Harás lo que sea necesario.

Phasma no replicó, pero su silencio siempre era muy significativo. Siv sabía muy bien que Phasma hubiera seguido adelante hasta que el vehículo muriera y luego caminaría el resto del viaje. Era extraño ver a su orgullosa líder doblada ante la voluntad de otro, sobre todo alguien a quien obviamente perderían en caso de que los dos entraran en cualquier tipo de combate. Siv razonó que debía de ser algo parecido al acuerdo que Phasma tenía con su hermano, Keldo: siempre y cuando sirviera para sus fines, Phasma reconocía y cedía ante una mente más astuta, o por lo menos una que cumplía un objetivo que la de ella no podía.

Llevaban provisiones de los casilleros de la Estación Terpsichore: tiendas bien empacadas y cobijas metálicas que mantenían el calor y protegían al durmiente de la

arena y, tal vez, de los escarabajos. Mientras organizaban sus colchones en un círculo formado por los speeders y el vehículo voluminoso, Siv acomodó su cobija cerca de Torben. Siempre la había hecho sentirse más segura estar cerca de su cuerpo grande y reconfortante.

—¿Qué pasa si hay más droides? —preguntó Gosta—. ¿O si los de antes vuelven a despertar?

—No seas ridícula —dijo Brendol, aunque ella no le había preguntado a él en particular—. Los droides no se pueden reactivar a sí mismos, así como una persona muerta no puede levantarse y empezar a caminar. La Estación Terpsichore quedó perdida, para todo efecto práctico.

—Pero podría haber otras estaciones —dijo Siv, y Gosta le lanzó una sonrisa agradecida.

Phasma se quedó mirando a sus guerreros, mientras mantenía su casco cerca de ella en el suelo.

—Podríamos pasar toda la noche hablando de las cosas que tememos que pasen, pero prefiero comer y dormir. Si algo se acerca, lo combatiremos, pero no tiene caso invitar a los problemas. La vida aquí no es más peligrosa de lo que era en el Scyre. Simplemente es un tipo diferente de peligro.

—Cuesta acostumbrarse —admitió Torben—. Toda la arena. La nada interminable. Arena que se mueve, sopla y causa comezón. Por lo menos en las rocas sabes dónde estás parado. Las rocas son cosas sólidas y agradables.

Nadie podía discutir eso. A pesar de ser un hombre con más músculo que cerebro, a veces decía cosas muy sensatas.

Siv sacó comida y agua de su mochila y se acomodó entre Torben y Gosta, mientras los troopers se hacían compañía en la otra tienda grande. Las estructuras estaban abiertas a los lados, pero proporcionaban un poco de abrigo ante el constante ulular del viento. El plástico metálico se agitaba con cada golpe de viento, pero las estacas estaban plantadas a profundidad, gracias a una habilidad adicional demostrada por los troopers. Phasma y Brendol fueron al vehículo, en silencio y en secreto. Siv se preguntó si se estaban reconfortando uno al otro. Phasma no se había apareado entre los scyres, al menos hasta donde Siv lo sabía, y había pocas oportunidades de privacidad entre las rocas. Pensando en mejores tiempos, se recargó contra el hombro de Torben mientras ella masticaba su carne seca.

Esa noche, como una bendición, no pasó nada terrible. Era una cosa bastante rara en cualquier lugar de Parnassos.

—

A la mañana siguiente, ya hacía un calor agobiante cuando despertaron al amanecer. La forma oscura en el horizonte no se había movido ni cambiado. Todos la miraron mientras sorbían agua y masticaban su desayuno. Avanzaron mucho, gracias a los vehículos. Siv

se había ido acostumbrando a mecerse con el movimiento de la máquina. La monotonía de la arena era una cosa extraña. Mientras se acercaban más y más a la mancha oscura, se fue haciendo cada vez más grande, tan grande que fue evidente que no se trataba de una bestia ni un edificio, sino de la cosa que Brendol llamaba ciudad.

—En casi todos los planetas habitables, los seres se reúnen en grupos grandes para vivir juntos, construir domicilios y compartir recursos —explicó él—. Algunos planetas no son más que edificios y ciudades. Otros tienen enclaves, capitales, pueblos, aldeas.

—¿Qué es esta? —preguntó Phasma, mirando a través de sus quadnocs.

Brendol detuvo el vehículo, sacó una mano y movió sus dedos. Phasma puso los quadnocs en su palma. Él frunció el ceño mientras miraba adelante y atrás, de izquierda a derecha.

—Una ciudad, pero primitiva. Lo que me preocupa es esa cosa de en medio, que permanece por encima de todo lo demás.

—¿Qué tiene de malo eso? —preguntó Gosta.

Brendol bajó los quadnocs para mirar a la joven con desdén.

—Cuando todo está en un mismo plano, excepto un edificio, eso suele significar una de dos cosas, y ninguna es buena. La primera posibilidad es una iglesia que representa una religión que busca alcanzar a algún dios tonto en el cielo; la segunda es un rey o déspota desesperado por mantener sus posesiones. De cualquier manera, se trata de alguien con recursos que cree que es superior a las personas que gobierna. No hay mayor enemigo para la justicia que un reyecito en una pequeña colina.

Sin decir palabra, Phasma estiró la mano para tomar los quadnocs y miró de nuevo mientras mascaba su carne seca.

—Entonces, ¿tu Primera Orden no busca gobernar? Porque pareces opuesto al gobierno.

Brendol gruñó.

—Hay una diferencia. La Primera Orden desea traer igualdad para todos y destruir la política mezquina y la burocracia podrida que plaga la galaxia. Yo hablo de un gobierno bien informado de miles de personas, que trabajan a nombre de miles de millones de personas desinformadas. Sin embargo, en un lugar como este, una sola persona, o tal vez un puñado de déspotas enriquecidos, toman las decisiones. Su primer interés es llenar sus propios bolsillos y mantener sus estilos de vida dorados.

Siv lo miró en silencio. Algo le decía que Brendol estaba ocultando alguna verdad o mintiendo directamente, pero ella no iba a desafiarlo. Sus palabras eran demasiado bonitas, los motivos que definía demasiado puros. Aunque Siv no podía leer el rostro de Phasma a través de su casco, podía saber que su líder tampoco estaba convencida.

—¿Qué hace la Primera Orden con esos pequeños reyes? —preguntó Phasma.

Brendol miró sobre la arena, como si pudiera ver directo al corazón de la ciudad.

—Los destruimos —respondió.

Phasma bajó sus quadnocs. Por la manera en que ella vio a cada miembro de su grupo, luego a su equipo y de nuevo a la ciudad que yacía más allá, Siv se dio cuenta de

que estaba haciendo planes. A sus guerreros les resultaba familiar esta mirada, porque solía señalar una nueva estrategia.

—Necesitamos rodearla —dijo, al final—. Mantenernos lejos. Ya tenemos todas las provisiones necesarias. Quienquiera que viva allí sólo nos apartará de nuestros objetivos.

—¿Puedo ver? —Siv estiró la mano para pedir los quadnocs.

Phasma se los entregó, junto con un leve asentimiento que sugirió que lo mejor era que cualquier pregunta que deseara hacer fuera inteligente. Siv solía ayudar a Phasma con sus planes y sólo participaba en las pláticas cuando estaba segura de que sus ideas eran buenas. Esta vez ella miró y lo que revelaron los quadnocs fue alarmante.

—¿Qué es todo eso verde? —preguntó.

Había verde por todos lados, y no el verde polvoso del liquen, sino un verde vivo y tóxico. A simple vista, la ciudad parecía una mancha negra oscilante, pero los quadnocs mostraron un exterior de muros verdes, edificios verdes en el interior, más verdes de lo que Siv había visto en toda su vida, lo que hasta entonces había incluido sólo las líneas verdes de la Estación Terpsichore, los ojos de unas cuantas personas y algunos artefactos antiguos y gemas ocultas en la Nautilus. Las cosas más verdes en el Scyre eran los musgos grisáceos y los vegetales marinos a punto de volverse negros.

—Verde significa plantas. —Brendol bebió su agua, más de lo que podría beber un scyre, y se limpió el exceso de la boca como si no fuera importante—. Lo llaman oasis. Un lugar verde en medio del desierto. Por lo general hay un manantial subterráneo, o tal vez el depósito de agua en que termina un río. En ocasiones, quienes vagan demasiado tiempo por el desierto imaginan esos lugares y tropiezan a cada paso hasta la muerte persiguiendo un sueño resplandeciente que en realidad no está allí.

—Pero está allí.

—Sí, lo está.

—Deben de ser muy ricos —dijo Gosta—. Con toda esa agua.

Phasma se mofó de eso.

—¿A quién le importan sus riquezas? Todo lo que necesitamos está en la nave de Brendol. Nuestra prioridad es llegar allí antes de que lo haga alguien más. ¿Qué queremos con una ciudad verde? Aún está en Parnassos. El planeta sigue muriéndose. Nada que valga la pena ha perdurado aquí. Dentro de diez años, hasta ese manantial se secará, las plantas se marchitarán y morirán, y las personas junto con ellos. Esa ciudad no es más que un cadáver que aún no sabe que está muerto.

Torben se llevó una mano a su máscara para cubrirse los ojos del sol.

—¿A la izquierda o a la derecha, entonces?

—A la izquierda —dijo Brendol.

—A la derecha —dijo Phasma al mismo tiempo.

El aire caliente se volvió más tenso. Nadie dijo una palabra. Los troopers se mantuvieron cerca en sus motos speeders, moviéndose con suavidad, de adelante hacia atrás.

—¿Por qué crees que a la izquierda? —preguntó Phasma.

—Por nuestro ángulo en relación con la ciudad. Parece la ruta más corta.

—Yo digo a la derecha porque no tendremos que corregir tanto para llegar a tu nave.

Los troopers debieron de percibir la perturbación, porque se acercaron en sus speeders, con las manos en sus blásters. Torben exhaló y ajustó las armas en su cadera. Gosta había saltado del vehículo para quedarse de pie. Sus dedos bailaron sobre su nuevo bláster, con la vista fija en Phasma.

—Dividirnos es una mala idea —se aventuró a decir Siv.

Phasma no movió un músculo. Aun con su máscara, era evidente que estaba mirando la ciudad, mientras su mente aguda consideraba cada movimiento.

—A la izquierda, entonces —dijo Phasma.

Los scyres se relajaron, pero Siv estaba asombrada. Ella y Torben se miraron a los ojos y ella se encogió de hombros. Nunca habían visto a su líder ceder tan fácilmente. Ni siquiera ante Keldo. Sin embargo, sabían que no debían cuestionarla. Una vez que ella había hecho su proclama en esa voz, seguías con ella o te quedabas atrás. Y quedarse atrás aquí significaba una muerte segura.

—Partamos entonces —dijo Brendol y sonaba satisfecho.

Nadie más había dejado el vehículo, pero Gosta se mostraba renuente a regresar a él. La chica parecía fascinada y encantada por las motos speeders, o tal vez por los troopers que las montaban.

Phasma observó que Gosta se acercaba a la speeder y la llamó.

—¡Gosta! A tu lugar.

—Me preguntaba si sería posible montar la speeder con Elli —dijo Gosta, tratando de sonar valiente y atrevida—. Sería bueno que otro de nosotros supiera montarla. En caso de que perdiéramos a alguien.

Phasma, una vez más, miró a Brendol.

—No me molesta la idea —dijo él—. Aunque la chica no puede estarse inventando apodos tontos, como si mis troopers fueran mascotas. Pero tiene razón: debemos planear lo que haremos si perdemos gente. Es un viaje largo aún. LE-2003 puede enseñarle a la chica. Tomemos un descanso antes de seguir adelante.

Mientras Siv distribuía sorbos de agua y tiras de carne, miró subrepticamente a la más joven de las guerreras scyres interactuar con Elli. Siv no había observado gran cosa de los troopers: excepto por las raras ocasiones en que se quitaban los cascos, y por su breve estancia en la mina de la Con Star, parecían idénticos, aparte de las muy ligeras diferencias de complexión o altura. Ellos se mantenían principalmente reservados, y Brendol les fruncía el ceño cuando mostraban gran parte de su personalidad o eran demasiado casuales en sus modales. Aun así, Elli no parecía terrible, y estaba señalando parte del speeder mientras Gosta, sonriendo como una tonta, se acomodaba en el asiento. La madre de Siv le había contado historias de su propia niñez, y un hecho notable era que los niños alguna vez gozaban de libertad para jugar y de tiempo para no hacer nada. En el Scyre, todos trabajaban desde el momento en que podían, aunque el único trabajo fuera agitar un palo ante las aves para mantenerlas lejos de la carne o los vegetales marinos

mientras se secaban, un trabajo que Frey había hecho en cuanto aprendió a caminar y la amarraban a un arnés de red que colgaba de las rocas. Siv se dio cuenta de que nunca había visto sonreír así a Gosta, con una expresión abierta e indefensa y con brillo en sus ojos.

Siv llevó una mano a su estómago y elevó una plegaria para que llegaran vivos e intactos a la nave de Brendol. No le había contado a nadie su propio secreto: que la mayoría de los niños terminaban entre sangre antes de gestarse, pero tenía más razón que la mayoría para desear el milagro de que los transportaran fuera de la tumba en que Parnassos se estaba convirtiendo rápidamente.

Mientras terminaban su comida, los scyres hicieron una pausa para ver cómo Gosta hacía su primer viaje corto en el speeder, desplazándose velozmente sobre las dunas y riendo con alegría. Fue un momento adorable, y Siv aún lo atesora. Sobre todo, después de lo que sucedió enseguida.

—No tenemos todo el día —gruñó Brendol.

Apartaron la vista del espectáculo y treparon al vehículo para seguir su viaje alrededor de la ciudad verde. Por turnos, se sentaron en la torreta en el asiento del acompañante, que tenía montada el arma más pesada que hubiera visto Siv, a la que Brendol llamó «perturbadoramente destructora». Hasta ahora no la habían usado, pero él la había probado brevemente y la manera en que escupió fuego contra la arena fue impresionante. Cuando salieron para ver el daño, necesitaron casi cinco minutos de marcha hasta las marcas de quemadura, donde había desenterrado relámpagos retorcidos de cristal gris y turbio. Brendol explicó que el láser era tan caliente que había fundido la arena. Phasma había tomado más turnos que nadie en la torreta, a pesar del calor provocado por el domo protector encima de ella.

Ella viajaba allí ahora, con el casco puesto y su mano alrededor de la empuñadora de la enorme arma. Cuando Siv miró a su líder, se sintió tranquila de que cumplirían su objetivo. La esperanza era una nueva sensación para ella, y sin Gosta en el asiento de atrás, se dio oportunidad de enlazar sus dedos entre los de Torben e inclinar su cabeza contra el reconfortante calor de su hombro. Sentirse segura era también inusual y quería disfrutarlo todo el tiempo que pudiera.

Brendol giró a la izquierda para mantener una considerable distancia de la ciudad. Phasma ya no hizo comentario alguno, sólo giró su arma para quedar de frente a la muralla verde que se acercaba. A Siv no le gustaba el aspecto de las plantas, que los quadnocs mostraron que eran largas enredaderas retorcidas con amplias hojas verdes y recubiertas con florecitas de color rosa. Dos de las motos speeders se apresuraron a ir por delante, manteniéndose a la izquierda y la derecha del VAT, pero con mucho espacio entre ellas. El otro speeder permanecía atrás, protegiendo la retaguardia. Siv se quedó mirando el pelo de Gosta, que volaba detrás de ella. Los brazos de la chica rodeaban a Elli por en medio mientras surcaban la arena gris. De pronto, algo llamó su atención un poco delante de las speeders. No sabía lo que era, no podía identificar lo que la hizo gritar.

—¡Alto! Esa cosa...

Brendol había empezado a gruñir: «¿Qué?», cuando la speeder de Elli se inclinó, con la nariz por delante, y desapareció en la arena, lanzando a la trooper y a Gosta por los aires.

—PT-2445, ¡detente! —gritó Brendol al intercomunicador de su muñeca mientras frenaba el VAT, levantando un baño de arena cuando se deslizó hasta detenerse.

El speeder restante patinó de un lado a otro y dio un giro antes de detenerse. Las botas de Pete aterrizaron sobre el terreno en una nube gris. De inmediato saltó fuera de la speeder y corrió adonde Elli estaba tendida en la arena. Antes de que pudiera estirar la mano hacia ella, desapareció por completo.

—PT-2445, ¡repórtate!

—Hay una zanja, señor. Llena de picos. Caí entre ellos. Por fortuna no me rompí nada. La speeder de LE-2003 cayó aquí, junto con... maldita sea. Docenas de vehículos. Y cuerpos. Huesos viejos en los picos.

—HF-0518, ya lo oíste. Avanza con precaución. Saca a PT-2445 de esa zanja.

Phasma se bajó de la torreta.

—Siv, toma el arma. Voy por Gosta.

Siv asintió y se trepó a la torreta; una ola de calor cayó de la burbuja de plástico sobre ella, pero la ignoró mientras se acomodaba en el asiento y exploraba el área donde Elli y Gosta habían caído. Gosta se estaba incorporando, sin su máscara, frotándose un lugar sangrante en su pelo, con aspecto confundido.

—Voy con Phasma —dijo Torben.

Phasma saltó del VAT, con un bláster en una mano y su hacha en la otra. Torben la siguió, con su mazo y su hacha listos, como si hubiera olvidado por completo el bláster en una funda de su cinturón. Siv notó que Brendol estaba sentado detrás del volante, y aunque gritaba órdenes a su intercomunicador de muñeca, ni siquiera puso una mano en la puerta.

Mientras ella empuñaba el arma con sus manos temblorosas y trataba de enfocar a su gente a través de la neblina de calor y arena, algo destelló en la cubierta clara y brillante de plástico. Para cuando se dio vuelta por completo en la torreta, era demasiado tarde.

—Brendol, ¡nos están atacando por detrás!

Ella no pudo ver lo que estaba pasando con Phasma, pero Torben se lo contó después. Phasma corrió hacia la zanja, saltó sobre ella apenas pasando por encima y llegó con esfuerzos hasta el otro lado de la arena resbalosa. Cuando Torben trató de seguirla, no completó el salto; era grande y pesado, y Phasma era más ligera y rápida. Él trastabilló en la arena, deslizándose entre los picos y aterrizando entre los huesos y los cascarones metálicos y oxidados de vehículos antiguos. Cuando vio a Pete estirando la mano fuera del pozo hacia el guante extendido de Huff, Torben corrió y empujó a Pete hacia arriba, para que saliera trepando. Sin embargo, cuando Torben estiró su propia mano para que le ayudaran a salir de la trinchera, los stormtroopers ya se habían ido. Se quedó solo en el pozo, que era demasiado profundo para salir sin ayuda.

—¡Phasma! —gritó Torben—. Estoy atrapado aquí abajo. ¿Gosta está a salvo?

—Una herida menor en la cabeza —le respondió Phasma—. Sobrevivirá. ¿Hay algo allá abajo que puedas usar para salir de allí?

Torben se puso la mano sobre los ojos para cubrirlos y miró alrededor.

—Su speeder. Todavía está... flotando un poco.

—Entonces móntala para salir.

—No está flotando *tanto*.

—Levántala hacia mí, entonces.

Phasma apareció en el lado opuesto de la zanja y Torben levantó obedientemente la speeder como le pidió hasta que su nariz puntiaguda quedó al alcance de Phasma.

—Necesitamos hacer un puente con ella —explicó ella.

Juntos maniobraron con la speeder medio inutilizada para que abarcara la zanja, con la nariz a un lado y la parte trasera al otro.

—Cárgala desde abajo mientras la atravieso —dijo Phasma, porque la zanja se extendía tanto en ambas direcciones que ella simplemente no podía rodearla. La trampa estaba hecha para atrapar todo lo que se acercara, pero aprenderían más sobre eso posteriormente.

Torben sabía lo que debía hacer. Él era el músculo. Desde que nació lo habían entrenado para aprovechar al máximo su fuerza con el fin de ayudar a su gente. Así que se movió a la parte central de la speeder y la mantuvo firme, cargándola desde abajo.

—¿Listo? —preguntó Phasma.

—¿Qué? ¿Quieres esperar un poco?

Mientras él elevaba el speeder, Phasma apareció en la orilla con una Gosta ahora inconsciente, doblada entre sus brazos; la cabeza de la chica sangraba abundantemente. Torben se tensó para sostener la speeder con firmeza mientras Phasma la atravesaba con lo que Siv llamó agilidad sobrehumana, cargando a la chica más joven. Una vez que Phasma atravesó, se detuvo.

—Ahora usa el speeder para trepar a este lado. Tengo que llevarla a un lugar seguro.

—Ella miró hacia el VAT y se quedó inmóvil—. Nos están atacando. Apresúrate. —Y entonces se fue.

Torben hizo lo que le ordenó. Colocó la mitad del speeder contra el lado del pozo como una escalera y trepó para salir. Cuando aterrizó en la superficie, escuchó la batalla en curso y se puso de pie, corriendo de regreso adonde Siv estaba peleando.

En cuanto a Siv, ella finalmente sintió el poder destructivo del arma del VAT. La fuerza de ataque incluía varios VAT como el de ellos, cada uno etiquetado con el mismo logotipo de la Corporación Minera Con Star. Pero los vehículos estaban adornados con clavos y cadenas, convertidos de simples máquinas de exploración en monstruos de combate, de manera parecida a como los guerreros scyres se transformaban a sí mismos en bestias con garras y plumas.

Siv logró golpear al primer VAT en la línea de acercamiento y este voló por los aires, dando varias volteretas antes de aterrizar con una explosión espectacular. Antes de que

pudiera aplaudir, sintió que toda la VAT a su alrededor se sacudía por el golpe de un enemigo. Sus manos resbalaron del arma y su cabeza golpeó contra la burbuja de plástico, aturdiéndola.

—Sostente.

Ese fue Brendol. Él puso en marcha al VAT, dio una vuelta brusca a la izquierda y salió disparado. La torreta de Siv giró y ella se esforzó para mantenerse concentrada y decidir a dónde debía apuntar el arma. Pronto se dio cuenta de que Brendol no iba a ayudar a los demás; estaba haciendo una rápida huida en el desierto, acelerando para alejarse de la ciudad y la zanja. No se comunicó con su gente, no intentó pelear ni hizo el esfuerzo de salvar a alguien. Sólo huía.

Los otros vehículos lo alcanzaron. Aunque Siv apuntó su arma y jaló el gatillo, no tuvo el mismo éxito que con el primer disparo. La torreta la sacudió por todos lados y ella empezó a sentir ganas de vomitar. Perdió conciencia de la ubicación de Torben y Phasma. Uno de los vehículos atacantes pasó por encima de un speeder, rompiéndolo como el juguete de un niño.

—¡Tenemos que regresar! —gritó ella—. ¡Nos necesitan! ¡Los perderemos a todos!

—Incorrecto. Tenemos que alejarnos. A mi nave. No podemos ayudarlos ahora.

Siv rugió con furia. Así no era la vida en el Scyre. Todos los cuerpos eran necesarios, cada persona tenía un trabajo en particular. De qué lugar tan diferente debía provenir Brendol, si deseaba abandonar a su gente y correr para salvar su vida. Qué conciencia debía poseer para saber que podía vivir con semejante decisión y seguir con su vida en lugar de ser aplastado por la culpa y el arrepentimiento.

Aun en su condición, aun sabiendo que los superaban en número ampliamente, Siv por poco se baja de la torreta y salta fuera del VAT para correr hacia Torben, Phasma y Gosta. Pero no tuvo oportunidad. El vehículo se detuvo de pronto entre una enorme explosión de arena.

—¿Qué pasó?

—¡Golpeamos algo!

Ante eso, Siv se apresuró a bajar, pero en cuanto se colocó en el asiento del pasajero, se encontró con una lanza gastada que le apuntaba firmemente a la cara. Brendol tenía las manos arriba, así que ella también las levantó. Los atacantes eran extraños, vestidos sólo con ropas coloridas, finamente tejidas, como las que los scyres mantenían almacenadas en la Nautilus como reliquias sagradas. Sin armaduras ni máscaras. Pero cada centímetro de piel estaba cubierto con ropa, hasta los pequeños guantes en sus manos. Sus cabezas estaban enrolladas con largas tiras de telas de colores vivos, y sólo tenían descubiertos los ojos.

—Salgan. No intenten nada —dijo quien Siv supuso que era el líder. Sus palabras tenían un acento extraño, pero se parecía más al que estaba acostumbrada que al de Brendol—. Ya tenemos a los demás, así que no traten de hacerse los héroes. Aún.

Eran palabras desconcertantes, pero Siv no tuvo tiempo para pensar en ellas. Alguien abrió su puerta y ella se bajó del VAT, aterrizando en una nube de arena. Pusieron en sus

muñecas unas esposas gastadas de plástico y buscaron entre sus ropas para quitarle todas sus armas. Al otro lado del vehículo, Brendol recibía el mismo tratamiento, con el rostro rojo por una furia creciente. Dos grupos más de extraños con ropas brillantes se les unieron. Traían a Pete y Huff en cadenas, aparentemente desarmados, y arrastraban a una Elli inconsciente.

—¿Y los demás? —preguntó el líder a uno de sus hombres.

—Todavía peleando.

—¿Van ganando?

La mujer se rio entre dientes.

—Lo harán. Siempre lo hacen.

—¡Arratu! —gritó el líder, sacudiendo su lanza y aullando al cielo.

—¡Arratu! —respondieron los demás, elevando el grito maniaco.

Brendol miraba a lo lejos, disgustado.

—Qué locura —murmuró.

—¿Miraremos, entonces? —preguntó el líder a sus hombres.

La única respuesta fueron otras vivas. Dieron vuelta con dureza a Siv y a los demás para que quedaran frente a una amplia extensión de arena. Phasma y Torben estaban peleando espalda con espalda, mientras el cuerpo de Gosta yacía bocabajo sobre la arena, entre ellos. Phasma tenía su bláster en una mano y su hacha en la otra. A juzgar por los montones coloridos e inmóviles sobre la arena, ya había derribado a dos peleadores en su lado del campo. Torben hacía girar rápidamente su hacha y su mazo con clavos y tenía tres cuerpos tirados a su lado. Mientras Siv miraba, Phasma golpeó a uno de sus atacantes en el brazo con un rayo del bláster, luego giró y lo perforó en el pecho con su espada, pateándolo en el estómago mientras caía. El anillo de atacantes se echó hacia atrás, con incertidumbre.

Torben rugió. Siv sabía lo que pasaría a continuación y sonrió para sí misma. Con un arma mortal en cada mano, él corrió hacia el círculo de asaltantes y giró con una gracia que nadie esperaría en un hombre tan grande, cortó cuerpos a través de los intestinos hasta dejar un círculo de sangre. La arena burbujeó con un volcán de escarabajos.

—¡Torben! —gritó Siv—. ¡Retrocede!

Cuando Torben la miró, con rostro afligido... lo atraparon.

Los atacantes lanzaron una red sobre él para fijarlo al piso. Mientras él se levantaba tratando de quitársela de encima, alguien la sacudió y la estrechó alrededor de sus tobillos, lo que lo hizo tropezar.

El líder, de pie entre Siv y Brendol, se rio a carcajadas.

—Hasta el poderoso se rinde ante la voluntad de Arratu —bramó.

Phasma era la única que seguía en pie, sin reducir la velocidad de su asalto. Había hecho volar a uno de los asaltantes con su bláster, luego golpeó a varios en algún sitio mortal mientras seguían impactados. Al mirar a su alrededor, Siv se dio cuenta de que estas personas en realidad no estaban luchando ni usando sus blásters. Todas portaban

armas, además de contar con las enormes armas montadas en el VAT, pero parecían más interesadas en mirar el espectáculo que en protegerse entre sí.

Este, entonces, no era un ataque o una redada como las de Balder, ni un intento arriesgado de intercambiar vidas por recursos. Quienquiera que fuera esta gente quería cuerpos. Personas. Aun el gran Torben, quien había matado a tantos de ellos, no había sufrido daño ni había sido castigado. Sin embargo, no parecía importarles ver cómo moría su propia gente y, hasta ahora, habían perdido por lo menos a una docena, a pesar de que tenían cuando menos a cincuenta parados alrededor, mirando.

—¿Qué quieren de nosotros? —preguntó Siv al líder.

—Espera y verás, pequeña pulga de la arena —dijo él—. Por ahora, miremos el espectáculo.

La lucha de Phasma fue valiente, extraordinaria y sangrienta. Usaba el bláster como si hubiera nacido con uno en la mano, mostrando una puntería infalible, aun sin la capacidad de detenerse y apuntar con cuidado sus disparos. Era experta en mutilar a un enemigo y luego sincronizar perfectamente el tiro mortal. Uno de los hombres cayó en dos piezas, partido en dos a través del estómago. Para gran sorpresa de Siv, el líder detrás de ella sólo lanzó su risa estruendosa.

—Justinian siempre fue un poco alto, ¿o no? —gritó él.

Cuanto más miraba Siv, más se molestaba. Cualquier cosa que esa gente quisiera no era tan puro y verdadero como lo que los scyres querían. No estaban luchando para vivir, para comer, para defender una tierra vital. No estaban luchando para defender a sus ancianos y jóvenes de los atacantes. Al parecer, sólo luchaban por entretenimiento, una blasfemia vil en la mente de Siv.

—Ya me aburrí —dijo el líder—. Dile a Seylon que termine con esto.

La mujer a la que hablaba asintió y atravesó deprisa la arena en unos zapatos enormes y anchos que levantaron nubes grises. Cualquier cosa que haya dicho cuando llegó al grupo de personas que rodeaban a Phasma tuvo el efecto deseado. Un hombre grande se separó del grupo y levantó una larga lanza, que crepitó con lo que pareció un rayo. Mientras otros tres asaltantes provocaban a Phasma desde el otro lado, él la picó con su lanza. Crujidos de electricidad envolvieron su cuerpo y su casco. Phasma se quedó inmóvil y cayó de espaldas, descansando en el suelo, con su cuerpo rígido y humeando ligeramente.

—Empáquenlos y regresemos deprisa a casa antes de la siguiente tormenta. El Arratu quedará complacido.

El líder caminó tranquilamente hacia un VAT y tomó asiento mientras el resto del grupo empujaba, picaba y apresuraba a los prisioneros. Cuando Phasma dejó de echar chispas, Seylon lanzó otra red sobre ella, la arrastró lejos y la levantó en un VAT, lanzando su casco caído detrás de ella. Mantuvieron juntos a Brendol y a Siv, y los metieron en un VAT cubierto con púas y que olía a especias extrañas.

—¿Ves? —susurró Brendol a Siv mientras ella miraba a Torben, ahora fuera de su red y obligado a cargar a Gosta. La joven aún estaba inconsciente, y Torben la puso en el

asiento trasero de otro VAT—. Te lo dije. Cualquier cosa que sea el Arratu, vivirá en el edificio más alto, y cualquier cosa que quiera nos costará más de lo que deseamos darle. Puedes apostararlo.

A Siv no le agradaba Brendol Hux y no confiaba en él, pero sospechaba que en esta ocasión tenía razón.

Ella no estaba esperando con ansias descubrir qué era el tal Arratu.



VEINTIDÓS EN PARNASSOS, DIEZ AÑOS ANTES

VIAJANDO EN EL VAT DEL ENEMIGO, SIV EMPEZÓ A SENTIR náuseas de inmediato. En lugar de manejar de manera relativamente recta, como Brendol, el conductor iba de un lado a otro, se clavaba en las pequeñas dunas y sobresalía de ellas como si abrigara el deseo de morir. El estómago de ella se agitaba, y se dio cuenta de que esto era lo más lejos que había estado alguna vez de otro integrante de los scyres. La banda era una familia, y estaba atrapada aquí con Brendol Hux, quien se había encorvado en su asiento lo más lejos posible de ella, malhumorado y con mirada torva.

Al principio, Siv sintió como si tuviera fiebre, porque su piel alternaba del calor al frío, pero luego se dio cuenta de que el cielo se estaba oscureciendo. Cuando una tormenta caía en el Scyre, todos encontraban de prisa un lugar estable para capotearla, asegurándose de que sus cuerdas estuvieran enganchadas a picos estables, porque las lluvias resbalosas como el aceite y los vientos que los azotaban podían derribar fácilmente a una persona de un pináculo de roca. En los mejores días, se amontonaban en la Nautilus, en los rincones alejados del agujero en el techo que chorreaba lluvia tóxica, aunque pusieran una capa tejida sobre él. En los peores días, la Nautilus estaba llena de agua violenta y se mantenían agachados bajo la lluvia miserable, punzante, pulverizada, sin una cubierta y sin posibilidad de evitar los relámpagos que caían al azar ni los vientos crueles y cortantes. Siv y Torben tenían una roca que les gustaba, una especie de pináculo más ancho que casi podía contenerlos a ambos cómodamente mientras se acurrucaban bajo una piel protectora.

Pero esta tormenta era extraña. El aire no se sentía pesado, húmedo y grueso. Se sentía caliente, asfixiante y brillante. Cuando el líder, que ahora manejaba el viejo VAT de Brendol, gritó algo entre el viento, el conductor de Siv aceleró aún más, haciendo que ella se llevara una mano a la boca, bajo la máscara, para mantener dentro el vómito y fuera la arena. No pasó mucho tiempo antes de que se acercaran de frente a la ciudad, y a Siv le costó trabajo abarcarla en toda su grandeza. Era más grande que los territorios de

los scyres y los claws juntos, más grande que la Estación Terpsichore. El muro tenía que ser de la altura de diez personas y estaba sólidamente cubierto por esas plantas de aspecto peligroso. Justo cuando Siv estaba segura de que iban a estamparse contra él, una puerta se deslizó para abrirse lo suficiente y permitir la entrada de los VAT. Aunque el muro tenía apariencia sólida desde el exterior, parecía como si las enredaderas ocultaran sus propios secretos.

Una vez dentro, la ciudad resultó más que abrumadora para una mujer que sólo había conocido a un ciento de personas por su nombre en toda su vida. Estaba tan poblada, con gente que iba con rapidez de un lado a otro, que uno de sus captores, vestido con ropas brillantes, tuvo que salir del VAT de Siv y apartar a la gente de su camino con una vara larga y colorida cubierta con campanas.

—¡Despejen las calles! ¡Son órdenes del Arratu!

Las personas eran de todas las edades, algunas tan viejas que Siv se sintió fascinada por sus cuerpos encorvados, sus arrugas y el pelo canoso. En el Scyre, pocas personas vivían más de 35 años. Pero, igual que allá, este lugar tenía pocos bebés o niños pequeños; la mayoría de la población parecía estar en los últimos años de la adolescencia o los primeros de la adultez, las edades más fuertes y robustas.

Lo siguiente que observó fue que parecía haber dos tipos de personas: delgadas y vestidas con harapos, o grandes y adornadas con varias capas de telas vibrantes y joyas doradas. Nunca había visto cuerpos con tanta carne adicional, y no escapó de su atención que las personas más grandes y ricas parecían mucho más felices que sus vecinos delgados. Todos corrían para guarecerse, mirando preocupados al cielo que oscurecía.

Cuando Siv miró a Brendol, con una pregunta en sus ojos, él agitó la cabeza con desaprobación.

—Te lo dije. La gente que vive arriba tiene demasiado y la que araña el polvo se está muriendo de hambre. Indulgencia excesiva y sufrimiento, sin nada en medio, sin que nadie se preocupe por el bienestar de la ciudad. Este mundo necesita a la Primera Orden.

—¿Qué puede hacerse por ellos? —preguntó Siv.

Brendol elevó una ceja roja, poco poblada.

—Debe gobernarlos alguien con mano más firme.

No entró en más detalles, y una de sus captores lo picó con una vara.

—No hables así donde las ratas pueden escucharte —murmuró ella—. No durarás mucho haciendo amenazas como esa.

Brendol miró a la mujer, cuyo rostro era de un hermoso color café arenoso que Siv no había visto nunca. Había bajado la tela que cubría su nariz y su boca. Sus ojos ligeramente grises estaban delineados de un negro profundo.

—¿Qué van a hacer con nosotros? —le preguntó Brendol.

Ella se encogió de hombros con elegancia.

—No depende de mí.

—Pero no somos invitados.

La mujer sonrió, mostrando hoyuelos.

—Oh, no. Antes tienen que ganarse ese derecho.

El conductor gruñó.

—Shh. No les des ideas.

Entonces sus captores quedaron en silencio, lo que resultó desconcertante, porque Siv estaba acostumbrada a los enemigos. Siempre atacaban con violencia, nunca perdían tiempo y recursos en adultos cautivos cuyos corazones no podrían voltearse, como los de un niño. Cualquiera cosa que estas personas quisieran de ellos... bueno, Brendol tenía razón. Siv no querría dárselas.

Para alejar las preocupaciones de su mente, volvió a prestar atención a las maravillas de la ciudad. Como la Nautilus conservaba tantos artefactos y como había pasado tiempo en la Estación Terpsichore, Siv conocía un poco más del mundo de lo que alguna vez conoció. Las estructuras en la ciudad... esos eran edificios donde la gente vivía y trabajaba. Las estructuras, sin embargo... estaban tan cerca unas de otras, eran tan altas y estaban tan pobladas que apenas había espacio suficiente para que los VAT pasaran entre ellas. El pavimento sobre el que iban... eso era un camino. Adelante reconoció un edificio similar a las imágenes del disco de orientación de la Estación Terpsichore antes de que el planeta se volviera extraño. Pero esta ciudad tenía otras estructuras construidas alrededor y arriba de la vieja estación, de tal forma que la base del edificio más alto era el centro de la ciudad, el que había llevado a Brendol a pensar tanto en él.

—¿Quién vive allí? —preguntó él, con los brazos cruzados—. ¿Su dios o su rey?

Como respuesta, su captora le apuntó con un bláster y gruñó.

—No hables más del Arratu.

—Suenan a que ambos —murmuró Brendol, a un volumen apenas audible.

La mujer le clavó la mirada, pero no disparó, aunque tenía el aspecto de desearlo mucho.

Otra cosa curiosa que observó Siv mientras pasaban lentamente entre las multitudes fue la proliferación de plantas y zonas verdes. Estaban arriba de cada techo, colgaban de cada ventana y cubrían cada pared en vasijas de colores. Las enredaderas serpenteaban por los caminos, sin hojas donde los transeúntes las habían arrancado, pero brotaban de nuevo mientras se adentraban en los lados de los edificios y trepaban para acercarse al sol. Había criaturas en las plantas que Siv no distinguía, cosas voladoras que no eran parecidas a las aves marinas ni a los bichos en el Scyre. Pequeñas y delicadas como gemas, zumbaban por aquí y por allá, se sumergían entre las plantas y se golpeaban entre sí con un sonido agradable antes de seguir adelante.

—¿Qué son? —preguntó mientras pasaban cerca de una planta cubierta con retoños, cada una de ellas rodeada por las criaturas brillantes como joyas.

—Squeeps —dijo la mujer con una breve sonrisa antes de endurecer su expresión y regresar al silencio.

—¿Por qué la gente que se está muriendo de hambre no se los come? —preguntó Brendol.

La mujer apuntó de nuevo su bláster a Brendol y movió la cabeza de un lado a otro.

—¿No sabes decir más que blasfemias?

Las cejas de Brendol se elevaron, pero alejó la vista inteligentemente y no perseveró en esa conversación.

El cielo estaba casi negro ahora y el viento hacía volar la arena a los ojos de Siv debajo de su máscara. El aire se sentía eléctrico e incontrolable y las calles estaban vacías. Por último, los VAT llegaron al edificio similar a la estación de la Corporación Minera Con Star, aunque no se parecía en nada a las imágenes que Siv había visto en la pantalla de la Estación Terpsichore. Esta estructura estaba pintada con pigmentos brillantes y cubierta de enredaderas. Las puertas deslizantes estaban abiertas, mostraban un enorme pasillo blanco que hizo que la piel de Siv se erizara. Naturalmente, condujeron directo a él. Una vez en el interior, el conductor estacionó el VAT en una fila larga con otros vehículos igualmente decorados para tener un aspecto peligroso. Siv reconoció un salón muy parecido a aquel en que encontraron las motos speeders. Un hangar. Cada uno de los VAT estaba fijado a la pared, y había un zumbido suave de maquinaria. A pesar de su mal humor, Brendol echó una mirada aguda a su alrededor mientras lo metían al salón. Siv deseó tener alguna idea de lo que estaba pensando. Seguramente estaba elaborando un plan. Entre los scyres, los planes no habían sido algo que se mantuviera en secreto entre los guerreros. Si una sola persona no sabía qué hacer en caso de emergencia, las cosas tendían a salir mal. Pero Brendol era astuto y extraño, y una vez más ella recordó que él tenía algo que no le sentaba bien a ella.

—Llegaron a duras penas —se jactó el líder, golpeando el botón que cerró la puerta del pasadizo. El aullido del viento de la tormenta se detuvo y la sala quedó sumida en un silencio antinatural.

—Fuera —dijo su captora, con el bláster apuntado a Brendol, como si ni siquiera considerara que Siv fuera una amenaza.

Brendol bajó de un salto, seguido primero por su captora y luego por Siv. No importaba hacia dónde se moviera, los blásters le apuntaban a la cara. Después de tanto tiempo en arena caliente, cambiante, era extraño estar sobre un piso frío y duro, y ella vaciló por un momento, tratando de recuperar su equilibrio.

—Caminen —dijo la mujer, empujando a Siv por la espalda con el bláster. Esa, también, era una nueva experiencia. A pesar de haber crecido con una buena cantidad de viejos blásters rotos en la Nautilus, Siv no estaba acostumbrada a pensar en las máquinas pequeñas, redondeadas, de aspecto inofensivo como una amenaza real. Sin embargo, cuando la mujer la empujó de nuevo, ella se movió en la dirección indicada.

Brendol ya iba caminando, moviendo la cabeza de un lado a otro, de arriba abajo. Pronto se les unieron los otros. Siv sintió un profundo alivio por estar cerca, una vez más, de Torben, Gosta y Phasma. Los stormtroopers caminaron un paso detrás de Brendol, cargando a la pobre Elli entre ellos. Siv no podía saber si la mujer respiraba o no; colgaba entre sus compañeros troopers, tiesa e inconsciente. Gosta estaba despierta pero aún en los brazos de Torben, y Phasma, evidentemente, seguía mareada por los choques eléctricos y tenía problemas para caminar en línea recta. Cuando el brazo de Torben tocó

el suyo, Siv sonrió ligeramente, pero sabía dónde la necesitaban, así que rebotó contra él con energía y se acercó deprisa para ayudar a Phasma.

Ahora bien, los scyres eran personas que disfrutaban el contacto físico y la comodidad que proporcionaba, tomando en cuenta que enfrentaban una vida fría, impredecible y cruel. Pero Phasma siempre se había mantenido aparte. Siv confiaba en Phasma con su vida y sabía que ella era la estratega más talentosa y la peleadora más feroz del planeta, pero eso no significaba que Siv sólo iba a acercarse y a pasar un brazo alrededor de la peleadora tambaleante. Aun entonces, había un aura alrededor de Phasma, como la advertencia no dicha de un animal para que mantuviera su distancia.

—¿Qué necesitas? —preguntó ella, caminando al lado de Phasma y estirando un brazo para mostrarle que estaba disponible para que ella se apoyara en él.

—Mi casco y mi visión —dijo bruscamente Phasma—. Veo todo borroso. Y mis dedos están... quemados. Adormecidos.

Pero no tomó el brazo de Siv, así que ella regresó el brazo a su costado y sólo caminó un poco más cerca de su líder de lo que normalmente lo haría, lista para atraparla si se caía.

—Sin hablar —dijo uno de los captores, agitando una de las varas eléctricas. Tenía aspecto iracundo, de modo que Siv dejó de hablar.

En cuanto dejaron el hangar y entraron en el pasillo, la estación se volvió extrañamente similar a la Estación Terpsichore, con las mismas paredes y pisos blancos y lisos, y con la iluminación azulosa. Sin embargo, Siv no vio droides y sí notó algunos cambios en el diseño. Ventanas anchas abiertas que daban a máquinas que trabajaban con dedicación y, aunque avanzaban con rapidez, Siv vio que muchas parecían elaborar o manipular las telas brillantes que todos vestían en la ciudad.

Se dio cuenta de que seguían una línea verde en la pared, de modo que no se sorprendió cuando la siguiente puerta que abrió un captor conducía a las barracas. La sala era muy similar a la de la Estación Terpsichore, pero tenía dos veces más camas y estaba ocupada al menos por treinta personas. La mayoría era delgada, al borde de la consunción. Siv pensó que ese no era un buen augurio.

—Manos adelante —dijo el líder.

Uno por uno, abrió las esposas y empujó a los prisioneros en la sala, mientras el hombre con la cara de desprecio y el bastón eléctrico bloqueaba la salida.

—¿Qué hay de Gosta y Elli? —preguntó Siv, en cuanto quedó libre. El líder se encogió de hombros, de modo que ella agregó—. ¿Las mujeres heridas?

Él volvió a encogerse de hombros.

—No es mi problema. Mejorarán o no, como lo desee el Arratu.

—Pero ¿qué hacemos? —preguntó Brendol cuando el líder se dio vuelta para irse.

—Hagan lo único que pueden hacer —dijo el hombre, con los ojos destellando—. Esperar a que los dioses brillen sobre ustedes y tener la esperanza de que no mueran.

Sus captores se fueron, riendo. Los scyres y los hombres de la Primera Orden se quedaron para enfrentar a un cuarto lleno de extraños; ninguno de ellos parecía amigable.

—Carne fresca —murmuró alguien.

A pesar de su herida y del hecho de que le habían quitado sus armas y su casco, la postura de Pasma cambió, adoptando sutilmente una posición de pelea.

—No es para ustedes —gruñó.

Y entonces se fueron contra ella.



VEINTITRÉS

EN PARNASSOS, DIEZ AÑOS ANTES

POR FORTUNA, FUERON LOS DESNUTRIDOS QUIENES ATACARON. Torben colocó con suavidad a Gosta en el suelo y se preparó para la embestida. Siv mostró sus dientes y gritó. La primera persona que alcanzó a Phasma fue un hombre tan delgado que podía verse cada hueso presionando con enojo contra su piel. Phasma no lo esperó; le dio un cabezazo y lo arrojó a un lado. Siguiendo su liderazgo, Torben golpeó a sus atacantes y los hizo a un lado como si estuvieran hechos de astillas. Cayeron al suelo, maltrechos, y rodaron por él, gimiendo. Siv entró en la pelea, con sus puños volando, y descubrió la extraña sensación de golpear gente que estaba demasiado exhausta para pelear.

—¡Detengan esto ahora mismo! —gritó Phasma mientras uno de los caídos estiraba la mano hacia ella desde el piso.

—¿Tienen algo de comida? —preguntó.

—Todavía son fuertes —agregó otro.

—No durarán mucho —dijo alguien más, desde un lugar al fondo de la sala.

Brendol y sus troopers permanecieron detrás de los scyres. Los troopers habían puesto a Elli junto a Gosta, pero Brendol no había dado la orden de pelear. Nadie los había amenazado aún, así que sólo se quedaron de pie, esperando. Ahora que los otros prisioneros habían dejado de atacar, Brendol dio un paso adelante, empujando a Torben para quedar al lado de Phasma.

—¿Alguien puede explicarnos lo que pasa en este lugar?

Un hombre de baja estatura, con barba, vestido con una túnica de manga larga y que aún tenía algo de músculo, saltó de la parte superior de una litera y se pavoneó como si fuera el amo del lugar.

—Esta es la Estación Arratu —dijo, con voz dramáticamente aguda para llenar la sala—. Alguna vez fue el principal proveedor de telas, malla de reciclado y toldos para las operaciones de la Corporación Minera Con Star en Parnassos. Ustedes saben lo que pasó. Todo se fue al infierno. Y nosotros fuimos a quienes dejaron atrás.

Brendol chasqueó los dedos al hombre.

—Ve al grano.

—Esta es una prisión.

—Lo sabemos. Pero ¿qué quieren de nosotros? ¿Simplemente hacernos sufrir? Porque sospecho algo más.

El hombre de baja estatura cruzó los brazos y sonrió satisfecho. Llevaba una túnica plegada de color carmesí, como la gente de afuera, con la tela arrugada y gastada, pero de color aún vibrante, en comparación con cualquier cosa en el Scyre que no fuera sangre recién derramada.

—Hay demasiada gente aquí —dijo con simpleza—. Sin comida ni espacio suficientes. Así que servimos al Arratu y esperamos que nos favorezca.

—¿Y qué pide el Arratu? —presionó Brendol.

El hombre caminó hacia uno de los prisioneros esqueléticos que estaban en el piso, todavía arrastrándose hacia Phasma, aunque ella había probado más allá de toda duda que era una idea condenada al fracaso.

—Si son problemáticos, desea que sufran de manera divertida. Si son interesantes, desea que lo entretengan. Así que te pregunto, mi aburrido amigo. ¿Eres problemático o entretenido?

Brendol lanzó un suspiro y miró alrededor de la sala como si esperara algo mejor.

—Estoy aburrido.

—También lo está el Arratu. Así que te sugeriría una manera de ser entretenido. —El hombre pateó al prisionero que se arrastraba, quien cayó con un gruñido apático—. Porque el sufrimiento no parece tan placentero. Todos tienen una oportunidad de conseguir comida y tal vez la libertad, pero el Arratu es exigente, y quienes no lo complacen no comen. Ellos se deshacen de esas pobres almas una vez por semana. —Se rio mostrando unos dientes amarillos—. La sopa siempre es superbueno ese día. Me llamo Vrod, por cierto. —Levantó ambas manos y las mangas de su túnica cayeron por el peso. Su mano izquierda tenía un tono rosa blancuzco, mientras que el resto de su piel era de color bronceado cálido—. Me llaman Vrod de la Mano Blanca. Soy afortunado. Siempre divierto al Arratu, por eso estoy a cargo de esta prisión llena de carne de cañón. Pronto te llegará tu momento. Esperemos que encuentres pronto tu propio don.

Con eso, Vrod se dio vuelta y caminó hacia la puerta. Cuando gritó una orden, se deslizó para abrirse y él salió lentamente. En el instante en que se fue, los ocupantes originales de la sala se concentraron una vez más en los recién llegados.

—Soy el General Brendol Hux —gritó Brendol, con el volumen suficiente para que todos lo oyeran—. No tenemos comida. Nos la robaron sus opresores. Pero les advierto ahora: somos guerreros entrenados. Si nos crean problemas sufrirán aún más que esto. —Movié la cabeza en dirección de uno de sus troopers, quien se adelantó hacia la figura medio muerta en el piso, a los pies de Phasma, y presionó su bota hasta que un fuerte crujido hizo eco en el aire quieto.

En el interior de la sala, las cabezas asintieron para indicar su comprensión... y su respeto. Siv estaba horrorizada, por la prisión y porque Brendol había animado a sus hombres a que mataran a alguien que ya estaba medio muerto. Tal vez era una muerte misericordiosa, pero el crujido dramático del hueso sugirió un intento más siniestro. Al mirar a los dos troopers ahora, Siv no pudo siquiera saber cuál fue el responsable del acto. Gosta gritó y Siv se dio vuelta para ver que uno de los hombres desnutridos agarraba la mano de la chica lesionada, que permanecía en el piso, pataleando.

—¡Torben! —Siv hizo un ademán en dirección del guerrero grande para que ayudara a su amiga.

Él se lanzó para apartar al hombre de una patada y volvió a arrullar a Gosta entre sus brazos.

—Necesitamos una cama —observó.

Phasma seguía un poco mareada, y Siv por poco habla por ella, pero Brendol se adelantó.

—Allí.

En las camas de la litera que señaló había cinco prisioneros, tan delgados que podían acomodarse dos arriba y tres abajo, aunque los colchones estaban hechos para una persona. Siv se dio cuenta de inmediato que sería muy fácil echar a esos débiles prisioneros, pero particularmente cruel. Aun así, era una mujer del Scyre, y Gosta y Elli necesitaban un lugar seguro y fácil de defender. Pete y Huff ya se dirigían hacia la litera, y su postura y su andar sugerían que la gente en la cama debía salir antes de que la obligaran, lo cual hicieron. Se deslizaron al suelo como si no tuvieran la energía o la fuerza para permanecer de pie. Siv se sintió mal al verlos arrastrarse, pero por lo menos Brendol los dejó vivir.

Torben colocó cuidadosamente a Gosta en la parte superior de la litera. Siv se trepó para sentarse junto a la chica más joven. Había una comodidad animal en sentir la calidez de la carne de su amiga y aspirar su olor familiar. Desde que habían llegado a la ciudad, la esencia de una cantidad excesiva de cuerpos mezclada con fragancias empalagosas, ambas superpuestas sobre el picor agudo de las enredaderas en crecimiento, había atormentado la nariz de Siv.

—¿Te sientes bien? —preguntó Siv mientras Pete y Huff colocaban a Elli en la litera de abajo.

—Me duele la cabeza y me molesta mucho la luz y el ruido, pero creo que sobreviviré.

Siv sonrió ante el espíritu valeroso de la joven y le dio un codazo gentil.

—Bien. De todos modos, no necesitamos tu cabeza. Y este lugar es tan brillante que no estás sola en eso.

—¿Qué va a suceder, Siv? —preguntó Gosta—. ¿Qué quieren de nosotros?

Siv echó el cabello de la chica hacia atrás, para tranquilizarla.

—Lo descubriremos muy pronto. Hasta entonces, descansa. Necesitarás energía para lo que está por venir.

Gosta se acurrucó convenientemente. Siv dejó que se relajara un poco, disfrutando el relleno de la cama después del viaje lleno de sacudidas en el VAT. Había dejado de sentir náuseas, porque ahora tenía un hambre voraz. Nada podía hacerse por ella. Se acomodó también, preparándose para una rápida siesta. Torben estaba a su lado, montando guardia junto a la litera, su hombro al parejo de la cama. Él le acarició la mejilla con sus enormes nudillos antes de enderezarse a todo lo alto y lanzar a la sala una mirada desafiante. Phasma y Brendol se quedaron parados al pie de la litera, hablando entre susurros. Los stormtroopers montaron guardia a ambos lados. Siv tuvo que suponer que estaba lo más segura posible y que podría ceder a la pesadez y el cansancio de los huesos de sus extremidades.

Mientras Siv se perdía en el sueño, observó que los prisioneros desnutridos se iban acercando al cuerpo sobre el que los stormtroopers se habían parado, con sus ojos huecos, brillantes y desesperados. Ella cerró los ojos y se dio vuelta al otro lado. Usar los detraedores era una cosa, en un lugar donde todos conocían su responsabilidad con la gente, viva o muerta. Había una dignidad en el uso de la máquina, aun en la manera en que la aguja dejaba el más pequeño de los agujeros, nada llamativo o notorio, en realidad. Pero allí, al parecer, los cuerpos eran algo más. Siv había tenido hambre, pero nunca como la de la gente en el piso. Ojalá nunca tuviera que aprender lo que se sentía.

Al día siguiente, Vrod apareció vestido con túnicas de color azul brillante. Su larga barba estaba trenzada y teñida de color púrpura. Cuando se conocieron el día anterior, él parecía sólo otro prisionero, pero debió de tratarse de algún juego o complot peculiar para probarlos. Ahora parecía la caricatura de una persona, con pintura colorida alrededor de sus ojos y puntadas en su manga que destacaban su mano blanca. Un susurro de preocupación creció en la sala. Miró a sus prisioneros con una sonrisa satisfecha, anticipatoria, y aplaudió.

—Botín de ayer, vengan conmigo. Es hora de que conozcan al Arratu y que él vea lo que pueden hacer.

Brendol dio un paso adelante.

—¿Todos nosotros? Uno de mis hombres todavía está herido.

Vrod se encogió de hombros.

—Ese no es mi problema. Sólo tienen una oportunidad de conocer al Arratu, así que mejor déjenlo atrás.

Habían retirado el casco de Elli durante la noche, y cuando Siv saltó para bajar de la litera vio que el color de la mujer no era bueno. Estaba pálida y tenía círculos morados alrededor de los ojos, que coincidían con sus labios azules.

Phasma se inclinó hacia delante y comprobó lo que Siv sospechaba.

—Tiene el cuello roto. Aunque despierte, no podrá mover las piernas, tal vez ni siquiera sus brazos. Brendol cree que podría reponerse, pero en su mundo uno se acostumbra a los milagros médicos.

—Una razón más para regresar a su nave —observó Siv.

Phasma asintió.

—Pero no llegaremos allí si tenemos que arrastrar peso muerto.

Poniéndose de pie, Phasma le gritó a Vrod.

—¿Nos permitirán conservar nuestra ropa?

Vrod se rio.

—Si su apariencia divierte al Arratu, sí.

Brendol y Phasma intercambiaron una mirada. Cualquier cosa que hubieran convenido en silencio terminó con Brendol inclinando su cabeza para indicar su acuerdo.

Sin otra palabra, Phasma empezó a quitarle la armadura blanca a Elli.

Aunque Phasma nunca fue torpe, resultó un trabajo difícil. Los otros dos troopers no sabían si ayudarla o rechazarla hasta que Brendol suspiró.

—Bien. Ayúdenla.

—Sólo tienen hasta que yo me aburra —dijo Vrod, volviendo su atención a un revoltijo debajo de una cobija deshilachada en la esquina—. ¿Quién sacó la paja más corta anoche? Ah. Él no era muy interesante. No representa una gran pérdida. Más vale que la nueva sangre sea divertida, o estarán lamiendo huesos para la cena.

Todos los ojos se posaron en Siv y su grupo. Ella sintió como si la destazaran con cuchillos. Esas personas estaban más allá de la lealtad y la amabilidad, reducidas al hambre y la desesperación. Tal vez la Primera Orden de Brendol era la respuesta que él aseguraba para esas personas, en caso de que pudieran apoderarse de una ciudad tan miserable y superpoblada y traerle paz.

Con la ayuda de los stormtroopers, Phasma tuvo pronto la armadura blanca sobre su ropa regular. No le ajustaba de manera elegante, porque Elli era una cabeza más corta que Phasma y un poco más rechoncha, pero el resultado final fue que su mejor guerrera tenía la mejor armadura jamás vista en el Scyre. Cuando Phasma se puso el casco, jadeó brevemente.

—Te acostumbrarás —dijo Brendol mientras el casco de Phasma iba de un lado a otro.

—¿Qué ves? —preguntó Siv.

Phasma se rio, lo que era algo raro.

—Más. —Fue todo lo que ella dijo.

A Siv le quemó la curiosidad de saber cómo era ver a través de esos misteriosos lentes negros. Phasma se veía a disgusto desde que perdió su antiguo casco, y ahora estaba visiblemente relajada, con todo y que se dirigían a una suerte incierta.

Entonces Elli atrajo la mirada de Siv y fue una visión triste. La mujer estaba flácida. Uno de sus pies se encontraba en un ángulo extraño, lo que había pasado desapercibido debajo de la armadura. Phasma tenía razón. No era una persona apta para la lucha por la

vida en el Scyre, mucho menos para un viaje peligroso a través de las arenas grises. Así como estaba, el traje negro ajustado como única vestimenta, el cuello contusionado, torcido, según se reveló al retirar el casco, Elli representaba un espectáculo pequeño y patético, con el pelo toscamente recortado y las mejillas marcadas por antiguas cicatrices.

—No tengo los detraxores —dijo Siv, sobrecogida de pronto por la pérdida.

El trabajo de Siv se veía con reverencia; la banda sentía cierto temor y aprecio por lo que ella hacía. Sin el bálsamo de oráculo y el linimento, su gente rápidamente sufriría quemaduras, se debilitaría o sucumbiría a la menor infección. Había visto a su madre realizar este ritual sagrado cuando era niña, y el día que su madre murió, al caer de un pináculo de roca y golpearse la cabeza mientras colgaba de su cuerda, había sido responsabilidad suya recuperar el cuerpo de su madre y los detraxores de su mochila. En el momento en que la aguja se deslizó en el brazo de su madre, Siv había llorado. Las lágrimas eran poco frecuentes en un lugar desprovisto de agua, pero ella las guardó en un pequeño frasco y las agregó a la esencia de su madre, como un acto final de amor. Desde entonces, Phasma y los otros guerreros la habían adoptado como su familia. Al estar en presencia de un cuerpo adelantado en el camino a la muerte, pero carecer de sus herramientas, Siv no pudo evitar un nudo en su estómago, como evidencia de su falla. Las tiras de color verde oscuro se habían desvanecido en las mejillas de todos, y ella no podía hacer nada para ayudar a proteger a su gente aquí.

—¿Ya están listos? —preguntó Vrod—. El Arratu está ansioso de conocerlos.

Brendol y Phasma caminaron juntos, mientras sus guerreros se acomodaban detrás. Siv observó que Phasma avanzaba con un poco más de orgullo ahora que tenía puesta la armadura, aunque también admitía que ella siempre había caminado con orgullo. Además, la armadura le quedaba bien.

Torben ayudó a Gosta a bajar de la litera. La joven se recargó en él, cojeando, tras la estela de Phasma. Mientras el grupo salía por la puerta, Siv escuchó pasos que se acercaban a su litera. No miró atrás. No había manera de ayudar a Elli ahora, y las reglas eran diferentes en este lugar.

Y ahora que lo pensaba, ¿no era extraño que un día antes hubieran estado con esposas y cadenas, pero entonces, caminando por el pasillo, tuvieran sólo un guía y no hubiera restricciones? Lo comprendió de inmediato cuando pasaron por la puerta. La gente de Vrod esperaba en el pasillo y tenía ahora dos de los perros de piel gris sostenidos con cadenas. De manera muy parecida a los lobos de piel con los que lucharon en el desierto, estas bestias tenían extraños nudos, arrugas y granos por todos lados. También mostraban los dientes y lanzaban gruñidos que retumbaban profundamente y que sugerían que nada les gustaría más que poder cazar algo divertido.

—No les recomiendo que corran —dijo Vrod, afirmando lo obvio—. Pero, si deciden hacerlo, por lo menos pongan algo de estilo. Los perros están ansiosos de entretenimiento, también.

Vrod los condujo por varios pasillos familiares, hacia donde se localizaba el turboascensor en la Estación Terpsichore. Aquí, sin embargo, ese pasillo terminaba en

puertas altas y amplias. Cuando Siv señaló sin decir palabras las franjas de pintura sobre las puertas, Brendol frunció el ceño.

—Dice *Bienvenidos al olvido* —murmuró—. Bueno, eso es acogedor.

Vrod plantó una mano en cada una de las hojas de la puerta y empujó con fuerza. Se abrieron de manera dramática. El salón del interior era más cavernoso incluso que el hangar y, al parecer, tan grande como el resto de toda la fábrica. Tenía la altura de seis hombres, con muros perfectamente rectos y sólidos y el techo tan alto que los squeeeps coloridos se movían con prisa entre los puntales.

Cuando Siv describió lo que llenaba el salón, tuve que enseñarle la palabra correcta para eso: estadio. Filas y filas de bancas rodeaban un foso circular con paredes altas de piedra y un piso de arena gris. Aunque no sabía cómo llamarlo, comprendió de inmediato para qué servía. El miedo se deslizó por su espina dorsal. El Scyre era un lugar inhóspito, sin sentido y azarosamente cruel, pero los seres humanos habían creado a propósito esta monstruosidad repugnante.

Vrod los hizo pasar por una puerta al interior del estadio. De pie en el centro de la pista, era natural darse vuelta, levantar la vista y sentirse pequeño. Los asientos estaban vacíos, excepto por una especie de caja situada entre las bancas y protegida por todos lados por elaborados toldos de tela. Dentro de esta caja había un trono que empequeñecía el que alguna vez habían compartido Keldo y Phasma en la Nautilus. Varios hombres y mujeres mayores, con túnicas violetas, estaban sentados en bancas a ambos lados de la gran silla, charlando con entusiasmo y señalando con sus abanicos de tela. Evidentemente no eran el centro de atención.

En el trono estaba sentada una figura envuelta en voluminosas túnicas rojas y con un sombrero alto y adornado. Era un hombre humano, rosado y gordo como un bebé. Tenía la boca fruncida con disgusto, pero cuando se dio cuenta de que se aproximaban, sonrió. Los pequeños squeeeps, brillantes como joyas, recubrían sus hombros y se posaban sobre su sombrero, parpadeando y reacomodándose incansablemente sobre el carmesí vibrante. Se echó adelante en su asiento con avidez, uniendo los dedos de ambas manos.

—¿Qué es esto? —preguntó.

Vrod hizo una reverencia, trazando una floritura con su mano blanca.

—Nuevo botín para su placer, mi Arratu. Atrapados ayer en la trampa del este.

—¿Qué son?

—No quisiera arruinar la diversión para Su Majestad.

El Arratu se aclaró la garganta y agitó una mano en dirección de ellos.

—Expliquen sus orígenes exóticos.

Brendol dio un paso adelante. Siv tomó nota de que sus modales habían cambiado por completo. Sus movimientos eran más amplios, su acento recortado, su voz bien educada, deferente y suave.

—Gran Arratu, no somos sino nobles peregrinos que pasan por su magnífica tierra.

El Arratu rebotó en su asiento.

—Sí, pero ¿qué pueden *hacer*? ¡El último grupo de extranjeros tenía un alienígena cubierto con pieles!

Brendol vaciló brevemente, luego hizo una reverencia.

—Soy educador y estratega de la Primera Orden, gran Arratu, y mi talento está en administrar y cuidar a los jóvenes con fines estratégicos. Si necesita hombres inteligentes a su servicio, puedo asumir muchas tareas. Tal vez pueda ayudarle a distribuir los recursos para que menos gente muera de hambre.

—No me agrada él —dijo el Arratu, haciendo un puchero. Movi6 sus dedos en dirección de Brendol, como si tratara de mandarlo a otra parte, y giró en su silla. Las pequeñas aves salieron volando y aletearon a su alrededor.

—¡Esperen! ¿Por qué ese —señaló a Phasma— tiene un aspecto diferente al de estos? —Señaló a Pete y Huff—. Las armaduras de ellos son adecuadas, pero el alto es divertido. ¿Es un payaso?

Brendol se adelantó de nuevo y empezó.

—Oh, gran Arratu...

—No. Pregunté por *ese*. El alto. ¿Qué es?

Phasma habló desde el interior de su casco, con voz plana y medio robótica. Siv no hubiera reconocido esta voz, este acento, sólo una semana antes.

—Soy Phasma del Scyre, y soy una guerrera. He tomado esta armadura de un soldado moribundo, así que no estaba hecha a mi medida. Y si pregunta por mis habilidades, la mía es la muerte.

El Arratu se enderezó en su asiento, con aspecto fascinado y excitado.

—¿La muerte?

—Pelearé contra cualquier persona o cosa a cambio de mi libertad.

Más adelante, Siv se dio cuenta de que Phasma sólo había hablado por ella, no por su gente.

El Arratu negó con la cabeza. Su sombrero se movió de un lado a otro.

—No será así. Si es agradable ver cómo peleas, querré que te quedes. Será necesario que tengas algunas dotes teatrales para entregar la muerte que prometes.

—Entonces ¿si lo hago bien, me quedo, y si lo hago mal, me quedo?

—Bueno, sí, pero si lo haces bien, te alimentaré. Te daré regalos.

—Pero Vrod dijo que podíamos conseguir nuestra libertad si lo complacíamos.

El Arratu miró a Vrod, quien dio varios pasos atrás.

—Sí, bueno, él les mintió. Sólo yo puedo hacer las reglas.

Phasma asintió, y Siv la conocía lo suficientemente bien para comprender que estaba considerando diversos escenarios en su cabeza, tratando de seleccionar el mejor ángulo de ataque. El Arratu pasó la vista por el resto de su grupo, pero no volvió a rebotar en su lugar.

—El resto de ustedes son muy aburridos. Hasta sus ropas son aburridas. ¿Alguien puede hacer otra cosa, aparte de pelear?

Siguió un silencio incómodo. Cuando los ojos locos del Arratu aterrizaron sobre ella, Siv sintió como si las patas de un insecto estuvieran desmenuzando su cara, a la caza de alguna grieta para aferrarse a ella.

—Puedo contar historias —dijo Siv.

El Arratu enderezó la cabeza.

—¿Ah, sí? ¿Sobre qué?

—La vida en el Scyre. Nuestras batallas pasadas y las historias de la época de mi madre, que ella me pasó a mí.

Los ojos de él se estrecharon.

—¿Entonces son sólo... historias de personas como ustedes? Eso no suena muy emocionante.

—Es emocionante, si la has vivido.

El Arratu expulsó el aire por la nariz con molestia y agitó una mano llena de anillos en dirección de ellos. Los pájaros aletearon y se volvieron a posar, como si también estuvieran aburridos.

—Llévenselos, Vrod. Vístanlos de alguna manera excitante y tráiganlos de regreso esta noche.

Brendol había permanecido en silencio, pero ahora volvió a hablar. Su voz no tenía ya el respeto ni la teatralidad de antes.

—¿Qué haremos esta noche? —preguntó.

El Arratu sonrió como un niño que disfruta arrancando las alas a las mariposas.

—Lo único que pueden hacer, aparentemente. Lo mejor. Pelear.

—

Vrod los condujo a otra sala en el complejo e hizo que se desvistieran por completo, que se bañaran en aguas con esencias abundantes y se pusieran nuevas ropas que sacó de un rack interminable de prendas de colores. El estilo de vestir era completamente diferente del que usaban en el Scyre, y Siv no logró acostumbrarse a la blusa suelta que se hinchaba alrededor de ella mientras caminaba, ni a los amplios pantalones que chasqueaban a cada paso. Sus años de pelea en terreno rocoso y disparejo le indicaron de inmediato que esas ropas sólo la harían tropezar, que se atorarían en los obstáculos cuando lo que necesitaba era agilidad. Extrañaba las pieles que se ajustaban con firmeza y las botas gruesas, esa segunda piel que podía soportar todo, excepto las hojas más afiladas.

Hasta Phasma recibió nuevas ropas para vestir debajo de su armadura de stormtrooper. Mientras la empujaban hacia la regadera, siguió mirando su armadura como si sospechara que se la fueran a robar. Sin embargo, el Arratu debió de indicar que prefería el traje, porque la esperaba en la banca, sin cambio, cuando regresaron. No obstante, habían desaparecido las pieles que vestía debajo.

Mientras esperaban a que Phasma y los troopers terminaran de ajustarse sus armaduras, Torben se acurrucó junto a Siv, golpeando su hombro con suavidad. Él había ayudado a Gosta durante el proceso de baño, porque los scyres eran más tímidos en relación con el desperdicio de agua que con la desnudez, pero la joven lo estaba haciendo bien por su cuenta, arreglando su pelo largo y rizado en una gruesa trenza. Torben se dio vuelta para quedar frente a Siv y acarició su estómago con una mano amplia y cálida.

—Lo observé en la ducha —dijo él—. ¿Cómo te sientes?

Siv sonrió. Ella se había preguntado cuándo reconocería el cambio en su forma. Para tratarse de un hombre que actuaba como una bestia asesina, era tierno en muchas formas y ella estaba segura de que lo notaría más rápido que los demás.

—Bien, hasta ahora.

—Debes comer más.

—Eso también me gustaría.

Él hizo una pausa, con las manos en la cadera, apartando la vista con timidez.

—¿Es mío?

Siv se rio entre dientes.

—Creo que sabes la respuesta. Tuyo o de Keldo. No hay mucha privacidad en el Scyre.

Torben sonrió y asintió. Siv sabía que él consideraba que sus probabilidades eran buenas.

—La nave de Brendol tendrá cosas para ayudarte —dijo él—. Su medicina.

Tragándose el nudo en su garganta, Siv bajó la vista. Hasta donde sabía, había perdido a dos niños, después de que empezara a mostrarlo pero antes de que estuvieran completamente formados. Cada vez eran menos los niños engendrados en el Scyre y aún menos los que nacían. Ylva casi había muerto al dar a luz a Frey, quien había sido una cosa pequeña y frágil. Frey iba a cumplir seis años y aún era el único niño en la banda menor de 12 años. Este bebé sería un gran regalo para el Scyre, pero sólo si lograba retenerlo y sobrevivir la batalla sangrienta para llevarlo a término y dar a luz. Egoístamente, tal vez, había decidido que preferiría tener un hijo vivo en el espacio que dar a los scyres otro escaso puñado de bálsamo y otro paquete seco metido en las cámaras ocultas de la Nautilus.

—Así lo espero —dijo ella.

Gosta apareció, sonriente, todavía exprimiendo el agua de su trenza. La chica no había notado nada de la forma alterada de Siv, pero Gosta sólo tenía 14 años y, hasta donde Siv lo sabía, aún no había elegido parejas para acoplarse, ni afirmado estar interesada en hacerlo. Como la madre de la chica había muerto muchos años antes, tal vez nadie le había enseñado algo sobre la vida, aunque no había manera de evitar que fuera testigo del acto que la originaba. Siv se ruborizó por la vergüenza, pensando que había estado tan preocupada por su propio hijo posible que tal vez había descuidado a esta chica más joven, ya sola en el mundo. Ese era otro beneficio de encontrar la nave de

Brendol y unirse a su clan entre las estrellas: no sólo menos bebés perdidos, sino también menos madres perdidas.

Brendol apareció y el momento de ternura se esfumó. Aunque Siv quería acceder desesperadamente a la seguridad y los recursos de su nave y su gente, no le agradaba ese hombre. Y le agradaba aún menos cuando Phasma no estaba en las inmediaciones, porque era un abusivo, sobre todo tratándose de las necesidades de sus guerreros, en comparación con las de los scyres. Tal vez sería diferente una vez que la banda del Scyre se uniera formalmente a su Primera Orden, cualquier cosa que eso fuera. Quizás ellos, también, se volverían su gente. Siv juraría lealtad gustosamente a Brendol a cambio de la promesa de medicinas como las que sus ancestros habían disfrutado: las inyecciones mágicas que podían curar la enfermedad y el dolor, los droides con conocimientos que podían guiar a una madre a través de su parto con la seguridad de un resultado positivo. Su recuperación de la fiebre en la Estación Terpsichore había convencido por completo a Siv de que había hecho la elección correcta. Permanecer cerca del amargado y astuto Brendol habrá valido la pena si llega a cargar a su primer hijo.

Pero, hasta entonces, ella buscaba a Phasma cada vez que Brendol estaba cerca. La guerrera tenía problemas para ajustar su armadura sobre el exceso de tela de su traje hinchado. Siv se acercó.

—Horrible, ¿no?

Phasma la miró, con ojos malhumorados.

—Quieren que muramos y que parezcamos tontos espléndidos al hacerlo.

Tiras de tela brillante sobresalían entre los segmentos de la armadura polvorienta, pero Siv sabía muy bien que no debería tratar de ayudar a Phasma de ninguna manera. Con Gosta, ella no dudaría en estirar una mano, metiendo la ropa aquí y allá, sonriendo, pero Phasma no dependía del contacto como el resto de ellos. Hasta Keldo aceptaba que lo reconfortaran, como Siv bien lo sabía. Aunque era muy reservado y raras veces hablaba de sus problemas o sus emociones, aún tenía sus momentos de ternura, cuando presionaba su frente contra la de ella en la callada oscuridad de la Nautilus o susurraba secretos que Siv prometía guardar. Pero Phasma no. Ella se mantenía a distancia, siempre, y había más posibilidades de que se interpusiera entre uno de sus hombres y una flecha a que diera una palmada en el hombro a alguien de una manera amigable después de una victoria.

—¿Quieren que muramos? —dijo Siv, lanzando una sonrisa—. Entonces hay que decepcionarlos.

Ante eso, Phasma sonrió, y fue algo salvaje. Siv esperó nunca estar en el extremo incorrecto de esa sonrisa.

—Sí, hagámoslo.

Vrod apareció en la puerta.

—La fina tela de Arratu bendiga a su audiencia —dio un golpecito en la túnica colorida que abarcaba el pecho de Torben, y este gruñó—. Pero, antes, unas palabras

sabias: si desean llenar sus estómagos vacíos, entretengan a la multitud. Pónganla de su lado. Sobre todo al Arratu. Los aplausos les darán comida y agua.

Gosta se acercó más a Siv, quien percibió su temor. La chica era una peleadora ágil, rápida y silenciosa, una excelente exploradora, que sabía pasar desapercibida bajo la cubierta de la noche o cuando se arrastraba entre las rocas. Pero cualquier cosa que le hubiera pasado a su pierna durante la caída tomaría tiempo en sanar. Sus habilidades de lucha no serían entretenidas, como Vrod lo había pedido. Siv decidió permanecer cerca de ella y defenderla, si era necesario, de cualquier cosa que percibiera su debilidad y la tomara como blanco. Pasó su brazo alrededor de Gosta para ayudarla a caminar. Aún no tenían idea de quiénes serían sus rivales: soldados, los otros prisioneros, los perros malvados o algo aún más peligroso. No les habían dado armas y ni siquiera les habían preguntado cuáles eran sus preferidas.

—¡Pongan sus sonrisas más brillantes para el Arratu!

Con eso, Vrod extendió su brazo hacia la puerta, urgiéndolos para que salieran al pasillo. Mientras caminaban hacia el vasto salón que contenía el estadio, custodiados con blásters y lobos de piel, sintieron cierto cambio en el aire. Antes todo estaba quieto y tranquilo, excepto por el suave zumbido de las máquinas que hacían recircular el aire. Ahora escucharon un ruido creciente, como un trueno combinado con graznidos de las aves marinas y el áspero golpeteo del océano furioso.

—¿Qué es eso? —preguntó Gosta.

—Arratu —replicó alegremente Vrod.

—¿La persona?

—La ciudad. Arratu es la ciudad. Arratu es el líder. Arratu es el corazón de este lugar.

—¿Qué significa eso?

En lugar de responder, Vrod silbó una melodía inquietante y saltó un poco. Cuando empujó las puertas dobles para abrirlas, el sonido y el calor golpearon a Siv como una pared de piedra. Nunca había visto tantos cuerpos tan apretados y juntos. Los scyres se detuvieron ante la puerta abierta, congelados en el lugar. Brendol y sus troopers siguieron caminando; debían de estar acostumbrados a grandes grupos de personas. Pero el corazón de Siv latió con fuerza ante la energía en el aire, el asalto a sus sentidos. Miles de personas llenaban las bancas alrededor de la arena, cadera con cadera; era un alboroto de color, sonido y movimiento mientras silbaban, gritaban, golpeaban con los pies, aplaudían y ondeaban banderas coloridas. Un aroma pesado la arrasó como el mar, el almizcle habitual de los cuerpos además de perfumes embriagadores y especias extrañas le hicieron recordar la vegetación que colgaba de sus paredes. Aun el calor... tantos corazones latiendo, ¡tanta sangre! De pronto se sintió mareada y confundida.

—¿Qué pasa? —dijo Vrod, urgiéndolos a avanzar con los brazos extendidos—. ¡El Arratu les da la bienvenida!

—Son un montón de arratus —observó Torben.

Phasma miró alrededor dando un giro completo, explorando el salón con su casco.

—Que así sea.

Avanzó con firmeza, pasó junto a Brendol y sus hombres hacia el estadio. No había armas visibles, ni obstáculos, ni escondites. Sólo el suelo del estadio, cubierto por arena gris. Adelante, Phasma caminó hasta que quedó de nuevo enfrente del Arratu.

—¿Y bien? —gritó.

El Arratu se puso de pie, con los brazos en alto y cubiertos con pájaros aseados y brillantes. Casi toda la gente quedó en silencio, aunque sus susurros aún cosquilleaban en los oídos de Siv, como si carecieran de la especie de autocontrol que hasta los niños más pequeños mostraban en el Scyre.

—Mi pueblo, tenemos peleadores esta noche. ¿A quién debemos enfrentarlos?

El Arratu habló ante una máquina que amplificó su voz, llenando el gigantesco salón con sus palabras atronadoras. Un murmullo de discusión creció en las tribunas, hasta que poco a poco coincidieron en una extraña palabra repetida una y otra vez, como la llamada de un ave rapaz. A medida que el cántico aumentaba de volumen y las voces pasaban de susurros a gritos, Siv se dio cuenta de que, fuera lo que fuera, no anticipaba nada bueno.

—¡Wranderous, Wranderous, Wranderous!

—¿Qué es un wranderous? —preguntó Torben.

Siv se dio vuelta para preguntar a Vrod, pero él estaba cerrando las puertas con una sonrisa de loco mientras retrocedía por el pasillo. El metal se azotó y el perno de seguro ocupó su lugar. Una rápida mirada mostró a Siv que no había salida. Las paredes se elevaban más arriba de la cabeza de Phasma y estaban hechas de metal liso, nada como las rocas peñascosas que habían crecido trepando y a las que se aferraban como percebes.

Con las puertas cerradas, los scyres permanecieron cerca uno del otro, formando rápidamente un grupo cerrado, tocándose con las espaldas mientras cada uno miraba al frente, esperando alguna amenaza desconocida. Los troopers reconocieron la ventaja estratégica de esta agrupación en el círculo más grande de la arena y se les unieron. Brendol se deslizó entre sus hombres para permanecer en el centro. Fue algo bueno, también. Si habría un combate, alguien como Brendol debía permanecer fuera del camino y dejar que los guerreros se encargaran de todo.

Phasma aún permanecía sola, cerca del Arratu, quien provocaba a la multitud para que pidiera a Wranderous con gritos aún más fuertes. Como si fuera dirigido por una sola mente, el círculo de peleadores de los scyres y la Primera Orden se movieron juntos al centro de la arena y esperaron. El corazón de Siv latía al ritmo de los cantos de la multitud. Ella llevó su mano, sin pensarlo, a su estómago. Se sentía lo bastante segura con armas en sus manos, confiada en que la habían entrenado para pelear y en que tendría una buena muerte cuando llegara su momento, pero esta situación era antinatural e inquietante, muy diferente de la vida en el Scyre. Había un sabor artificial en el espectáculo que le pareció desagradable.

—¡Sólo ven a matarnos! —le respondió a la multitud con un grito.

Nadie la escuchó. Los rostros que vio estaban encendidos con un fervor loco; la saliva brotaba de sus labios y los puños golpeaban el aire. Su mirada aterrizó en un viejo con un bigote teñido de azul, luego en una mujer rechoncha cubierta con collares, junto a un

grupo de niños pequeños, muertos de hambre, que lanzaron piedras que se quedaron cortas mientras gritaban. Sus rostros la hicieron sentir como un animal acorralado; pero en realidad ¿no eran las personas en las tribunas las que se estaban comportando como animales?

Cuando parecía que las voces elevadas ya no podrían sonar más alto, los cuerpos en las tribunas se apartaron como olas alrededor de la aleta de un tiburón para revelar a un hombre enorme, aún más grande que Torben, que bajaba de manera casual hacia el estadio. Estaba vestido con los pantalones coloridos habituales de la gente de Arratu, pero no llevaba camisa. Su pecho pálido era un motín de cicatrices y tatuajes debajo de su gruesa barba rubia. No llevaba armas, pero sus manos estaban envueltas en tela blanca manchada. Mientras bajaba por las escaleras de las tribunas, golpeaba palmas, tiraba golpes al aire y gritaba su propio nombre con la multitud. Cuando llegó al barandal en la orilla de la pared del estadio, lo saltó ágilmente y aterrizó en cuclillas sobre la suave arena de manera teatral.

Pero Pasma ya estaba corriendo hacia él. Mientras él se elevaba e inclinaba ante la multitud con una floritura exagerada, ella aterrizó una patada voladora que debió de despedazar su pierna. La multitud rugió como si lo desaprobaba, pero Wranderos no cayó con un hueso roto. Se dio vuelta lentamente y le lanzó a Pasma una mirada que hubiera hecho temblar a un peleador menos avezado. Gosta, en realidad, sí tembló; Siv, de pie muy cerca de ella, pudo sentir cómo se tensaba: la sacudida espasmódica en los brazos de la joven.

—Así que esto es Wranderos —murmuró Torben—. Parece divertido. —Tronando sus nudillos, se alejó del círculo, hacia Pasma y la pelea.

Los troopers y Brendol permanecieron quietos, de modo que Siv y Gosta cerraron el círculo, esperando a que aparecieran más peleadores. Sin embargo, Pasma no se quedó esperando. Siguió su ataque sobre Wranderos, lanzando una combinación de golpes con los puños y los pies que cualquier guerrero scyre reconocería, porque se los había enseñado a cada uno. Incluía una sección de golpes para desconcertar y reducir a la víctima, con el fin de que una pelea justa fuera menos justa. Un golpe corto a la garganta, un cruzado a la cara, un gancho a la oreja, un cruzado al plexo solar. Pero en lugar de doblarse para recuperar el aliento, Wranderos golpeó el casco de Pasma, cuya cabeza se fue hacia atrás de manera inquietante. Ella absorbió el golpe y lo miró, a la caza de un nuevo ángulo; el casco debía de estar construido para absorber parte del daño y proteger el cráneo, o Pasma ya estaría en el suelo.

—¿Por qué no hay armas? —preguntó Gosta, inclinándose pesadamente sobre Siv.

—Quédate quieta y aprende —dijo Siv—. Tú sabes todo lo que yo sé.

Pasma se movió en círculo alrededor de Wranderos, con los puños en alto y protegiendo su cabeza, mientras Torben se acercaba desde el otro lado.

—Te estoy viendo, hombrecito —lo previno Wranderos—. Iré enseguida por ti.

Antes de que terminara de hablar, Pasma estrelló su casco en la barbilla del hombre enorme, tomándolo por sorpresa y haciendo que su cabeza se balanceara hacia atrás.

Torben tomó el pelo largo de Wranderos y lo jaló hacia atrás para que Phasma lo golpeará en la garganta, pero Wranderos atrapó su puño con la misma facilidad que si fuera una niña. Con un giro, Wranderos lanzó a Phasma hacia Torben y ambos cayeron. Phasma nunca había peleado con una armadura, y aunque la ayudaba a absorber el daño, también le restaba agilidad. Aun así, se recuperó de prisa, se alejó rodando de Torben y se puso de pie, de modo que tal vez cumplía su propósito.

En cuanto se puso de pie, Phasma lanzó una brutal andanada de patadas, pero Wranderos las bloqueó todas, riendo. Luego tiró un golpe a las piernas de ella y le cayó encima sobre la arena. Antes de que Torben pudiera reaccionar, Wranderos desprendió el casco de Phasma y empezó a ahorcarla.

—¿No van a ayudarlos? —murmuró Siv a los troopers.

—No, hasta que dé la orden —murmuró Brendol como respuesta.

Siv quería ayudar. A su profunda lealtad de scyre le lastimaba ver que la multitud se reía de su líder, pero era la única persona que permanecía entre Wranderos y Gosta, en caso de que llegara a eso. Era evidente que los troopers no ayudarían a la chica, mientras aún tuvieran que proteger a Brendol. Tal vez Siv también terminaría golpeada y ahorcada, pero al menos sería por la razón correcta.

Torben se había levantado ahora y dio un golpe en la espina dorsal de Wranderos, que hizo que el hombre de Arratu dejara de golpear a Phasma y se pusiera de pie con un salto y un aullido. Se movieron en círculo, uno frente al otro, uno enorme y pálido y el otro grande y oscuro. El rojo de la cara de Phasma empezó a disminuir. Ella agitó la cabeza y se puso de pie, mareada y planeando su siguiente ataque. Cuando Torben se le lanzó para contenerlo con los brazos, Phasma hizo que Wranderos tropezara para tirarlo al suelo. Torben se lanzó encima de él y se sentó a horcajadas sobre su pecho. Los hombres empezaron a luchar mientras Phasma hacía llover golpes desde arriba y patadas desde un costado.

Al mirar la pelea, quedó en evidencia para Siv que Wranderos tenía diferentes habilidades de las que habían aprendido en el Scyre. Su técnica no sólo consistía en girarse, buscando una mejor posición. Torcía los brazos de Torben y buscaba ciertos amarres. Así que con el tiempo encontró una manera de dejarlo inconsciente en el hueco de su codo, con su cara enterrada en el cuello de Torben para que ningún golpe de Phasma pudiera herirlo. En el momento en que Torben quedó impedido, Wranderos se puso de pie y le sonrió a Phasma.

—Tú eres la que sigue —dijo—. Si el Arratu lo desea.

Levantó la vista hacia el Arratu, con un pie en el pecho de Torben.

El Arratu se puso de pie y se acercó con dificultad a la barandilla, mientras las aves revoloteaban detrás de él. Sostenía tres piezas de tela en sus manos suaves, una roja, una verde y una negra. Golpeando su barbilla con los dedos, se quedó viendo los pañuelos, luego seleccionó uno y lo lanzó a la arena para la exaltación desenfrenada de la multitud. La tela era roja y, cualquier cosa que significara, Wranderos se rio.

Más tarde Phasma le contó a Siv lo que Wranderos susurró en su oído mientras la multitud enloquecía: «Él quiere verte golpeada pero no muerta. Recibe unos cuantos golpes y comerás bien esta noche. Pero haz que se vea bien».

Phasma también le dijo a Siv lo que ella le susurró como respuesta: «No».

Lo que ocurrió enseguida fue algo que Siv nunca había visto; nunca pensó que lo vería. Wranderos aplastó a Phasma en la tierra. Él sostuvo su pelo y le golpeó la cara. La levantó de la arena y estrelló su puño contra su barbilla. Con su armadura intacta, él no podía golpear su cuerpo para reducirlo a pulpa, así que sacó su furia medida sobre su rostro. Phasma luchó, pateó, golpeó y arañó, pero no pudo derrotar a Wranderos, un hombre que tenía el doble de su masa. Si Phasma hubiera tenido su hacha y su lanza, o aun una daga, habría tenido una oportunidad. Pero hambrienta, exhausta y poco familiarizada con la pelea en armadura, y al final de cuentas sin armas ni defensores, Phasma probó su primera derrota.

Al Arratu le encantó. Se rio y aplaudió con cada nuevo golpe. Cuando Phasma finalmente cayó, goteando sangre sobre la arena e incapaz de volver a ponerse de pie, el Arratu saltaba con deleite como si fuera menos un líder y más un niño demasiado grande; uno estúpido y cruel. Los pájaros chillaron mientras volaban en círculo alrededor de su sombrero. Siv recorrió el estadio con la mirada, vio a la gente que aclamaba y se burlaba, y sintió una oleada de odio puro. Debe de ser fácil portarse mezquino, rudo y cruel cuando tienes un exceso de población. En el Scyre, las vidas eran tan escasas y difíciles de crear que la muerte no era cosa de risa. Este tipo de bárbara inhumanidad era algo nuevo. Como respuesta, Siv sintió que una furia quemaba su propio corazón. Esperaba que algún día el Arratu y su gente pagaran por lo que estaban haciendo.

Por lo menos Phasma no estaba muerta. Mientras la gente aplaudía y gritaba a Wranderos, una puerta oculta se deslizó en la pared del estadio. Wranderos levantó el pañuelo rojo y salió caminando, con los brazos en alto, gritando su propio nombre. La puerta se deslizó para cerrarse en cuanto estuvo dentro y no había mecanismo externo visible para mostrar cómo lo había logrado. A la distancia a la que estaba, aunque hubiera deseado dejar a Gosta atrás, Siv no habría podido escapar de esa manera. Pero ahora sabían que había puertas.

—Vayan por ella —dijo Brendol a sus hombres.

Los troopers trotaron hasta Phasma y la levantaron por los brazos, arrastrándola de regreso al grupo y dejando un largo rastro de sangre en la arena. Por lo menos no había escarabajos chupasangre.

Cuando ya no se presentó otra amenaza, Siv empujó a Gosta hacia Brendol.

—Ayúdela —murmuró, antes de correr hacia Torben. Ella se deslizó sobre la arena para detenerse, de rodillas, y sacudió su hombro, llamándolo por su nombre. Como él no respondió, le dio una palmadita suave en la cara y luego una bofetada.

—¡Torben! —gritó ella en su oído, desesperada por despertarlo antes de que viniera algo más por ellos.

Finalmente, los ojos de él parpadearon hasta abrirse y enfocarse en ella.

—No me gusta la manera en que él pelea —dijo.

Siv sonrió.

—A mí tampoco. Debes pararte. No sabemos lo que viene a continuación.

Él asintió y se incorporó. Siv lo ayudó a ponerse de pie. Juntos, con las burlas de la multitud sobre ellos, caminaron con dificultad adonde esperaba el resto del grupo. El círculo volvió a formarse, esta vez con Phasma y Brendol en el centro. Phasma estaba de costado, acurrucada protegiendo su cara rota. Al notar que el casco aún estaba cerca de las manchas de sangre, Siv corrió de prisa hacia él, lo levantó y regresó con su gente. Phasma lo quería cuando despertara. Siv sabía muy bien que era difícil ceder una máscara, una vez que alguien la adoptaba.

—Probemos una cosa más —gritó el Arratu—. ¡Liberemos a los lupulus!

Señaló la pared de la arena y otra puerta se deslizó hacia arriba. Dos formas grises saltaron por ellas, precipitándose con facilidad por el estadio, como si estuvieran acostumbrados a él. Eran de nuevo los lobos de piel, grises y sin pelo, grotescamente húmedos y cubiertos con verrugas y granos. Estos dos parecían más grandes, gruesos y malvados que los salvajes. Se concentraron de inmediato en los peleadores y aceleraron, mostrando los dientes mientras corrían sobre la arena gris.

De haber tenido un arma, a Siv no le hubieran parecido amenazadoras esas criaturas en absoluto. Siete contra dos eran buenas opciones, aun para criaturas más difíciles de matar que la mayoría. Pero sin su bláster o sus navajas, y considerando que Torben aún no despertaba del todo, no estaba muy segura de que pudieran detener sin armas a estas bestias. Cautelosa pero determinada, se paró enfrente de Gosta.

Phasma gruñó y levantó sus manos.

—Mi casco —murmuró.

Gosta lo pateó hacia ella y Phasma lo deslizó sobre su cabeza. En el momento en que el casco quedó en su lugar, Phasma se puso de pie al lado de Siv. Los stormtroopers se les unieron para formar una pared de cuatro personas.

—¿Te sientes bien? —Siv le preguntó a Phasma.

Como respuesta, Phasma se tensó para adoptar una posición de pelea y la empujó hacia atrás. Ella aterrizó sobre la arena y giró para ponerse de pie a tiempo para mirar al primer perro de piel saltar hacia Phasma. La líder de los scyres subió el brazo con la placa blanca. Los dientes del perro se cerraron alrededor de él. Con su brazo libre, Phasma golpeó la nuca del perro y lo arrojó contra el suelo, puso una bota en su cuello y lo aplastó. El otro perro se lanzó hacia los stormtroopers, quienes hicieron lo posible para defenderse de él.

—Dejen de jugar —dijo Phasma, caminando entre ellos y extendiendo su brazo hacia la bestia. En el momento en que esta se enganchó en la armadura, ella estampó un puño con guante en su cráneo y este, también, quedó fuera de combate.

Se puso de pie, miró directamente al Arratu, colocó un pie en la cabeza de la bestia y esperó.

Siv sabía que debía sentir orgullo y satisfacción de ver que su líder no sólo había sobrevivido a la golpiza que había recibido, sino que había acabado con los perros atacantes. Pero lo único que sintió, no pudo evitarlo, fue que había algo de blasfemia en el asesinato gratuito. Hasta estas horribles criaturas podían proporcionar agua, nutrientes y comida. En cambio, estaban esparcidos sobre la arena, con su valor ignorado, y por parte de personas sin recursos suficientes para alimentar a sus miembros más pobres.

El estadio se quedó en silencio, excepto por los susurros apagados de la gente en las tribunas. Todos los ojos se fijaron en el Arratu. Él estaba de pie, con la cabeza erguida, observando... pero tenía aspecto complacido. Elevó sus brazos en el aire y los pajaritos revolotearon a su alrededor, trinando alegremente.

—Eso fue maravilloso —dijo—. Llévenselos y tráiganme algo nuevo para ver. Regrésenlos mañana para divertirnos más.

Una aclamación creció y las palabras pronto se unieron a la exigencia de «¡Algo nuevo! ¡Algo nuevo!».

La puerta por la que entraron se volvió a abrir y apareció Vrod, haciéndoles ademanes para que entraran, mientras sus guerreros esperaban con sus blásters listos.

—Traigan a los lobos —dijo Phasma.

Siv estaba demasiado ocupada en ayudar a Gosta y jalar a Torben como para seguir la orden, pero los dos stormtroopers se dieron vuelta de inmediato para recoger los cuerpos inanimados de las bestias grises. Siv observó que la cara de Brendol recorrió algunas contorsiones fascinantes de la indignación al enojo, la fascinación y la reflexión medida, al ver que sus hombres seguían las órdenes de Phasma. Vrod no discutió mientras pasaban por la puerta cargando a los lobos de piel muertos y lo seguían por el pasillo.

—¿No quedó complacido el Arratu? —preguntó Brendol, adelantándose para seguir el paso de su captor.

—No estuvo del todo mal —dijo Vrod, y sus túnicas chasquearon a su paso—. Pudieron esforzarse un poco más para mostrar originalidad. La próxima vez, es probable que les den armas para ver qué pueden hacer realmente.

—Pero ganamos.

—Sí, bueno, *ella* ganó. Más o menos. —Vrod agitó una mano en dirección de Phasma—. Ustedes sólo miraron. No se trata tanto de ganar, ¿saben?, sino de mostrar al Arratu algo que nunca haya visto. La multitud y el propio Arratu son conocedores experimentados, ¿ven? El estadio nos ha mostrado cosas hermosas y terribles, y vivimos para la emoción. De vez en cuando, algo es tan asombroso que el Arratu le otorga la libertad a quien lo realiza. Pero ustedes no están ni cerca. Si no pueden entretener, se marchitarán como el resto y morirán.

—¿Por qué es así? ¿Esta gran ciudad no tiene suficientes encantos?

Vrod expulsó el aire por la nariz con fuerza.

—No podemos dejar los muros. Nada cambia nunca. Hay demasiadas personas y no tenemos comida suficiente. Todo lo que tenemos es el entretenimiento. Y los extranjeros que capturamos son el mejor tipo de entretenimiento.

—¿Nadie desafía al Arratu?

Ante eso, Vrod dejó de caminar y miró a Brendol como si le hubiera brotado otra cabeza.

—¿Por qué alguien habría de desafiarlo? Él tiene el mejor gusto.

Esta vez los llevaron a una sala diferente, una que podía servir como cuarto de almacenamiento. Apenas era lo bastante grande para que todos se sentaran en el piso y comieran los alimentos que dejaron allí, cosas extrañas que no eran carne seca ni vegetales marinos. Nada de eso tenía buen sabor, pero el sabor era lo de menos. Había mucha agua, y era la mejor agua que Siv hubiera probado, sin gusto a sal, nutrientes o mar. Los dos lobos muertos yacían cerca de la puerta, sin tocarlos, y Vrod permanecía de pie frente al grupo, viéndolos comer.

—¿Qué planean hacer con los lupulcus? —preguntó, divertido.

—Comerlos —respondió Phasma.

Era maravilloso que pudiera hablar, sobre todo comer, considerando que cuando se quitó el casco su cara estaba morada, negra y sanguinolenta. Tenía los labios aplastados, un ojo hinchado y cerrado. Siv la miró tocarse varios dientes y hacer muecas ante los resultados. Por lo menos la comida era suave, en especial los cubos gelatinosos y los trozos suaves de algún tipo de fruta dulce.

Ante eso, Vrod rio de buena gana.

—¿Comer bestias enfermas? Entonces ¿nuestra comida no es lo suficientemente buena para ustedes? Hay personas en los anillos exteriores de la ciudad que matarían por estas riquezas.

—Es bastante buena —respondió Phasma—. Pero quién sabe cuánto tiempo seguirán alimentándonos.

—¡Una comediente, también! Deberías trabajar en ese acto. Te seguiría alimentando convenientemente, pero sin raspones ni ojos morados.

La comida se terminó pronto; no había mucha. Los scyres estaban acostumbrados a comer sólo lo indispensable y tomaban en cuenta las necesidades de quienes estaban alrededor. Torben era grande y mantenerlo así beneficiaba a todos. Gosta era pequeña, pero aún estaba creciendo y necesitaba comida adecuada para que su pierna lesionada sanara. Phasma también necesitaba nutrientes para sanar. Siv comió muy poco, sabiendo que estaba bien y que no era grande. Lo que comió lo hizo por el hijo en su interior.

Sin embargo, le molestó ver a Brendol Hux, quien había hecho tan poco, tomar la misma cantidad de comida que cualquier otro. En el Scyre, era natural que los ancianos (cualquier persona mayor de 40 años) tomaran menos comida. No podían pelear, no necesitaban peso adicional y dependían de las fuerzas de espaldas y puños más jóvenes que los mantuvieran alimentados. Pero Brendol tomó lo que quiso y ni siquiera Phasma se opuso, aunque Siv vio que sus ojos se estrecharon cuando Brendol dio el último bocado.

—De vuelta a las barracas, entonces —dijo Vrod—. Con sus perros muertos, porque esa pequeña solicitud divirtió al Arratu. Creo que él vendría a ver cómo se las ingenian

para destazar los cuerpos sin cuchillos, si tan sólo los guardianes lo dejaran poner un pie fuera de la seguridad de su torre sagrada.

Phasma señaló a los perros con la barbilla y los troopers los levantaron. Todo el grupo siguió a Vrod por el vestíbulo. Él caminaba como si nada le importara en el mundo. Tal vez era así, considerando que sus guardias tenían sus blásters apuntados a los peligrosos prisioneros que caminaban, sin esposas, por el pasillo. Siv no comprendía esa actitud aquí, el flagrante desprecio por la seguridad y la vigilancia.

—¿Sabían que alguna vez esto no fue nada más que una fábrica de ropa? —Vrod dio unos golpecitos en una ventana de cristal. Siv echó una mirada al interior para ver cómo se movían grandes máquinas que escupían aún más de la tela vaporosa—. La Estación Arratu. Hacía los uniformes para la Corporación Minera Con Star. La construyeron aquí por el agua. Un enorme manantial y, alguna vez, un río que pasaba por aquí. Ahora tenemos máquinas que pueden fabricar tela. Tela sin fin. Sólo echas arena en una y hará tela todo el día. Pero no puede hacer comida y no puede hacer que los días pasen más rápido, así que es mejor que encuentren una manera de entretener al Arratu sin romperse todos los huesos. Porque esas máquinas tampoco hacen medicinas.

Cuando él abrió la puerta, todos los ojos en las barracas de la prisión voltearon. Phasma entró primero, con su casco puesto y sin mostrar un solo signo exterior de haber sido golpeada casi hasta la muerte. Los troopers entraron detrás, y ella señaló una mancha de sangre en el piso.

—Pongan uno de éstos aquí.

Los stormtroopers se miraron entre sí y uno de ellos lanzó su lobo de piel sin cuestionarla. El otro siguió cargando su presa sangrante; la piel gris goteaba y manchaba su armadura con sangre lodosa.

—Pasen una buena noche. Prepárense para mañana. —Vrod hizo un ademán con su mano blanca en dirección de ellos. La puerta se deslizó para cerrarse.

—Uno de esos perros es nuestro. Pueden quedarse con el otro —dijo Phasma a los otros ocupantes del cuarto.

—¿Por qué? —alguien preguntó desde el suelo—. ¿Qué quieren?

—No queremos problemas. Y de todos modos la carne se echará a perder.

Phasma se apartó de las personas que se deslizaban hacia el cadáver en el suelo y fue a la cama donde Elli había yacido esa mañana. La mujer había desaparecido. Dos personas estaban acostadas en su litera, con sus vientres redondos contra sus huesos delgados. Bastó una mirada de Phasma para que todos saltaran de la cama y se arrastraran como cangrejos fuera de su vista.

—Torben y Gosta.

—No quepo allí —se quejó Torben.

—Inténtalo.

Gosta se trepó a la parte de arriba y Torben ocupó toda la de abajo, mientras el marco de metal crujía debajo de él. Mientras Siv se movía para revisarlo en busca de heridas ocultas, aunque no pudiera hacer nada por el daño, observó algo peculiar. Brendol y

Phasma estaban conversando en el rincón, con susurros demasiado bajos para escucharlos. Pero vio que Brendol metía la mano en su chamarra y sacaba algo, un tubo brillante, que clavó en el hombro de Phasma, justo entre las placas de su armadura. Ella no se movió, no gruñó y, por supuesto, no agarró su mano y le aplastó los huesos con su guante como castigo. Siv no sabía lo que contenía el tubo, pero cualquier cosa que fuera, Phasma estuvo de acuerdo. Cuando terminó, el tubo vacío volvió a desaparecer en la chamarra de Brendol.

—Descansemos un poco —dijo Phasma a su gente.

Ella se quitó el casco y se recostó en el suelo junto a la cama de Torben. Mientras Siv todavía lo recorría con los dedos, revisando sus ojos y los moretones oscuros en su garganta, debajo de la sombra de su barba, Phasma cayó en un sueño profundo. De estar en casa, Siv habría atendido primero las contusiones de Phasma, le habría ofrecido el más fuerte de los linimentos y algunas hierbas para masticar que le ayudarían a reducir la inflamación. Aquí, sin recursos ni hierbas, no podía hacer nada. Igual que con los detraxores, estaba indefensa sin su mochila. Revisó a Gosta de nuevo antes de que Torben la atrapara por la cadera y la jalara hacia su pequeña cama, acunándola contra su costado caliente y manteniéndola cerca de su brazo.

—Este lugar está tan mal —murmuró ella.

—Entonces lo abandonaremos.

—Creo que sufriste una conmoción cerebral.

—Tal vez.

Ella se durmió contra él. Cuando despertó, se estaba muriendo de hambre. Miró al perro muerto en el suelo, el que Phasma había guardado para su gente. Con renuencia, y odiándose a sí misma por eso, empezó a picarlo en busca de un lugar suave.

Cuando miró la cara dormida de Phasma, la encontró casi sana. Los moretones eran amarillos, la hinchazón se había ido, la piel abierta estaba unida por líneas rosadas de cicatrices. Cualquier cosa que hubiera en ese tubo debía de ser más de la asombrosa medicina de Brendol.

Era un milagro. Pero ¿qué otros milagros se estaba reservando Brendol?



VEINTICUATRO EN PARNASSOS, DIEZ AÑOS ANTES

EN LAS BARRACAS DE LA PRISIÓN, EL TIEMPO PARECÍA arrastrarse hasta la eternidad. No sorprendía que la gente de Arratu anhelara entretenimiento. El sabor del lobo de piel crudo se aferraba a sus labios y Siv deseaba que pasara cualquier cosa. Vrod apareció en la puerta varias veces, sacando unas personas y metiendo otras nuevas. Todos los nuevos prisioneros parecían ser de Arratu, porque llevaban ropas brillantes y estaban más ansiosos que aterrados, como si albergaran la esperanza de complacer a la multitud y ganarse el favor del Arratu. Phasma se la pasó dormida todo el tiempo, de espaldas a la sala mientras se enroscaba de su lado hacia la pared, lo que era inusual. Phasma solía estar alerta y en actitud protectora, y se despertaba de golpe ante cualquier posible amenaza; cualquier cosa que le hubiera dado Brendol debía de ser, por supuesto, una medicina muy fuerte.

Finalmente, Vrod apareció en la puerta y señaló la espalda de Phasma.

—Despierten a su peleadora, si puede ver a través de esos ojos morados. Es hora de entretener al Arratu.

Siv estaba dormitando y fue a despertar a Phasma, pero Brendol ya estaba allí. Él tenía el casco de ella en sus manos. Phasma se lo arrebató y se lo puso antes de levantarse. No dijo ni una palabra mientras dirigía a su gente a la puerta. Torben, por lo menos, había vuelto a ser el mismo de antes, completamente recuperado. La cojera de Gosta había desaparecido, aunque no estaba en plena forma para combatir, y hubiera sido inútil en el terreno disparejo del Scyre. Siguieron a Phasma, Brendol y los otros dos troopers, y Siv sintió algo extraño: miedo. Yendo a la batalla, por lo general se sentía más viva y le agradaba el desafío, pero ahora, cuando pensaba en regresar a ese estadio sin armas, se sintió fría y entumecida.

La puerta se deslizó para abrirse. La multitud empezó a golpear sus asientos con los pies, silbando y pidiendo sangre. Esas ovaciones perversas le habían asombrado la primera vez, pero ahora sólo eran ruido. El Arratu esperaba en su trono, flanqueado por

su compañía de túnicas púrpura, cubierto por pájaros coloridos y frotándose las manos con alegría. Se puso de pie y la multitud se quedó en silencio, tan callada que Siv podía escuchar cómo la arena crujía bajo sus pies.

—¿Qué tendremos hoy? —gritó el Arratu a través de su máquina atronadora.

Siv se estremeció mientras los cánticos subían de intensidad.

—¡Wranderous, Wranderous, Wranderous!

Era como vivir el mismo momento una vez más mientras el hombre grande se abría paso entre la multitud, aplaudiendo y lanzando su puño hacia arriba. Saltó sobre la arena y se inclinó ante el Arratu, quien elevó las manos para pedir silencio.

—¿Qué tipo de juguetes debemos darles esta vez?

El ruido de la multitud creció hasta convertirse en una loca algarabía. El Arratu soltó una risita.

—¿Alguien dijo espadas?

La puerta por la que había salido Wranderous el día anterior se abrió y alguien lanzó tres espadas a la arena. Eran tan diferentes entre sí que Siv supuso que se las habían quitado a prisioneros anteriores. Una era pesada y estaba hecha de pedazos de droides y sierras; otra era fina y delgada; la tercera se parecía más al cristal retorcido que habían arrancado de la arena golpeada por el bláster. Las armas apenas habían aterrizado cuando Phasma y Siv corrieron hacia ellas, las dos guerreras scyres más rápidas, determinadas a apoderarse de las armas que necesitaban tan desesperadamente.

Wranderous estaba más cerca, recogió las dos espadas más pesadas y se dio vuelta para enfrentarlas, sonriendo, con una espada en cada enorme mano. Con silenciosa comprensión nacida de años de pelear lado a lado, Phasma y Siv se separaron, se acercaron desde un ángulo diferente y compitieron para apoderarse de la tercera espada, que permanecía en el suelo detrás de Wranderous. Por supuesto, eso era exactamente lo que Wranderous trataba de evitar, y lanzó primero un golpe en dirección de Phasma, pensando que ella era el blanco más peligroso.

Siv sabía que él haría eso y se deslizó por la arena sobre la cadera. Pasó patinando junto a él y apretó sus dedos alrededor de la empuñadura de la tercera espada, mientras Wranderous cortaba el aire donde Phasma había estado de pie. Él era más grande, pero más lento, aun con Phasma entorpecida por su armadura. Ella rodó y retrocedió lo justo para quedar fuera de su alcance. El siguiente movimiento del brazo de él pareció trazar un arco lento sobre la cabeza de ella, quien se alejó fácilmente. Mientras él recuperaba su equilibrio, Siv se concentró en la mano izquierda de Wranderous, que sostenía la espada que aún no usaba, con su mano no dominante. Un rápido tajo de la hoja y esa espada cayó al suelo con un chorro de sangre, junto con uno de sus dedos.

Wranderous giró hacia Siv mientras ella se alejaba fuera de su alcance y le entregaba su espada a Phasma. Fue hermoso ver cómo la postura de Phasma cambió en el momento en que tuvo un arma en la mano. Ella echó sus hombros hacia atrás y adoptó su postura de batalla antes de lanzarse hacia delante para cortar el brazo de Wranderous. Él dio un paso atrás, evitando por muy poco la espada de Phasma. Siv se agachó y recogió la

espada que Wranderos dejó caer. Cuando él se dio vuelta para cortar a Siv, Phasma se abalanzó hacia él y rebanó la parte trasera de sus rodillas.

—¡Torben! —gritó Phasma.

Ella señaló con su espada, y el hombre grande se acercó corriendo, plantándose donde ella le indicó, directamente enfrente del Arratu, cuya cara estaba iluminada por la sed de sangre y la excitación.

Entonces Wranderos se dio vuelta hacia Siv, con la cara llena de dolor y miedo mientras daba un tajo hacia abajo a la derecha, donde ella había estado de pie. Falló por muy poco. En cuanto él se apartó de Phasma, ella clavó dos veces su espada en su espalda, dos golpes rápidos, uno a la derecha y otro a la izquierda, como si picara carne. El objetivo: sus riñones. Cuando Wranderos se dio vuelta para tratar con Phasma, Siv rebanó sus tobillos, haciéndolo caer de rodillas, con la espada todavía en la mano derecha, mientras escurría sangre de su mano izquierda.

La cara del hombre grande se puso roja por la ira, pero estaba perdiendo mucha sangre, y también su equilibrio. Phasma cortó su mano derecha, con lo cual él soltó su espada y quedó desarmado. Siv se movió al lado de ella, lista para hacer lo que Phasma ordenara. Aunque la actitud en el Scyre era que la muerte debía ser rápida y directa, cuando era necesaria, ahora estaban conscientes de que debían buscar algo de teatralidad y que si Wranderos tenía que morir, podría ser también de la manera que les brindara más beneficios. Siv lo pateó y Phasma puso un pie sobre su espina dorsal.

Todos levantaron la vista hacia el Arratu. Su cara estaba iluminada por la emoción, como si ni siquiera le importara la pérdida de un peleador tan fino. Tomando sus tres pañuelos coloridos en la mano, los sostuvo arriba. La multitud gritó y vitoreó junto con su pandilla de aves. Al final, eligió el pañuelo verde y lo lanzó abajo.

—¡Wranderos queda libre! —dijo.

Siv pensó que eso le haría poco bien al hombre. Si aquí realmente no tenían medicinas, como Vrod les había dicho, Wranderos estaría muerto en horas. Pero a la multitud no parecía importarle. Todos se pusieron de pie en las gradas, ovacionando y agitando sus banderas. La puerta se abrió y una mano hizo señas desde dentro.

Pero Wranderos no podía levantarse y Phasma no corrió hacia la puerta. Ella cambió la espada a su mano izquierda y quitó el pie de Wranderos, rodeándolo hasta quedar de frente a donde la cara de él yacía sobre la arena. Sus dedos se cerraron para formar puños y jaló su cabeza por el pelo. Retrocedió y golpeó a Wranderos en la cara, aplastando su ancha nariz con un crujido. La sangre escurrió por su barbilla y él hizo un ruido entre grito y llanto, gateando en la arena en busca de su espada perdida. Phasma dio un paso adelante y la pateó para alejarla. Wranderos estiró la mano hacia ella y sus garras grandes y torpes se cerraron en el aire delgado mientras ella retrocedía bailando. La multitud explotó, mitad excitada y mitad furiosa.

—¿No es esto lo que realmente quieren? —gritó Phasma a la multitud, con la espada levantada—. ¿Muerte por mil cortes, cien perforaciones?

La multitud se estaba convirtiendo en una turba, chillando, gritando y golpeando con los pies. Era tan ruidosa que cualquier cosa que el Arratu estuviera gritando en la máquina de amplificación quedó ahogada. Phasma había atraído su atención por completo.

—¿Quieren ver un espectáculo verdadero?

Ellos le rogaron que se los diera, y hasta el Arratu dejó de gritar para mirar.

Phasma recorrió el estadio con la mirada, observando donde esperaba toda su gente. Gosta con Brendol, detrás de los dos stormtroopers. Siv a su lado, con la espada en la mano. Phasma sacudió su barbilla en dirección de Torben, donde él esperaba sus órdenes.

—Torben, híncate —gritó ella. Luego, en voz muy baja—. Siv, mata a Wranderos. Pero hazlo de una manera entretenida. Y un poco lenta.

Siv asintió y miró a Wranderos, considerando por primera vez cómo matar a alguien lentamente y para la diversión enferma de alguien más. Ahora que el hombre grande había sido derrotado, ella no sintió amor por la pelea. Él estaba sobre sus manos y rodillas, con múltiples heridas de las que brotaba sangre que se mezclaba con la arena. Tenía la cabeza gacha y la nariz arruinada. Saltó sobre la espalda de él y se paró allí como si fuera una roca. La multitud enloqueció. Elevando su espada, le gritó, sintiendo que la energía de la multitud se trenzaba con la suya. Aun así, no llegó la inspiración y su corazón no podía consentir el asesinato gratuito. La inercia se desvaneció y su espada quedó sin usarse en su mano. Por fortuna, la atención de la multitud cambió y las cabezas giraron para seguir a Phasma. Siv saltó fuera de la espalda rota del hombre y se puso fuera de su alcance para ver el espectáculo real.

Phasma estaba corriendo hacia Torben a toda velocidad. El hombre grande se había hincado, de espaldas a Phasma, por órdenes de ella. Siv se dio cuenta de lo que estaba sucediendo un segundo antes de que ocurriera. Phasma corrió hacia Torben, saltó sobre su espalda y lo usó como trampolín para catapultarse directamente hacia el palco del Arratu, deslizó su espada en un arco perfecto y separó la cabeza y los hombros del hombre con un tajo limpio.

Sucedió tan rápido que el Arratu aún sonreía cuando su cabeza voló por los aires para aterrizar sobre la arena. Sus pájaros se lanzaron al aire, chillando, mientras el cuerpo de él caía, y los ancianos de túnica violeta saltaban fuera del palco hacia las tribunas, mezclándose con la multitud. Los cuatro guardias del Arratu apenas alcanzaron a sacar las espadas de sus fundas antes de que Phasma los despachara a todos.

Lo que sucedió a continuación fue tan extraño que Siv pensó que debía estar soñando. Toda la arena estalló en aclamaciones. No estaban gritando ni cayendo en pánico. No estaban reuniéndose para destruir a la atacante de su líder. Estaban silbando, chillando, gritando, golpeando las gradas con los pies. ¡Les encantó!

Phasma se paró allí, junto al trono del Arratu, y Siv tuvo que suponer que su líder estaba confundida por la respuesta de la multitud, aunque su casco ocultaba sus emociones. Brendol y sus stormtroopers marcharon por la arena para quedarse mirando hacia arriba, junto a Siv y lo que quedaba de Wranderos. El una vez gran guerrero de

Arratu había caído al suelo, con la respiración entrecortada. Siv no sentía que matarlo representara una victoria, así que lo dejó tirado y se precipitó para ayudar a Gosta y unirse a Torben. Miraron mientras los stormtroopers de Brendol lo ayudaban a trepar a las tribunas junto a Phasma. No era un hombre atlético, y no fue una empresa fácil.

Brendol recogió el proyector de voz del Arratu y levantó el brazo de Phasma.

—¡Saluden a su nueva Arratu! ¡Phasma!

La multitud enloqueció, su cántico convergió en la palabra *Arratu* gritada con un fervor casi religioso, junto con el nombre de Phasma.

¡Phasma!

¡Phasma!

¡Phasma!

Torben se inclinó hacia Siv.

—Si creen que Phasma es su Arratu, ¿nos dejarán ir de este lugar maldito? —preguntó.

—No lo sé —dijo Siv—. Pero espero que Brendol Hux tenga un plan.

—

Torben ayudó a todos a unirse a Phasma y Brendol en el palco del Arratu. Los stormtroopers subieron al final al gran guerrero scyre. La multitud siguió vitoreando y cantando, pero nadie parecía saber qué hacer. Unos pocos de los squeeeps coloridos trataron de aterrizar en los hombros de Phasma y ella los apartó. Finalmente, Vrod de la Mano Blanca apareció junto al trono. Como si fuera todo lo que Brendol estaba esperando, inclinó muy poco la cabeza.

—Ah, Vrod —dijo—. Bien. Por favor lleva a la nueva Arratu a su torre.

Vrod sonrió y le devolvió la reverencia.

—Un giro interesante, por cierto, pero así no es como funciona. El Arratu es elegido por...

—No, ya no. —Phasma se colocó entre ambos, con la espada manchada de sangre todavía en su mano—. Yo he derrotado a su campeón y a su Arratu, y reclamo el trono. A menos que desees desafiarme para reclamar este puesto, es mío.

—La gente nunca lo apoyará.

Phasma rio entre dientes.

—Ah, ¿no? —Dando un paso al frente, levantó ambos brazos y empezó a gritar: «¡Arratu! ¡Phasma! ¡Arratu! ¡Phasma!» en el amplificador.

La gente más cercana al palco estiró su mano hacia ella, con sus rostros vivos por la alegría y la excitación mientras elevaban el cántico junto con ella.

—¿Es ella su Arratu? —gritó Brendol a través de la máquina.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! —surgió el grito.

Brendol se dio vuelta hacia Vrod, con las manos extendidas, sonriendo.

—Suenan como si la gente hubiera hablado.

Vrod dejó que el canto se prolongara. Siv pudo ver que hacía cálculos en silencio. Al final, exhaló e hizo un gesto hacia una puerta detrás del trono.

—Bien. Lo averiguaremos mañana. La multitud está demasiado excitada para que se haga algo en este momento. No tienen idea de lo que significa ser el Arratu.

—Sabemos que significa que iremos a dormir fuera del piso y con los estómagos llenos —dijo Torben—. Por ahora, eso es suficiente.

—Como digan.

Vrod los guio afuera por un pasillo diferente, hacia un turboascensor como el que los había llevado a las minas de la Estación Terpsichore. Este subió y, cuando se detuvo, las puertas se abrieron a un vestíbulo pintado con un rojo llamativo y del que colgaban varias capas de telas coloridas. Imágenes y objetos extraños decoraban cada pared y superficie, pinturas y estatuas de personas y bestias a las que Vrod llamó despectivamente «arte». Muchos de ellos estaban vestidos con las mismas ropas rojas que el Arratu había vestido y aparecían como dioses, con halos, relámpagos y adoradores alrededor de ellos.

—El Arratu es más que un líder —explicó Vrod—. Es una idea. El corazón de la ciudad, la voz, el tenor, el chivo expiatorio.

—Esa parte no suena bien —dijo Siv.

Vrod inclinó su cabeza hacia ella.

—Acaban de ver lo que pasa. Cuando el Arratu nos falla o lo consideramos indigno, las cosas tienden a arreglarse por sí solas.

—¿Cómo murió el anterior Arratu?

Vrod mantuvo abierta una puerta, indicándoles que pasaran a la sala que estaba más allá.

—La multitud lo descuartizó miembro por miembro.

El aposento en que entraron estaba diseñado para la realeza y tenía todas las comodidades imaginables. La cama era lo bastante grande para que cupiera todo su grupo, las mesas estaban llenas de frutas y botellas con líquidos coloridos, y suaves alfombras cubrían el piso. Varias personas vestidas con trajes de color púrpura que combinaban con el decorado estaban hincadas a las orillas del aposento, con las cabezas y los ojos abajo. A través de la pared del fondo, estaba escrito algo que parecía de muy buen gusto, pero por supuesto Siv no sabía leer. Más tarde, Brendol le contó lo que decía: ESTACIÓN ARRATU: DIVISIÓN DE TELAS DE CON STAR.

—Pueden retirarse —dijo Vrod a los sirvientes, y ellos salieron de prisa sin levantar la vista.

—Ahora que eres la Arratu, para bien o para mal, hay algunas cosas que debes saber —dijo Vrod, aprovechándose de la delicada selección de frutas—. Como ya mencioné, la mitad de la ciudad está muriendo de hambre. Nuestras máquinas pueden convertir la arena en cualquier tipo de tela, pero no podemos hacer comida. Hay demasiada gente y no hay tierra, plantas o bestias suficientes. Además, no tenemos adónde ir.

Phasma lo ignoró y se alejó caminando para mirar por un amplio ventanal.

—Por eso no les importa la pérdida de vidas —dijo Brendol—. Qué interesante.

Vrod asintió.

—Tristemente, así es. Cualquier muerte significa mucha más comida para los que quedan. Me temo que nos hemos vuelto muy egoístas y mucho menos exigentes. Hay restricciones en los embarazos y debe aplicarse la eutanasia a quienes están demasiado enfermos o viejos para contribuir. Quizás empiecen a ver por qué el entretenimiento es tan crucial. Es lo único que aparta la mente de la gente de sus estómagos vacíos y sus amigos moribundos.

—¿Siempre ha sido así? —preguntó Brendol—. ¿Nunca ha habido un gobierno adecuado?

Vrod señaló las palabras pintadas en la pared.

—Cuando la Con Star vino, este era un valle fértil rodeado de cosechas y árboles. Lleno de plantas y animales. Luego... bueno, ustedes saben lo que sucedió por todos lados. El clima cambió. La arena lo inundó todo. Sólo los muros y nuestro último manantial evitaron que el desierto nos cubriera a todos. Sin embargo, el manantial ha empezado a correr más lento, y es evidente que nuestra prosperidad nunca regresará. Hemos caído cada vez más en la desesperación. Lo que sucede en el estadio... esas son las agonías de nuestra gente.

—Muy poético —dijo Brendol, con desprecio—, pero ¿qué significa para nosotros?

—Bueno, como se han metido en el problema de deshacerse de un Arratu perfectamente bueno y reemplazarlo con una forastera que no conoce nuestro modo de vida, depende de ustedes idear cómo evitar que la gente se amotine en las calles. El problema de ser el líder visible de un régimen fallido es que tienden a ir primero por su cabeza.

—¿Hay un concejo de gobierno? ¿Oficiales electos? ¿Líderes religiosos?

—Sólo está el Arratu, sus guardias, su corte y los centinelas, guiados por mí. Cada vez que hemos tratado de tener otro tipo de gobierno, todos se han apuñalado entre sí por la espalda. Es más fácil de esta manera. Un tonto a cargo de un montón de tontos.

—¿Qué hacen tus centinelas, además de atacar a viajeros en el desierto?

Ante eso, Vrod echó hacia atrás su cabeza y se rio.

—Eso es una parte de todo. Si tienes hambre, es más fácil comer extraños que gente que conoces. La carne es carne cuando todos están muriendo de hambre. También existe la esperanza de encontrar algún botín en sus mochilas que nos ayude a salir de esta mala situación. Semillas, tecnología. Tanta gente carga con artefactos que uno de ellos podría finalmente ayudarnos. Cada estación de la Con Star tenía una especialidad, ¿ven? Eso significa que en algún lugar allá afuera hay una instalación como la nuestra que puede hacer comida. Hemos enviado exploradores, pero nadie jamás ha regresado. Ahora ya no vamos más lejos del pozo en que quedaron atrapados ustedes. El combustible también está escaseando. —Golpeó un conjunto de telas de color amarillo brillante—. Pero tenemos una gran cantidad de telas bonitas e inútiles. Seremos los cadáveres mejor vestidos del planeta, un día que llegará pronto.

—Eres optimista —dijo Torben, llenándose la boca con fruta.

—¿Cómo podemos ayudar? —preguntó Siv, mirando a Phasma, quien seguía ignorando la conversación y, en cambio, recorría el cuarto, mirando por cada ventana con un par de quadnocs que había encontrado en algún lugar entre las cosas apiladas del Arratu.

—No necesitamos ayudar —Brendol se sirvió una bebida, la olisqueó y dio un sorbo—. No es asunto nuestro. No podemos arreglar lo que está roto aquí.

—Pero la gente está muriendo.

—Entonces sus líderes cometieron graves errores, una y otra vez. Este lugar podría ser un paraíso.

—Miren —dijo Vrod—. Los problemas que nos plagan hoy fueron creados por nuestros padres y abuelos, y la mayoría de ellos ya no está. Si tienen cualquier experiencia en estos asuntos y realmente desean actuar como Arratu, tienen mi bendición. No pueden hacerlo mucho peor. Pero la verdad es que están atrapados aquí con nosotros, y todos vamos a morir, así que también podrían hacer lo que han hecho todos los demás arratus. Venir al estadio y estimular una noche animada para que la gente deje de matarse entre sí. O peor: que se dé cuenta de que si se unen podrían tomar por asalto esta torre y matarnos.

—No.

Todos se dieron vuelta hacia Phasma.

—No nos quedaremos aquí —continuó.

—Lo harán. Tú eres la Arratu. La gente te ha elegido y no puedes evitarlo. Tú podrás controlar el estadio, pero yo controlo las puertas.

—Puedo cambiar eso —Phasma se acercó y Vrod dio un cauteloso paso atrás.

La espada de Phasma surcó el aire tan rápido que apenas fue un destello plateado. Siv había olvidado que su líder seguía armada. Cuando Phasma volvió a quedar de pie, su espada estaba humedecida con sangre y un parche rojo resplandeció contra las túnicas de Vrod.

—Pero... —empezó a decir él.

—Eso es lo que pienso de tu Arratu —dijo Phasma—. Esta no es una manera de gobernar.

Vrod cayó, con los ojos buscando el techo. Siv se acucilló junto a él y tomó su mano.

—¿Dónde están nuestras cosas? ¿Las que nos quitaron? —preguntó ella.

Vrod señaló hacia un rincón. Gosta fue deprisa hacia él y abrió la puerta. En el interior había una pila de bolsas. Siv reconoció la suya. Sin decir palabra, Gosta las llevó hacia ella y Siv sacó un detraxor.

—Sabía... que esa tecnología... podría ser útil —Vrod dijo con palabras entrecortadas.

Siv sostuvo su mano con fuerza, sabiendo que le quedaba poco tiempo.

—¿Medicina? —preguntó él.

—Shh. —Su mano se estaba poniendo fría, sus labios azules. La alfombra debajo de él estaba empapada y roja.

—¡Cúrame!

—Algunas situaciones no tienen solución —susurró Siv mientras él lanzaba su último aliento.

Elevando la plegaria, ella se dedicó a recuperar lo que pudo del hombre caído. Un gran sentido de bienestar la recorrió ahora que se había reunido con sus detraxores y era capaz de ayudar a su gente.

Como si leyera la mente de Siv, Phasma dio un paso adelante.

—Reúnan sus cosas. Coman y tomen lo que necesiten. Junten toda el agua y la comida que puedan llevar. Debemos irnos de aquí y seguir nuestro camino. Este lugar ha estado envenenado y no tiene salvación. La nave del General Hux se ve desde la ventana y aún nos queda un largo camino para llegar allí.

Hasta Brendol asintió para mostrar su acuerdo. Tal vez era el velo que tomó prestado del Arratu, pero Phasma parecía tener un nuevo poder, como si se hubiera vuelto algo más en la ciudad moribunda. Como si, al tomar la cabeza del Arratu, también hubiera tomado su autoridad.

—Vámonos. Ahora. —Phasma chasqueó los dedos.

Tanto los scyres como los stormtroopers se apresuraron a prepararse. En cuanto a Brendol, él simplemente siguió disfrutando la comida y bebida del Arratu, además de tomar los quadnocs para mirar por la ventana.

Sus viejas ropas habían desaparecido. Tal vez las habían tirado en algún lugar cerca de las barracas. Mientras Siv terminaba de cosechar la esencia de Vrod con su detraxor, Torben encontró sus armas y Gosta se puso su máscara, lanzando un suspiro de alivio. Los stormtroopers volvieron a sujetar sus blásters con correas. Brendol se alejó de la ventana y manoseó su propio saco con su habitual secrecía. Metódicamente, Phasma agregó su bláster, su hacha y su lanza a su vestimenta, aunque conservó el casco blanco y dejó su viejo casco y su máscara roja en su mochila. Dividieron la comida en la mesa y la envolvieron en cuanto pedazo de tela encontraron. Había más que suficiente de eso, después de todo.

Brendol buscó por el cuarto hasta que encontró una pantalla como las de la Estación Terpsichore oculta detrás de cortinas. Después de varios intentos, logró entrar en el sistema y estudiar el diseño de la enorme fábrica. Señaló el hangar donde estarían esperando los VAT y luego debatió con Phasma la mejor manera de llegar allí. Aún no habían visto a otra persona, además de Vrod y los sirvientes que había enviado fuera.

—Cualquier persona que encontremos en los pasillos debe ser despachada en silencio —dijo Brendol.

—¿Hasta los inocentes? —preguntó Gosta.

Brendol volteó a ver el techo.

—Ahora debes considerarte a ti misma un soldado. Estás en una guerra y nadie es inocente. Son ellos contra nosotros, y han probado que alegremente capturarán, golpearán y matarán a quien quieran. Escuchaste a Vrod. La pérdida de vidas es algo que ocurre

todos los días aquí. Sólo tenemos una oportunidad de salir. Después de eso, nos vigilarán y probablemente nos apresarán. Si alguien se interpone en tu camino, destrúyelo.

—Son una fuerza de ataque —añadió Phasma—. Tú sabes cómo tratamos a las fuerzas de ataque.

Gosta asintió, pero sus labios se torcieron. La chica tenía conflictos y Siv compartía sus dudas. A pesar de que Vrod y sus centinelas habían sido crueles, la mayoría de la población le daba pena. Cuando miró a Torben, observó un pequeño fruncimiento de cejas, que sugería que no se sentía feliz. Pero también vio la firmeza de su mandíbula, que prometía que de todos modos haría lo que debía hacer.

Phasma no tuvo que preguntar si su gente estaba lista. Todo lo que tuvo que hacer fue acercarse a la puerta e inclinar la cabeza. Siv aún no sabía cómo podía seguir funcionando Phasma después de que Wranderos la había dejado casi muerta el día anterior, pero no iba a preguntar. Cualquier medicina o magia que Brendol había conservado para ese momento desesperado había cumplido su propósito. El casco se había vuelto la nueva máscara de Phasma, y siempre y cuando ella lo portara, Siv no despertaría su ira tratando de descubrir los sentimientos de la otra mujer. Simplemente se puso de pie, reunió las bolsas que contenían sus cosas y los detraxores y tomó su lugar habitual entre Torben y Gosta, con su espada y su bláster en las manos, lista para pelear.

La puerta se deslizó suavemente. Fuera del cuarto, los sirvientes esperaban en fila, con las espaldas contra la pared y las cabezas agachadas. Siv no estaba segura de si Brendol se refería a ellos cuando habló de «gente en su camino», pero lo comprendió en el momento en que los troopers empezaron a disparar (bueno, a ejecutar) a los sirvientes con sus blásters. Su corazón se hundió.

—¡Deprisa!

Al grito de Brendol, miraron a Phasma y la siguieron, justo como lo hacían en casa, en el Scyre. Phasma trotó con facilidad adelante, con bláster y espada en la mano, liderando al grupo por los retorcidos pasadizos que ella memorizó del mapa de Brendol. Al principio no encontraron a nadie. Pero luego Siv escuchó un suave «¡Oigan!» y vio que el cuerpo de una mujer se deslizaba de la lanza de Phasma y se desmoronaba en el suelo.

De modo que así sería ahora. Sin preguntas. A nadie le darían una oportunidad de hacer sonar la alarma.

Cuando escuchó pisadas en el pasillo detrás de ellos, Siv giró y cortó al intruso con un movimiento suave. Había aprendido hacía mucho tiempo que la única manera de sobrevivir era hacer lo que Phasma le decía. Tal vez la desobedeció en la arena con Wranderos, quien ya se estaba muriendo, pero ahora no se atrevería a decepcionarla. Tenían que escapar y encontrar la nave de Brendol. Ella debía mantener seguro a su bebé, a costa de lo que fuera.

Encontraron la puerta del hangar. Brendol tecleó el código y la puerta se deslizó hacia arriba. Todos los centinelas de Vrod voltearon a ver, desde sus asientos, alrededor de una mesa. Estaban jugando con pedazos coloridos de tela.

—¿Dónde está Vrod? —preguntó alguien, y ese alguien recibió el rayo de un bláster en el pecho.

Siv dio un paso adelante y mantuvo su posición entre Torben y Phasma, esperando a ver qué pasos daría su líder. Sin una palabra, Phasma empezó a disparar antes de que la gente de Vrod dejara siquiera su juego. El aire se llenó con el sonido del fuego de los blásters, rayos de luz roja que levantaban nubes de humo. Pronto, Siv pudo percibir el olor a carne quemada. No quedó nadie respirando alrededor de esa mesa. Las armas intactas de los centinelas del Arratu permanecían tiradas en el suelo a su alrededor, pedazos de máquinas y mazos como los de los scyres caídos junto a blásters antiguos en el piso blanco y liso.

—Métanse en los VAT —los apresuró Brendol mientras tecleaba el código para abrir la enorme puerta del hangar—. Esos tres.

Los dos stormtroopers desenchufaron los vehículos y cada uno tomó el volante de un VAT cubierto con clavos, mientras Brendol se ponía al mando de su viejo vehículo sin adornos. Siv saltó al interior con uno de los stormtroopers, jalando a Gosta con ella. Torben estaba con el otro trooper, y Phasma se subió con Brendol. Arena gris entró bailando por la puerta abierta, arremolinándose por el suelo barrido, mientras las máquinas aceleraban y giraban para salir al desierto y la creciente oscuridad. Siv se sostuvo con fuerza, con un brazo alrededor de Gosta y otro en el asidero del vehículo. El trooper manejó como si una pandilla de furiosos ciudadanos fuera tras ellos, siguiendo a Brendol a una velocidad imposible. La puerta abierta parecía un bostezo negro detrás de ellos mientras aceleraban hacia el desierto.

Por la ruta tomada, era evidente que Brendol esperaba que cuanto más se alejaran de los muros de la ciudad menos probable sería que dieran contra más trampas como las que atraparon a sus motos speeders y reclamaron la vida de Elli. Siv no pudo contener el deseo de ver hacia atrás, a la ciudad, esa extraña mancha oscura en medio del desierto, iluminada ahora por linternas de colores. Sentía como si un pequeño fragmento de sí misma hubiera quedado detrás. No conoció bien a Elli, pero habían sido soldados en la misma guerra, respirado el mismo aire y peleado las mismas batallas. Sentía cierto remordimiento de que hubieran dejado el cuerpo de Elli en una sala llena de gente desesperada, en lugar de recibir los últimos ritos de los detraxores de Siv, que permitirían a la mujer seguir viviendo al proteger la salud de sus amigos. Brendol y los troopers ni siquiera habían reconocido la muerte de la mujer. Siv no había tenido muchos remordimientos hasta entonces, pero sospechaba que cuanto más se alejaran del Scyre más le llegarían. Puso una mano en su vientre y se dijo a sí misma que todo valdría la pena, con tal de dar a luz a un niño saludable en algún lugar entre las estrellas, donde ninguno de sus ancestros había estado durante generaciones.

Siv no podía relajarse, al menos no mientras los muros de Arratu fueran visibles. Ella sabía que había trampas posiblemente peores que el pozo que habían encontrado, y la tarde estaba dando paso a una siniestra oscuridad. También sabía que aun con Vrod y sus centinelas muertos, había mucha gente en Arratu violentamente desesperada por

encontrar una manera de salir de su limbo actual. Miró atrás nerviosamente, recorriendo el horizonte gris en busca de más vehículos o de una fila de gente con antorchas, gritando, vitoreando y golpeando el piso con sus pies, hambrientos de algo que la vida les había negado. Qué extraño que esta parte de Parnassos sufriera por exceso de gente, mientras que el mayor problema que enfrentaba el Scyre fuera su falta de gente. No había mucha comida en casa, y se tenía que trabajar mucho para obtener cada gota de agua, pero por lo menos todos eran bienvenidos, útiles, significativos. Tenían un significado más allá de su propio peso en carne.

Finalmente, las dunas ocultaron los muros que se oscurecían y la torre elevada de Arratu. No habían saltado más trampas y Siv logró relajarse, sólo un poco, y concentrarse en el viaje que quedaba por delante. El sol se puso como una gota de fuego rojo en una alberca quieta, gris; un arcoíris agitado con un horrible final que dejó al mundo en una fría pesadilla. La noche cayó por completo y el desierto se volvió un lugar callado y monocromo. Los conductores redujeron su velocidad y encendieron sus luces brillantes; adelante, las frías arenas brillaban como joyas antes de desaparecer entre sombras color índigo. Gosta cayó dormida contra el hombro de Siv. Después de mirar las arenas desplazándose interminablemente por un rato más, Siv inclinó su cabeza y encontró su propia escapatoria en los sueños.

Se despertó con lo último que hubiera querido: una pelea.



VEINTICINCO EN PARNASSOS, DIEZ AÑOS ANTES

EMPEZÓ CON UNA DISPUTA ENTRE SUSURROS. SIV SE PUSO tensa, con todos sus sentidos en alerta elevada. Su vehículo se había detenido y el stormtrooper que lo conducía se había ido. Sabía muy bien que no debía despertarse abruptamente; en cambio, sólo contuvo el aliento mientras esperaba, acurrucada contra Gosta, y escuchó.

—La nave está en esa dirección, General Hux. La vi desde la torre. Igual que usted.

—La última vez que fuimos en esa dirección, Phasma, perdimos a uno de mis soldados y terminamos en una zanja. Nos capturó el enemigo y perdimos un tiempo precioso. Casi te matan a ti.

—Pero viví y escapamos. Hemos llegado hasta aquí sin encontrar otra trampa. Como Vrod dijo, es improbable que los centinelas recorran tales distancias desde los muros de su ciudad. Son cobardes.

—¿Cómo puedes saber lo que otras personas podrían hacer? Tú únicamente has conocido a un pueblo, mientras que yo he visitado y estudiado cientos de sociedades.

—Sólo necesito conocer a la gente de mi planeta para saber lo que harán. Y usted no es de este planeta.

En el tenso silencio que siguió, Siv escuchó que los troopers estaban en algún lugar, cerca, riendo, y Torben roncaba. Así que se habían detenido para acampar. Ella se dio cuenta de que estaba conteniendo su aliento y se obligó a respirar como si durmiera para seguir oyendo la conversación. A pesar de que tenía sus esperanzas puestas en la nave de Brendol, aún había mucho que no sabía acerca de lo que sucedería una vez que llegaran a ella.

Al final, Brendol suspiró y ella pudo imaginar que se frotaba el espacio entre los ojos.

—No, no soy de esta patética, dañada, herida y podrida roca. Soy un general de la Primera Orden y soy el salvador que te sacará de este miserable planeta y te dará la oportunidad de convertirte en algo real, algo más que sólo un animal peleando entre

animales más débiles por un patético hueso. Pero, si vas a unirte a mí, debes cuidar tu orgullo, Phasma. Debes aprender a acceder con elegancia a la voluntad de un superior.

—No si sé que tengo razón.

—¿Qué preferirías: estar en lo correcto o seguir viva?

Un largo silencio sugirió con elocuencia que ambos sabían quién era más letal y quién sobreviviría en una pelea uno a uno.

—Permíteme apelar a tu intelecto, entonces —dijo Brendol—. Valoro que mis subordinados deseen confiar en mi entrenamiento, sabiduría y conocimiento, que son vastos, en lugar de desafiarme enfrente de los demás. Voy a necesitar a alguien así una vez que llegue a mi nave. Eso es lo que necesita la Primera Orden.

—Valoro la experiencia y la comprensión de primera mano de un entorno. Valoro un carácter firme y una falta de voluntad de ceder ante la tontería y los gritos. Eso tal vez no me haga el mejor soldado, pero sí me hace el mejor líder de soldados. Y usted, después de todo, ya tiene muchos soldados.

Brendol exhaló, produciendo un murmullo, casi una concesión, pero sin dejar de ser una advertencia.

—No olvide que en cuanto salgamos de este planeta, yo seré el árbitro que decidirá entre la vida y la muerte tuya y de tu gente.

—No olvides que mientras estemos en este planeta, yo seré quien juegue ese papel.

Brendol suspiró y Siv pudo escuchar que rascaba su barba poblada.

—Tal vez tenga razón. Nunca serás un soldado apropiado. Pero, si puedes empezar de esa manera, ocultar tu arrogancia y seguir las reglas por un tiempo, estoy seguro de que ascenderás rápidamente entre las filas, hasta una posición de liderazgo que te resultará satisfactoria. Y entonces, juntos, podríamos entrenar a los más grandes soldados jamás vistos. Con mis simulaciones y tu experiencia y tu dedicación seremos imparables. Tú eres una espada, pero hasta la espada más fuerte y delgada necesita afilarse.

Una risita de Phasma.

—¿Y qué sabe de espadas?

—Cómo obtenerlas, pagar por ellas, darlas a miles de soldados y dejarlas sueltas en un mundo que necesita ser subyugado. Hay tanto poder en controlar la distribución de espadas como en manejarlas.

—Hay más poder en el crisol que forja el arma.

—Pero alguien tiene que pagar ese crisol.

En la larga pausa que siguió, Siv escuchó la plática de los troopers, mientras rasgaban carne seca con sus dientes. Era una noche tranquila y llena de sonidos. Ella se arriesgó a abrir los ojos, y bajo la débil luz apenas pudo distinguir a Phasma y a Brendol recargados contra el toldo de su VAT, comiendo carne seca y las pequeñas frutas de la torre del Arratu.

—Tal vez tenga razón —dijo Phasma, al final—. Todas mis armas fueron cosas encontradas que aprendí a adaptar, no cosas bonitas que me regalaron como favor. Pero estoy cansada de la política. Lo cierto es que la nave está en esa dirección. Si perdemos

más tiempo, podríamos encontrarla saqueada por completo cuando lleguemos a ella. No somos los únicos carroñeros de Parnassos. Y tengo la sensación de que nos están siguiendo.

—¿Quiénes? ¿Los tontos que quedan en Arratu?

Phasma se quedó en silencio por un instante antes de hablar.

—Quienesquiera que lo hagan son definitivamente tontos.

Luego, un extraño sonido: Phasma y Brendol Hux rieron. Aunque a menudo estaban juntos, Siv se había preguntado si su relación podría llegar a más. Sus posturas rígidas y el espacio entre ellos sugerían que no habían llegado ni llegarían a nada jamás. Las risas se apagaron. Brendol tomó el par de quadnocs y Phasma lo miró, con una mano en su bláster, como si todavía tratara de decidir si él era más útil vivo o muerto.

Brendol bajó los quadnocs y dio unos golpecitos con los dedos en el toldo del VAT.

—A medida que se nos acaba el tiempo, también lo hacen las opciones. Iremos por donde indicas. Pero enviaremos uno de los otros vehículos al frente para que dispare cualquier trampa que pudiera esperarnos. El que lleva a tus dos mujeres y a PT-2445. Si tenemos que perder a alguien, esa es nuestra mejor apuesta.

—No. Siv y Torben pueden ir juntos. Diremos que Gosta necesita descansar, para que ella sea la única de mis guerreros en ese vehículo. Siv tiene los detraxores, que aún pueden ser los que nos salven. El linimento y el bálsamo son más poderosos de lo que crees. Todavía hay una gran cantidad de arena entre nosotros y tu salvación.

Siv sintió frío hasta los dedos de los pies mientras comprendía que los dos líderes estaban decidiendo quién era desechable en su compañía. De sólo siete personas, dos habían sido elegidas como sacrificios aceptables. A pesar de que ella se sentía horrorizada (e insultada de que Brendol la considerara desechable), Siv pudo ver que era una decisión sabia. Gosta era joven, aún estaba débil por el choque y no tenía habilidades extraordinarias. Aun así, que fuera razonable no significaba que fuera correcto. Siv quería a Gosta como una hermana y trataría de encontrar una manera de evitar que fuera enviada al frente como carnada por si se presentaban problemas.

—Entonces nos pondremos en marcha al amanecer —dijo Brendol—. Es mejor que duermas mientras puedas.

Phasma no respondió, pero Siv pudo percibir que la molestia se agolpaba en su líder como olas de calor. Lo más probable era que Phasma estuviera practicando la habilidad que le habían pedido, en lugar de protestar por instruírla como si fuera una niña tonta. Siv empezó a ver por qué Phasma, la más fuerte y querida líder que había conocido, se doblegaría ante un hombre tan poco digno. Estaba apostando a salir del planeta. Y él era la llave para esa meta... y cualquier éxito que le siguiera.

Brendol se alejó caminando hacia el VAT que manejaba. Pronto, Siv lo escuchó agitado y gruñendo o suspirando ocasionalmente mientras cambiaba de posición. Al final de cuentas, era mucho más cómodo descansar en alguien en quien confías, pensó ella, con su mejilla todavía sobre el hombro de Gosta. Pero ¿en quién confiaría alguna vez

Brendol Hux? ¿En quién *podría* confiar? En nadie. Por tanto, merecía ese duro, frío, estrecho asiento, todo para él solo.

Phasma se puso a pasear alrededor del vehículo de Siv y en algún momento se quitó el casco y lo dejó a un lado con un pesado suspiro. Siv miró a través de sus pestañas caídas mientras Phasma ponía sus manos sobre el toldo del VAT, con sus hombros temblando. ¿Por la rabia o la tristeza? Era imposible saberlo. Conociendo a Phasma como ella, tal vez una combinación de ambas. A pesar de que Parnassos se había vuelto un infierno diario en el que su gente apenas podía sobrevivir y a menudo se iba a la cama con penas recientes y jadeando por agua, aún era su hogar. Dejar el hogar por las estrellas que siempre habían parecido tan imposiblemente lejanas era una posibilidad demasiado intimidante. Phasma no habló de desafiar y abandonar a Keldo, pero sus guerreros sabían que nunca podrían regresar. Aunque la nave de Brendol hubiera sido reducida a cenizas, el Scyre ya no representaba una posibilidad. Phasma, Torben, Gosta... ellos se habían convertido en la única familia de Siv. Sin embargo, eso no impedía que Siv extrañara a Keldo.

No estaba segura de si se trataba de un suicidio o no, pero Siv se deslizó fuera del vehículo y lo rodeó en silencio, hasta donde se encontraba Phasma. La guerrera se había enderezado y miraba por los quadnocs, hacia las dunas que habían dejado atrás.

—¿Te sientes bien? —preguntó Siv con suavidad.

Phasma no bajó los quadnocs, lo que significaba que Siv no podía ver sus ojos ni gran parte de su cara. Pero podía ver los rastros de lágrimas brillando bajo la luz de la luna.

—Estoy bien.

El tono de Phasma era recortado, una imitación perfecta del de Brendol.

—¿Qué estás buscando?

Phasma no respondió.

—Me sorprende que estés mirando detrás de nosotros en lugar de adelante —aventuró Siv.

Phasma resopló y puso de nuevo los quadnocs sobre el toldo, cuidándose de dar la espalda a Siv mientras se recargaba contra el vehículo y cruzaba una bota sobre la otra. A Siv se le ocurrió que no había visto la cara de Phasma desde que se había despertado después de la golpiza. Tal vez la orgullosa guerrera no quería que los demás la vieran y sintieran lástima de su dolor. O tal vez, gracias a la medicina de Brendol, había sanado perfectamente y trataba de ocultarlo.

—De acuerdo con mi experiencia —dijo Phasma—, la verdadera amenaza es la que se escabulle detrás de nosotros, no la que tienes en frente.

Siv se recargó contra el lado opuesto del toldo, de espaldas a Phasma.

—¿Así que confías en los extranjeros?

—Por supuesto que no. Pero sabes tan bien como yo que el Scyre se está muriendo.

—Phasma se rio entre dientes con tristeza—. Sólo una niña. Frey será la única de su generación. Y morirá sola.

—Podría haber más niños —aventuró Siv.

—No, si sus madres no pueden alumbrarlos. Tal vez sea el aire de aquí. Tal vez haya algún ingrediente vital que el planeta ya no proporciona. Tal vez casi morir de hambre no sea la manera ideal de concebir nueva vida. Pero tú ya has perdido demasiados niños. Aún podrías perder el que llevas ahora.

Eso respondió una pregunta que Siv se había hecho. Phasma siempre había sido inteligente. Pero ¿sabía que podría ser de Keldo?

—La medicina en su nave lo arreglará —dijo Siv.

—Esa es la esperanza.

—¿Crees que...? —empezó Siv. Pero se detuvo, preocupada de que estuviera yendo demasiado a fondo.

—¿Creo qué? —El raro tono gentil de Phasma sugirió que, por una vez, Siv podría continuar.

—¿Crees que la Primera Orden regresará y ayudará a nuestra gente? ¿Que los llevará también a las estrellas o a tierras más ricas, o por lo menos que les dejará caer algunas provisiones? Gente tan rica debe de tener más que suficiente para compartir. Odio pensar que Keldo...

—No vuelvas a mencionar su nombre frente a mí.

La noche quedó quieta y callada de un modo especial después del áspero grito de Phasma, que pareció desprenderse involuntariamente de su garganta.

—También podrían ayudarlo —terminó Siv con una voz mucho más humilde—. Su pierna sólo es un problema porque Parnassos es tan cruel. Tal vez allí haya otras funciones que pueda desempeñar, con su ayuda. Es un hombre inteligente, resistente. Podría ser útil...

El puño de Phasma golpeó el toldo del vehículo, lo que produjo un sonido metálico.

—Eso ya no es mi problema. Él tomó una decisión. Y fue la incorrecta. Que sufra por ella.

Phasma se empujó para alejarse del toldo del VAT y tomó de nuevo los quadnocs y algunas de las frutas restantes, que en la noche soltaron una fragancia dulce, a jarabe, como si fueran a pudrirse en cualquier momento. Caminó a la cima de la siguiente duna, siguiendo las marcas de su vehículo, que desaparecían rápidamente, y dejando las huellas cambiantes de sus propias botas como un pequeño río en el vasto gris. Sentada en la cima de la duna, llevó los quadnocs a sus ojos y se quedó mirando en la dirección de la que venían, hacia el Scyre. Siv no consideraba que Phasma fuera alguien que valorara la nostalgia o el arrepentimiento. Lo que significaba que, como Phasma acababa de decir a Brendol, sospechaba que los seguían.

Una vez terminada su conversación, Siv comió más de las frutas restantes. Eran las cosas más dulces que hubiera probado y toda su boca estaba inundada por el jugo. ¿Así era el mundo cuando había suficiente agua? ¿Era esto lo que la gente de Brendol comía en sus naves en el cielo? Tal vez ella debió dejar más para alguien, pero su estómago lloraba de hambre. Al pensar en su hijo, chupó hasta la última fruta y limpió la evidencia de su barbilla. De inmediato la invadió la culpa. En el Scyre, habría dividido la fruta en

porciones para ella, Torben y Gosta, asegurándose con todo cuidado de que cada persona recibiera una parte equivalente a sus necesidades. Pero aquí estaba ella, sola y acaparando comida. Se dijo a sí misma que era por el bebé, pero sabía que en parte estaba mintiendo. Cuanto más se alejaban del Scyre y más seguía las órdenes de Phasma, menos segura se sentía de lo que ella era en realidad.

Esa noche fue más larga que casi todas las demás. La adrenalina de la lucha en la arena todavía zumbaba en su sangre. Gracias a su siesta anterior, apenas pudo dormir. Usó el tiempo para sacar su bolsa de piel con hierbas y elaborar un nuevo frasco de bálsamo de oráculo, porque la vieja lata se estaba agotando. El sol aquí era más ardiente que en casa y estaban usando el triple de bálsamo, pero su piel seguía enrojeciéndose, aun bajo sus máscaras. El complicado proceso era desafiante, sobre todo bajo la luz débil de una linterna que habían llevado de Arratu. Terminó exhausta.

La discusión que había escuchado entre Brendol y Phasma se repetía en su cabeza mientras se acurrucaba con Gosta, recordándole que el mundo, de muchas maneras, se había vuelto de cabeza. Ahora había esperanza, pero también un nuevo sentido del horror. Cada vez que levantaba la vista del hombro de Gosta, veía la silueta de Phasma: una figura solitaria que seguía mirando a la arena. Cualquier cosa que Phasma esperara no ocurrió esa noche. A la mañana siguiente dividieron la comida restante de Arratu y empezaron la siguiente etapa de su viaje.

Siv no logró encontrar una manera de evitar que el grupo se dividiera, como Brendol y Phasma lo habían convenido. La manera en que Brendol sugirió que Gosta viajara sola sonó demasiado cortés. Además, la chica se sintió complacida y aliviada de tener el espacio para sí misma.

—Pero ¿no te gustaría permanecer conmigo? —preguntó Siv.

—Quiero decir, sería bueno tener algo de espacio. —Gosta bajó la vista, sonrojada, poco acostumbrada a discutir con los mayores—. Ya me siento mejor del tobillo, pero me pueden dar calambres.

Así que la chica se estiró en la parte trasera de su propio VAT, conducido por un trooper, mientras Siv terminó apretada junto a Torben. Parte de ella se sentía agradecida por esta tranquilizadora compañía, voluminosa y fácil, pero no podía relajarse mientras miraba el pelo de Gosta brincar en el vehículo del frente, sabiendo que cualquier trampa o ataque desde el frente reclamaría primero a la chica, como lo hizo antes el pozo oculto de Arratu. Entonces se dio cuenta de que ella y Torben iban atrás, en la misma dirección de la que Phasma esperaba problemas. El VAT de Phasma y Brendol estaba cuidadosamente colocado en el centro. Aunque este hecho hubiera pasado desapercibido para Siv unos días antes, ahora había visto un breve atisbo de las maquinaciones que se daban en secreto entre Phasma y Brendol. Y no le agradaban.

La vida en el Scyre había preparado bien a Siv para este tipo de viaje. Ocurría muy poco, pero siempre se mantenía al pendiente, esperando un ataque o un desastre natural. El movimiento del vehículo había exacerbado sus náuseas al principio, pero ahora la arrullaba y la hacía sentir un sueño extraño y ligero. Podía sentir, también, cómo el sol

presionaba sus párpados mientras su cuerpo se agitaba con cada desliz en la arena. Torben era un acompañante placentero, que se sentía feliz de quedarse callado o charlar, mientras su brazo mantenía erguida a Siv y la hacía sentir segura. El trooper del frente, Huff, era un ejemplo de silencio. Siv a menudo olvidaba que estaba allí, que en algún lugar bajo ese casco y esa armadura había un ser humano con una historia, con ideas y sueños. Cuando se detuvieron para almorzar brevemente y hacer sus necesidades, sintió curiosidad por el hombre.

—¿De dónde eres, Huff? —preguntó ella.

Se había quitado su casco y estaba picando parte de la carne seca tomada del ataque del lagarto, mientras sorbía su agua. Tenía una piel pálida que parecía como si nunca hubiera estado bajo el sol, y cuanto más tiempo permanecía bajo los rayos abrasadores, más sonrosado y sudoroso parecía. Siv le había ofrecido bálsamo de oráculo, pero él puso cara de disgusto y lo rechazó con un gesto de la mano. Aunque parecía tener un poco más de 20 años, a juzgar por la manera en que la gente envejecía en el Scyre, su pelo de color café claro ya estaba adelgazando. Sus ojos eran de un color gris claro que casi llegaba al blanco. Él frunció el ceño en cuanto ella habló con él.

—¿De dónde soy? De la Primera Orden —dijo, como si ella fuera tonta.

Siv observó que su acento era diferente del de Brendol, tal vez algo más parecido al de ella.

—¿Es un planeta?

Él negó con la cabeza.

—Es difícil decir lo que es. El gobierno que debe ser. El lado correcto en que se debe estar. Te diría eso.

—Pero ¿no naciste en un planeta?

Huff se encogió de hombros.

—Fui un huérfano en algún lugar, de niño. Ni siquiera recuerdo dónde. No importa. No era bueno. La Primera Orden es mi verdadero hogar ahora. Una nave llamada el *Finalizer*. Cuando llegué de niño, nunca había visto un lugar tan grande. Puedes caminar todo el día por ella y nunca verás todo. Hay miles de personas allí que nunca he conocido. —Miró alrededor, al desierto vacío—. Opuesto a esto, realmente. La comida no es demasiada, pero la extraño. Esta comida sabe a podrido.

Lanzó una tira de carne seca al suelo. Sin pensarlo, Siv se hincó para recogerla y le quitó la arena de encima. Ella le lanzó una mirada de reproche.

—Aquí no se puede desperdiciar la comida. ¿No puedes ver lo escasa que es?

—La Primera Orden nos recogerá. Entonces ya no importará. Hasta que el General Hux me ordene ser ahorrativo, seguiré siendo como siempre lo he sido.

Mientras limpiaba la carne seca con sus dedos y la metía en su boca, lo sintió: estaba podrida. Nada duraba lo suficiente en el Scyre como para empezar a descomponerse, pero instintivamente quiso escupirla. Aun así, comida era comida, y su aprendizaje era más profundo que su disgusto. Lo tragó de prisa y lo acompañó con un pequeño sorbo de agua de uno de los odres del Arratu. Cuando se puso de pie para preguntar a Huff si le gustaba

la Primera Orden, él ya se estaba alejando. No era tan importante. Estaban más cerca de su destino que de su viejo hogar, y no había regreso.

Pronto volvieron a subir a sus vehículos y se lanzaron hacia donde Phasma juraba que estaría la nave de Brendol. Durante horas y horas, no hubo nada. Ni montones, ni animales, ni muros. Nada, excepto las dunas grises y onduladas de arena brillante y el sol castigador, lo que hacía que Siv se sintiera somnolienta y mareada, y que deseara no haber comido la tira de carne podrida. El sabor la atormentó y, sin importar cuánta agua tragara o cuántos vegetales marinos mordiera, no la abandonaría. Torben durmió junto a ella, con una enorme garra siempre sobre su mazo. Su pelo largo y ondulado flotaba hermosamente entre la brisa de una manera que él no hubiera apreciado si ella no se hubiera tomado el problema de explicarlo. Él era un hombre práctico, y la belleza no duraba en Parnassos.

El aburrimiento y la inquietud de Siv aumentaron, y su mirada iba perezosamente del vehículo líder, en que Gosta dormía, al del medio, que manejaba Brendol, encorvado sobre el volante, mientras Phasma permanecía sentada en la torreta, con la mano en el arma y su casco constantemente dirigido a la arena detrás de ellos.

Siv me contó que entonces se sentía algo extraño en el aire. Como si el desierto estuviera conteniendo la respiración, esperando. Todo vacilaba en la bruma, con el sol en lo más alto, blanco y castigador. Los ojos le dolían por mirar el gris brillante. Cada vez que el sol caía sobre un pedazo de metal, destellaba con tal fuerza que dejaba puntos rojos bailando en su campo de visión. El viaje se volvió interminable. Por primera vez Siv se preocupó de que no llegaran a la nave de Brendol. ¿Cómo podrían seguir avanzando estos vehículos? ¿Qué combustible los impulsaba? ¿Cuánto tiempo durarían su agua, su bálsamo y su comida hasta que empezaran a fijarse en sus acompañantes más débiles?

O, para ser honesta, ¿cuánto tiempo pasaría antes de que Gosta sufriera un accidente desafortunado e inevitable y Brendol Hux sólo se encogiera de hombros y pidiera a Siv que usara sus detraxores?

—¡Hay algo adelante!

El grito despertó a Siv de su meditación incómoda y medio adormilada. Se puso en alerta, con una mano en su espada. Aunque llevaba el bláster, las guadañas que había heredado de su madre eran las que se acomodaban mejor a sus manos y le recordaban a su hogar.

De igual manera, Torben se puso tenso y alerta a su lado, sacudiendo la cabeza.

—Sí, pero ¿qué tipo de algo? —murmuró—. Esa es la parte que importa.

Al pasar la vista por las arenas frente a ellos, Siv vio dos cosas. La primera fue una extraña cerca hecha de alambre de metal que se extendía eternamente en cualquier dirección. La segunda fue una figura que brillaba tanto que quemaba los ojos de sólo verla.

Sin una palabra, el VAT líder cambió de dirección, dirigiéndose a la figura. Siv no podía distinguir a tanta distancia si se trataba de una estructura, un droide, una máquina o

algo diferente. Otro misterio visto sólo desde tan lejos incluía carteles blancos colocados a distancias iguales a lo largo de la cerca, agitándose contra el metal y produciendo una canción extraña, sin tonada, mientras eran golpeados por el viento. Cualquier escritura que hubiera estado allí se había borrado desde hacía mucho tiempo. La cerca seguía y seguía, se levantaba rígidamente contra el cielo azul brillante. No redujeron la velocidad mientras se aproximaban.

Cuando estuvieron casi a tiro de bláster de la cosa brillante, el primer VAT derrapó para detenerse. El vehículo de Brendol y Phasma llegó hasta él y se detuvo, igual que el de Siv. Todos en fila, con los motores rugiendo, se quedaron viendo la figura desconcertante. Phasma sacó sus quadnocs, evaluó la escena y se los entregó a Brendol. Él también miró por mucho tiempo y, cuando dejó caer los quadnocs, tenía el ceño fruncido, con toda la cara roja, brillante y escurriendo sudor.

—¿Qué es eso? —preguntó Phasma.

Él sacudió la cabeza.

—Nada que haya visto antes.

—Por la manera en que el sol se refleja sobre eso —dijo Torben—, me quema los ojos.

Los dos líderes saltaron de su vehículo. Phasma hizo un ademán a sus guerreros para que se le unieran, mientras Brendol consultaba con sus troopers. Aun con los quadnocs, Siv no podía saber lo que era la cosa brillante, y ella tenía la vista más aguda entre los scyres.

Gosta se puso al lado de Siv y ella misma probó los quadnocs.

—Extraño —murmuró—. Tiene demasiados bultos para ser una máquina, pero es demasiado brillante para ser una cosa viva.

Brendol puso una mano sobre el hombro de Gosta.

—Todavía estás lesionada. Quédate aquí y cuida los VAT. Todos los demás, preparen sus armas. —Él sacó su propio bláster y jugó con los interruptores de un lado—. Esto no es normal.

—Bueno, ¿qué lo es en estos días? —dijo Torben, levantando su mazo y su hacha.

Los troopers avanzaron al frente, con los blásters levantados y listos, mientras sus botas resbalaban en la arena. Phasma iba enseguida, con Siv y Torben flanqueándola. Brendol avanzaba al final, con su bláster temblando en su mano mientras el sudor escurría de su frente de una manera que a Siv le pareció casi blasfema cuando miró atrás. Evidentemente, Gosta odió que la dejaran, pero sostuvo su bláster y tomó su lugar en la parte de atrás de su vehículo mientras los demás subían con dificultad por la colina. De algún modo, desafiar a Brendol se había vuelto una idea tan absurda como desafiar a Phasma.

Todo aquello le pareció ridículo a Siv. Si el objeto misterioso fuera una máquina, estaba desactivada o los estaría siguiendo todo el tiempo. Si fuera un animal, era estúpido o lento, porque no se había movido. No podía pensar en algo más que representara una

amenaza real. ¿Aun así Brendol les ordenó que se acercaran sigilosamente? Sin embargo, su líder seguía las órdenes de él, así que ella seguiría a Phasma.

Se arrastraron a plena vista para acercarse poco a poco, apuntando con cada bláster mientras cada fragmento de metal reflejaba el sol; aun así, la cosa brillante no hizo un movimiento en absoluto. Pronto, Siv pudo distinguir la verdadera forma de eso y le recordó una estatua que había visto en Arratu, una pieza de arcilla con una forma vagamente humana, que parecía representar a algún Arratu muy querido en el pasado. Esta forma estaba llena de bultos, como aquella, y aun así el material no se parecía a nada que hubieran visto antes.

—¿No es tu nave? —susurró Phasma a Brendol—. Dijiste que brillaría.

—No de esta manera.

Llegaron a una distancia suficiente para picarlo con una lanza cuando dos ojos plateados parpadearon y se abrieron en medio de la masa dorada que brillaba como un espejo; cada ojo era del tamaño de un puño de Siv y estaba segmentado como el de un insecto.

—Ah. Saludos, viajeros. Churkk los ha estado esperando.

—Matémoslo —susurró Torben—. No me gusta.

Brendol enfundó su bláster, levantó las manos de una manera tranquilizadora y dio un paso al frente.

—Eres un gand, ¿o no?

—Churkk es un gand con el que hablas, sí. Churkk es el último guardián de las tierras muertas.

Torben hizo un ademán para abarcar el mar infinito de arena gris detrás de ellos.

—¿Quieres decir que hay tierras más muertas que esas?

Churkk lanzó una risa que pareció un zumbido. Mientras él movía su cabeza, Siv por fin pudo reconocer el aspecto del metal brillante. El gand, si eso es lo que era un gand, estaba completamente recubierto con el mismo tipo de escarabajos dorados que fueron responsables de la muerte de Carr. Mientras reía, los escarabajos se precipitaron de la zona que rodeaba sus ojos hacia donde debía de estar su barbilla, en caso de que un insecto gigante tuviera una. La barba de escarabajos se desplazó entre chasquidos, haciendo que Siv se estremeciera horrorizada. La cara revelada del gand no era menos horrible, una bolsa quitinosa con ojos de alienígena y un aparato que no se parecía en absoluto a una boca, aunque de allí era de donde salía la voz que parecía entre un zumbido y un chasquido metálico.

—Esos escarabajos —dijo Siv, señalándolos—. ¿Por qué no te matan?

—Los escarabajos son la cosa más cercana a una familia que tiene Churkk. Hay soledad en estas tierras baldías, ¿o no? Un placer tener seres con los cuales conversar.

—¿Pueden hablar? —preguntó Torben.

Otro zumbido a manera de risa.

—Hay poco para charlar. Han pasado muchos años desde que seres sensibles se han acercado a la frontera de las tierras muertas. Churkk ha estado inactivo por un largo

periodo. Es bueno para Churkk tener trabajo de nuevo. Si están listos, Churkk entregará un mensaje.

Brendol se la había pasado conversando con sus troopers, pero entonces dio unos pasos al frente.

—¿Tienes un mensaje para nosotros? ¿De quién?

—La pregunta sería de qué. Ahora que los letreros han sido borrados por la arena y el viento, Churkk es la única advertencia. No entren en las tierras muertas. Hubo un gran accidente y la radiación permanece. Quienes pasan esta frontera morirán en una semana. Nadie entra. Nadie sale. Es un acuerdo elegante, pero solitario. Tal vez se está castigando a Churkk.

—Castigando ¿por qué? —preguntó Siv. Ella nunca había hablado antes a un alienígena. Aunque había luchado muchas veces contra los claws, nunca conversó con Balder ni conoció algo de su historia. Parte de ella estaba impresionada por su propia audacia.

—El gand no debió dejar Gand. No es la manera. Pero Churkk era joven y el augurio fue claro. Churkk tenía que partir. Churkk ha esperado mucho tiempo que los otros localizadores cacen a Churkk por dejar la secta, pero cada nave es derribada mucho antes de que Churkk pueda ser encontrado. —El gand rio de nuevo, y Siv estaba segura de que no había escuchado más que una pequeña locura mientras los escarabajos se alborotaban bulliciosamente alrededor de la cara de Churkk y se volvían a acomodar—. Es divertido, ¿verdad? Querer al mismo tiempo ser encontrado y olvidado.

—Dijiste radiación —Brendol se acercó más, lanzando a Siv una mirada de advertencia—. Y un accidente. ¿Cuándo fue eso?

—Churkk no lo sabe. El tiempo pasa de manera extraña aquí. Churkk miró a la última estrella caer en los baldíos, y aunque no hay neblina gaseosa aquí para mostrar las señales correctas, los escarabajos le hablan a Churkk. Dijeron que vendrían personas y que pasarían cosas horribles. Churkk ha estado muy ansioso por que esta eventualidad ocurra.

—¿Cosas horribles? —repitió Phasma bruscamente.

Churkk lanzó su risa inquietante una vez más. Siv no podía saber si era masculino o femenino, si tenía siquiera género. No podía saber si el gand era viejo o joven. Todo lo que sabía era que estaba sentado en algo tan alto como ella, por lo que el gand parecía más grande de lo que en realidad era. De cerca, mirando a los escarabajos ondularse, vio que el Churkk estaba sentado con las piernas cruzadas y las manos en sus rodillas. Al parecer no tenía armas, pero estaba cubierto con escarabajos, ¿o no? Un movimiento de un dedo y un solo insecto podría matar a todo el grupo. Si el gand podía dirigir a los insectos, hablar con ellos de alguna manera... bueno, Siv decidió no hacer enojar a Churkk.

—Cosas horribles pasarán de todos modos, si eso los hace estar más tranquilos con su destino. Churkk está aquí sólo para advertirles. Más allá de esta cerca, tal vez tengan cuatro días antes de que la enfermedad esté en sus huesos. Churkk sabe que hay

medicinas en algún lugar que pueden curar fácilmente esas enfermedades, pero Churkk duda que esa ayuda pueda encontrarse más allá de esta cerca.

Brendol se inclinó hacia Phasma. Siv estaba a una distancia suficiente para escuchar su conversación en susurros.

—Está hablando de envenenamiento por radiación. Eso sugiere que aquí se usó un arma nuclear o que hubo un accidente en una fábrica que hacía esas armas.

—¿El mapa no menciona las instalaciones de la Con Star, General Hux? Tal vez haya un arma, pero también una instalación con medicinas para curar la enfermedad que causa.

Brendol exhaló y se frotó la barba.

—Si pudiéramos llegar a mi nave, la Primera Orden estaría aquí en horas. Nuestras naves están equipadas con bahías médicas y curas para cada enfermedad conocida en la galaxia. Es sólo un juego de números y tiempo. Diría que le demos las gracias a esta cosa extraña por su tiempo y sigamos adelante.

—¿No le preocupa esta enfermedad? ¿O el augurio?

Un bufido.

—No creo en magia, Phasma. Y si creyera, no haría mucho caso si mi fortuna la dice un gand loco y solo en el desierto. Para empezar, son gente extraña. Tengo confianza en que la Primera Orden puede detener la enfermedad, en caso de que su advertencia se relacione con un evento radioactivo real.

Phasma hizo una pausa a su manera, como cuando ponderaba cada estrategia y sus posibles resultados. Siv sabía muy bien que el cerebro de Phasma era como una telaraña y que ella no tomaría una decisión hasta que considerara cada unión de cada hilo posible. Sosteniendo los quadnocs, Phasma miró a través de la cerca hacia las arenas que quedaban más allá, luego se dio vuelta para explorar el camino detrás. Era evidente que, sin importar qué desafíos los esperaran adelante, regresar no era una opción.

—Entonces apresurémonos —dijo finalmente ella.

Brendol asintió y se dio vuelta hacia el gand, que no se había movido. Siv no podía siquiera verlo respirar y se preguntó de qué estaba hecho Churkk, si tenía siquiera los órganos y líquidos habituales con los que sus detraxores hacían un trabajo rápido.

—Gracias por tu advertencia, Churkk. Comprendemos que esta área es peligrosa, pero no tenemos otra opción que seguir en busca de nuestro objetivo. ¿Tienes algún conocimiento del terreno o de las criaturas que se encuentran más allá de la cerca?

La gran cabeza de Churkk se agitó, haciendo que los escarabajos se escabulleran.

—Ustedes seguirán adelante, como dijo el augurio que lo harían. Y lo que los encuentre los encontrará. Churkk sabe lo que harán, gran General, y Churkk sabe que alcanzarán su objetivo. La galaxia cobrará su cuota, un día. En ocasiones es mejor dejar a una cosa sola.

—Pero ¿nadie ha pasado recientemente?

—No en años. Décadas.

—Si alguien más lo intenta, ¿le darás esta misma advertencia?

—Tú no controlas a Churkk, y Churkk dirá lo que las arenas ordenen. Churkk dirá a quienquiera que venga lo que necesita saber. Churkk les dirá que sólo peligro y muerte esperan más allá de esta cerca, lo mismo que ustedes ahora saben, si les hace algún bien. La sabiduría es desperdiciada en los fanáticos... esa es la única cosa de la que Churkk está seguro.

—Entonces ¿podemos pasar?

Churkk levantó un brazo cubierto de escarabajos, haciendo un gesto con una mano café, con tres dedos.

—Encontrarán un agujero en la cerca si caminan en esa dirección.

Siv se precipitó hacia delante, dejando un pedazo de carne seca cerca del asiento de Churkk, pero no lo suficientemente cerca para que un escarabajo la tocara a ella.

—Gracias, Churkk —murmuró ella, inclinando su cabeza. Su madre le había enseñado, hacía mucho tiempo, que había algo de sabiduría en la locura, y que quienes hablaban con el más allá debían ser respetados y recompensados.

—Cuando llegue el momento, sigue caminando —susurró Churkk, con la suavidad del zumbido de un insecto.

Siv asintió y se dio vuelta hacia su gente, pero su corazón se hundió en el momento en que vio sobre su hombro hacia Gosta y sus vehículos.

—¡Deprisa! —gritó ella—. ¡Ya están aquí!



VEINTISÉIS EN PARNASSOS, DIEZ AÑOS ANTES

UN GRUPO DE GUERREROS ENMASCARADOS CORRÍA HACIA ELLOS, jalando algo que se parecía a los trineos de los skimmers que alguna vez los habían atacado. Siv no pudo distinguir a nadie más en la multitud, pero conocía a la figura que jalaban en el trineo como a nadie más.

—Es Keldo.

Phasma había levantado sus quadnocs y tenía una vista aún mejor.

—Keldo, todos los scyres y todos los claws. Esto es una locura.

—Se parece más a una venganza —murmuró Brendol.

El grupo se acercaba rápidamente, bajando por la duna, hacia sus vehículos, donde Gosta estaba saliendo de su VAT y mirando atrás, hacia la fuente del ruido. También debió verlos, porque se dio vuelta y corrió lo más rápido que pudo hacia la cerca, obstaculizada por su tobillo torcido. Siv dio unos pasos hacia delante para ayudar a la chica, pero Phasma la atrapó por la muñeca y el duro guante del uniforme de trooper se encajó en la carne de Siv.

—No puedes salvarla —dijo Phasma—. Debemos seguir adelante.

—¡No pueden permitirles que tomen los vehículos! ¡Disparen! —gritó Brendol detrás de ellos.

Los troopers se llevaron los rifles blásters a los hombros. Tiraron los vehículos y a los atacantes que se acercaban con fuego láser al rojo vivo. El primer VAT ascendió en una bola de fuego que atrapó al segundo. El tercero perdió una rueda y cayó tristemente a un lado.

—¡Phasma, ayúdenme! —gritó Gosta, con los brazos estirados hacia la guerrera que idolatraba.

Pero Phasma sólo negó con la cabeza; su casco de stormtrooper era una máscara blanca y plana. Siv trató de apartarse, pero el apretón de Phasma fue más fuerte.

—Ella es una de nosotros —rogó Siv.

—Es demasiado débil para seguir adelante.

—¡Entonces la cargaremos!

Los guerreros de Keldo casi habían alcanzado a Gosta. Los troopers apuntaron sus blásters a la multitud. El humo llenó el aire, se formó un fondo nebuloso de nubes que explotaban y de láseres del color rojo de la sangre. Siv jaló y jaló, pero Phasma no la soltó. Ella no pudo mirar mientras el fuego láser daba contra la pandilla de personas que había conocido toda su vida, mientras los cuerpos gritaban, lloraban y caían, así que bajó su cabeza contra la armadura en el hombro de Phasma, un gesto extrañamente personal que Phasma permitió.

Cuando Phasma la apartó, Siv se dio vuelta. Detrás de lo que quedaba de la turba, Gosta yacía en el suelo entre una docena de otros cuerpos. La chica no se movía y tenía los ojos abiertos al cielo. La pequeña Gosta, la más dulce e idealista de los guerreros scyres, estaba muerta.

—¡No!

Phasma siguió apretando la muñeca de Siv, como si adivinara correctamente que Siv se vería impulsada a correr hacia la joven. No sólo porque podría haber alguna esperanza de salvarla, sino porque al morir sola, sin la ayuda de su gente, dejaría sin descanso el espíritu de Gosta y a Siv sin cumplir con su responsabilidad. A Siv le hormigueaban los dedos por alcanzar los detraxores en su mochila, por sentir la calma que se apoderaba de ella cuando completaba su rito sagrado; le dolían los brazos por sostener cerca a la chica y decirle que había sido una compañera buena y valiente, una guerrera valiosa del Scyre. Pero Phasma jaló a Siv hacia la apertura en la cerca. Pronto se les unió Torben, jalando también a Siv a regañadientes, murmurando disculpas y amabilidades que no hicieron nada por aligerar el golpe de su pérdida.

Todos esos cuerpos, o por lo menos muchos de ellos, habían recibido el don de los detraxores. Habían portado orgullosamente tiras verdes del bálsamo de oráculo y ahora nunca contribuirían con sus propias aportaciones. Cuando decidió ponerse del lado de Phasma y dejar al Scyre por esta búsqueda, Siv sabía que estaba abandonando a su gente, negándoles el bálsamo protector que necesitaban para sobrevivir y permanecer sanos. Ella planeaba regresar antes de que empezaran a sufrir, para ayudarlos a construir una nueva vida en las estrellas con mejores medicinas que cualquier cosa que ella pudiera proporcionar. Ahora su gente estaba muriendo. La culpa era un peso enorme sobre sus hombros y se sentía como una sed que nunca podría mitigarse.

Los pies de Siv se movieron por la arena como si fuera movediza. Se aventuró a lanzar una última mirada a Churkk, quien yacía muerto, derribado en el suelo y soltando un líquido que no era sangre. Los escarabajos que lo habían adornado ignoraron su humedad, dejando su cara y su cuerpo para darse un festín, en cambio, con la destrucción debida al fuego de los blásters. Debajo de los escarabajos, el alienígena insectoide había vestido las túnicas de color rojo sangre del Arratu, con sus pies segmentados desnudos y sus manos con tres dedos abiertas al cielo. Siv miró a Brendol, con su bláster aún en la

mano, pero no había manera de saber si la muerte del extraño guardián había sido un daño colateral o una ejecución a propósito.

Torben y Phasma realmente arrastraban ahora a Siv, cada uno apretando la parte superior de sus brazos. Sus detraxores pesaban demasiado en su espalda, al ver que tantos nutrientes se perdían. Cuando los brillantes escarabajos dorados brotaron como si hirvieran para cubrir el cuerpo de Gosta, Siv se dio vuelta por fin, sacudiendo sus brazos para soltarse, y volvió a usar sus piernas. Lo último que vio fue a la multitud de scyres y claws, los que no habían sido alcanzados por el fuego de los blásters ni reclamados por los escarabajos, corriendo por la arena, con gritos de guerra que hacían erupción desde sus máscaras, mientras arrastraban el trineo de Keldo detrás de ellos. Había compartido su cama, pero nunca había visto su máscara. Desde esta distancia no podía saber qué la pudo inspirar. Ásperas franjas negras, blancas y rojas estaban rodeadas por una melena de plumas negras. La vista era suficiente para hacerla correr.

Trotaron en paralelo a la cerca alta, pasando un letrero borrado por el viento tras otro, hasta que llegaron a una apertura en la alambrada. Uno de los troopers la detuvo mientras todos pasaban arrastrándose, pero Torben era demasiado grande para caber en ella. A Siv le preocupaba que los alambres sueltos lo cortaran y atrajeran a los escarabajos, pero Phasma lo hizo a un lado en silencio y cavó un surco profundo en la arena para hacer más espacio. Una vez que todos atravesaron, Brendol unió las dos piezas de la cerca y colocó alguna especie de esposas alrededor del alambre, para mantenerlas juntas.

—No durará mucho —dijo, haciendo eco de los pensamientos de Siv—, pero los detendrá un poco.

Una vez dentro de la cerca, nada parecía diferente del otro lado. La arena seguía siendo gris, el sol aún era agotador y el aire no se sentía más peligroso que antes de cruzar la frontera, como Churkk la había llamado. Pero Siv se estremeció de todos modos, segura hasta los huesos de que algo estaba desesperadamente mal aquí. Las palabras que el gand y Brendol Hux habían intercambiado (*arma, radioactiva, nuclear*) se repetían en su mente mientras sondeaba el entorno en busca de alguna nueva sensación que le informara qué debía temer. Phasma los guio en la dirección de la nave de Brendol. Siv nunca había dudado de la orientación infalible de su líder, y no lo hizo ahora. Ella tomó su lugar, después de Phasma y antes de Torben, corriendo con facilidad y sintiendo profundamente los lugares vacíos en la formación que debieron tomar la ansiosa Gosta y el alegre Carr. Habían sido cinco guerreros los que dejaron su tierra y, aunque las tierras muertas no estuvieran a la altura de su amenaza, ya siempre serían sólo tres. Cuatro, tal vez, si la medicina de Brendol era tan buena como les prometió y el niño lograba sobrevivir a cualquier veneno que hubiera destruido este lugar.

Bajaron por una larga duna y la tierra se aplanó un poco, como lo había hecho aquí y allá a través del viaje. A juzgar por los discos que había visto en la Estación Terpsichore, Siv pensó que esto significaba que mucho tiempo antes estas áreas habían sido naturalmente más bajas; valles y cráteres verdaderos que habían contenido alguna vez agua y plantas. Al principio no hubo signos de esa topografía, pero a medida que seguían

avanzando, extrañas formas y sombras fueron apareciendo en el gris monocromático. Empezaron a pasar postes altos, cada uno recargado de lado como un dedo roto, estirado desde el suelo. Más adelante, un peculiar esqueleto de metal se elevaba orgullosamente de la arena, formando un lazo y girando como la espina dorsal de las gigantescas anguilas que solían estrellarse contra las rocas en casa.

—¿Eran animales? —preguntó ella.

Brendol se había quedado atrás, retrasándolos con su falta de condición física. Se rio incontrolablemente y resopló mientras hablaba.

—Pasatiempos —dijo él—. Una vez guiaron vehículos que la gente manejaba por diversión. Una forma arcaica de entretenimiento en planetas sin suficiente tecnología para estimular a la población desde el interior de sus propias casas. Este planeta tenía mucha tierra y poco sentido.

A medida que avanzaban, forzados a pasar de un trote a una caminata rápida por la lentitud de Brendol, Phasma fue a la retaguardia. No podía caminar más que unos momentos sin darse vuelta para explorar el horizonte detrás de ellos. Keldo y su gente aún no aparecían, pero los estaban siguiendo. En un lugar tan vacío y desierto como ese, con los escarabajos y quién sabe qué otros horrores ocultos debajo de la arena, no había dónde ocultarse.

Cayó el atardecer y se apuraron a llegar a una serie de estructuras blancas encaladas que sobresalían de la arena como dientes destrozados. Aunque sus paredes parecían sólidas, no había techos en los edificios. La arena llenaba los interiores, apilada a gran altura en los rincones.

—Casas —dijo Brendol antes de que lo preguntara Siv—. Es mejor que busquemos refugio en una de ellas esta noche. No podemos ir mucho más adelante sin descansar. Si el otro grupo ha seguido a pie todo este tiempo, no estarán mejor.

Siv sabía muy bien que cuando Brendol decía *nosotros* en realidad se refería a él solo. Los guerreros scyres eran más que capaces de caminar otras muchas horas, y los troopers estaban en excelente condición física. Pero Brendol no estaba hecho para Parnassos. Cuando él se quitó los *goggles* y las tiras de tela para limpiarse el sudor de la frente, su cara enrojecida estaba blancuzca alrededor de las orillas; había huecos de color púrpura profundo debajo de sus ojos y sus músculos temblaban. Su mano aún conservaba la sutura a un lado. Tropezaba, además, cada pocos pasos, aunque nada impedía su marcha. Debió de haber reconocido la seriedad de su situación, porque permitió que Siv pasara gruesas líneas de bálsamo por sus mejillas.

—Allí —Phasma señaló la última estructura en el grupo, que estaba un poco más alta y tenía parte de lo que alguna vez fue un techo.

—PT-2445 hará la primera guardia —dijo Brendol—. Cambiaremos cada dos horas. Después de la tercera guardia, seguiremos adelante.

Lanzando miradas nerviosas a la arena detrás de ellos, pasaron por la puerta vacía y se dispersaron por el edificio, que estaba dividido en varios cuartos, todos llenos de arena. Aunque era evidente que los cuartos alguna vez habían tenido la altura suficiente

aun para alguien de la estatura de Phasma, la arena había llenado la estructura de modo que sus paredes apenas tenían una altura suficiente para proporcionar un respaldo decente para Torben; tal vez sólo contaban con un metro de espacio hasta que las vigas de soporte de metal rasgado empezaran a sobresalir del blanco, que era uniforme. Siv fue a un rincón, se sentó con fuerza y buscó entre sus bolsas el tacto tranquilizador de sus detraxores. Era su deber asegurarse de que todos tuvieran una última aplicación de bálsamo de oráculo antes de que el sueño les ganara. El ritual de la tarea la tranquilizó.

Torben se sentó junto a Siv. Ella trazó líneas gentiles de bálsamo en sus mejillas y su frente. Estaban cerca de la nave de Brendol y ella anhelaba protegerlo de cualquier peligro oculto que acechara en las tierras muertas.

—Gracias —murmuró él.

—Cuerpo al cuerpo, polvo al polvo —replicó ella.

Su madre le había explicado que era parte de un ritual mucho más antiguo, pero las palabras ceremoniales siempre la habían hecho sentirse unida al planeta y a su propio linaje, con todo y que su madre era la única pariente que recordaba. Cuando ofreció la lata de bálsamo a Brendol y sus troopers, recibió breves agradecimientos de Pete y Huff, ambos sin sus cascos, pero Brendol sólo asintió, lo que hubiera sido una grosería por la que hubiera valido la pena pelear en su hogar, en el Scyre. Mientras se acercaba a Phasma, Siv se dio cuenta de que ella nunca volvería a marcar las líneas en las mejillas de Gosta, preocupada por la joven y recordándole que bebiera agua suficiente.

Phasma era la única que estaba sentada fuera del edificio, de espaldas a lo que debió de ser la pared externa. Aún llevaba puesto su casco, y la curiosidad de Siv por el impacto de la golpiza de Wranderos seguía intacta.

Cuando le tendió la lata a Phasma, ella se quitó los guantes, vertió su porción e hizo una pausa momentánea, como si hubiera olvidado qué decir. Cuando las palabras salieron, eran recortadas y atonales, la imitación misma de Brendol, si él hubiera sido lo suficientemente cortés para decirlas.

—Gracias.

Siv inclinó ligeramente la cabeza.

—Cuerpo al cuerpo, polvo al polvo.

Sin embargo, Siv permaneció de pie, esperando que Phasma dijera algo, se quitara el casco o hiciera algo que proporcionara comodidad o comprensión. En el Scyre, Keldo había sido la voz y el corazón de su liderazgo, el que siempre sabía qué decir, sin importar si se necesitaba ofrecer bondad, apoyo, compañía o regaño. En ese entonces, el silencio de Phasma había parecido la mitad de un todo, como si su parte del lazo de hermanos fuera el reino de lo físico, de la protección, la defensa y el valor. Ahora, sin la ternura y la empatía de Keldo para conectar con ella, Phasma parecía fría e inhumana. El casco sólo servía para resaltar su parecido con un droide como los de la Estación Terpsichore, que nunca habían cambiado su expresión, aunque hicieran cosas horribles.

Sin embargo, Phasma seguía concentrada en la arena: era evidente que percibía algo.

—Puedes tomar más —dijo Siv, casi sin pensarlo, mientras sopesaba la lata en su mano. Era la porción de Gosta para el día, y años de cuidadosa vigilancia de las necesidades de su gente habían capacitado a Siv para repartir exactamente lo que se necesitaba y retener lo suficiente para todo. Ahora sólo servía para recordarle que Gosta había sido poco más que una niña, con todo y que ella había buscado ser una más de los guerreros y comportarse bien en batalla.

—Guárdalo. Tal vez nos servirá para seguir adelante mañana. —La voz de Phasma era plana y recortada, y Siv pudo darse cuenta de que, aun con el casco, Phasma no la estaba mirando.

—La enfermedad que mencionó Churkk. ¿La sientes?

El casco de Phasma se movió de un lado a otro una vez.

—No.

—Me pregunto si llegaremos a reconocerla. Si vendrá como la fiebre, con calor y comezón, o si se colará en la noche como lo hizo una vez la vieja tos de perro. O tal vez el gand sólo estaba loco.

—Tal vez.

Siv esperó varios minutos, deseando que Phasma dijera algo más, cualquier cosa, para que se sintiera segura de que su líder no había, en realidad, empezado a encaminarse en dirección de la locura. Cuanto más tiempo Phasma permaneció sentada allí, explorando el horizonte, reteniendo su porción de bálsamo sin retirar su casco para aplicarla, sin hacer ni decir nada, con su mano en el bláster, más se lamentaba por la chica con la que Siv había crecido y a la que había aprendido a confiar con su vida. Entonces Siv probó un último truco.

—¿Crees que lo lograremos?

Ante eso, por fin el casco se volvió hacia ella y se inclinó hacia arriba. Ella sintió que la afilada mirada de Phasma la recorría y se preguntó qué había visto su líder en su teniente.

—Tal vez.

Siv se dio vuelta para irse, pero no pudo hacerlo sin oírlo de ella. Aunque fuera como sacar criaturas marinas de sus conchas, debía extraer algo de la mente de Phasma ahora que estaban por entrar en un lugar que realmente la aterraba.

—Brendol Hux dice que podemos lograrlo. Dice que su nave estará allí y que su gente vendrá. Dice que nos llevará a las estrellas y nos dará medicinas. Que pueden arreglar cualquier cosa que esté dañada aquí. ¿Crees que sea verdad?

El casco de Phasma produjo un ligero chasquido mientras su mirada dejó a Siv y regresó al horizonte gris. El sol que se ponía arrojaba sombras largas y negras a partir de los huesos de metal de las civilizaciones muertas desde hacía mucho tiempo.

—Sólo podemos actuar como si fuera verdad —dijo Phasma—. Sólo podemos seguir adelante.

Siv asintió y se alejó, pensándolo. Phasma tenía razón. En esta situación no había nada más que hacer. Sólo podían empujar hacia delante, creyendo que Brendol Hux sería el salvador.

Si él estaba mintiendo, de todos modos pronto estarían muertos.

—

Siv despertó cubierta por el enorme brazo de Torben y una capa de arena. Todo resquicio de su cuerpo le daba comezón, torturada por la cosa gris y ligera. Ella se la quitó de encima y se puso de pie, tratando de equilibrarse. La arena le picaba los ojos y la apartó de las pestañas mientras volteaba en la dirección de la que los perseguían. No vio a Keldo y su banda, pero no cabía duda de que no tenían tiempo que perder. Phasma ya estaba despierta, conversando con Brendol. La frente de Siv se arrugó y se puso de nuevo su propia máscara. Le molestaba tener que esforzarse tanto para merecer unas cuantas palabras insignificantes de su líder, mientras que Phasma parecía más que feliz de conversar con Brendol en secreto. En su opinión, Phasma debía ser leal primero a su gente y después a sus aliados. Al parecer, Phasma ya no lo veía de la misma manera.

—Levántate, gran bruto. —Siv frotó el hombro de Torben, sonriendo, mientras él se despertaba crispado y fruncía el ceño ante la arena que lo cubría como si fuera una gran montaña.

—Estoy enterrado —dijo con sorpresa—. Otra hora y me hubieran perdido.

—Difícilmente. Eres el montón más grande a la vista.

Se sentía bien al atender a Torben, darle pedazos de comida y su ración matutina de agua, además de untarle bálsamo adicional. Ahora que ya no estaba Gosta, se moría por cuidar a alguien, establecer algún tipo de conexión nutricia. En cuanto a Torben, él toleró los cuidados de ella y la atrajo para abrazarla. Ella se sintió tan bien por ser abrazada que los ojos le ardieron por las lágrimas mientras se quitaba la máscara y enterraba su cara en el pecho de él. Un momento robado de consuelo que se sintió de lo más precioso en una situación tan precaria.

Si el gand dijo la verdad, se dirigían hacia el lugar más mortífero de Parnassos, y eso ya era mucho decir. Todos los demás enemigos que Siv había enfrentado eran algo con lo que podían pelear de frente: grupos opositores, bestias marinas, aun un monstruo como Wranderos. Pero cualquier clase de muerte acechante que los esperara era alguna especie de enfermedad con síntomas desconocidos que tal vez ya estaba apoderándose de su cuerpo, en algún lugar de su interior. Cuando el niño se movió dentro de ella, apenas una efervescencia burbujeante, llevó una mano a su estómago y le ofreció su agradecimiento. Por lo menos lo que consideraba máspreciado seguía sin tocarse. Hasta ahora.

Partieron antes de que el sol abriera una brecha en el cielo. Brendol gruñó que deberían caminar de noche, cuando el aire era frío y claro, en lugar de guardar sus fuerzas para el calor del día. Siv esperaba que Phasma compartiera sus propias ideas sobre el

asunto, pero ella permaneció en silencio. En el Scyre, Phasma hubiera lanzado una dura reprimenda contra cualquier guerrero de su compañía que se quejara o cuestionara su juicio. Además, habría castigado a quien retrasara a todo el grupo por su falta de vigor y energía. Pero Phasma adecuaba el paso de todos al de Brendol sin decir una palabra, reacomodando sutilmente su ruta cada vez que empezaban a desviarse. Siv estaba demasiado bien entrenada ahora para cuestionar esta extraña y silenciosa batalla de voluntades. Su única tarea era llegar viva a la nave de Brendol, preservando a su hijo y a Torben lo mejor que pudiera. Aunque abrigara sus dudas, Phasma era su líder y Siv estaba obligada a seguir sus órdenes, a pesar de que se sentía en conflicto por la interferencia de Brendol.

Dejaron los edificios, que habían quedado vacíos desde hacía mucho tiempo, y nuevas formas se elevaron contra el cielo de la mañana. Estas no eran casitas como las que llenaban la última área. Eran estaciones enormes, como Terpsichore o Arratu, aunque devastadas. A la primera le faltaba parte de su techo de metal. Algunas sombras negras manchaban sus paredes blancas. Cuanto más avanzaban más dañados estaban los edificios que aparecían. Sus techos habían desaparecido, sus paredes se encontraban quemadas, cuarteadas, y les faltaban grandes pedazos. Siv se sintió mareada mientras miraba alrededor y trataba de imaginar qué pudo hacer tanto daño a un área tan grande. Aun al poderoso océano le tomó años resquebrajar los acantilados de piedra del Scyre. Después de que se detuvieron para ocuparse de sus necesidades personales detrás de una estructura particularmente estropeada, Siv observó varias sombras negras con la forma de personas pintadas en la pared.

—¿Qué es eso? ¿Más arte? —le preguntó a Brendol, quien esperaba cerca, a la sombra de una pared, sin sus *goggles* y sus vendas, mientras se tallaba los ojos.

Él se dio vuelta para seguir la mirada de ella.

—Residuos de una explosión nuclear —dijo él, con el ceño fruncido y haciendo un puchero—. Debemos de estar cerca del epicentro.

—¿Residuos?

—Oh, mira. La gente estaba parada enfrente de la pared cuando estalló la bomba. Todo explotó y el poder de la explosión los desintegró en su lugar. El poder de la bomba proyectó sus restos contra la pared. ¿Lo ves?

—No. No sé lo que es una explosión.

Todos excepto Torben se habían reunido alrededor para escuchar. Brendol puso sus manos sobre su cadera y se quedó viéndolos. En algún momento, después de huir de Arratu, se había puesto de nuevo su traje negro y el sol empezaba a comerse el color, mientras los cuidadosos plisados, pliegues y borlas estaban arrugados y cubiertos con arena gris. Las botas, que habían sido negras y brillantes, estaban opacas y cuarteadas. Su barba había crecido hasta llenar su cuello con parches rojos y blancos. Su cara estaba cubierta por un rojo enfermizo, con unos puntos que crecían como los que Siv había sufrido en sus años de adolescencia.

—Mira, es muy complicado —dijo Brendol—. Pero ¿sabes lo que es un relámpago?

Siv asintió.

—Por supuesto.

—Imagina una gran explosión de relámpagos. Tan grande y con tanto poder que destruye todo hasta donde la vista puede abarcar. Toda persona, animal, planta y edificio. Sólo las superficies muy fuertes, hechas con los minerales más resistentes, pudieron sobrevivir. La materia orgánica es desintegrada, destruida por completo, sin dejar nada atrás. Todo el cielo se vuelve negro por el humo, bloqueando el sol y convirtiendo la lluvia en veneno. Nada sobrevive, literalmente hablando.

—No puedo imaginar eso —dijo Siv, pero su voz era hueca.

No podía imaginarlo, pero sí *podía* comprenderlo. La descripción de Brendol explicaba demasiado acerca de Parnassos, por qué no quedaba nada. Siempre le habían dicho que el planeta había sido la causa de la destrucción de su gente, pero esto tenía más sentido. Por supuesto que fue la gente. La gente había destruido este lugar. La gente había abandonado a los pocos sobrevivientes para que enfrentaran una vida violenta, llena de dolor y esfuerzo. Torben se les había unido y escuchó la última parte, con la cara enrojecida por la ira, como si su único deseo fuera sacar a la persona responsable de cualquier agujero en que se estuviera ocultando, arrastrarlo y azotarlo hasta la muerte. Pasó su brazo alrededor de Siv, como si deseara protegerla a ella y su niño de todas las penas que Parnassos les había infligido.

—¿Quién hizo esto? —preguntó Phasma.

Brendol se rio entre dientes.

—¿No es obvio? La Corporación Minera Con Star. Si fueron responsables del bombardeo, si una corporación rival lo hizo o si su tecnología fallida desencadenó un desastre nuclear, evidentemente fueron ellos. Y en lugar de arreglar su desastre, abandonaron el planeta.

—¿Todavía hacen negocios en tu mundo? —preguntó Phasma.

—Sí, son una corporación grande y redituable en la galaxia.

—Debería hacerse algo.

Brendol asintió, con aspecto astuto.

—Tal vez eso pueda arreglarse. Poseen muchos activos valiosos, y la Primera Orden siempre necesita más activos.

Siv sentía que Phasma y Brendol habían llegado a un acuerdo no dicho, que tenían algún entendimiento previo de cómo sus caminos... bueno, no se cruzarían. Tal vez tampoco se entrelazarían, porque él no parecía agradarle a Phasma de manera especial. Tal vez la mejor descripción era que se alinearían. Brendol tenía algo en mente para Phasma, algún lugar especial entre su gente que le sería benéfico a él.

Brendol fue el primero en reanudar la caminata, alejándose de las sombras impresas como si hubiera terminado de mirar una roca muy aburrida. Los troopers lo siguieron, al igual que Phasma, quien se le adelantó rápidamente para tomar la vanguardia. Siv y Torben se quedaron un momento, y él la atrajo más a su lado. Las sombras negras

parecían de dos tamaños distintos. Siv imaginó que veía adultos y niños allí, un grupo familiar completo reducido nada más que a una imagen nebulosa en la pared.

—Cuanto más rápido caminemos, más pronto llegaremos a la seguridad —le recordó Torben.

Ella se dio vuelta en sus brazos para verlo a la cara sin máscara. De inmediato llevó el dorso de su mano a su frente.

—¿Tienes fiebre? —preguntó ella.

Aunque su enojo se había disipado, su color seguía vivo. Unos cuantos puntitos sobresalían entre su desaliñada barba marrón y sus ojos eran de un verde brillante contra un blanco rosado. Sin embargo, su piel se sentía fría contra la de ella. Cuando le tomó el pulso con la punta de los dedos, su corazón latía con firmeza y fuerza.

—Me siento bien —dijo él, con las cejas caídas por la confusión—. ¿Y tú?

Ella llevó su mano a su propia mejilla. Su piel también se sentía fría, pero sus dedos bailaron sobre unos cuantos bultitos en sus sienes, donde su cabello estaba peinado hacia atrás.

—Churkk dijo que habría una enfermedad —dijo ella—. Me pregunto si es así como empieza.

Torben le puso con suavidad la máscara y la urgió para que caminaran mientras los demás desaparecían tras el siguiente edificio.

—Le preguntaremos a Brendol más adelante —dijo él, dándole un apretón—. No se puede hacer nada por ahora. Me siento tan fuerte como siempre.

Él se dio golpes en el pecho y le sonrió. Ella le regresó una sonrisa, a pesar de que la sintió falsa. Había aprendido mucho sobre cuerpos, atendiendo los detraores y, antes de eso, cuidando a los ancianos e infectados en la Nautilus. Cuando varias personas mostraban signos similares de una nueva enfermedad, nunca era un buen augurio.

Pero Torben tenía razón. No se podía hacer otra cosa más que seguir caminando. Cualquier enfermedad que fuera, nunca había escuchado de ella y no tenía curas en su mochila ni en su memoria. Todo lo que podía hacer era asegurarse de que todos tomaran bálsamo y linimento adicionales. Eso seguiría proporcionando algún tipo de protección. Siv y Torben trotaron para alcanzar a los demás, trepando la ligera pendiente de una duna. Cada que subían desde un lugar bajo, ella se sentía más emocionada por ver lo que aparecería al otro lado de la cima. Aunque lo que había visto hasta ahora por lo general sólo representaba problemas, desde los lobos de piel hasta Arratu, la cerca y las tierras de la muerte más allá, aún sentía un soplo de optimismo. Esta vez, finalmente, sus esperanzas tuvieron respuesta.

Llegaron a la cima de la duna cuando el sol estaba en lo alto y abajo pudieron mirar dos cosas: devastación absoluta... y los restos de una nave.



VEINTISIETE EN PARNASSOS, DIEZ AÑOS ANTES

—**ALLÍ ESTÁ —DIJO BRENDOL, CON TONO ALEGRE POR PRIMERA vez en la memoria de Siv.**

—Parece intacta —añadió Phasma, mirando a través de sus quadnocs—. Si alguien más hubiera llegado antes, la hubiera desvalijado hasta dejar nada.

Por lo que Siv podía ver de la nave, era del tamaño de un edificio y estaba cubierta por el metal más brillante que jamás hubiera visto, tan brillante que podía rivalizar con los escarabajos que habían recubierto a Churkk. Pero la nave era plateada en lugar de dorada, y el sol se reflejaba en ella con tanta fuerza que tuvo que cubrirse los ojos con las manos. La esperanza inflamó su corazón y apenas pudo contener el entusiasmo. Con todo y que ella misma había llegado a creer en el futuro prometido por Brendol, nunca había confiado por completo en el hombre, o en su historia del poder y la generosidad de la Primera Orden.

La nave caída estaba justo enfrente de una estructura que reconoció demasiado bien: otra estación de la Corporación Minera Con Star. Había sido destruida por completo, al igual que todos los edificios dependientes que la rodeaban. Pedazos retorcidos de metal y postes rotos sobresalían de la arena. Dos grandes cilindros del tamaño de la propia estación se elevaban detrás de ella, de un gris muerto contra el cielo azul plano.

—Eso es lo que sucedió —dijo Brendol, casi para sí mismo. Luego, en voz más alta—. Fue un accidente nuclear. Alguien debió de buscar ahorros en materiales de construcción, o cometió otro error estúpido. La galaxia debe estar más allá de este tipo de tragedias. Bajo la Primera Orden, una compañía no podría simplemente devastar un planeta y abandonarlo. Quién sabe cuántas vidas más se perdieron aquí. —Él movió la cabeza de un lado a otro, escupió en la arena y por primera vez Siv no lo culpó. Si desperdiciar una pequeña cantidad de humedad era blasfemia, entonces matar a millones de personas lo era todavía más.

—Y entonces la enfermedad... —empezó Siv.

Brendol la miró. Su anterior alegría se había ido.

—Sí. La sentiremos pronto. Envenenamiento por radiación. El enrojecimiento, las erupciones. Luego la debilidad. Será peor. Cuanto antes lleguemos a mi nave y llamemos a la Primera Orden más rápido nos sacarán de esta roca muerta y nos inyectarán el antídoto.

—¿Qué es eso?

Él agitó la mano despectivamente.

—Quelación, antioxidantes, drogas. No es mi campo. Por eso tenemos droides médicos. Lo importante es que cuanto más tiempo pasemos aquí hablando de ello menos posibilidades tendremos de sobrevivir el tiempo suficiente para que nos curen.

Phasma se echó a correr y hasta Brendol la siguió de prisa. Bajaron al otro lado de la duna, al cráter de abajo, resbalándose y deslizándose en la arena, cayéndose y levantándose para correr de nuevo. Un dolor palpitante empezó debajo de los ojos de Siv y sólo por un momento vio doble y casi se desmayó. Pero entonces Torben la tomó por el brazo y ella se levantó y corrió de nuevo. Hasta los guerreros scyres estaban sin aliento cuando llegaron a la nave, lo suficientemente cerca para ver los ángulos de la nave lisa y las placas de metal resquebrajado esparcidas alrededor y dañadas por el impacto.

Brendol respiraba con tanta dificultad que no podía hablar. Agitó su brazo en dirección de sus troopers. Ellos intentaron trepar en el metal, pero sus botas se resbalaron en el cromo. Siv no conocía esa palabra, *cromo*, pero yo sí. Estoy segura de que recuerdas esa nave, porque un tiempo te tocó navegar en ella. Alguna vez fue el yate favorito de Palpatine en Naboo. No sé cómo Brendol pudo poner sus manos en él, pero le encantaba. Luego desapareció de los registros. Tal vez recuerdes cuando dejaste de verlo. Tal vez Brendol te dijo que lo había vendido o que lo habían retirado. No le hubiera gustado admitir que la estrelló y la abandonó.

No era una tarea fácil entrar en una nave dañada de ese tamaño sin el equipo adecuado y los troopers estaban haciendo un mal trabajo.

—Déjenoslo —dijo Phasma y señaló con la barbilla a Siv y Torben.

Complacidos de tener un trabajo real, sacaron su equipo de scyres de sus bolsas: botas y guantes de garras, cuerdas de rapel y ganchos fabricados con desperdicios y equipos oxidados de minería. En el Scyre, esas cosas eran necesarias todos los días, pero los aparejos para escalar habían sido inútiles desde que bajaron en rapel de la montaña y aterrizaron en la arena interminable. Por un momento, habiendo ascendido por su cuerda para pararse en lo alto sobre el ala plateada de la nave, Siv se sintió inundada por la alegría pura y el sentido de logro, y olvidó todo lo que le había sucedido a su familia en las últimas semanas. Sin embargo, cuando miró por el transparacero de la cabina de mando, su felicidad se esfumó. Dos seres humanos muertos estaban sentados en el interior, amarrados a sus sillas con cascos negros. Los escarabajos se peleaban por saborear la sangre seca que decoloraba sus ropas negras.

Cuando Phasma se dio vuelta para lanzar abajo una cuerda de rapel para que los troopers ayudaran a Brendol a subir a la cabina, se quedó congelada. Siv siguió su mirada

y sintió que su corazón vacilaba. Era Keldo. Y todos los scyres y los claws, ya sobre la duna y corriendo hacia delante, con las armas listas.

—

—Súbanme —gritó Brendol—. ¡Deprisa!

Cualquier cosa dicha después se perdió en el vuelo de los rayos de bláster de los troopers y la cacofonía enloquecida de los gritos de guerra.

Por lo menos cincuenta personas se dirigían directamente a la nave caída. Siv y Torben se agacharon a medida que más fuego de bláster rebotaba en la nave alrededor de ellos. La gente de Keldo debió de encontrar los blásters de Gosta y los que se habían quedado en el VAT.

Siv nunca había estado del lado que recibía el fuego de los blásters y era desorientador. El metal brillante rechazaba los rayos, pero eso sólo significaba que había dos maneras de recibir un disparo, del fuego inicial y de los rebotes al azar. Phasma se esforzó por subir sola a Brendol a la nave, pero entonces la cuerda se agitó en sus dedos con guantes, cortada por una ráfaga afortunada. Brendol cayó más de un metro y aterrizó de mala manera, gritando y golpeándose en la espalda mientras sus troopers se hincaban frente a él, regresando el fuego a los atacantes que se acercaban.

—Debemos llegar al suelo y defender a Brendol —dijo Phasma.

—¡Él no es uno de nosotros! —gritó Torben, comunicando nítidamente lo que Siv se había esforzado tanto tiempo en decir.

—Pero es el único que puede traer a la Primera Orden para que nos ayude. Si no lo salvamos y lo subimos aquí para que haga la llamada, moriremos en este lugar.

Siv reconoció que era cierto y lo odió, pero sabía que su única oportunidad radicaba en seguir las órdenes de Phasma. Cuando esta saltó de regreso fuera de la nave para bajar a rapel al suelo, Siv la siguió. Torben fue justo detrás de ellas. Aterrizaron en una nube de arena y a Siv le ardieron las manos por la fricción de la cuerda, aun a través de sus guantes.

—Protejan a Brendol a toda costa —dijo Phasma, dirigiéndose a ellos y a los troopers, quienes ya lo estaban haciendo.

Phasma sacó un rectángulo de metal de la arena y volteó la placa rota de la nave como escudo para enfrentar a los atacantes. Torben siguió su ejemplo. Siv se les unió gustosamente detrás de la barricada improvisada mientras los troopers hacían lo mismo, protegiendo a Brendol entre ellos detrás de su panel. Con cada golpe de bláster, el metal resonaba y se sacudía. Siv usó ambos brazos para empujar arena detrás de él y ayudar a Torben a sostenerlo. Cada vez que sentía que los disparos cesaban, Siv se asomaba por la orilla y respondía. La súbita oleada de triunfo que sentía cada vez que uno de los rayos de su bláster daba en el blanco era inmediatamente absorbida por la tristeza cuando su cerebro registraba a quien había derribado. Esas personas habían estado allí toda su vida, ayudándole a caminar por primera vez por la Nautilus, enseñándole a hacer botas fuertes

y empujándola para que perdiera el miedo mientras aprendía a saltar entre pináculos de roca. Ahora estaba dándoles fin con sólo jalar un gatillo, ni siquiera en una pelea valiente y digna. La mayoría sólo estaba armada con hachas y cuchillos, las armas rudimentarias del Scyre. Aun así, todos seguían corriendo hacia ella, gritando como si tuvieran una oportunidad. Uno por uno, los seleccionó y los miró caer.

A pesar de que cada vez eran menos, y del continuo fuego de los blásters que los desgarraban, Keldo y su gente continuaron su ataque. Alguien había añadido una pieza de metal al frente del trineo de Keldo, quien estaba agachado detrás de él, evitando el fuego, tal como lo hacía el lado de Siv. Eso la hacía sentir frustrada y contenta a la vez. Ella no quería herirlo, pero tampoco quería morir. Los scyres y los claws se acercaban con rapidez. Siv sospechaba que pronto estarían a una distancia suficiente para llamar al otro por su nombre y ver la luz que dejaban los ojos de sus amigos mientras morían lejos de su territorio, cubiertos por un enjambre de escarabajos y por una capa de arena gris.

El primer guerrero se estrelló en el escudo de metal de Phasma, un claw que abanicaba una enorme hacha, apuntando al cuerpo de Phasma detrás de la placa de metal. Phasma puso un pie contra el metal y lo pateó, despachándolo con un rayo de bláster al pecho. De no ser por la imponente estatura y el destello de la ropa de Arratu entre las articulaciones de su armadura, fácilmente la hubieran confundido con uno de los troopers sin rostro y sin nombre de Brendol.

Siv no tuvo mucho tiempo para ponderar la transformación de su líder. La ola de guerreros llegó hasta ellos y estuvo muy ocupada cortándolos con su guadaña y disparando con su bláster como para entregarse a la filosofía. El bláster no era tan fuerte o confiable como los que Phasma y los troopers empuñaban, pero Siv estaba agradecida por la capacidad de pelear a distancia y terminar a un enemigo sin sacar un cuchillo de la carne pegajosa. Ella derribó a dos claws con el bláster, pero luego produjo un chasquido y no logró disparar al tercer cuerpo en fila. Lanzando su propio grito de guerra, invadida completamente por la sed de sangre de la pelea, Siv se levantó detrás del escudo y se lanzó con una de sus guadañas, un arma que nunca fallaba. La clavó en el cuello de una mujer, separándolo a medias de su hombro.

Los ojos sorprendidos de la mujer se encontraron con los de Siv, quien se dio cuenta de que era Ylva, la madre de Frey. Sacó la hoja, horrorizada, y buscó alrededor a la niña atesorada, pero todo lo que vio fue aún más guerreros tras su sangre. Ylva cayó al suelo y empezó a gritar mientras los escarabajos dorados surgían de la arena, cubriéndola y dándose un festín con su sangre. No había nada que hacer; esas heridas no sanarían. El único regalo de Siv fue la misericordia. Cortó la garganta de Ylva y pasó al siguiente atacante. No había tiempo para usar los detraxores ni decir la plegaria por ella; no había tiempo siquiera para limpiar la sangre de su guadaña.

Ella atrapaba atisbos, entre ataques, de sus compañeros peleadores, su anterior familia. Torben luchaba con su propio hermano, nacido mucho más pequeño y menos inclinado a la brutalidad. Era evidente que Torben no quería ser el responsable de la muerte de su hermano mayor. Luchaban a mano limpia, porque sus armas habían caído

hacía mucho a la arena. Aunque Torben podía terminar la pelea de diez maneras diferentes, quebrando el cuello o la espina dorsal de su hermano o hundiendo su nariz en su cerebro, sólo le gruñía al hombre, sosteniéndolo en algo que hubiera sido un abrazo, de no estar murmurando ferozmente uno al otro sobre lealtad, rodeados por muertos y moribundos.

Entre asaltos, Siv vio que su lado tenía dificultades y que quedaban ya pocos de ellos. Uno de los troopers había muerto, y Brendol estaba laboriosamente encorvado detrás del escudo, poniéndose la armadura del hombre. El otro trooper tenía un bláster en cada mano y disparaba metódicamente a todos los que se atravesaban en su camino. En la duna yacía un rastro de cuerpos, llenos de agujeros de bláster y echando humo ligeramente. Algunos todavía se arrastraban y gemían. Así no eran las batallas en el Scyre; tampoco era la manera en que la banda de Balder se había enfrentado a los guerreros de Phasma. Había un elemento de valor y respeto en sus escaramuzas: bandas probándose una a la otra, afinando sus habilidades contra su oposición como una espada contra una piedra. Pero ¿esto? Era una masacre e hizo vomitar a Siv. No había honor en esta pelea.

En cuanto a Phasma, ella había abandonado su escudo y entrado en su elemento: la guerra. Pasaba de un atacante a otro, evadiendo cada lance de espada y golpe de hacha. Había una elegancia elemental en cada uno de sus movimientos, en la fría precisión con la que despachaba a cada guerrero que se acercaba a ella con malas intenciones. Al mirarla, Siv reconoció que el camino que iba forjando se dirigía directamente hacia Keldo. Incapaz de pelear, debido a su pierna faltante, él esperaba detrás de su escudo, con su máscara ocultando su verdadero rostro y dos blásters descartados en la arena, al lado de su trineo. Unos dedos pequeños alrededor de su escudo sugerían que la niña, Frey, estaba escondida detrás, con él.

Ese fue el momento en que Siv se dio cuenta de que hasta Phasma se había equivocado; Keldo tampoco estaba en lo correcto. Un buen líder habría aceptado la pérdida de sus más grandes guerreros y trabajado para apuntalar su territorio. Habría armado a la siguiente línea de defensa, habría asegurado comida y abrigo para quienes quedaban y se habría concentrado en mantener su relación con la banda más cercana, que también se había debilitado recientemente. En cambio, Keldo abandonó el hogar de muchas generaciones, el territorio por el que habían luchado tanto y entregado demasiado, y llevó a toda su gente allí, a través de los baldíos, a morir en un viaje de revancha sin esperanza.

Un suave grito atrajo la atención de Siv, quien miró la caída de Torben. El hombre grande aterrizó de rodillas y luego se derrumbó suavemente de costado sobre la arena, mientras la sangre brotaba de un tajo en su costado y su máscara se deslizaba de su rostro. Su hermano permanecía sobre él, mirando la hoja en su mano con horror mudo. Hasta donde Siv sabía, era su primer asesinato. Siv quiso correr hacia Torben para reconfortarlo, para sostenerlo, para dedicarle las plegarias apropiadas, pero sabía muy bien cuando una herida era fatal. Nada que pudiera hacer lo salvaría. Sus ojos ya estaban

abiertos al cielo azul, vacíos, y los escarabajos se arremolinaban en un río dorado para chupar la herida abierta.

El hermano de Torben la miró, con sus ojos implorando algo. Perdón, tal vez, o comprensión, o que pudiera de alguna manera despertar de esta pesadilla. No era un guerrero y nunca había obtenido su máscara, lo que significaba que todos veían sus lágrimas. Siv no podía darle lo que buscaba. Levantó el rifle bláster del stormtrooper muerto y disparó al hermano de Torben, al asesino de Torben, un solo rayo cuidadosamente colocado para garantizar su letalidad. Una leve sonrisa iluminó su cara antes de caer. Ella creyó ver que sus labios formaron la palabra «gracias».

Siv miró alrededor en busca de la siguiente pelea y se encontró con que ya no quedaba una sola. Torben se había ido y los dos troopers de Brendol estaban en el suelo, uno medio despojado de su armadura. Las únicas personas que aún estaban de pie eran Brendol Hux, agazapado detrás de su escudo, metido parcialmente en una armadura que no era de su talla, y Phasma, de pie en un círculo de cuerpos, con un remolino de sangre roja y escarabajos dorados. Y, más allá, Keldo en su trineo. Había cuerpos por todos lados. Considerando que casi todos eran viejos o nunca habían sido guerreros, se sentía menos como una victoria y más como una masacre de tontos.

Dejando caer el escudo, Siv le lanzó a Keldo una mirada dura, retomó su camino a través del campo de batalla y se hincó junto al cuerpo de Torben, al lado opuesto del río de escarabajos. Tomó su detraxor de su bolsa, colocó un nuevo odre y deslizó la púa en su lugar. Mientras la máquina zumbaba cobrando vida y hacía su trabajo, privando a los escarabajos de su objetivo, quitó con gentileza la máscara de la cabeza de Torben y la partió a la mitad con una rodilla. Su piel era más roja ahora que empezaba a pelarse, y sus labios estaban tan secos que los tenía resquebrajados. Sus ojos ciegos se dirigían al sol, planteando una pregunta que nunca tendría respuesta.

—Gracias por servirnos, Torben —dijo ella, mientras las lágrimas amenazaban con brotar—. Tu hoy protege el mañana de mi gente. Cuerpo al cuerpo. Polvo al polvo.

Su hermano yacía cerca. Ella puso a trabajar el otro detraxor, recitando la misma plegaria. Aunque la gente de Brendol lograra salvarlos a tiempo, antes de que la enfermedad realmente se asentara, y aunque estas medicinas poco sofisticadas no tuvieran uso en las naves entre las estrellas, esta era la tarea de Siv. Así era como ayudaba a su familia. Esto era lo que ella representaba. Así era como honraría a su gente.

Pero la batalla en realidad no había terminado. Phasma tenía sus propias responsabilidades. Ella y Keldo se miraron a través del campo de batalla. Él se había quitado su máscara feroz como si pudiera simplemente hacer a un lado la violencia. Aunque Phasma portaba un casco y la cara de su hermano estaba descubierta, quemada y roja, Siv sabía muy bien que ninguno parpadeaba. Al principio parecía una batalla de voluntades, pero estaba claro que Keldo no podía moverse. Tenía un trineo que nadie podía jalar y una sola pierna, aunque llevaba la prótesis hecha del droide y estaba sentado en lo alto con la pequeña Frey en su regazo.

Una niña huérfana, un campo de arena y cadáveres formaban una división imposible entre Keldo y su hermana. Cuando Phasma bajó su bláster y atravesó el campo sangriento hacia él, de ninguna manera se trató de un acto de subordinación. Era una declaración: «*Yo camino porque tú no lo harás. Porque tú no puedes*».

Keldo lo sabía. Su cara enrojeció aún más mientras ella daba zancadas poderosas y deliberadas hacia él. Ella todavía no se quitaba su casco, pero no tenía que hacerlo. Era la mujer más alta que Siv jamás hubiera visto, y aunque eso no dejara en claro la presencia de Phasma, sus habilidades de lucha sí. Pareció una eternidad: la orgullosa guerrera en una armadura quemada y sucia se acercaba al hombre indefenso, atrapado y solo en el desierto. Al final, Brendol se puso de pie y se enderezó, deshaciéndose en silencio de la armadura que le quedaba muy mal y sacudiendo su uniforme negro como para reconocer que algo importante estaba ocurriendo. Siguió los pasos de Phasma, con el bláster en la mano. Pero donde ella avanzaba como un coloso, él evitaba y saltaba sobre los cuerpos como si estuviera molesto por la carnicería muy real de la guerra que su presencia había forjado.

Siv escuchó el sonido delator de un detraxor sin más trabajo por hacer y miró a Torben. Su enorme cuerpo, una vez su abrigo y confort, había sido reducido a un cascarón triste y hundido. Los escarabajos habían huido, sin más sustento que los mantuviera cerca. Al reconocer su llamado, ella cambió de odres y buscó al siguiente cuerpo, pero todos estaban cubiertos con escarabajos. Sólo pudo retroceder sobre sus talones y mirar a Phasma mientras cruzaba un abismo infranqueable con Brendol, una figura casi cómica, tras sus pasos.

—¿Phasma? —preguntó Keldo—. Quítate el casco y habla conmigo.

Phasma negó con la cabeza.

—¿Mientras tú te quedas sentado detrás de dos escudos? No. Los guerreros se ganan sus máscaras y yo he obtenido una superior.

Keldo frunció el ceño con disgusto.

—¿En qué te has convertido, Phasma? Esa no es tu voz. Esas no son tus palabras. Esa no es tu máscara. Has destruido todo aquello por lo que trabajamos.

El siguiente paso que dio Phasma llevaba consigo una nueva amenaza. Keldo lo sintió y se estremeció.

—Estás equivocado, Keldo. Tú lo destruiste. Teníamos una oportunidad. Una oportunidad de dejar este cascarón moribundo de vida por algo mejor. En lugar de aspirar a la grandeza, condenaste a tu pueblo.

—Yo no maté a estas personas, Phasma. Tú lo hiciste.

—Tú los entregaste a su perdición.

Brendol se acercó un paso, con las manos detrás de su espalda y su postura erguida y formal.

—Phasma, debemos llamar a la Primera Orden. Estamos desperdiciando tiempo. La enfermedad pronto se apoderará de nosotros. —Sus palabras recortadas y brutales fueron llevadas por el aire quieto—. Tú sabes lo que tiene que pasar ahora.

Hincada en la arena, con cada respiración rasgando su garganta seca, con sus ojos quemándole y la piel pelándose, Siv miró la escena que se desencadenó como si fuera un sueño.

Keldo levantó sus manos, suplicando.

—Pasma, no hagas esto. No seas esto.

—Sé lo que soy, Keldo. Siempre lo he sabido. Esa es la diferencia entre nosotros. Tengo deseos de terminar lo que he empezado.

Pasma dio un paso hacia Keldo, sacó su bláster y le disparó en el pecho.

Los ojos de Keldo se abrieron mucho. Su cuerpo quedó inmóvil, y luego cayó a un lado del trineo. Un pequeño y desgarrador grito brotó de Frey, todavía escondida detrás del escudo. Pasma apuntó su bláster.

—¡No! —gritó Siv.

La cabeza de Pasma giró de golpe como si hubiera olvidado que Siv existía, sobre todo que hubiera sobrevivido a la batalla. Pero el bláster de Pasma no titubeó. Su casco se volvió para mirar a Brendol como preguntando.

—La Primera Orden siempre puede usar niños fuertes —dijo él—. Si ella puede sobrevivir a la enfermedad.

Pasma asintió una vez.

—Siv —gritó.

Eso fue todo lo que se necesitó para romper el hechizo. Siv olvidó los detraxores y dio grandes pasos entre la arena para arrancar a la niña del trineo y darle un fuerte abrazo. Era el último miembro de su familia.

—¿Siv? ¿Qué sucedió? —preguntó Frey—. ¿Dónde está mamá?

—Shh, mi amor —susurró Siv entre el pelo castaño y despeinado de la niña—. Vamos a viajar a las estrellas.



VEINTIOCHO EN PARNASSOS, DIEZ AÑOS ANTES

LO QUE SIGUIÓ FUE EXTRAÑO. A MEDIDA QUE DESAPARECIÓ LA locura de la batalla, la enfermedad se asentó. De niña, Siv había sido presa de la fiebre una vez. Pasaba del calor al frío una y otra vez mientras sus huesos parecían quemarla y su cabeza palpitaba al ritmo del océano. Esta enfermedad era parecida a esa, además de la piel roja que se pelaba, los brotes en la piel y la sensación de que su cuerpo se hinchaba, su piel se estiraba más allá de su capacidad. Frey también la tenía. Siv cubrió su cara con bálsamo y le dio un odre de agua para que la chupara, esperando que el líquido y los nutrientes adicionales ayudaran a la niña a combatirla.

De regreso al sitio en que se estrelló la nave, Phasma subió fácilmente en rapel a la cabina de mando. Aunque le tomó algún tiempo, subió a Brendol a la nariz de la nave. Juntos golpearon hasta romper el vidrio restante, apartaron a los pilotos muertos y se pusieron a trabajar en cualquier tipo de magia tecnológica que Brendol usó para enviar su llamada de auxilio al espacio.

—¿Qué sucedió? —seguía preguntando Frey.

Siv misma no estaba segura. Un simple desacuerdo había terminado en un viaje demencial y un genocidio aún más increíble. ¿Cómo podría decirle a la niña que todo lo que ella había conocido estaba muerto porque Phasma y Keldo habían fallado como líderes? No podía. Sobre todo mientras estuviera a una distancia en que la escucharían las únicas dos personas que podrían salvarle la vida.

Todo lo que hizo fue lo que su propia madre había hecho: enseñar a la niña cómo superar aquello. Le explicó el uso de los detraxores, le mostró a Frey cómo cambiar los odres y la hizo repetir su plegaria con cada cuerpo nuevo, a pesar de que los escarabajos ya habían reclamado la mayor parte de sus líquidos. Frey no mostró un interés particular, pero la niña de seguro estaba en *shock* y su enfermedad debía de estar empeorando a cada minuto. Los movimientos de Siv se estaban volviendo lentos, y su visión, borrosa. Levantaba la vista al cielo, esperando ver cómo aparecía una nave y preguntándose cómo

sería. ¿Brillaría con todo el poder del sol? ¿O bloquearía a este por ser tan grande como una de las estaciones de la Con Star?

Cuando finalmente apareció, no se parecía a nada de lo que había esperado.

La nave de Brendol parecía la estrella fugaz que habían visto, brillante, plateada y destellante. Pero la nave de la Primera Orden que vino a rescatarlos era negra y afilada. Cortaba el cielo como uno de los tiburones a los que había temido en las olas salvajes y frías del Scyre. Se quedó colgando en el cielo por largos momentos de ensueño antes de que se desprendiera de ella una nave más pequeña, de un solo bloque, que aceleró directamente hacia ellos y aterrizó en un área abierta de arena gris. Una escotilla se abrió con un silbido de vapor y dos filas de stormtroopers bajaron marchando al paso, con sus armaduras perfectamente ajustadas y dolorosamente brillantes.

—¿Qué es eso? —preguntó Frey.

—Nuestra salvación —dijo Siv, sonriendo.

Phasma y Brendol bajaron en rapel de su nave y caminaron hacia los troopers. Brendol iba al frente y Phasma tomó su posición detrás de él, con su rifle bláster sostenido en ambas manos para imitar a los otros troopers. Entre las dos filas de soldados blancos marchaba un hombre joven casi de la misma edad que Siv y Phasma, una versión más joven y delgada de Brendol. El uniforme negro del hombre era limpio e impecable, tenía el cabello rojo cuidadosamente peinado.

—La Primera Orden se siente complacida de que hayas sobrevivido, padre —dijo con el acento recortado de Brendol.

—Le debo mi buena fortuna a Phasma. Phasma, te presento a mi hijo, Armitage.

Phasma inclinó la cabeza, pero no dijo una palabra. Armitage la miró de arriba abajo, apenas ocultando su escepticismo.

—La Primera Orden te da las gracias, Phasma —dijo el joven, evidentemente tratando de impresionar a su padre.

—Ella se nos unirá en el *Finalizer*. Igual que esta niña. Ven ahora. —Brendol se dio vuelta y estiró su mano, pero Siv apretó a Frey para acercarla a ella, al darse cuenta de que nadie había hablado aún de la propia contribución de Siv, ni de su destino.

—Suéltala —dijo Phasma, y las manos de Siv se abrieron en los hombros de Frey—. Ven, Frey.

Frey miró a Siv, con los ojos brillantes por la fiebre y llenos de temor.

—Es sólo Phasma —dijo Siv débilmente—. Ve con ella.

Phasma sostuvo su bláster en una mano y le ofreció su guante a Frey, quien le lanzó a Siv una última mirada, atribulada, antes de correr para tomar la mano extendida. Siv se quedó de pie, mareada, y dio unos pasos vacilantes hacia los demás, cuidándose de rodear los cadáveres.

—¿Qué hay de esa? —dijo Armitage, mirando a Siv con disgusto.

—Ya está muy enferma —dijo Brendol—. Además, es demasiado débil para nuestras necesidades.

El corazón de Siv se hundió.

—¿Phasma? —imploró ella.

El casco de Phasma se dio vuelta hacia ella, sin una pista de lo que podría sentir.

—Cuando te ordené que mataras a Wranderous, ¿qué hiciste?

Siv parpadeó contra el sol, mientras su mundo se volvía borroso.

—Hice lo que pensé que era correcto. Le mostré misericordia.

—Desafiaste una orden directa, y eso no será tolerado.

Brendol sonrió y asintió.

—Lo harás bien en la Primera Orden, Phasma.

Armitage inclinó la cabeza.

—¿Podemos proceder, entonces? El Líder Supremo tiene mucho que conversar contigo, padre.

Todo este tiempo los troopers se habían mantenido quietos como una piedra. A una señal de Brendol, se dieron vuelta, cubrieron de nuevo la rampa y subieron a su propia nave. Brendol y Armitage caminaron uno al lado de otro entre sus perfectas columnas. Después de una breve pausa, Phasma los siguió, sosteniendo la mano de Frey.

—¿Phasma? —preguntó Siv de nuevo, suplicando esta vez, porque su mundo se destruía mientras la última persona viva de su banda se daba vuelta para alejarse.

Phasma se detuvo y miró por encima de su hombro.

—Hay otra estación justo sobre la siguiente duna. Casi toda escapó de la destrucción. Brendol dice que podría estar llena de suministros médicos. —Ella siguió caminando. Lo último que dijo fue—: Él tiene razón, eres demasiado débil.

Sin otra palabra, sin una disculpa, Phasma y Frey subieron por la rampa hacia la nave. Una vez que todos estuvieron a bordo, la rampa volvió a subir, dispersando arena gris. La nave despegó en una ráfaga de vapor y ruido, enviando la arena a arremolinarse en grandes nubes que hicieron que Siv se ahogara e hiciera bizcos. Cuando recuperó la vista, la única evidencia de que la Primera Orden había visitado Parnassos eran las huellas en la arena, una nave varada y abandonada y los cuerpos de todas las personas a las que Siv había amado.

—

Mientras la nave más grande devoraba a la pequeña y desaparecía, las piernas de Siv cedieron, y ella cayó a la arena. Al principio se sentía suave, cálida y con una tranquila aceptación. Pero luego empezó a quemar y dar comezón. Siv tenía fiebre, sus labios se habían ampollado y sus ojos estaban llenos de arena, aunque no podía saber si era arena real o parte de su enfermedad. Pero, fuera un sueño o no, Phasma le había dado un asomo de esperanza, y aunque también le había roto el corazón, Siv habría de aprovecharla.

Ella se arrastró de un cuerpo a otro, recolectando todo lo que pudo encontrar. Agua, comida, armas, capas. Se puso el casco de Pete y miró alrededor, con asombro, un mundo completamente nuevo. Aparentemente le ayudaba a bloquear la enfermedad, o por lo menos la cegadora aspereza del sol. Se hincó para decir un último adiós a Torben.

Mientras permanecía desplomada allí, con las rodillas enterradas en la arena, casi se dio por vencida. Pero entonces ese persistente revoloteo en su estómago la hizo ponerse de pie, tambaleante, y avanzar con dificultad entre la arena, arrastrando las bolsas recogidas sobre la siguiente duna y hacia la estructura al otro lado de los cilindros gigantes a los que Brendol había llamado «reactor nuclear». Las paredes blancas del edificio mostraban marcas de una explosión, pero por lo demás estaban enteras. La puerta se deslizó para abrirse tan fácilmente como en las otras estaciones de la Corporación Minera Con Star; a pesar de todas sus fallas, la Con Star podía construir puertas perfectas.

La arena cayó en cascada a los lados del vestíbulo y Siv tropezó con ella. Sabía lo suficiente para presionar el botón y cerrar la puerta detrás de ella. Momentos después el edificio se estremeció, lanzándola al piso. Cuando el mundo volvió a quedar quieto, se impulsó a sí misma para ponerse de pie, confundida pero decidida a seguir adelante.

Ahora estaba familiarizada con los pisos blancos y lisos, con la sala de orientación, con la cafetería llena de comida, pero sentía demasiadas náuseas como para comer. Dejó caer sus bolsas y puso una mano sobre la pared, siguiendo la línea violeta hacia la bahía médica, un truco que vagamente recordaba de la recuperación de Brendol en la Estación Terpsichore. Una vez allí, se dio cuenta de que no podía leer ninguna de las palabras, símbolos o cualquier otra cosa. Pero comprendía las imágenes. Un dibujo muy útil de una persona colocando su brazo en una máquina le sugirió que sería útil poner su brazo en esa máquina. Como si no hubiera estado abandonada por más de un siglo, la máquina cobró vida y lanzó repetidos sonidos quejumbrosos mientras una luz roja parpadeaba. Pronto varios droides brotaron de todas las puertas de la sala y la primera reacción de Siv fue de pánico. Si estos droides estaban tan locos como el último lote, estaba perdida.

El primer droide que llegó le dijo con tranquilidad que tenía enfermedad por radiación y que necesitaría varias rondas de tratamiento. La llevó a una cama y la urgió para que se recostara. Ella se sintió agradecida de que no dijera nada sobre alabar a los creadores. Lo último que vio fue una alegre cara plateada que le prometía que la Corporación Minera Con Star valoraba su salud, y entonces sintió que una aguja pinchaba su piel.

Cayó dormida y entró y salió del sueño por una cantidad indeterminada de tiempo. En ocasiones sus ojos pegajosos parpadeaban para abrirse y ver un techo liso y blanco; otras veces veía un droide inclinado sobre ella con varios instrumentos que la hubieran aterrado de no haber estado, como más adelante lo sabría, fuertemente sedada y atada. Siv no recordaba todo lo que le sucedió en la semana siguiente, pero los droides le prestaron unos cuidados excelentes. Líquidos, nutrientes y las mismas medicinas que Brendol había prometido gotearon directamente en su cuerpo durmiente, y por un tiempo logró olvidar los horrores de sus últimos días con Phasma y Brendol.

Cuando finalmente despertó, los droides estaban ansiosos por proporcionarle cualquier cosa que necesitara, y no hubo mención de empleo o remuneración. Ella pudo asearse y recuperar poco a poco sus fuerzas y su apetito. Un día la llevaron a una sala especial y le mostraron una imagen de su hijo moviéndose en una gran pantalla negra.

Los pequeños dedos de rana del bebé que parecían saludar a Siv la hicieron romper en largas lágrimas de tristeza mezcladas con una alegría recién encontrada.

La bebé estaba saludable, dijeron los droides. No habría daño por la radiación. Nacería cinco meses después.

Siv la llamó Torbi.

Cuando las visité hace una semana, Torbi era una niña fuerte y Siv había encontrado la paz, viviendo en la Estación Calliope. Le dije que enviaría a alguien por ellas.

Espero poder cumplir mi promesa.



VEINTINUEVE EN EL *ABSOLUTION*

VI LEVANTA LA VISTA, LANZA UN SUSPIRO Y SONRÍE COMO SI finalmente se hubiera liberado de una pesada carga. Cardinal nunca había tenido tantas ganas de darle un choque eléctrico como ahora, pero también quiere que permanezca relajada. Tal vez ahora que ella le ha contado esta historia y piensa que está segura, pueda ahondar más o hacerla tropezar de alguna manera. Aun así, está furioso. No hay nada en la historia que pueda usar, y ella le prometió que lo habría.

—¿Eso es todo? —dice él—. ¿Ese es el final?

—Bueno, para ser justa, la historia no termina aún. Tú y yo seguimos aquí. Siv y Torbi están esperando en Parnassos. Podemos cambiar eso, tú lo sabes.

Él levanta la vista hacia Iris, feliz de haber desactivado las cámaras. El interrogatorio es una cosa, pero hablar de desertión es otra, aunque él sólo está tolerando la larga historia de la espía para mantenerla hablando.

—Pero me prometiste información secreta que podría acabar con Phasma, además de detalles sobre la muerte de Brendol. Esta fue la historia de Siv. Y no me importa nada de ella. Siv no tiene idea de lo que le pasó a Phasma después de que dejaron el planeta. Todo lo demás son conjeturas.

Vi agita su barbilla en dirección del agua. Él le ayuda a beber.

—Gracias —dice ella—. La cosa es que una buena espía no necesita hacer conjeturas porque hay otras maneras de seguir una historia. Si, por ejemplo, alguien de mi lado fuera capaz de *hackear* un transportador de tropas robado y acceder a las grabaciones de la cámara del día que Phasma dejó Parnassos.

Ante eso, él parece animado y se inclina hacia delante.

—Eso no te diría todo.

—No todo, pero sí mucho. Audio, video y lenguaje corporal pueden contar una buena historia.

Cardinal se siente preocupado de que la Resistencia pueda robar y *hackear* tan fácilmente las naves de la Primera Orden; ¿sus superiores sabían eso? De saberlo,

ocultaban esos errores a Cardinal, aunque él era un capitán y debía saber cuándo desaparecían sus transportadores.

Pero por ahora él está más interesado en acabar con Phasma.

—Entonces cuéntalo —dice.



TREINTA

EN UN TRANSPORTADOR DE LA PRIMERA ORDEN, DIEZ AÑOS ANTES

MIENTRAS LA NAVE SE DESPLAZABA BAJO LAS BOTAS DE Phasma, no había manera de saber qué pasaba por su mente. Pero el video mostraba a Frey gritando y apartando su mano del guante de Phasma, de modo que es probable que sintiera alguna ansiedad mientras empezaba su primer viaje por las estrellas.

—¡Ouch! ¿Por qué me estás apretando tan duro? ¿Qué sucede? —preguntó la niña.

Phasma miró a Frey durante mucho tiempo. Imagino que veía destellos de Ylva, o tal vez de los ojos de Keldo, que compartía la niña. Tal vez ella no sabía cómo responder, o tal vez aún estaba perdida en la tragedia que acababa de atestiguar. En cualquier caso, no respondió y Armitage intervino.

—Vamos arriba, al espacio —dijo él—. Para convertirnos en buenos soldados de la Primera Orden. Alguna vez fui muy pequeño y viajé en una nave como esta, y ve ahora lo grande que soy.

Él sonrió a la niña, luego lanzó una mirada a Phasma como midiéndola, como si tratara de adivinar si podría ser una amiga o una enemiga. Ella tenía un aspecto extraño, eso era seguro, con una armadura que no era de su talla y que estaba excesivamente rasgada, ropas voluminosas, no muy representativas de la Primera Orden. Pero, aun entonces, es de imaginar que Armitage siempre buscaba maneras de impresionar o de destruir a su propio padre. La mirada que le lanzó a Brendol era de aborrecimiento puro.

—Phasma, quiero que veas esto —dijo Brendol desde donde estaba de pie junto a una gran ventana de cristal mirando al cielo. Murmuró instrucciones al piloto, quien obedientemente dio vuelta al transporte para quedar de frente a Parnassos.

Cuando yo estaba flotando sobre Parnassos, me impresionó su belleza. El océano era un remolino agitado de verde oscuro y azul profundo, la tierra era un mar gris interrumpido sólo por el negro de las rocas y las manchas que formaban las estaciones.

Ese verde alguna vez fue Arratu; el blanco marcaba su batalla final. En algún lugar, oculto debajo de la arena, estaba la estación Terpsichore. He estado en muchos planetas y aun así me impresionó la vista. Imagino que para Phasma era la cosa más encantadora y fascinante que hubiera visto. De cualquier modo, se quedó mirando por la ventana durante mucho tiempo.

Si miraba al extremo izquierdo, a través del océano, podía ver otra masa de tierra, esta café y verde brillante, con aspecto saludable, comparada con el lugar del que Phasma venía. Su hogar, la tierra de los scyres y los claws y todo alrededor de ellos, excepto por el punto brillante de Arratu, parecía un grano podrido, como huesos muertos que esperaban su entierro. Gris y negro, todo ello. Mientras miraba abajo, tal vez se dio cuenta de que era posible amar y odiar algo en igual medida.

—Es hermoso desde aquí —dijo, a pesar de todo.

Brendol se acercó al banco de instrumentos.

—Eso no es lo que quiero que veas. Ahora observa con cuidado.

Cualquier cosa que haya hecho con sus dedos, los movimientos no significaban nada para Phasma. Por lo menos hasta que unas luces brillantes surgieron debajo de la nave, disparando con una pesada explosión y dirigiéndose directo a su planeta. La mano de ella saltó de donde estaba, a su costado, hacia el hombro de Frey, pero no gritó, ni siquiera dio voz a un gemido de dolor mientras se daba cuenta de lo que Brendol la estaba obligando a atestiguar.

Ella no tenía nombres para lo que eran estas armas, rayos de bláster tan grandes que podían llover desde el espacio, pero al instante debió de saber lo que harían.

El primer rayo golpeó en el Scyre. Ella miró el cambio de colores, los acantilados negros desaparecieron en el mar y grandes volutas blancas salieron disparadas hacia arriba. El siguiente rayo golpeó Arratu, dejó una mancha negra entre la arena gris donde todo había sido alguna vez de un verde vibrante.

Antes de que iniciara la próxima descarga, Brendol miró a Phasma.

—¿Ahora ves el poder de la Primera Orden? ¿Lo que les hacemos a quienes se nos oponen? ¿Aun con quienes son inconvenientes para nosotros?

Como respuesta, Phasma sólo asintió. Me pregunto si su casco ocultaba lágrimas. Ella dio un paso silencioso enfrente de Frey, bloqueando la vista de la niña mientras el rayo final trazaba un arco hacia donde acababan de estar, adonde había caído toda su familia. Ella estaba demasiado lejos para saber si había golpeado los edificios o la nave estrellada de Brendol, pero era evidente que Brendol le estaba enviando un mensaje que no podía malinterpretarse.

Haz lo que él quiere o termina destruida.

—Muy poderoso —dijo ella, cuando pudo hablar.



TREINTA Y UNO

EN EL *ABSOLUTION*

VI MIRA A CARDINAL PARA MEDIR SU REACCIÓN. TAL VEZ ELLA está adornando lo que Siv le contó, sólo un poco, pero ese es el don de un narrador, ¿o no? Tomar una semilla y convertirla en una flor de inenarrable belleza, resplandeciendo con rocío. Cardinal dijo que quería saberlo todo y ella le dio todo. Ella necesitaba comprarse algo de tiempo y lo había hecho. Nunca mintió. Todo lo que dijo era verdad. En su mayor parte. Y como tiene una memoria eidética, sabe exactamente cuáles partes embellecer.

Pero ha funcionado. Ha pasado el tiempo. Ella se siente un poco más fuerte. En cuanto a Cardinal, está tratando de ocultar que la historia lo ha afectado.

—Sé que hay mucho que comprender —dice Vi, con su voz pareja, tranquila y baja.

—¿Crees que ella todavía sea capaz de llorar? —pregunta él.

—Me gustaría pensar que ella es todavía un ser humano debajo de esa armadura. O que por lo menos lo era, entonces. El holograma la muestra temblando mientras miraba a Brendol destrozando su planeta.

Cardinal mira hacia el espacio y sonríe.

—Recuerdo a la niña. Apareció en las barracas días después, todavía sonrosada por la radiación, aunque la bahía médica la había dado de alta. Lo hacía bien. UV-8855. La llamaban Grito de Guerra porque no podía dejar de gritar durante cada pelea. Los pequeños y sus apodos. Cuando tuvo la edad suficiente, la gradué. Hace apenas un año. La pasé directamente a las manos de Phasma. Me pregunto si se reconocieron.

Él está tan quieto que Vi sabe que está conteniendo emociones profundas. Sin embargo, ella no quiere perderlo. Necesita seguir manejándolo, manejando la historia. Cuanto menos piense en el control remoto y en Baako mejor.

—Todavía se llama Phasma y es la persona más alta de aquí. Es un poco difícil dejar de notarla. Pero no te puedes sentir mal por eso. Frey era sólo otra niña que de todos modos hubiera muerto en un planeta de mierda.

Por primera vez, la cabeza de Cardinal cae hacia delante, entre sus manos, con su pelo sudoroso y despeinado. Ha estado pasando sus dedos por él una y otra vez, haciendo que

se pare en pequeños rizos. Parece... bueno, más destrozado de lo que se supone que debe estarlo un stormtrooper.

—¿Por qué Brendol ordenaría esa masacre sin sentido? El propósito de la Primera Orden es traer estabilidad y paz a la galaxia. He estado en misiones y he seguido órdenes, pero la gente de Parnassos no estaba en rebelión. Ni siquiera se le dio una oportunidad de cooperar.

Vi sacude la cabeza con tristeza.

—Lo siento, pero aquí tú eres el único que no está jugando sucio. La Primera Orden va a planetas, roba niños y se apropia de recursos. Supongo que aquí arriba no puedes ver lo que pasa allá abajo. ¿Alguna vez has dejado esta cubeta? ¿Tomado un poco de descanso y relajamiento en alguna luna tranquila, con bebidas adornadas con paraguas?

—Por supuesto que no. No desde que Brendol murió. Mi tarea está aquí. Entreno a los niños.

—Ahora sabes para quién los estás entrenando.

Cardinal se pone de pie y camina de un lado a otro.

—El General Hux fue mi mentor. Mi superior.

—Claro, bueno, como casi todos los demás en esta historia, Brendol Hux era un mentiroso.

Sin pedírselo, Cardinal le trae agua y le ayuda a beberla. Ella se da cuenta de que las manos le tiemblan. Él no puede verla a los ojos, por ahora. Ella no sabe si él no puede manejar la verdad o si está planeando su siguiente movida. Ella aún no le ha dado lo que necesita. Para un hombre fuerte y firme, un hombre al que las emociones programadas casi lo tienen fuera de sí, se ha comportado cortésmente. Como espía, Vi ha entregado mucha información secreta a una gran cantidad de personas, y en ocasiones los ha llevado a situaciones similares. Como si desearan enroscarse sobre sí mismos y negar algo que siempre han sospechado, en lo profundo. Algo que ahora saben que es cierto pero que aún no están preparados para enfrentarlo.

—¿Cómo sabes todo esto? —pregunta él, con voz áspera—. ¿Cómo sabes que Brendol está muerto? Ese es uno de los secretos mejor guardados en la Primera Orden. Fuera de esta nave, la versión oficial es que está en una misión a largo plazo.

—Pero tú sabes que está muerto, y no sólo porque Armitage te lo dijo a ti y a diez mil de tus amigos.

Cardinal resopla, como si ella fuera tonta.

—Yo era su guardia personal. Él me escogió a mano en Jakku, él mismo me entrenó. Yo era infinitamente leal. Desde el momento en que me puse esta armadura, él confió en mí para que lo mantuviera a salvo. —Levanta su brazo, mostrando el rojo inmaculado—. Él mismo lo diseñó porque decía que el rojo era un color asociado con el poder. Cada momento que pasaba en mi compañía, él sabía que estaba seguro.

—Pero ¿qué pasaba cuando dejaba tu compañía? —presiona Vi—. ¿Dijo algo del tiempo que pasó en Parnassos? —Vi siente genuina curiosidad. El interrogatorio está empezando a tomar el aspecto de dos mentes iguales conspirando.

—Casi nada. Cuando llegaron, Brendol parecía medio muerto y Phasma se veía ridícula, en una armadura que no era de su talla, muy manchada, maltratada y con armas primitivas colgando por todos lados. Sólo estaban ellos dos... y la niña, pero ella necesitó pasar más tiempo en la bahía médica, de modo que sólo la conocí más tarde. Ninguno de los troopers de Brendol sobrevivió. Eran mis amigos, entrenaron a mi lado. En ese momento nos dijeron que murieron al estrellarse, derribados por una nave enemiga. Me sentí muy mal por no haber estado yo con Brendol, y el hecho de que Phasma estuviera allí con él en lugar de... bueno, sentí como si de alguna manera le hubiera fallado. Estaba aterrado de que me estuviera reemplazando. Supongo que ahora no tengo nada que perder al contarte esto, ¿o sí?

Vi sacude la cabeza y hace su mejor esfuerzo para mostrar empatía, para sacarle la verdad con su silencio. Por lo que ha aprendido de la Primera Orden, no son buenos para compartir debilidades ni hablar de emociones. Este es un papel delicado, pero ella está acostumbrada a representarlo.

—Con Brendol como su defensor, a ella se le dio la bienvenida en la Primera Orden —continúa él, mirando hacia el aire muerto del pequeño espacio—. Yo la entrené, como él me lo pidió, y luego le dieron su propia capa de capitán, y de pronto mi propia capa no fue tan importante. Brendol me dio esta armadura y un año después ella estaba vistiendo su armadura cromada. Todavía no sé cómo o de dónde la obtuvo. Brendol aseguró que no sabía, pero él tenía esa sonrisa tan suya. Ella se volvió su preferida, su niña de cartel, su leyenda. Aunque sentía resentimientos hacia ella, lo creí. Que ella era tan grande como proclamaban que lo era. Pero ella era siempre tan callada, tan enigmática. Luego empecé a dudarla. Ahora vienes tú con esta historia. ¿Realmente Siv está viva después de eso?

Vi sonrío con suavidad. La banda que rodea su frente cruje mientras ella se inclina inadvertidamente hacia delante como para, ¿qué? ¿Conspirar? ¿Acomodarse?

—Siv está viva, al igual que su hija. El resto de ellos está muerto.

—Pero ¿cómo?

—La Estación Calliope fue hecha para soportarlo todo, y ya había sobrevivido a un evento radioactivo. Ella sintió la sacudida en el vestíbulo, pero el gand le había dicho que siguiera caminando, así que se levantó y siguió caminando, directo a la bahía médica. Los scyres engendraban gente dura. Aun sola, Siv estaba decidida a vivir y a criar a su hija. —Vi sonrío; una sonrisa real esta vez—. Una niña hermosa, tiene la piel de Siv y los ojos de Torben. Puede gritar con la fuerza suficiente para aturdir a un wookiee. De cualquier modo, Siv fue lo suficientemente inteligente para cerrar la puerta contra explosiones, y la estación tiene algunas nuevas cicatrices en sus paredes blancas. Ella ha pasado por muchas cosas, todavía tiene muchas cicatrices. Pero no hay nadie alrededor para verlas.

Vi trata de levantar su brazo para rascarse la nariz, pero está tan atrapada como siempre. Había olvidado, con la informalidad de su conversación, que aún está en la silla de interrogación, cuyo control remoto está en la mesa como un mazo olvidado de pazaak; uno barajado en contra de ella.

—Pero tú la viste —musita Cardinal.

—Le di un susto mortal. No ha salido en diez años. Le preocupa que la radiación pueda hacerle daño a Torbi. Cualquier cosa que hubiera causado la explosión, resultó que el resto de la estación funcionaba muy bien. Además, los droides están más que felices de ayudarla. Siv tiene un complemento entero de sirvientes útiles y comida suficiente para alimentar a un ejército durante un siglo. Han estado allí diez años sin ver una sola alma. Se puso tan feliz de verme que su historia prácticamente salió sola.

—Entonces ¿por qué parece preocupada por ella? Suena como si hubieras obtenido lo que fuiste a buscar.

Ahora es el turno de ella para apartar la mirada.

—Le dije a Siv que regresaría. Mi starhopper... bueno, estoy segura de que tus tropas lo han convertido ahora en refacciones. No podía contener dos pasajeros en esa cosa, mucho menos tres. Así que le prometí a Siv que regresaría y la ayudaría a ella y a su hija a reunirse con la civilización. No le dije a...

Cardinal se anima.

—¿Decirle a quién?

Vi suspira.

—No les conté a mis superiores esa parte. Esa pobre mujer estará atenta a cualquier ruido de motores todos los días, esperando una mejor vida para su hija que pasar su tiempo en un planeta muerto. No me importa decirle a la gente que está jodida, pero odio dar falsas esperanzas.

Él de pronto la enfrenta y la toma por la blusa con el puño.

—Deja eso. Tu culpa no es mi problema. Se nos está acabando el tiempo. Dices que tienes información secreta que me ayudará a acabar con Phasma y sigues reteniéndola.

Iris lanza un pitido de advertencia. Vi baja la vista a las manos de él y luego vuelve a ver su cara.

—Podrías soltarme, primero.

Él suelta su blusa y retrocede apenado. Tal vez no está acostumbrado a perder el control así. Iris flota para agitarse entre ellos, como para recordarle a Cardinal que debe mantener su distancia. Este es el primer interrogatorio en que Vi no ha recibido un solo puñetazo, lo que dice algo más acerca de su enemigo. Pudo darle choques eléctricos varias veces, pero aún se siente apenado por tomarla así, lo haya reprendido su droide o no. Ese tipo de contacto, ese tipo de ira, simplemente es demasiado personal.

Sin embargo, él tiene razón. Esto que sabe sobre Phasma... es único. Ella lo ha estado reteniendo, pero siente que por fin ha llegado el momento de la gran revelación. Él está más abierto de lo que podrá estarlo, y si sigue desafiándolo, lo perderá por completo.

Ella respira hondo y lo mira a los ojos, exigiendo toda su atención.

—¿Qué te dijeron sobre la muerte de Brendol? ¿Cuál es la versión oficial?

Él se vuelve a sentar, inclinado hacia delante con avidez, como si fuera su parte favorita de la historia, pero sus ojos sugieren que va a ser la peor parte.

—Una enfermedad desconocida. Lo vi esa mañana. No tenía buen aspecto. Como si estuviera decaído por algo. Estaba demasiado pálido. Le sugerí que pasara por la bahía médica, que hiciera que los droides lo revisaran.

—¿Qué dijo Brendol ante eso?

La sonrisa de Cardinal sugiere que alguna vez pudo haber sido un niño malicioso.

—Me dijo que me metiera en mis propios asuntos y que respetara a mis superiores. Pero fue. Él era así: seguía un buen consejo, pero te rebajaba para que no pensaras que fue tu idea. Y luego...

—Nunca volviste a verlo.

Cardinal no responde, sólo mira al suelo.

Vi se pasa la lengua por los labios. Están secos de nuevo.

—Dime entonces, Cardinal. Esa última mañana, ¿él parecía... un poco hinchado?

Cardinal se encoge de hombros.

—Seguro, pero siempre parecía un poco hinchado después de una noche en el comedor de los oficiales. No era el hombre más saludable, y estaba por cumplir sesenta años entonces. No esperaba que fuera el vivo retrato de la salud.

—Pero ¿nunca revisaste sus registros?

Cardinal está de pie y paseándose de nuevo. Vi se da cuenta de que, cuando se trata de Brendol Hux, él se pone nervioso, completamente incapaz de ocultar su estado de ánimo o sus pensamientos. Esto es lo que hace cuando está verdaderamente molesto: no puede dejar de moverse, ni contener su energía nerviosa.

—Así no es como se hacen las cosas en la Primera Orden. No puedo sólo ir a Registros y pedir detalles, ni a la bahía médica y tener una conversación privada con los droides. Puedes preguntar cortésmente a tus superiores una vez, pero si preguntas de nuevo despertarás sospechas. Ellos convocarán una asamblea, y yo estaba al mando de diez mil tropas en perfecta formación cuando Armitage Hux puso su sombrero bajo su brazo y nos dijo a todos que su padre había muerto.

—Ni siquiera te lo dijo en privado, ¿eh? —Vi trata de no tener un aspecto demasiado presumido—. Y tú no pediste detalles. Ellos realmente te han entrenado bien.

Cardinal toma las esposas alrededor de los bíceps de ella y sacude todo el artefacto, agitando el cráneo de Vi y convirtiendo sus piernas en gelatina.

—¡Por supuesto que pregunté los detalles! Una enfermedad desconocida, es todo lo que dijeron. —Él se aparta y se aclara la garganta—. Debió de ser algo que adquirió en una de sus visitas planetarias. Los droides médicos nunca habían visto algo como eso, ni tenían registros de síntomas similares en sus unidades de datos. Un completo misterio. Me dijeron que debía sentirme contento de que yo no la hubiera adquirido.

—Bueno, supongo que nuestros *hackers* son mejores para resolver misterios que los de ustedes, porque lograron echar mano a un viejo droide médico y descifrar sus datos. Déjame describirte los síntomas que llevaron al fallecimiento de Brendol Hux. Primero se quejó de un pequeño bulto justo debajo de su cuello, con la piel roja, caliente y dura. Se pensó que podría ser un quiste, o tal vez el piquete de alguna criatura extraña y poco

familiar. Los droides médicos no encontraron nada inusual. Luego Brendol empezó a hincharse. Su piel se estiró. Sus ojos empezaron a abultarse y su cabello se cayó. Se quejó de que se sentía desorientado y débil. Su piel se volvió pálida, delgada y transparente. Y luego, estaba flotando en un tanque de bacta en la bahía médica...

—¡No!

—Él simplemente... se disolvió hasta volverse líquido. Dejando detrás sólo unos cuantos órganos reducidos, huesos desnudos y un parche de pelo rojo encanecido.

—¿Estás diciendo que Phasma trajo uno de esos escarabajos de Parnassos? ¿Que ella qué? ¿Lo plantó en Brendol?

Vi eleva una ceja y desea desesperadamente poder inclinar su cabeza hacia él; odia cuando la gente inteligente se hace la tonta.

—A menos que conozcas otra manera en que la gente casualmente se convierta en grandes bolsas llenas de agua y explote.

—Pero es de la Capitán Phasma de quien estamos hablando. ¿Por qué mataría al General Hux? Él era su salvador, su superior. Él la hizo lo que era.

Vi se sacude y se golpea contra sus correas, con ganas de soltarse y sacudir un poco a este idiota por ser tan inocente.

—¿Por qué? Porque hasta donde ella sabía, Siv estaba muerta. Brendol era la última persona que conocía sus humildes principios. El último que conocía su historia. Brendol la vio traicionar a su líder, luchar contra su pueblo, matar a su propio hermano a sangre fría. Brendol era el único testigo de sus crímenes, el único testigo en toda la galaxia que sabía que ella no era la niña de cartel del soldado perfecto para este infierno apretado al que llaman la Primera Orden. Sin embargo, ella lo necesitó por un tiempo. Lo necesitaba para que la trajera aquí, a tu paraíso flotante, y para que contara a todos sobre su valentía, su fuerza, su resistencia, su habilidad. Lo necesitaba para que pensara que él era su alabado patrón y mentor, y que ella era simplemente su arma. Lo necesitaba para usarlo como una piedra de afilar mientras ella ascendía entre las filas, como él había predicho. Y entonces, un día, cuando él se olvidó de que ella era sólo un lobo encadenado, echó ese escarabajo en su chamarra y se alejó. El crimen perfecto.

Ahora Cardinal se encuentra en algún lugar detrás de ella. Tal vez está inclinado contra la pared. Tal vez está hecho bolita en el piso. Ella no lo sabe. Desea verlo a la cara, ver cómo lo está tomando. Ver si está pensando en tomar de nuevo el control remoto. A pesar de que está mostrando alguna amabilidad rudimentaria, dándole agua y comida, a pesar de que los paquetes de vitaminas y los estimulantes ayudan un poco, ella puede sentir el daño en su cuerpo: nervios quemados y músculos incapaces de soltarse. Cuando él la libere, si honra su palabra y la deja ir, ella muy bien podría irse de cara, incapaz siquiera de arrastrarse.

Y ese es el mejor escenario.

Hasta donde ella sabe, él aún podría electrocutarla hasta la muerte y no tener represalia alguna.

Porque la verdad de todo es esta: no hay evidencia física. Ese escarabajo ya no existe desde hace mucho. Pasma se aseguró de eso.

—Pero ¿qué hay de Frey? Ella también era un testigo.

—Ella murió hace seis meses en un ejercicio de entrenamiento, por mal funcionamiento del arma. O por lo menos fue como Pasma lo registró. Es muy buena para deshacerse de testigos.

Por largos momentos, él se queda en silencio.

—¿Armitage lo sabe? ¿Lo de Brendol? —dice una voz plana desde algún lugar detrás de ella.

—No sé lo que Armitage sabe. Sólo sé lo que fue borrado de los registros originales de la bahía médica, que es una lista de síntomas que llevaron a su muerte en el tanque de bacta. Como sabes, la causa de muerte fue registrada como enfermedad desconocida.

—¿Estás segura?

—Estoy amarrada en una silla de interrogación con un hombre furioso. Es lo más segura que puedo estar.

—Lo siento por esto.

Vi trata de agitar su cabeza, pero no puede.

—¿Qué es lo que sientes? No necesitas hacer nada que puedas lamentar.

Lo siguiente que sabe es que la electricidad está recorriendo su cuerpo, haciendo que sus dientes se aprieten y produciendo explosiones rojas y brillantes detrás de sus párpados. Vi Moradi queda inconsciente.



TREINTA Y DOS

EN EL *ABSOLUTION*

EN CUANTO LA ESPÍA QUEDA INERME EN SUS ATADURAS, Cardinal suelta el interruptor. Él sabe lo que debe hacer ahora. Aunque es algo irónico, prefiere no tener un testigo para el paso siguiente. Él casi hizo surcos en la sala, yendo de un lado a otro, sentándose y mirando las paredes mientras Vi contaba su historia. Exigió que le contara todo, y ella lo hizo. Parecía como si ella lo disfrutara. Es extraño lo obsesionado que un hombre puede terminar cuando escucha verdades oscuras sobre sus enemigos. Antes no sabía una cosa de Phasma. Ahora lo sabe todo. O por lo menos lo suficiente.

Aunque Iris le lanza pitidos con irritación por dudar de su vigilancia, él revisa los signos vitales de Vi para asegurarse de que no la ha lesionado demasiado y comprobar que sus ataduras aún están firmes antes de ponerse de nuevo su casco. Se vuelve parte de él, una extensión de su cuerpo, como su bláster. La manera en que entorpece algunos sentidos mientras expande otros lo tranquiliza. Cuando Cardinal porta su casco, sabe exactamente quién es y qué debe hacer; de modo que por lo menos tiene una cosa en común con Phasma. Justo ahora tiene que encontrar a Armitage Hux. Aún faltan varias horas para la reunión, lo que significa que lo más probable es que el general esté apropiándose de los viejos cuarteles de su padre en el *Absolution*, afinando su información secreta y estudiando la agenda.

—Quédate aquí y vigílala —le dice a Iris. La luz roja parpadea como para decir: «Lo sé».

Cardinal asegura la puerta al salir y se precipita por los pasillos, con su capa de capitán volando detrás de él. El turboascensor tarda una eternidad, aunque él acuchilla el botón repetidamente. Los viejos cuarteles del General Hux están muy arriba, entre el personal más experimentado, y el viaje siempre se ha sentido largo aun en los mejores días, cuando Brendol vivía aquí y Cardinal se sentía bienvenido. Cuando la puerta del ascensor se desliza para abrirse en el piso de los oficiales, el corazón de Cardinal está martillando con tanta fuerza que puede sentirlo en sus sienes. Se encuentra ligeramente mareado, tan emocionado como solía estarlo como niño recluta ante una pelea en el

simulador, cuando cada nervio de su cuerpo disparaba y sus dientes se negaban a separarse.

Aunque está acostumbrado a servir como *sparring* en los entrenamientos, han pasado años desde que hizo sus recorridos obligatorios a los planetas, ayudando a pacificar mundos en rebeldía y liderando sus tropas en misiones. Esos primeros años después de que Brendol lo sacó de Jakku fueron difíciles, mientras su cuerpo y su mente se endurecían para enfocarse en el combate, pero este será un nuevo tipo de pelea. Cardinal nunca ha sido un hombre que cuestione a sus superiores; nunca ha sido el portador de malas noticias. Tampoco había detenido ilegalmente a un sospechoso ni lo había torturado durante horas en un cuarto oscuro de la sentina para obtener información secreta sobre un colega.

Cuando llega a la antigua suite de Brendol, un droide de protocolo responde a la puerta, apacible y refinado. Este modelo alguna vez perteneció a Brendol. Cardinal se pregunta si habrían borrado su memoria después de que el viejo murió. O si contiene todo tipo de secretos, incluidos los que Cardinal ha descubierto hace poco. Por la manera en que la Primera Orden usa, borra y reusa a los droides (y, en ocasiones, los pierde), hay una buena oportunidad de que este mismo modelo haya estado en ese transportador con Phasma, grabando en silencio. Tal vez estuvo allí el día que Phasma liberó un escarabajo dorado, desencadenando su arma secreta, oculta durante mucho tiempo, sobre un oficial superior de alto rango que había tomado la tonta decisión de confiar en ella.

—¿Puedo ayudarlo en algo, Capitán Cardinal? —pregunta el droide.

—Necesito ver al General Hux, por favor. —El casco evita que su voz tiemble como la de un niño, y él se pone la mano detrás de su espalda, como si estuviera en descanso de desfile, para ocultar su temblor.

—Me temo que el general está descansando antes de la asamblea.

—Es una emergencia.

—Oh, ya veo. Qué inusual.

—Me temo que lo es. Muy inusual. Pero de la mayor importancia.

El droide sigue parado allí con expresión perpleja cuando el propio Armitage aparece detrás de él. No lleva puesto su uniforme impecable, sino que viste una bata, negra y compuesta por líneas y pliegues precisos. A pesar de que todo el objetivo de una bata es parecer casual y cómodo, Armitage Hux tiene una manera de convertir cualquier cosa en un uniforme, cualquier interacción en un juicio.

—Qué inusual, por cierto —dice—. ¿Cuál es la emergencia, capitán?

En las arrugas de la cara de Armitage, Cardinal ve lo que Brendol fue alguna vez, antes de volverse viejo y suave. Confianza, vitalidad, aplomo. Sin embargo, hay algo cruel y salvaje en el hombre, algo forjado por el propio Brendol. Cardinal recuerda que odió a Armitage cuando lo conoció en Jakku. Malcriado, hosco, pequeño, ratonil, suave, mientras los niños huérfanos eran rudos y fuertes. Pero, con los años, Cardinal estaba... bueno, no programado. Culto. Esculpido. Aprendió que Armitage era intocable, estaba por encima de él. Armitage es inteligente, sabio y previsor. Armitage ayudará a la

Primera Orden a eclipsar el poder del viejo Imperio y aniquilar a la Nueva República. Cardinal era leal a Brendol y ahora es leal a Armitage. Armitage aprecia eso.

Por supuesto, Armitage siempre ha favorecido a Pasma. Ambos viven en el *Finalizer*. Cardinal los ha visto coludirse a menudo. Juntos manejan y controlan a miles de stormtroopers. Planean invasiones y ataques con Kylo Ren para llevar a la Primera Orden a la victoria. En épocas de duda, Cardinal se pregunta si Armitage apoya a Pasma para vengarse del huérfano de Jakku al que alguna vez Brendol tomó bajo su protección. Aunque a Armitage no le agrada Cardinal, ha reconocido desde hace mucho su superioridad en los métodos de entrenamiento y alabado su éxito con los jóvenes reclutas. Tal vez el desprecio que muestra Armitage cada vez que habla con Cardinal es el mismo que muestra a todos.

Esas quisquillosas consideraciones no importan ahora. Este no es un asunto de política personal. A Armitage le interesa tanto la Primera Orden como a Cardinal, y por eso apreciará conocer lo que Cardinal sabe. La lealtad a la causa es más importante que la simpatía personal. Juntos pueden expulsar a Pasma y reconstruir el programa de entrenamiento de acuerdo con las especificaciones exactas del Hux más joven. Una vez que Armitage comprenda cómo murió su padre, no hay manera de que deje que la asesina de Brendol permanezca en esos carteles, mucho menos que siga viva.

—¿Y bien? —lo anima Armitage a hablar.

—Tengo nueva información, señor.

—Escúpela. No tengo todo el día, como bien lo sabes.

Cardinal respira hondo y se endereza a todo lo alto.

—Señor, he obtenido cierta información secreta que querrá escuchar. Sobre su padre. Sobre su muerte.

Armitage casi parece sorprendido, pero está demasiado bien educado para eso. En cambio, se asoma fuera de la puerta para mirar a un lado y otro del pasillo antes de regresar a sus aposentos.

—Entra entonces. Deprisa. Y tú puedes retirarte, K4. Por favor, regresa a tiempo para la asamblea.

—Sí, señor.

El droide desaparece por el pasillo y Cardinal entra en los aposentos de Armitage Hux. Él estaba aquí constantemente cuando la suite pertenecía a Brendol, pero la decoración ha cambiado bajo la dirección de Armitage. A Brendol le gustaban los estilos clásicos, tradicionales: alfombras elegantes, artefactos finos y comidas ricas. Pero Armitage, al igual que Kylo Ren, parece apreciar cierta dureza en su persona y sus cuarteles. Todo es hermoso, cómodo y refinado, seguro. Pero cada elemento parece tener una orilla plateada lo suficientemente afilada para rebanar la piel. Armitage se acomoda a lo largo de un sofá bajo, de color azul hielo, pero no invita a Cardinal a sentarse. Este, siempre el buen soldado, permanece de pie y considera que es su deber hacerlo.

—¿Dónde está su droide, capitán? No recuerdo haberlo visto nunca sin su globo flotante.

Cardinal casi se pone en evidencia, pero encuentra algo bastante cercano a la verdad.

—De servicio, señor. No puedo abandonar mis responsabilidades.

Armitage sonríe, una cosa sinuosa que sugiere que huele una mentira.

—Bastante cierto. Y ahora, sobre esta emergencia...

—Señor, he descubierto recientemente noticias preocupantes acerca de la Capitán Phasma.

—Creí que dijiste que esto era sobre mi padre.

—Lo es. Y también sobre Phasma.

Armitage se inclina hacia delante, con una ceja levantada.

—¿Qué pasa con Phasma?

Cardinal se aclara la garganta.

—Ella no es lo que parece. No es un soldado leal. Su pasado incluye traición, asesinato, genocidio. No es digna de su capa de capitán, ni de su fe en ella. Ha realizado atrocidades que van en contra de todo lo que creemos.

—¿Ella hizo esto en el *Finalizer*?

—No, señor, en su planeta de origen, Parnassos.

Armitage sonríe y se recarga en los cojines, con un brazo largo doblado sobre el respaldo del sofá.

—Entonces, por favor, dime, ¿cómo es que este es mi problema? Muchos de nuestros reclutas, incluido tú mismo, vivieron vidas violentas antes de jurar lealtad a la Primera Orden. Somos muy indulgentes con quienes deciden servirnos.

Cardinal se endereza, contemplando cómo hacer que Armitage comprenda sin sobrepasarse.

—Es más profundo que eso, señor. Le confiamos nuestros reclutas y ella ya ha traicionado las leyes de la Primera Orden. Podría volverse en contra de nosotros en un instante si lo que queremos no sirve a sus necesidades. Ella es un riesgo.

Armitage sacude su cabeza con tristeza.

—Cardinal, estás hablando de hipótesis. No puedo amonestar a alguien por algo que no ha hecho o que podría hacer. La hoja de servicio de la Capitán Phasma es ejemplar. Ella desarrolla stormtroopers que cumplen con los rigurosos requisitos de mi propio padre. A ella se le ha elogiado, una y otra vez, por su excelente trabajo. Si no tienes algún tipo de evidencia directa contra ella, contra acciones reales que haya realizado desde que hizo su juramento y se unió a nosotros, entonces yo también podría ir a gritar a las estrellas.

Las manos de Cardinal forman un puño a su costado, pero es cuidadoso, demasiado cuidadoso, para no hacer algún movimiento que parezca amenazante para un superior.

—Señor, si pudiera decirlo así, si la Almirante Sloane estuviera aquí...

—Bueno, no lo está —interrumpe Armitage—. ¿Alguna otra amenaza que te gustaría colgar sobre mi cabeza?

—Phasma mató a su padre —dice Cardinal, yendo directo al corazón del asunto.

Armitage se pone de pie de un salto.

—¿Ella lo hizo? ¿Y tienes pruebas? Muéstramelas. Cuéntame. Y no me decepciones.

—Yo... yo puedo obtener la prueba. Fue un escarabajo. De su propio planeta. De Parnassos. Su picadura causa que la víctima se licúe. Por eso los droides médicos no lograron identificarlo. Nunca vieron al escarabajo, sólo su piquete y los efectos de su veneno.

—Pero ¿dónde está la prueba?

—Déjeme ir a Parnassos. Puedo encontrar un escarabajo y traerlo. Los droides médicos compararán la firma química con los registros de su padre.

—Pero ¿en realidad no tienes uno contigo? ¿O alguna prueba de que uno picó a mi padre por obra de Phasma?

—No, señor.

Armitage se echa atrás en su asiento, con una sonrisa presumida en su cara.

—Bien.

—¿Bien?

—Cardinal, eres un idiota. Mi padre lo sabía, y yo también. Sé que Phasma lo mató, y estoy contento de que el viejo bastardo esté muerto. Nos pusimos de acuerdo para que sucediera en el momento correcto. Le dije a ella que no pudiera rastrearse, y así debe quedar.

Por un largo momento, Cardinal sólo puede ver al frente.

—Usted... ¿lo sabía?

—Por supuesto que lo sé. Siempre lo he sabido. Sé todo. Ahora la pregunta es: ¿qué más sabes y qué crees que vas a hacer con esa información?

Cardinal da un paso atrás y siente como si pudiera flotar en el espacio, camino a su último aliento y su pérdida completa.

—Nada, señor. No sé nada, y no tengo pruebas.

—Bien. Porque si tratas de hablar con alguien más sobre este asunto, puedo hacerte desaparecer también. La cosa es que tú eres un buen hombre. Un buen soldado que cumple con su deber, que sigue órdenes. Necesitamos hombres como tú en la Primera Orden. Necesito hombres como tú de mi lado. Así que la siguiente pregunta sería... ¿estás de mi lado?

Cardinal está asintiendo antes de poder hablar.

—Sí, señor. Mi lealtad permanece con la Primera Orden y con usted.

—Buen compañero. ¿Te veré entonces en la asamblea de hoy? ¿Permanecerás, como siempre, callado y firme?

—Sí, señor.

—Excelente. Porque, a pesar de que Phasma hace un trabajo excelente con nuestros reclutas mayores, y a pesar de que ella siempre está discutiendo en contra de mi adoctrinamiento más rudo, no creo que se le puedan confiar nuestros pequeños. ¿Tú sí?

Cardinal se estremece ante la idea.

—No, señor.

Armitage se echa hacia atrás en su sofá y sonríe beatíficamente.

—Entonces puedes retirarte. Gracias por traer esta información ante mí.



TREINTA Y TRES EN EL *ABSOLUTION*

ARMITAGE HUX SE INCLINA HACIA DELANTE, ESTUDIANDO A Cardinal mientras sale. Aun bajo la firme armadura roja, es evidente que algo se ha roto en el capitán, lo que es una pena. Cardinal es un oficial ideal. Su mezcla de paciencia y serenidad ha producido reclutas intachables de los que ni siquiera el viejo Brendol podía quejarse. No, Armitage no tiene un solo punto de discusión con Cardinal.

Al menos no lo tuvo hasta hoy.

Ese tonto cobarde viene así como así con chismes de Phasma. Eran dos goles en contra de Cardinal. Uno por los chismes y otro por ser tan tonto como para meterse con Phasma. Tres, en realidad. Cardinal pensaba que el propio Armitage era demasiado torpe para saber lo que estaba ocurriendo bajo sus propias narices.

Armitage se echa hacia atrás en su sofá y acciona su intercomunicador.

—¿Oficial Bolander?

La voz de ella es firme.

—¿Sí, señor?

—Por favor, envíe la lista de invitados para la asamblea de hoy. Tengo que hacer algunas modificaciones.

Como una buena oficial, ella no lo cuestiona a él ni a sus órdenes.

—Sí, señor.

Tal vez Armitage debe preocuparse por Cardinal. Es evidente que el hombre se ha vuelto inestable y abriga resentimientos. También ha metido inexplicablemente sus manos en información altamente confidencial que debía estar destruida o enterrada tan profundo que ni un wampa hambriento pudiera descubrirla aunque estuviera empapada en sangre. ¿Esa investigación acerca de Brendol? Hilarante. Cardinal veía cómo el hombre trataba a su hijo. Si él sabía algo del corazón humano, debió comprender que el Hux más fuerte se alzaría con el tiempo para suplantar al más débil, al más viejo Hux. Armitage ha hecho, al parecer, un excelente trabajo ocultando a sus inferiores sus rasgos

menos dignos. El fin justifica los medios. La Primera Orden no puede detenerse por ideales obsoletos.

Armitage se queda viendo su intercomunicador y coquetea con la idea de dejar que Phasma sepa que su antiguo rival cuenta con alguna información inconveniente, pero el propio Cardinal admitió que no tenía evidencia. Armitage es la más alta autoridad en la nave; ¿a quién más podría contárselo Cardinal?

Mejor dejar que este pequeño conflicto se desenvuelva por sí solo. Si Armitage comprende algo sobre el Capitán Cardinal, habiéndolo conocido por más de una década, es esto: Cardinal hará lo que considere correcto. Eso significa que seguirá desempeñando sus deberes oportunamente y lo mejor posible, de acuerdo con sus considerables habilidades. Tal vez esté luchando con su propia conciencia, combatiendo con su condicionamiento de la Primera Orden, hasta que no tenga otra opción que confrontar a la propia Phasma. Lo cual está bien, porque Phasma es buena para hacer que los problemas desaparezcan.

Por ahora, Armitage debe prepararse. A Kylo Ren no le gusta esperar.



TREINTA Y CUATRO EN EL *ABSOLUTION*

LA PUERTA DE LA SUITE DE HUX SE DESLIZA PARA CERRARSE detrás de él y Cardinal se siente a la deriva por primera vez desde que su madre murió en Jakku y lo dejó solo por completo. Desde que Brendol lo encontró y le dio un propósito, algo a qué aspirar y algo en qué creer, él ha sabido que está justo donde se supone que debe estarlo. Las estrellas se sienten más como una casa que la casucha de metal rescatado donde creció. Pero ahora los pasillos del *Absolution* parecen fríos e impersonales. Puede sentir que los ojos de cada oficial de seguridad lo miran a través de las cámaras que parpadean a intervalos regulares. Allá arriba, entre los oficiales y la elite, cada movimiento suyo es vigilado. El cuarto oscuro en la sentina donde Vi espera ahora se siente menos como una prisión y más como el paraíso.

Sin embargo, él tiene sus deberes y no esperarán. La espía sí. Ella no tiene opción. Si intenta algo, Iris se ocupará de ella. Está empezando a sentir que la droide es el único miembro de la Primera Orden en quien puede confiar realmente. Todo este tiempo pensó que Armitage era un aliado, o por lo menos un bastión de lealtad compartida a la Primera Orden. Pero, como acaba de saberlo, el Hux más joven es tan peligroso como Phasma.

Su entrenamiento toma el control de Cardinal, quien se endereza. ¿Cómo va la rima? «Barbilla alta, hombros atrás, postura alta, firme estás». Aun el más pequeño de sus reclutas puede cantarlo. La frase está impresa en uno de los muchos carteles que recubren sus barracas y la cafetería de los jóvenes, junto con una imagen de la Capitán Phasma en posición de firmes, con su armadura cromada brillante y su capa ondulando detrás de ella. Los pequeños la miran con admiración, quieren ser ella. Consideran al Capitán Cardinal como su maestro, pero Phasma se ha vuelto su ídolo.

Pronto habrán de despertar, el claxon los sacará de sus literas, donde el programa cuidadosamente diseñado por Brendol los alimenta toda la noche con mensajes subliminales. Armitage no ha cambiado nada del programa desde la muerte de Brendol, porque reconoce el valor del sistema para moldear las mentes jóvenes. A Cardinal le resulta reconfortante, cuando revisa a los niños por la noche, escuchar el suave murmullo

de la doctrina de la Primera Orden, el mismo que cuando era niño. Él solía tirarse en la cama y fingir que era la voz amable, adorable de su madre, aunque hablaba de lealtad, de valor y del imperio de la ley, todas esas cosas que su madre nunca mencionó mientras luchaba para mantenerlos vivos.

En su propio cuartel, Cardinal se saca su armadura y la cuelga escrupulosamente, observando algunas manchas por el tiempo que pasó con Vi. Allí, en el guante, donde derramó algo de caf. Allí, en el protector de la espinilla, una mancha. Ni siquiera se vio en el espejo antes de confrontar al General Hux. Se le están escapando cosas.

Recorre las abluciones estándar que le enseñaron cuando llegó por primera vez a la nave. La manera correcta de bañarse, de limpiarse los dientes y rasurarse. Su nuevo *bodysuit* lo espera en el clóset, limpio y planchado, pero no se pondrá su armadura de nuevo hasta que esté limpia. Mientras pule el rojo brillante, sus pensamientos vagan hacia el día en que recibió su primera armadura, el traje estándar blanco de trooper que se da a todo recluta. En ese entonces era sólo un niño que aprendía a pelear y su número era CD-0922. Se sintió tan orgulloso cuando aceptó el casco y aprendió las sutilezas de mantener ordenado el equipo. De pie, allí, con su primer pelotón, con la barbilla alta y los hombros atrás, un bláster de entrenamiento colgado de su cadera, nunca se había sentido más orgulloso. La mano de Brendol aterrizó en su hombro y en ese momento sintió que era lo más alto que podía llegar a crecer.

Él destacó en cada simulación, dominó cada arma. Ganó galardones constantemente y dejó su pelotón para ayudar a que uno menos avanzado se pusiera al corriente. Brendol lo había llamado un líder natural y elogiaba su paciencia y compostura cuando enseñaba a disparar un bláster o a esgrimir un bastón antidisturbios aun a los más torpes o nerviosos reclutas. Nunca perdía su temperamento ni tenía una palabra dura. Él tomaba cada nuevo desafío al vuelo y disfrutaba encontrar maneras de alcanzar lo inalcanzable, tranquilizar lo imposible y elevar la confianza del inseguro. En los días iniciales de la Primera Orden solían presentarse más esos rasgos negativos, cuando todos los reclutas eran adolescentes que llegaban con el corazón o la mente dañados. Una vez que Brendol había perfeccionado sus métodos y encontrado niños más jóvenes para adoctrinar, había menos de estas tareas para Cardinal. Podía concentrarse en armas y en ejecutar las elaboradas simulaciones programadas por ambos Hux.

Había muchos reclutas excelentes, pero al final Brendol eligió a Cardinal por encima de todos los demás para esta responsabilidad. De los miles y miles de troopers, eligieron a CD-0922 para liderar y le dieron el más alto honor de actuar como el guardia de honor personal de Brendol Hux mientras afinaban juntos el programa de entrenamiento. La primera vez que Cardinal vio la armadura roja fue cuando Brendol Hux se la presentó en una ceremonia enfrente de miles de sus compañeros troopers. Aunque el casco de CD-0922 sólo había mostrado la cara lisa y blanca, por dentro se sentía incandescente. La alegría resplandecía en sus ojos y su sonrisa se estiraba a proporciones inapropiadas.

—Gracias, señor —había dicho.

Brendol lo había mirado entonces... bueno, quizá como lo haría un padre. Una manera en que Brendol nunca había visto a su propio hijo, Armitage.

Cardinal recordaba una conversación en particular, una vez que lo consideraron una parte confiable de la vida de Brendol y mucho antes de que llegara Phasma. Brendol se estaba preparando para su gran reunión con la Gran Almirante Rae Sloane y los otros líderes de la Primera Orden (bueno, el primer conjunto de líderes). Cardinal estaba esperando en la suite de Brendol, la misma donde ahora se quedaba Armitage, y Brendol había vertido su vaso acostumbrado de oporto de un decantador de cristal y le ofreció un vaso a Cardinal.

—Gracias, señor, pero es contra las reglas —dijo Cardinal.

Brendol había lanzado esa sonrisa presumida pero indulgente que sólo usaba cuando estaba del mejor humor.

—Ah, CD-0922. Tan erguido en tu uniforme rojo. Por eso eres el primero entre mis hombres. Como el número cardinal —él se rio de su propia broma—. ¿Te gustaría tener un nombre aparte de un número? *Capitán Cardinal* te suena, ¿o no?

Era un honor inusual, y el corazón de Cardinal se había hinchado.

—Como lo desee, señor.

—Eso es lo que siempre dices. Me pregunto lo que harías si, como tu oficial superior, te insistiera en que compartas un trago conmigo. ¿Honrarías las enseñanzas de la Primera Orden o seguirías mi orden directa?

Cardinal había enrojecido debajo de su casco rojo, sintiendo un poco de pánico. Era como si dos ideas corrieran por su cabeza, separadas pero opuestas, y ninguna era más fuerte que la otra. Brendol sirvió un vaso y se lo tendió a Cardinal, pero él no lo tomó.

—Estoy seguro de que es contra sus órdenes invitarme a ir en contra de las reglas, señor —dijo al final.

Ante eso, Brendol había echado su cabeza hacia atrás y reído.

—Buena respuesta, Cardinal. Más para mí, entonces.

El Hux mayor había bebido ambos vasos con gusto y se había ido a su reunión con buen ánimo, mientras Cardinal caminaba frente a él, con el bláster preparado y la capa de capitán flotando detrás de él. Cuando sirvió como guardia de Brendol, siempre se sintió importante, intocable y enorme. Brendol solía recordarle que la armadura roja invocaba poder. Entre todos los troopers idénticos, uno se había elevado por encima de ellos. Uno había volado más alto. Cardinal iba a ser más que un simple stormtrooper: el más alto de los stormtroopers. De allí el color, de allí su nombre único. Cardinal por el pájaro rojo, Cardinal por ser el primero de su tipo, el primer trooper con un nombre y una armadura roja.

Entonces apareció Phasma.

Ella nunca cedió su nombre por un número, como Cardinal. Ella nunca tuvo una armadura roja, afortunadamente, pero era obvio que Brendol también la consideraba especial. Le dio una capa de capitán al principio de su carrera, la única además de la de Cardinal. Le ofreció la oportunidad de moldear el programa de entrenamiento de acuerdo

con sus especificaciones, de programar las simulaciones y encontrar nuevas maneras de desafiar a los jóvenes que se graduarían del propio curso de Cardinal. Había parecido... bueno, se sentía culpable por pensarlo siquiera. Pero se sentía como si él hubiera hecho el trabajo pesado, se hubiera esforzado por asegurar el éxito, y luego ella hubiera tomado a sus troopers perfectos y los hubiera torcido para que se adecuara a ella.

Cuanto más lo piensa más furia siente.

No queda claro quién hace el trabajo más importante. Son dos mitades del mismo todo. Cuando los troopers actúan de manera ideal y obtienen triunfos, se considera una victoria conjunta. Cuando Brendol se paraba ante los troopers reunidos para informar de un trabajo bien hecho, Cardinal y Phasma lo flanqueaban para compartir la victoria, y ahora hacían lo mismo bajo el General Hux. Pero, a pesar de que sus vidas estaban entrelazadas, Cardinal nunca había conocido personalmente a Phasma. En absoluto. Él tenía su academia en el *Absolution*. Cuando consideraba que un pelotón estaba listo, lo enviaba a la academia de Phasma en el *Finalizer*. Aunque él fue quien la entrenó, le enseñó las complejidades de la Primera Orden e incluso a leer, aún no sabía casi nada de ella como persona. Ella siempre había evitado cualquier charla.

Una cosa que sí sabe es que Phasma memoriza los números de sus troopers. Alguna vez él consideró esto como un signo a su favor, una atención al detalle que mostraba lo mucho que se preocupaba por su responsabilidad. Pero ahora ve todo lo que hace bajo una luz más siniestra. Cardinal se aprende los números de los troopers porque se siente orgulloso de ellos y disfruta ver que alcanzan el éxito. Tal vez Phasma se mantiene al tanto de los números por si necesita desaparecer a alguno de ellos. Como Frey. Su propia sobrina.

Mientras estas ideas se proyectan en su cabeza, pule su armadura roja hasta que alcanza su máximo brillo y recorre el reconfortante ritual de vestirse, que alguna vez fue importante para él. El claxon suena y él escucha las pisadas y los gritos. Brendol le ofreció cuarteles entre los oficiales, arriba, donde ahora está Armitage, pero Cardinal decidió quedarse aquí, cerca de sus deberes, actuando como un ejemplo vivo de su servicio y su modestia dentro de la Primera Orden. Al principio le molestaba estar tan cerca del caos de miles de niños, pero ahora lo siente como su hogar. Al escucharlos ahora, aun filtrados a través de su casco, sonrío.

Algún día estos niños serán los mayores peleadores que la galaxia haya conocido jamás, pero justo ahora se están empujando para llegar a las duchas y los baños, para medir su pelo y asegurarse de que está recortado al largo reglamentario. Les da tiempo de vestirse y desayunar antes de revisar su reflejo en el espejo. El caparazón exterior no muestra las grietas internas. Tal vez esta es una crisis de fe, pero él realizará sus tareas. Si no sucede otra cosa, le darán tiempo de decidir qué hacer con la espía de la Resistencia. Es demasiado tarde para contar a sus superiores sobre ella, para admitir que la ha rastreado en secreto y que la ha encerrado en la nave, que Iris ha borrado diligentemente todos los registros de su presencia. Pero nunca es demasiado tarde para matarla y lanzar su cuerpo por una esclusa de aire, por más desagradable que parezca. Ella es una enemiga

de la Primera Orden, después de todo. Un miembro de la Resistencia. Su información sobre Phasma, aunque arrojó luz, no es suficiente.

Cuando llega el momento, Cardinal se levanta para irse. Pero, antes de salir, se da vuelta. Sus cuarteles están casi vacíos, nada como la brillante elegancia de la suite de Hux. Al crecer en Jakku y luego dormir en las barracas, él no podría sentirse cómodo en el suave colchón que Brendol le había proporcionado originalmente con su comisión de capitán. Ahora su cama es una cosa escasa, coincide con su moblaje igualmente austero. No hay alfombras, obras de arte ni decantadores de cristal cortado. Aquí no hay suavidad ni color. Sólo unas cuantas sillas duras y básicas y una mesa pequeña, extrañamente parecida a la del cuarto donde espera Vi. Se hinca ante la mesa y saca el único cajón. La caja del interior parece tan infantil en sus manos enguantadas, la madera simple y rugosa, acunada entre el rojo brillante. Desliza la tapa hacia atrás y revela el único resto de su vida antes de la Primera Orden.

Es una figura tallada pequeña y poco elegante de un happabore. Hace mucho tiempo, Brendol le dijo a su ejército de niños que no trajeran nada con ellos, que la Primera Orden les proporcionaría todo lo necesario, se volvería padre, madre y patrón. Pero un niño llamado Archex metió de contrabando este único objeto en el bolsillo de sus pantalones militares. Su madre le dijo que su padre lo había tallado cuando ella estaba embarazada. Un regalo para el hijo que nunca conoció. En ese momento, el niño se había creído muy valiente y temerario. En los primeros años, le había costado mucho trabajo ocultar este artefacto, se sentía culpable y se preocupaba de que lo descubrieran. Pero ahora, al mirarlo, al torcer el happabore entre sus guantes, sólo se siente muy viejo y lleno de conflictos.

De pronto se da cuenta, y con gran emoción, que nunca ha matado a nadie a menos que se lo ordenaran directamente, mientras que Phasma ha matado a muchos. Cada vez que su pelotón era enviado a un planeta, él cumplía con su deber y seguía órdenes, así que nunca lo consideró un problema. Sus superiores nunca han puesto en duda su desempeño. Y aun así... ¿tiene lo que se necesita para ser despiadado? ¿Por eso se contiene con Vi?

¿Es él quien en realidad está podrido en el corazón de la Primera Orden? ¿Un nudo débil entre la fortaleza? No. No, eso es tonto. Tomar vidas innecesariamente no hace fuerte a Phasma.

Deja caer el happabore en la caja y la coloca con suavidad en el cajón. Aquí está la evidencia de que él, también, ha sido imperfecto desde el principio. Su primera respuesta a la bondad de la Primera Orden fue la rebelión. Su principal diferencia, al parecer, es que Phasma desea hacer cualquier cosa y matar a cualquiera para lograr lo que desea; en cambio, él es feliz de hacer lo que le dicen y se siente satisfecho con lo que le han dado. O por lo menos se sentía.

Todo este tiempo ha estado presionando a Vi para que le dé la información secreta a tiempo para la asamblea. Es demasiado raro que el General Hux, Phasma y los otros líderes estén en la misma nave. En estos días, cada vez con más frecuencia parece que

todo lo importante sucede en el *Finalizer*, mientras que el *Absolution* pierde importancia. Aunque lo invitaron a asistir, a Cardinal ni siquiera le informaron el objetivo de la reunión. Podía ser para tratar algo profundo, como estrategias de ocupación planetaria, pero en el fondo de su corazón siempre se ha preocupado de que perderá aún más responsabilidades, ante Phasma u otro trooper. Todos en la Primera Orden tienen un trabajo, hasta que lo pierden. Cardinal había anhelado presentar su caso y mirar a Phasma mientras se revelaba la verdad, pero ahora teme asistir. Sin Armitage de su lado, necesita más que simples historias.

Sale deprisa de su cuarto y camina por el pasillo hacia la cafetería, contento de que los niños no puedan verlo sudar, gracias a su casco. La puerta se abre y todas las caras se dan vuelta para mirar. Todos a la vez se ponen de pie y saludan, con sus caritas formales y sus uniformes negros inmaculados. Cardinal los ve de frente, se obliga a levantar la barbilla y regresa el saludo. Cuando baja su brazo, miran por un momento más antes de regresar a su comida. Su plática es mucho más tranquila ahora: nadie se atrevería a decir una palabra ruda o a hacer algo remotamente estridente mientras Cardinal está mirando.

Él conoce cada cara aquí. Sabe cada número y cada apodo infantil. Los ha regresado a sus literas cuando tenían pesadillas y llamaban a padres que nunca verán de nuevo. Ha colocado sus dedos en gatillos, les ha enseñado cómo apretarlos correctamente. Les ha lanzado miradas severas de desaprobación y ha repartido castigos. Durante 15 años, él ha estado aquí, mirando ese mar de caras, cada una de las cuales refleja al niño que alguna vez fue. Niño o niña, alto o bajo, de piel clara u oscura, valientes o inteligentes, estos niños son él, y son de él. Por primera vez, duda por qué alguna vez los ha entregado a un monstruo como Phasma para su custodia. Sus niños: ella los convierte en monstruos como ella, ¿o no? Asesinos sin conciencia. Siente náuseas.

Pero no puede dejar que eso se muestre. No cuando hay miles de ojos mirando.

Siguiendo su patrón habitual, Cardinal recorre las mesas, llamando a este o a aquel niño para preguntar sobre su entrenamiento, felicitándolos por sus calificaciones o señalando un cinturón abrochado al revés. Cuando llega a la fila de comida, es el único allí.

—Buenos días, Capitán Cardinal —dice el droide—. ¿Tomará el desayuno estándar?

—Sí, un bocadillo de prote y un caf extra, por favor.

Su charola es diferente de las que se encuentran colocadas en filas ordenadas ante los niños. Sus alimentos están perfectamente diseñados para sus edades, géneros, pesos y necesidades nutricionales. Él sospecha que incluyen otras sustancias químicas para mantenerlos sanos y superar cualquier deficiencia de vitaminas que podrían tener por crecer en planetas rudos. Sus comidas no saben bien, pero el hambre hace maravillas por el apetito. Además, han trabajado mucho con los niños. La comida de él no sabe mejor. El caf, por lo menos, le ayudará a permanecer alerta. Estaba a punto de quedarse dormido cuando Iris le informó de la captura de la nave de Vi. Permanecer despierto todo este tiempo no le ha ayudado a su estado mental ni a sus nervios.

Cardinal lleva su charola a una mesa colocada en sentido perpendicular a las de sus reclutas. Su lugar siempre se deja vacío, esté él aquí o no. A su alrededor están los próximos líderes en su programa. Se sienta y pasa la vista por el salón. No hay otra opción que ver los carteles de Phasma mirando a los niños como alguna gran diosa plateada con una capa. Sin embargo, ellos no ven un monstruo. Ven un héroe. Un soldado alto que mira al futuro, cuya capa delinea con dramatismo su brillante armadura cromada. Los ojos negros de su casco reflejan a los stormtroopers en que algún día se convertirán. Ven lo que se supone que deben ver, lo que podrían ser si se esfuerzan lo suficiente, si luchan lo suficientemente bien. Ansían ser moldeados a su imagen. Nunca antes observó la enorme cantidad de malditos carteles que recubrían las paredes. Es como si no pudiera escapar de ella.

—Buenos días, señor —dice FE-1211. Es una aduladora, pero siempre obtiene el puntaje más alto en pruebas de inteligencia y tiene una estupenda puntería con un bláster.

—¿Durmió bien, señor? —Esto es de FB-0007, un niño serio al que nada le encantaría más que suplantar a FE-1211, pero no puede ser más listo que ella.

—Sí, gracias —dice Cardinal. Cuando mira su plato, se da cuenta de que tiene que quitarse su casco y comer. Entonces los niños podrían ver la guerra mental que está librando escrita en las arrugas de su rostro.

La tercera niña, FM-0676, sólo lo mira, y sus ojos oscuros son tan duros como los de una máscara. Piensa que ella es a quien hay que vigilar. Porque es la que siempre está vigilando.

—Tengo una reunión hoy. Den lo mejor de ustedes. Revisaré sus calificaciones esta noche. Disculpenme ahora.

Se pone de pie, levanta su charola y se esfuerza para caminar lentamente y con dignidad de regreso a su cuarto, donde se quita el casco y se limpia el sudor del rostro con un trapo antes de comer. La comida se atora en su garganta y se obliga a tragarla con el café. No le cae bien al estómago, donde rueda como una bola de piedra y amenaza con volver. No puede meterse más proteínas, así que echa en sus bolsillos el paquete adicional y da un trago al café, deseando que fuera más fácil echar mano a los estimulantes para las batallas reales que les entregan a los troopers cuando los entrenan en las simulaciones y cuando después combaten en el terreno. Podía recurrir ahora mismo a un estímulo adicional. La cosa que le dio a Vi es un juego de niños, en comparación.

Cuando se pone de pie, las piernas le tiemblan. Siente como si la nave, en otros momentos tan sólida, estuviera estremeciéndose a su alrededor.

Debía estar supervisando el entrenamiento de los niños, pero no puede dejar de preocuparse por su pequeño proyecto en la sentina. Si a algún trooper se le asigna por primera vez y al azar la tarea de tirar la basura, y este se pierde y tropieza con la espía, toda la vida de Cardinal quedará destruida. Las probabilidades son imposibles, pero la paranoia no se detiene ante las probabilidades. Aunque Iris es muy inteligente, no está programada para lidiar con eso. Gira su intercomunicador para ponerse en contacto con su colega más cercana en la nave. Si Cardinal tiene un amigo, ese es SC-4044.

—SC-4044. Me siento un poco enfermo hoy. Ejecuta el programa como siempre. Hazme saber si hay problemas. Pon a FE-1211 en la retaguardia y ve lo que FB-0007 puede hacer con su propio pelotón.

—¿Va a la bahía médica, señor?

Él hace una pausa.

—No estoy tan mal.

—¿Finalmente visitó la cantina?

Otra pausa.

—Algo así.

Se limpia la cara de nuevo antes de ponerse el casco y salir. Nunca había sentido claustrofobia, ni por una nave ni por su casco. Pero ahora siente como si su casco estuviera hecho de plomo, como si lo presionara hacia abajo, y lo hiciera más bajo, más pequeño y más estúpido. Puede escuchar sus latidos en sus oídos, oler su propio aliento amargo mezclado con caf. Cuando revisa su imagen en el espejo de la puerta no puede sino quedarse viéndolo.

Este es él. Este es el Capitán Cardinal. Este es el líder del programa de entrenamiento juvenil, y alguna vez fue la mano derecha de Brendol Hux.

Es la perfección pulida, fuerza vertical y valor. Es el segundo trooper más importante en toda la Primera Orden y ahora sabe que la trooper número uno no es lo que todos creen. Él ha hecho lo correcto, reportó su crimen a su oficial superior, como está delineado en las leyes de la Primera Orden. Como respuesta, ha aprendido que una asesina camina libremente entre su gente. Le han dado honores más elevados, por encima de él, y sus acciones son apoyadas por quienes deberían castigarla. Lo único que puede hacer es regresar con una espía de la Resistencia para ver qué otras porquerías le lanzará ella en una apuesta por obtener su libertad.

Sale por la puerta y avanza deprisa por el pasillo. Sus pasos son regresados por el eco, cuando casi tropieza con una figura que da vuelta en la esquina: la Capitán Pasma.

—Disculpe, capitán —dice ella, con su voz fría y recortada de siempre.

Por un momento, Cardinal no puede hacer más que quedarse allí y mirarla. Su armadura cromada está tan bien pulida como la de él. Su capa es igualmente larga e impresionante. Es más alta, pero él es más musculoso. Aunque él nunca ha visto su cara, se imagina un rostro torcido y feroz cubierto de cicatrices, algo más parecido a su máscara parnassiana decorada con plumas y piel.

Las manos de él se cierran para formar un puño. La derecha se abre y sus dedos bailan sobre el bláster en su cadera. Cómo le encantaría matarla, justo aquí. Matarla y contar la verdad, no sólo a Armitage, sino a toda la Primera Orden, a Ren y Snoke y cualquier otro que lo escuche. Podría presentar a Vi Moradi, podría regresar a Parnassos y traer de regreso a Siv como testigo del carácter de Pasma. Él les traería docenas de escarabajos. Podría deshacerse de este monstruo de una vez por todas.

Tiene tantas, tantas ganas de matarla.

Todo su cuerpo tiembla. Está demasiado cerca de hacerlo.

Un tiro y todos sus problemas desaparecerían.

Pero no dispara su bláster. Al final, es completamente incapaz de ir contra su orden estricto. De manera parecida a los viejos scyres con Phasma, no puede haber peleas internas entre troopers. Es una de las primeras cosas que aprenden aquí.

—¿Capitán? —dice Phasma cuando él no se mueve ni responde.

—Discúlpame —dice él, agradecido por la modulación de voz del casco.

La rodea y se aleja deprisa de ella sin mirar atrás.



TREINTA Y CINCO EN EL *ABSOLUTION*

VI NO SABE CUÁNTO TIEMPO HA ESTADO SIN SENTIDO, PERO ha sido suficiente. Quedar inconsciente no es como estar dormida, piensa. Dormir es como acomodarse en un baño caliente, mientras que quedar sin sentido es más como si lo mantuvieran a uno bajo el agua. Pierdes la noción del tiempo y no tienes control sobre cuándo sales de nuevo a la superficie. Y cuando empiezas a emerger, el mundo regresa en pedazos y fragmentos.

Ella siente primero la banda de metal a través de su frente, caliente, dura y presionando, como si tuviera clavos metidos hasta el fondo de su cráneo. Se echa hacia atrás un poco, todo lo que puede, y su piel se pega al metal y se desprende con un ligero sonido de succión. Ella ha caído hacia delante y las esposas se han clavado en sus brazos, abriendo surcos en su carne. El bastardo pudo por lo menos haber inclinado la silla de interrogación hacia atrás en lugar de dejarla detenida sobre unas piernas que no pueden soportarla, mantenida en su lugar por ataduras que penetran en los músculos de su brazo. Es obvio que nunca ha interrogado a alguien antes. Tal vez ni siquiera sabe que la silla se puede inclinar hacia atrás para quitar parte del peso de los pies entumecidos del sujeto desequilibrado del interior, para que pueda torturarse por mucho más tiempo, antes de que quede inconsciente.

Los pies de Vi se agitan para encontrar apoyo, y ella se incorpora por sus propias fuerzas, mientras un dolor rasga su espalda hacia arriba. Se está poniendo demasiado vieja para este tipo de cosas. Si sale de aquí, jura que la próxima vez que la General Organa, o cualquier otra persona, le pida que eche una mirada en algo, va a correr en la dirección opuesta y a encontrar una agradable cantina para desaparecer en ella. Preferiría vagar en Pantora con Baako, hasta las rodillas en el pantano, que estar aquí. Evitar el sistema de defensa planetario de Parnassos fue un asunto simple, considerando que ella encontró los códigos correctos, pero ahora sabe que es imposible evitar los destructores estelares de la Primera Orden. Una vez que te ven y te clavan los ganchos de su rayo tractor, ya no tendrás suerte. La Resistencia necesita esa información, pero Vi no está segura de poder proporcionarla.

Aun así, no ha perdido la fe. Ha escapado de peores situaciones. Es cierto que suele tener por lo menos a un miembro de la tripulación y algunas armas con ella. Además, con más frecuencia tenía una navecita rápida. Pero hay esperanzas.

—¿Qué pasa contigo, Iris? ¿Tienes algún interés oculto en desertar a la Resistencia?

Como respuesta, el globo flotante lanza algunos pitidos que suenan como una risa, y muestra una aguja de choque que chasquea por la electricidad.

—No me puedes culpar por preguntar.

Tiene mucho tiempo para contemplar las posibilidades mientras espera el regreso de Cardinal. Diablos, tal vez no regrese. Parecía muy alterado por su historia. No es que le hubiera sorprendido; él sabía que algo oscuro acechaba bajo la superficie de Phasma, de la misma manera que la mayoría de las personas de buen corazón pueden oler una rata. No, lo que realmente lo destruyó fue saber que Phasma mató a Brendol y no sólo vivió para contarlo, sino que siguió ascendiendo en rango y reputación. Ese es el problema con seguir todas las reglas: alguien más va a tomar ventaja en algún momento si las rompe, y entonces ¿dónde quedarás? Vi siempre se ha asegurado de romper por lo menos una regla, aunque sea algo tan mezquino como subir sus botas en el tablero o tirar migajas en los cojines del asiento. Sólo para no vagar en el lado de la perfección y la obediencia.

La puerta se abre y ella desvía la mirada. Cuando ve que es Cardinal, lanza un suspiro de alivio y se relaja contra sus ataduras. No es que en realidad pudiera hacer otra cosa en caso de que alguien más se hubiera aparecido, pero no puede sino ponerse tensa. Puede adivinar que Cardinal es el más suave de esta nave.

—Bienvenido de vuelta, Freno de Emergencia. ¿Crees que podrías inclinarme un poco hacia atrás? No siento mis pies.

Cardinal no le ha lanzado la más breve de las miradas. Está tecleando en el datapad y jugando una vez más con las cámaras. Pero ¿las está encendiendo, o...? No. Arranca un montón de alambres de una de ellas. Si él estaba serio antes, ahora está mortalmente serio.

Después de recorrer el cuarto aparece enfrente de ella: una sólida pared de rojo brillante e inmaculado, con su capa balanceándose detrás de él.

—Iris, ¿trató de escapar?

La droide lanza pitidos a manera de negativa.

Ahora él se concentra en Vi.

—Bien. ¿Puedo confiar en ti? —pregunta con urgencia, y ahora es diferente de la primera vez que se lo preguntó, horas o tal vez días antes.

Vi se pasa la lengua por sus labios secos.

—Esa sigue siendo una pregunta complicada. Digamos que puedes confiar en que no te atacaré ni trataré de salir de aquí peleando. No te he mentado hasta ahora, y no planeo hacerlo, a menos que crea que vas a matarme si te digo la verdad.

Él resopla.

—Esa es una respuesta honesta para una espía.

Ella recurre al más elemental vestigio de un encogimiento de hombros, hasta donde sus ataduras lo permiten.

—Soy una espía muy honesta.

Él se quita el casco, lo coloca sobre la mesa y se agacha frente a ella. Ja, como si mirarla a los ojos fuera a mostrarle nuevas verdades sólo porque la cara roja de su casco no se interpone entre ellos.

Sin embargo... él la mira. Justo a los ojos. Como si tratara de meterse en su alma: un hombre que se ahoga busca la salvación de una cuerda en las aguas profundas. Perlas de sudor se agolpan en su frente, en los círculos oscuros debajo de sus ojos, arriba de la piel recién rasurada sobre su labio, marcada con un corte pequeño e imperfecto.

—Voy a liberarte de la silla. No estarás atada. Puedes comer y beber. —Pone una botella de caf y un paquete cubierto con papel plateado sobre la mesa—. Pero vas a decirme más. Todo. Todo lo que tienes. Le dije a Armitage que Phasma mató a Brendol y no fue suficiente.

—¿Qué quieres decir con que no fue suficiente?

—Él ya lo sabía. Y parecía complacido con eso.

Esta es sólo otra golosina de información para la memoria de Vi. Armitage Hux no ha dejado un rastro abundante de datos como los otros líderes de la Primera Orden, porque no tiene vida fuera de la máquina de guerra. Él era el hijo odiado de Brendol en la Academia Imperial de Arkanis, y luego fue el hijo odiado de Brendol en el *Finalizer*, y más tarde ascendió entre las filas hasta convertirse en lo que ahora es: el verdadero heredero del comando de Brendol y un líder poderoso de la Primera Orden. Pero ahora saben que tiene sus propios secretos, y eso es útil.

—Bueno, ¿qué sabes? La comadreja grasienta y pelirroja engendró una comadreja grasienta y pelirroja.

El brazo de Cardinal vuela hacia atrás como si estuviera a punto de darle una bofetada, pero se contiene antes de que su droide lance un pitido de advertencia. Deja caer su brazo y lo acomoda de nuevo a su costado.

—Di lo que quieras de Armitage Hux, pero amárrate la lengua con Brendol. Ese hombre fue mi salvador, e hizo más por mí que mi propio padre.

Ella entrecierra los ojos, incapaz de contenerse.

—Entonces tu familia apesta. —Él le lanza una mirada severa, así que ella ríe tristemente—. Pero, hablando de familias terribles, puedo darte lo que necesitas saber. Sólo suéltame antes. Esa fue una buena idea. Una de las mejores que has tenido, en realidad.

—¿Juras que no intentarás cualquier cosa?

—No intentaré algo físico, pero me esforzaré a muerte para convencerte de que me dejes ir en verdad.

Él ya está estirando la mano hacia la banda que rodea la cabeza de ella y suspira.

—Si eso es lo mejor que puedes hacer, supongo que es todo lo que realmente puedo esperar.

El metal cruje al abrirse. La cabeza de Vi se tambalea hacia delante como si su cuello estuviera hecho de hule. El gemido de alivio que ella lanza tiene una naturaleza casi íntima. Luego él empieza a trabajar en las correas alrededor de sus muñecas y sus brazos. Cada nuevo incremento de libertad es la mejor sensación que ha tenido alguna vez, está segura. Cuando la correa alrededor de su pecho queda suelta, se sorprende de encontrar que su cuerpo se va hacia delante, y Cardinal se ve obligado a atraparla o mirar su caída. El impacto la hace gritar, y luego es aplastada por un plastoide duro y liso que trata de ayudarla a mover un cuerpo que ha perdido toda sensación y fuerza en los últimos días. Todo lo que puede ver es rojo.

—Esto es incómodo —dice mientras él trata de ayudarla a ponerse de pie. Ella tiene toda la elegancia de una muñeca rota.

—Soy un poco nuevo en esto —admite él, que suena demasiado humano para ser el hombre que le dio un choque eléctrico que la dejó inconsciente horas antes—. No anticipaba esta parte.

Trabajando juntos, logran que ella se doble en una silla real, con sus brazos y su cabeza sobre la mesa. Ella tiene que poner en juego toda su voluntad para no deslizarse hacia el piso. Si Cardinal fuera alguien de su equipo, ella le rogaría que le diera un masaje en los hombros para recuperar la sensación, de una manera puramente platónica, pero la idea simplemente es demasiado absurda. Resulta difícil reconciliar al Cardinal que ella ha estado investigando durante semanas con el hombre que definitivamente no es un monstruo y que empuja con cautela la botella de caf hacia ella. Obliga las preguntas: ¿quién es él, de corazón? ¿El huérfano de Jakku que anhelaba pertenecer a algo, o el soldado con el cerebro lavado, programado para matar?

—El caf está frío y me bebí la mitad, pero no creo que puedas quejarte —dice él.

Vi descubre cómo mantener elevada su cabeza, lo suficiente para que él la vea sonreír. Tal vez él sea ambas cosas, después de todo. Tal vez también sea el caballero blanco de armadura roja que está furioso por la injusticia, la deslealtad y la traición y quiere ver al monstruo que es Phasma apartado de la Primera Orden que él ama.

Esa es otra cosa que Vi ha aprendido. Nadie es nunca una sola cosa. El truco está en descubrir quién es en el momento y convencer a esa persona de hacer lo que quieres que haga. Y, en este caso, eso significa que Cardinal escuche su historia y dé el siguiente paso lógico.

Cuando puede poner a funcionar sus brazos, ella pone la botella de caf más cerca y maniobra con el popote hasta que logra colocarlo entre sus labios. No intenta levantar todavía la botella, pero puede dar un sorbo. La idea de Cardinal apoyado en manos y rodillas, limpiando con un pañuelo el caf derramado, está a punto de producirle un ataque de risa, pero lo encubre con una sonrisa.

—De todos modos no puedo atacarte, ¿sabes? Creo que todo mi cuerpo se fue a dormir —dice entre cuidadosos sorbos—. La Primera Orden trata a una chica con dureza.

Cardinal resopla y su boca se tuerce en algo parecido a una sonrisa divertida.

—Entonces ¿estás diciendo que la Resistencia es perezosa?

Ante eso, ella en realidad se ríe.

—Me da gusto que preguntes. Pero seré honesta: es un trabajo duro. No hay mucho dinero ni apoyo oficial del gobierno. Cabezas de cubeta con el cerebro lavado y cazadores de recompensas te buscan en cada cantina, esperando obtener cualquier recompensa que hayan puesto sobre tu cabeza esta semana. A decir verdad, ahora mismo aquí es francamente tranquilo, en comparación.

Él parece muy sorprendido cuando una risa sale de su propia boca, pero la ahoga rápidamente.

—Entonces ¿qué te hace seguir?

Vi ha logrado jalar hacia arriba el paquete de comida, pero está luchando con la esquina perforada, de modo que Cardinal se lo quita, lo abre de una manera profesionalmente violenta y la pasa de regreso. Ella chupa unos cuantos apretones de pasta oscura mientras piensa en su respuesta.

—Esperanza —dice ella—. Saber que, uno por uno, podemos derrotar algo imparable. Un gigante que cree que sólo somos hormigas con ideas equivocadas que deben ser aplastadas. Pero ¿conoces el poder de diez mil hormigas? ¿De diez millones? —Ella toma otro bocado, mientras su estómago cruje de hambre—. Esperanza, y mejor comida que esta. ¿Qué es, puras proteínas? Sin sabor, ni una cucharada de endulzante. No sorprende que estén tan enojados todo el tiempo. Aunque apuesto que sus dientes son simplemente perfectos.

Como respuesta, Cardinal sonríe. En realidad tiene filas perfectas de dientes blancos. Vi piensa que es una sonrisa agradable, y se la devuelve sin pensarlo mucho. Algo en su gesto la inquieta. Cardinal vuelve a mostrar en su rostro el más habitual ceño atribulado.

—Estás libre. Ya comiste. Ya tuviste algo de beber. Ahora dime el resto. —Él pone sus manos sobre la mesa y se acomoda como si todo el peso del mundo estuviera sobre sus hombros—. Porque lo que tengo hasta ahora... no es suficiente. Y tú podrías estar lejos de la silla, pero no estás segura, y tu hermano tampoco lo está.

Ella frunce el ceño.

—¿Todavía seguimos con eso? ¿Las amenazas?

—Seguiremos con eso hasta que me des cualquier información secreta que estés reteniendo. No voy a ir a esa asamblea hasta que tenga lo que necesito. Y si no obtengo lo que necesito, nuestro trato se termina.

Vi se queda viéndolo. El cuarto de pronto se siente frío, como si ella pudiera probar el aire nocturno de Parnassos, sentir la arena latigueando contra su cara.

—Sólo una historia más, entonces —dice ella—. Una de años anteriores. Pero es única en su tipo.



TREINTA Y SEIS EN PARNASSOS, QUINCE AÑOS ANTES

ESTA HISTORIA QUE SIV ME CONTÓ TIENE LUGAR UNOS AÑOS antes de todas las demás, cuando Phasma y Keldo eran niños. Keldo aún tenía sus dos piernas y era el guerrero de la familia. Phasma aún no era la peleadora y líder que conocemos ahora, aunque Keldo la estaba entrenando. Ni siquiera eran parte aún del grupo de los scyres. Vivían con un grupo familiar mucho más pequeño y débil. Su único territorio estaba directamente alrededor de la Nautilus, que era considerada un gran botín.

Keldo le contó a Siv que su madre y su padre estaban envejeciendo y debilitándose, junto con sus tías y tíos. Un primo más joven todavía era demasiado pequeño para contribuir. Como viste en las historias anteriores de Parnassos, se estaba volviendo una tierra hostil para cualquiera que no estuviera en forma y listo para pelear al instante. En su familia, Keldo y Phasma estaban obligados a hacer frente a la situación.

Por esa época, la vida pasaba de insoportable a casi imposible. Las pequeñas cabras se extinguían, la ya punzante lluvia se volvía un ácido que quemaba la piel descubierta y todas las costillas empezaban a mostrarse a través de su ropa. Su dieta se redujo a moluscos y vegetales marinos. Los dientes empezaron a aflojarse. Las heridas empezaron a infectarse y aprendieron que, si no las amputaban o cauterizaban, hasta el más leve rasguño de las rocas induciría la temida fiebre. Estaban exhaustos, su piel era pálida y el pelo se les caía. Nunca habían oído de los detraxores. El grupo familiar había perdido a la mitad de sus integrantes sólo en el último año, y a pesar de ser niños, Phasma y Keldo representaban su única esperanza.

Era todo lo que podían hacer para defender la Nautilus de las incursiones de los scyres y los claws, y aun entonces gran parte de su fuerza venía de armas pasadas a través de generaciones, pedazos afilados de metal y un bláster que sólo funcionaba ocasionalmente.

A medida que las incursiones se intensificaban, se volvió evidente que los scyres estaban perdiendo la paciencia y querían la Nautilus. Phasma y Keldo tenían que dormir

por turnos para que uno de ellos se mantuviera despierto y listo para combatir cualquier avance de los scyres, de mayor edad y más endurecidos por la batalla. Balder robó a su primo más pequeño para los claws, y las incursiones los hicieron conocer un nuevo terror. Perdieron terreno cada día hasta que no quedó prácticamente nada. Siempre podían ver exploradores scyres vigilando desde las orillas de su territorio, como buitres que dan vueltas alrededor de un eopie cojo.

Keldo discutió con sus padres sobre la manera de manejar a los invasores usurpadores. Era obvio que su grupo no podía perdurar, pero la vieja generación se negaba a ceder su hogar ancestral, mucho menos compartirlo con invasores vengativos que no lo honrarían.

—¿Prefieres morir a compartirlo? —preguntó Keldo a su padre una noche, mientras estaban sentados alrededor de una hoguera encendida en el centro de la Nautilus.

—Por lo menos entonces no estaría aquí para tener que atestiguar la profanación —dijo su padre—. Mejor abandonar nuestro mundo moribundo que ver a otro hombre sentado en este trono.

—Tú no eres rey —dijo Keldo—. Ni siquiera puedes pelear más.

Por eso su padre lo abofeteó. Aunque el hombre no era tan ágil como lo había sido, dejó marca.

—Comprendo —dijo el niño y trepó fuera de la Nautilus para hacer su guardia y relevar a Phasma.

Pero, cuando salió a la piedra de arriba, no vio a su hermana por ningún lado.

—¿Phasma? —gritó, explorando el área.

En ese entonces, capas de piedras marcaban el límite entre su territorio y el Scyre; sin embargo, no encontró a Phasma por ningún lado. Caminó a la orilla de los acantilados y miró abajo, pero todo lo que vio fue el mar oscuro y agitado, el padre de todos sus problemas. Tal vez su hermana se había lanzado al enorme más allá, ansiosa por acabar con el mundo cruel, como el propio Keldo en ocasiones ansiaba hacerlo. Pero no. Lo más probable era que Phasma nunca hubiera pensado en eso.

—¿Qué estás haciendo, hermano? —preguntó ella, apareciendo detrás de él como humo, con el bláster en la mano.

—Buscándote. ¿Dónde estabas?

Ella ignoró la pregunta. Aún no llevaban máscaras y él pudo verla a los ojos, porque había luna llena. A su vez, ella pudo ver la huella de la mano en su mejilla, lo que sólo hizo que su rostro se endureciera más.

—¿Qué ha hecho? —dijo ella, y no se parecía mucho a una pregunta.

—Mi padre no transigirá —dijo—. Ni con los scyres ni con nadie. Preferiría morir antes que perder la Nautilus.

—¿Qué piensas tú?

—Creo que preferiría estar vivo antes que morir por algo que ya está medio muerto.

Ella puso su mano en su hombro y lo apretó.

—¿Estás seguro? —preguntó ella.

—¿Seguro de qué?

Ella no respondió, sólo asintió con decisión. Antes de que él pudiera preguntarle más, ella sacó su pequeño cuchillo de piedra y lo enterró en el músculo de la pantorrilla de él, tan profundo que llegó al hueso.

Keldo gritó y cayó al suelo. Phasma lo guio a la piedra rugosa con una extraña gentileza, para que no cayera por el acantilado hacia el mar.

—Lo comprenderás después —le dijo mientras sacaba la hoja—. Pero ten por seguro que tenía que suceder de esta manera. Lo siento.

Keldo estaba impactado.

—¿Por qué, Phasma? ¿Por qué? —fue lo único que pudo murmurar.

Ella se puso de pie y lo arrastró hacia el agujero que llevaba a la Nautilus. Cuando él estuvo lo suficientemente cerca para mirar en la cueva, abajo, ella lo empujó al interior, sin prevenirlo.

—¡Auxilio! —gritó ella—. ¡Nos atacan!

Keldo aterrizó con dureza y levantó la vista desde el suelo de la cueva, muy abajo. Varias caras enmascaradas aparecieron alrededor de Phasma, pero no peleaban con ella, y ella no las estaba atacando. Esperaban algo.

—No vayan —murmuró Keldo al resto de su familia, al borde del desmayo—. Ella...

Lo último que vio fue a su pequeña, cansada, debilitada familia tomar sus armas, sus espadas, hachas y mazos y salir trepando de la Nautilus para combatir a los scyres.

Cuando Keldo despertó, aún estaba en la Nautilus, pero se encontraba tendido al pie del trono, entre las cobijas de su padre. Phasma estaba sentada junto a él, vestida con pieles, como los scyres, sosteniendo una sopa. El sonido de la plática, las risas y las pisadas rebotaban alrededor de él, y a medida que recuperaba su visión, vio a docenas de personas, más personas de las que había visto en un solo lugar en su vida, descansando, cocinando y comiendo felices en la Nautilus.

—¿Qué sucedió? —preguntó. Porque a pesar de que recordaba mucho, nada de eso tenía sentido.

—Nos atacaron —dijo Phasma—. Los scyres. Madre y padre y todo el resto... se han ido.

Ella lo miró de manera extraña, como un halcón a la caza de algún movimiento mínimo y delator.

—Pero tú me acuchillaste. Mi pierna.

Él luchó para incorporarse y bajó la vista, pero la cobija de su padre estaba extendida sobre él. Se dio cuenta de que no podía sentir su pie. Cuando retiró la cobija, encontró que había perdido la mayor parte de su pierna. El muñón estaba cubierto con un grueso bálsamo verde que olía a mar.

—No, Keldo. Los scyres hicieron eso. Te sorprendieron en tu guardia y te lanzaron al interior de la Nautilus. Yo te salvé la vida. Somos afortunados de que nos hayan invitado a quedarnos aquí, a vivir entre ellos. Todo lo que debemos hacer es unirnos a ellos de

buena fe. Luchar por ellos y contribuir. Y entonces podemos quedarnos aquí, en la Nautilus. Será todavía de nosotros. ¿Qué dices?

Keldo sabía que ella estaba mintiendo. Recordaba su disculpa en el acantilado y el piquete de su cuchillo. En ese momento comprendió que, de un solo golpe, ella lo había dejado vivo pero incapaz de combatir, mientras aseguraba la Nautilus para ambos. Todo el tiempo, Keldo había discutido que debían unirse a los scyres, pero su padre estaba en desacuerdo. Ahora Keldo se daba cuenta de que Phasma veía las cosas de la misma manera que él, pero su método de salvar sus vidas y conservar su cueva había sido decisivo, ruin e inflexible. Sabía también que él ahora sólo tenía dos opciones: unirse a los scyres con ella... o morir.

Un peleador musculoso se paró detrás de Phasma, un hombre alto al que Keldo nunca había visto pero que tenía el aspecto de un líder forjado en la batalla.

—Hermano, te presentó a Egil. Él es el líder del Scyre. Es un hombre bueno y justo. Usará la Nautilus para beneficio de su gente. Para el beneficio de *nuestra* gente.

—Ahora dime, Keldo —preguntó Egil, con una mano en su espada—. ¿Te unirás a nosotros? ¿O te unirás a ellos?

—¿Unirme a quién?

Egil se echó hacia atrás y señaló a seis cuerpos dispuestos ordenadamente a lo largo de la pared, cada uno envuelto en las finas telas que ellos habían atesorado con todo cuidado en la Nautilus, de un gris transparente y demasiado sedosas para usarlas como ropa. Explosiones de rojo brillaban entre el gris. Keldo no tuvo que ver sus caras para saber quiénes eran o cómo habían muerto. Dos de ellos tenían máquinas unidas a sus muslos, como florescencias extrañas, indeseadas. Una mujer scyre de piel oscura estaba reclinada junto a uno; su hija adolescente estaba a su lado con una cubeta llena de odres y plantas secas.

Keldo se quedó frío. Más tarde le dijo a Siv que pudo sentir que el escalofrío se extendía hasta los dedos de sus pies, que ya no eran parte de su cuerpo. Levantó la vista hacia Phasma, con la quijada caída y sus ojos suplicándole que le dijera que no estaba viendo lo que estaba viendo.

—¿Qué están haciendo? ¿A madre y a padre? ¿A nuestra familia?

—Son detraxores —explicó cortésmente Egil—. Recuperan nutrientes vitales de los caídos. Vala y su hija, Siv, usan esta esencia para elaborar un bálsamo que evita enfermedades y otro que cura heridas. El linimento en tu pierna te ha salvado la vida; de allí es de donde viene. —Se apartó y gritó—: ¡Siv! Trae una lata de bálsamo. La fresca.

La adolescente recogió una lata antigua que había estado junto a la forma envuelta más grande, que Keldo reconoció como su padre. Ella se puso de pie graciosamente y atravesó la Nautilus como si siempre hubiera vivido allí. Sus ojos se movieron con curiosidad hacia Keldo, y sonrió con timidez mientras tendía la lata abierta a Egil.

—¿Pelearás por los scyres? —preguntó Egil a Phasma.

—Con orgullo —respondió ella.

El líder pasó su ancho pulgar por el bálsamo verde oscuro y trazó una línea húmeda debajo de cada uno de los ojos de Phasma. Todos en el Scyre habían llevado siempre esas rayas. La familia de Keldo había supuesto que eran para darles un aspecto más feroz durante la batalla. Ahora Keldo comprendía su verdadera función: los hacía suficientemente fuertes para pelear.

—Bienvenida al Scyre, Phasma —dijo Egil con gran solemnidad—. Cuerpo al cuerpo, polvo al polvo.

Phasma inclinó la cabeza.

—Cuerpo al cuerpo, polvo al polvo —repitió ella.

Antes de que Egil pudiera repetir el ritual con Keldo, Phasma tomó la lata de las manos de la niña llamada Siv y hundió sus dedos en ella. Sin preguntar a Keldo, trazó las líneas en la cara de él.

—Cuerpo al cuerpo, polvo al polvo —dijo ella.

Pero Keldo no repitió la frase al principio. Por supuesto, no podría responder la misma pregunta: sin su pierna, estaba incapacitado para pelear por el Scyre, ¿o no? Phasma había visto eso. La mano de Egil aterrizó en la daga en su cinturón y la Nautilus quedó en silencio mientras esperaba el juramento de Keldo.

—Tienes que decirlo —susurró Siv, con los ojos bien abiertos y preocupados.

El bálsamo era frío y grueso en las mejillas de Keldo, una línea oscura flotaba en la orilla de su visión. Olía a mar, a muerte, a oscuridad. Por lo menos no llevaba el aroma de su padre, a pesar de que se dibujó sobre la misma mejilla que el hombre había abofeteado lo que se sentía como años antes, cuando Keldo estaba completo y su familia aún se encontraba intacta.

Miró los ojos duros de color azul de Phasma y trató de recordar cómo se veía ella sin la pintura verde, antes de que él hubiera visto su verdadera cara. No podía recordarlo.

—Dilo —exigió ella.

Él no tenía opción. Egil y Phasma lo habían dejado en claro.

—Cuerpo al cuerpo, polvo al polvo —murmuró él.

Egil le dio una palmada en la espalda y sonrió.

—Bienvenido al Scyre.



TREINTA Y SIETE EN EL *ABSOLUTION*

VI MIRA LA CARA DE CARDINAL MIENTRAS TERMINA EL RELATO. El trooper tiene la barbilla sobre su puño y mira hacia la nada, con la boca fruncida.

—Me estás diciendo que lo pintaron con bálsamo hecho de su propio...

—Ambos lo hicieron. Así es como llegaron a unirse a los scyres. Ella sacrificó a sus padres y su familia para sobrevivir.

Cardinal sacude la cabeza y se levanta.

—Pero amaba a su hermano. Vengó su muerte matando a Brendol. Tiene... algo de sentido.

Vi se echa hacia atrás en su asiento, finalmente capaz de sostener su cabeza, y ríe con propiedad.

—Oh, ¿eso es lo que estaba haciendo cuando asesinó a Brendol? ¿Vengar a su hermano? Qué divertido. Pensaba que se estaba deshaciendo del único testigo que conocía su verdadero pasado en Parnassos. Que sabía lo lejos que llegaría para sobrevivir y tener éxito. ¿Protestó cuando Brendol masacró a su pueblo? ¿Pidió paz o levantó la voz por sus guerreros? ¿O lo consideró una manera limpia de empezar su nueva vida con la Primera Orden? Es la misma manera en que se unió a los scyres. Hizo un sacrificio, cortó todas sus ataduras y juró lealtad al clan más fuerte.

Él agita una mano entre ellos como para borrar lo que ha escuchado.

—Esto no me ayuda. Tan sólo porque esté convencido de que es una traidora no significa que eso les importe a mis superiores. Obviamente no es así.

Vi pone sus manos en la mesa y trata de levantarse, pero sus piernas no están listas aún para sostener su peso. Se sienta de nuevo con un sonido sordo y bebe algo más de caf, esperando vigorizar su cuerpo antes de que la movilidad se convierta realmente en un problema. Se ha quedado sin historias, y ambos lo saben.

—Entonces son tontos. La gente no cambia. Phasma siempre será esa pequeña niña con el cuchillo, la Arratu usurpadora con la espada, la asesina con cara de piedra que casualmente echa un escarabajo en la ropa del hombre que la salvó.

—Una vez más: de acuerdo con esta historia, Phasma no hizo nada para traicionar a la Primera Orden. Entonces, ¿por qué la dejaste para el final?

—Es importante —dice ella cuidadosamente—, porque de todas las historias que escuché en Parnassos, y no te conté todas, sólo las que pensaba que resonarían personalmente, esta es la que más escalofríos me dio. Porque deja en claro que no puedes ganar contra Phasma. Ni tú ni nadie. Nadie irá tan lejos como ella para sobrevivir.

Aunque no convencerá a sus superiores, Cardinal sabe que Vi tiene razón. Aun siendo huérfano, él nunca recurriría a medios tan duros y crueles para sobrevivir. Hay que pensar que, de adolescente, ella dejó incapacitado a propósito a su hermano con un cuchillo y miró morir a sus padres, luego... pintó su cuerpo con lo que quedaba de ellos para cimentar su siguiente lealtad. Cuando aceptó ese bálsamo, se convirtió en un scyre. Y él ya sabe lo que le pasó al Scyre. Armitage cree que tiene un sabueso de Kath con una correa, pero lo que tiene es un rencor esperando a que la puerta se abra. Nadie verá a la verdadera Phasma hasta el momento en que lo que quiera la Primera Orden ya no sea lo que ella quiere. Un día, y ese día se acerca, Phasma los traicionará a todos. Tal como lo hizo con su familia, y como lo hizo con los scyres.

Su lealtad no significa nada. Nada, excepto que el propio Armitage aún no ha recibido una cuchillada en la espalda.

Cardinal es el único que lo sabe. Y es el único que puede detenerla.

El pequeño cuarto de interrogación, o cualquier clóset para lo que se le construyó, de pronto se siente muy pequeño y cercano. Cardinal puede percibir que los olores corporales de la espía empeoran, junto con el hedor perdurable de cualquier parte de ella que haya quedado frita por el choque eléctrico.

No dejará que lo sepa, pero ya no duda de ella. En absoluto. Sabe que Vi tiene razón, que todo lo que ha dicho es verdad. Todo embona demasiado bien para ser una historia inventada para salvar el pellejo.

Iris emite un pitido y él revisa su intercomunicador. Casi es hora.

—Última oportunidad. ¿Hay alguna prueba real? —pregunta él—. Tu tiempo se acabó y la asamblea no esperará.

Vi tamborilea brevemente con sus dedos sobre la mesa y asiente.

—En realidad hay algo más. Pero necesito que permanezcas tranquilo. Voy a alcanzar un bolsillo oculto en mi chamarra y a sacar lo que parece un cuchillo muy aterrador.

—¿Qué es?

—Es un cuchillo muy aterrador. Pero no voy a usarlo. Voy a ponerlo sobre la mesa, con auténtica suavidad, y luego voy a poner mis manos detrás de mi cabeza. Si puedo. No

vas a perder tu compostura y definitivamente no vas a tocar la hoja de alguna manera que pudiera cortar a uno de los dos. Porque recuerda: está envenenado.

Cardinal exhala de una manera que parece decepción, en parte porque él y sus hombres la revisaron y pasaron por alto un cuchillo, y en parte porque él la tenía en un estándar más elevado y de alguna manera esperaba que fuera honesta acerca de un cuchillo oculto mientras la estaba torturando en una nave enemiga. Ella sólo se encoge de hombros.

—Soy parte de la Resistencia. Por supuesto que me iba a resistir. ¿Lo quieres o no?

Él saca su bláster y lo mantiene bajo, apuntando al estómago de ella. Vi mira al techo como para decir: «¿No vamos a pasar de esto?».

Como respuesta, él también mira al techo.

—No porque estemos en el mismo lado de esta discusión significa que estamos en el mismo lado de esta pelea. Ahora dame el chuchillo. Deprisa. Mi tiempo se acaba.

Ella le sonríe y con gran lentitud lleva la mano al bolsillo interior de su chamarra.

—Ahora voy a usar dos manos —advierte ella.

Para ser honesto consigo mismo, no está preocupado. Ella no puede levantarse, apenas puede elevar sus brazos. Cualquier cosa que tenga allí... bueno, pudo usarla contra él en cualquier momento desde que la desató, y no lo hizo. No ha acariciado mucho ese bolsillo. Así que él asiente y espera, con su bláster listo.

Se necesita un tirón, pero Vi saca una pieza de armadura moldeada, la pone sobre la mesa y la abre. En cuanto los lados se separan, ella se aleja de la mesa con las manos sobre la nuca, tal como lo prometió. Allí, en la mesa, está exactamente lo que describió: un cuchillo muy aterrador.

Es más o menos de la longitud de su mano y está hecho de piedra tallada. La hoja se encuentra recubierta con un polvo descascarado y oxidado, salpicado con puntos verdes grisáceos. La empuñadura está envuelta en piel teñida con un rico color castaño debido al sudor y la sangre. Es una cosa perversa, áspera, poco elegante, hecha para crear agujeros que no puedan cerrar apropiadamente.

—Este es uno de los cuchillos de Phasma. El que puso en la pierna de su hermano, en el pecho de Balder, y así sigue la historia. Siv lo guardó durante la batalla con los claws; ella era así de rápida.

—¿Puedo? —pregunta Cardinal, y Vi inclina su cabeza.

—Tú eres quien dirige el espectáculo. Tómallo. Por favor. Pero prométeme que me contarás qué cara pone Phasma después de que lo vea. Como si se le apareciera un fantasma particularmente vengativo, supongo.

Cardinal vuelve a poner su bláster en su lugar y levanta el cuchillo con cuidado por la empuñadura. Recuerda la parte de la historia en la que Phasma usaba venenos basados en los líquenes de Parnassos. Él está muy seguro de que los droides médicos podrían identificar y neutralizar el veneno, pero no se siente inclinado a apostar.

—Nadie ha visto su cara —dice él con suavidad—. Yo nunca lo he hecho. Nadie que conozca lo ha hecho. Ella tiene su propio cuartel, como yo, y nunca come con sus tropas.

—¿Nunca nadie se ha preguntado lo que está ocultando?

Cardinal levanta la vista y la mira a los ojos.

—Yo siempre lo he hecho. Supongo que ahora lo sé.

Vi mira la puerta con ansiedad.

—¿Qué hay de eso? ¿Vas a hacer bueno nuestro trato?

Él niega con la cabeza.

—Aún no es suficiente. Tú lo sabes.

—Entonces, ¿vas a matarme?

Su cara se arruga con disgusto.

—No quisiera.

Y honestamente no lo quisiera. Pero...

Vi está sonriendo.

—Pareces muy feliz de morir —observa él.

—Tengo una cosa más. Prométeme de nuevo que me dejarás ir si te la doy.

Sintiéndose tan exasperado como con sus más nuevos y jóvenes reclutas, Cardinal suspira.

—Los términos no han cambiado. Me das evidencia, te dejo ir. Es definitivamente la última oportunidad.

—Voy a meter de nuevo la mano en mi chamarra.

Mientras ella saca otra pieza de armadura de su gruesa chamarra, Cardinal toma nota de que necesita entrenar mejor a sus hombres para buscar objetos no metálicos y retirar todas las prendas exteriores de los prisioneros. Cuando Vi abre la pieza de armadura, Cardinal no puede evitar una sonrisa.

Es una caja de muestras de plastoide transparente. En el interior hay un escarabajo dorado brillante, todavía vivo.

—No vas a querer abrir esto —advierte Vi—. He visto a estos tipos dedicarse a lo suyo, y no es bonito. Lanzas un poco de agua a la arena y de pronto hay mil de ellos.

Cardinal levanta el escarabajo y siente que su corazón vuela. Por fin. Por fin tiene evidencia concreta. Si puede llevar este escarabajo a la reunión, todo lo que necesita hacer es darlo a los droides médicos, quienes confirmarán que el escarabajo contiene la misma firma química que mató a Brendol.

—Entonces, ¿qué vas a hacer? —Vi toma un sorbo de caf y lo mira. Ella tiene un aspecto un poco mejor, ya no está tan deshidratada. Tal vez el tiempo que pasó inconsciente le dio algo de descanso. Cardinal se siente un poco mal por eso: la expuso a choques eléctricos un poco más fuertes de lo que quería. Pero los ojos de ella, dorados y duros, no parpadean tanto como debieran. Qué extraño que se sienta juzgado y que no quiera decepcionar a esta pieza de basura espacial que espía para su enemigo.

No importa. Ya es hora. Ella le ha dado lo que necesita. No puede dejar esperando al General Hux, la Capitán Phasma y los otros oficiales de alto rango. Cardinal se pone de pie y se coloca su casco. Es más fácil cuando Vi no puede ver su cara.

Vi se incorpora en su asiento con un gruñido y frunce el ceño en dirección de él.

—Voy a confrontar a Phasma —dice él, al final—. A mostrarle el cuchillo y el escarabajo. Enfrente del General Hux y los demás oficiales.

Ante eso, los labios de Vi forman una sonrisa.

—Buena suerte. En lo personal, espero que la destruyas por completo.

Eso le gana una risita.

—Gracias. —Con cuidado, él recoge el cuchillo y lo desliza en su funda, detrás de su bláster. La caja de muestra del escarabajo va a una de las cajas de municiones en su cinturón.

En la puerta, él se da vuelta y toma la primera de muchas decisiones que podrían deshacer todo aquello por lo que ha trabajado tanto. Todos esos años apenas sobreviviendo en Jakku. Y luego los años de lucha por adecuarse a los ideales de la Primera Orden, sometido a pruebas constantes y programación bajo el entrenamiento de Brendol. Años de ascender entre las filas, luchando en las simulaciones, superando a sus compañeros y desafiándose a sí mismo para alcanzar el éxito. Todo por lo que ha trabajado... bueno, todo cambia aquí, ¿o no?

—Voy a dejar la puerta sin seguro y llevaré a Iris conmigo. Cuenta hasta mil y luego... haz lo que desees.

Vi eleva una ceja.

—¿Hago lo que desee?

—Escapa si puedes, duerme si no tienes otra opción, muérete aquí si te parece más fácil. Si alguien te atrapa, les diré que te encontré en mis rondas, que me superaste y escapaste. Diablos, a lo mejor les digo que tienes poderes de la Fuerza. Te cazarán con rencor extremo, pero no será mi culpa. Ni mi problema.

—Hay otra opción —dice ella.

Eso le llama la atención. Está a punto de teclear el código para abrir la puerta; en cambio se da vuelta para verla.

—Deserta. Escapa conmigo. Únete a la Resistencia, o por lo menos toma su dinero por alguna información secreta y huye. Te darán perdón absoluto. Si no puedes hacer eso, aún puedo ayudarte a escapar de la nave y llegar al planeta del Anillo Exterior que gustes. No tienes que estar del lado perdedor.

Por un solo momento, él lo piensa, pero entonces las últimas palabras lo golpean como una bofetada.

—No estoy del lado perdedor. Tú sí. Buena suerte huyendo de la nave.

Sin decir otra palabra, Cardinal teclea el código y sale al pasillo mientras Iris flota a su paso. No mira a Vi mientras la puerta se desliza para cerrarse. Ya no le preocupa. Tiene todo lo que necesita de ella. La verdad, el conocimiento, el escarabajo. Y este cuchillo.

Ella podría estar en el lado equivocado, pero él está de acuerdo con la espía de la Resistencia Vi Moradi en una cosa: Cardinal va camino a mostrar a Phasma el cuchillo y él sólo desea ver su cara.



TREINTA Y OCHO EN EL *ABSOLUTION*

EL ABSOLUTION ES UNA NAVE MUY GRANDE, Y HAY QUE CAMINAR mucho desde donde está Vi hasta la sala de la asamblea. A cada paso, Cardinal se siente más desolado. Phasma es una ficción vacía, una leyenda construida con mentiras. Y la Primera Orden (y hasta el propio Brendol Hux) eligió a Phasma sobre Cardinal. Brendol sabía que Phasma estaba allí por interés propio, sabía que ella vendería a su propia familia para obtener lo que quería. Aun así, la consideró una gran líder, alguien que merecía ser colocada en los carteles de propaganda y puesta en un pedestal. Y Brendol pagó por ese error.

A Cardinal le cuesta trabajo pensar cómo debió de ser para Brendol morir de una enfermedad misteriosa, un enigma mortal que aun los más desarrollados droides médicos no pudieron resolver. ¿Brendol reconoció los síntomas, trató de decir a los droides lo que le estaba sucediendo? ¿Brendol supo que Phasma estaba detrás de eso? ¿Buscó en su clóset algún remanente de Parnassos que pudiera ocultar un brillante caparazón dorado? ¿Llamó a Armitage mientras flotaba en el bacta, volviéndose cada vez más líquido, y habló con el muchacho sobre el futuro de la Primera Orden, lo único en que los dos hombres Hux podían estar de acuerdo sinceramente? ¿Brendol sugirió que Phasma fuera elevada a la grandeza, alabada como la trooper perfecta?

¿O le susurró a Armitage que Phasma lo había matado y urgió al muchacho para que le diera lo que ella quisiera, siempre y cuando beneficiara a la Primera Orden y mantuviera por lo menos a un Hux vivo? Tal vez le dijo a Armitage que echara a Phasma por la esclusa de aire y luego miró a su hijo sonreír lentamente y sacudir la cabeza para indicar que no.

Cardinal piensa que así debe de ser como se vive la pérdida de fe en uno.

Él sabe todo, y ahora sabe que Armitage también sabe todo, o que, por lo menos, Armitage sabe las partes más peligrosas y condenatorias. La Primera Orden prefería tener a Phasma como es, una asesina desleal, sedienta de sangre, a un soldado honorable, creyente y correcto como él. Cardinal, quien siempre ha hecho todo lo que le han pedido.

Cardinal, quien enseña, reconforta y estimula a los niños. Cardinal, quien ha dado todo lo que tiene por la Primera Orden.

Ideas, dudas y furia siguen repitiéndose en su cabeza mientras el elevador sube y sube. Sus dedos se aprietan y se abren, y gotas de sudor bajan por su nuca. Pero él es un capitán de la Primera Orden y no mostrará signos exteriores de debilidad. Antes, esas reuniones siempre eran emocionantes. Se alababa a las tropas de Cardinal y a él lo felicitaban por su continuo y excelente servicio a la Primera Orden. Pero, desde que Phasma se volvió capitán, Cardinal ha perdido cada vez más partes de su programa ante ella y se envía a los reclutas al *Finalizer* a una edad cada vez más temprana. Ahora tiene su oportunidad de dejar de perder importancia y empezar a recuperar el control. Hoy, cualquier cosa que piensen que se tratará en su reunión, se cambiará para quitar el velo y detener a Phasma antes de que traicione a la Primera Orden.

Mientras Cardinal avanza deprisa por los corredores hacia la sala de la asamblea, prepara mentalmente su discurso. ¿Qué dirá?, ¿cómo lo dirá? ¿Cómo condensará horas y horas de detalles narrados por Vi en los hechos simples que condenarán a Phasma por completo? Aunque Armitage ya desechó sus preocupaciones, el Hux más joven no es la única autoridad en la Primera Orden. Los demás, tal vez hasta Kylo Ren, querrán saber acerca del monstruo escondido a plena vista, cuya deslealtad es tan sólo un asunto de tiempo y oportunidad. Tal vez ellos, también, querrán ver la cara que lleva detrás de su máscara. Considerando lo que Cardinal sabe ahora sobre Armitage, comprende que esta reunión representa su única oportunidad de presentar su caso; un hombre que desea que Phasma mate a su propio padre no tendría problema en terminar con él. Él no desea tomar ese riesgo.

Se ha dado mucho tiempo de colchón para llegar allí, porque siempre le gusta llegar temprano a esos eventos. Mientras da vuelta en la esquina donde pasó la última vez junto a la Capitán Phasma, el aire parece de alguna manera más frío. Unos cuantos oficiales están charlando enfrente de la sala de la asamblea, con sus uniformes negros inmaculados y sus gorras puntiagudas perfectamente rectas. Armitage Hux aparece detrás de ellos, con Phasma pisándole los talones, y los oficiales quedan en silencio y se meten a la sala. Armitage ve a Cardinal, se detiene, asiente y entra también. Phasma hace una pausa. No se mueve en absoluto, no asiente, no se encoge de hombros ni hace nada que sugiera que hay un ser humano debajo de su armadura cromada y brillante. Sin una palabra o siquiera su usual asentimiento a Cardinal, sigue a Armitage a la sala. Cardinal apura el paso, con su capa chasqueando mientras se apresura, pero no lo suficiente para que lo haga parecer preocupado.

La puerta está cerrada. Él teclea el código, pero no cede. El pánico se asienta alrededor de sus hombros y mira arriba y abajo del pasillo. Revisa la hora, pero ha llegado treinta minutos antes. Al parecer, nadie más viene. Prueba de nuevo el código y vuelve a fallar. Cuando mira a Iris, los pitidos de ella sugieren que ella, también, está desconcertada. E Iris nunca está desconcertada.

—General Hux, ¿el código ha sido cambiado? —pregunta en su intercomunicador.

Escucha un suspiro.

—Así es. Tu presencia ya no es necesaria —dice Armitage—. Por favor, sigue con tus deberes habituales.

—Pero, señor.

—Un buen trooper no desafía a su oficial superior, CD-0922.

—Sí, señor.

—Puedes retirarte.

El intercomunicador queda en silencio. El vestíbulo está vacío. Ha sido todo.



TREINTA Y NUEVE EN EL *ABSOLUTION*

CARDINAL NO TIENE OTRA OPCIÓN MÁS QUE HACER LO QUE SE le ha dicho. Con todo y su reciente rebeldía, fue programado por el mejor para ser el mejor, y tiene un trabajo por hacer. Es un poco aterrador lo fácil que su entrenamiento pasa a primer plano, enviándolo en piloto automático. Saca a Vi Moradi de su mente y regresa a sus labores en las barracas. Los niños están en la cena ahora; ha pasado por alto sus sesiones de entrenamiento, algo que nunca había sucedido cuando él no estaba directamente bajo órdenes. Mientras avanza entre ellos en la cafetería, pregunta cómo les fue y revisa las calificaciones pegadas en la pared. Tenía razón sobre FB-0007; el niño lo hizo bien una vez que FE-1211 quedó fuera de cuadro. Toma nota de volver a mezclar pronto sus grupos, para encontrar mejores acomodos para los líderes nacientes, de tal manera que se maximice su desempeño. No puede permitir sin intervención que FE-1211 se lleve toda la gloria.

No ha perdido su ironía.

Luego de tomar su charola para retirarse, hace un nuevo pedido al droide de la cafetería: licor. El droide no está programado para parecer sorprendido o para cuidar esas cosas. Simplemente le entrega una botella como si esto fuera cosa de todos los días; Cardinal es un capitán, después de todo, y Brendol le concedió muchos privilegios que él nunca ha aprovechado. La botella no es nada especial, nada que mereciera el viejo decantador de fino cristal del General Hux, pero de cualquier modo Cardinal no reconocería una buena cosecha si la probara. Simplemente necesita olvidar, por un rato.

De regreso en su cuartel, se quita el casco y lo avienta al otro lado del cuarto antes de deshacerse de su armadura y lanzarla al piso sin pulirla. Iris emite un pitido de alarma, y él le ordena que se meta en un clóset para que no atestigüe su comportamiento aberrante. No puede soportar el olor de su propio cuerpo, el hedor del miedo y la tristeza, de modo que se quita su *bodysuit* y toma la ducha más caliente que puede. Si tan sólo el calor pudiera quemar y llevarse las partes de él que están mal, hacer hervir su piel y dejarlo tan nuevo e inocente como antes de conocer a Vi Moradi. Es verdad que ya detestaba a

Phasma para ese entonces. Pero al menos era capaz de permanecer de pie frente a ella. Por lo menos creía que ella quería las mismas cosas que él, sostenía los mismos ideales y luchaba por la misma causa a la que le era leal.

Pero no puede regresar a eso. No puede olvidar lo que sabe.

Sin embargo, puede beber, y ha escuchado que el licor hace que un hombre olvide como nada más. O, mejor aún, que deje de preocuparse.

Los primeros sorbos queman al pasarlos; de todos modos, era lo que quería sentir. Luego sus labios se entumecen y un fuego se anega en su estómago. Finalmente siente que sus músculos tensos se relajan. El siguiente vaso sabe mucho mejor, y el tercero pasa tan rápido que el sabor ya no es un problema. Algo gotea en el vaso vacío, golpeando los residuos del líquido ámbar. Se da cuenta de que está llorando. Cardinal no ha llorado desde Jakku. No había tenido una razón.

Algunos momentos después pierde el sentido en su cama. Y es un alivio.

Cuando su alarma personal anuncia el siguiente turno, Cardinal no tiene idea de quién es, dónde está o qué ha sucedido. Todo es pegajoso y turbio. La cabeza le retumba. Se vuelve una lucha abrir los ojos, ponerse de pie, incluso ducharse. Cualquiera otro día en el *Absolution* se hubiera despertado con un propósito, listo para enfrentar el día y hacer que la Primera Orden se sintiera orgullosa. Hoy ni siquiera se rasura, sólo se pone el casco sobre la barba crecida. No tiene tiempo para pulir su armadura, sólo la levanta del piso y se la echa encima antes de que suene el claxon de los niños. Encuentra el cuchillo de Phasma junto a la botella medio vacía de bebida y lo envuelve en una pieza de tela. Lo mete en una de las cajas de municiones de su cinturón, junto con el escarabajo. Se ahoga con una risa triste. Resulta que la evidencia sólo funciona cuando te permiten presentarla.

En el desayuno, siente como si sólo viera cómo se desenvuelve la vida de alguien más. Los niños lo saludan, sonríen y muestran deferencia. Él recorre los ademanes, sintiéndose todo el tiempo hueco y enfermo por dentro. Toma su charola y el droide de la cafetería le ofrece un paquete adicional que nunca había recibido.

—Para la resaca —dice, con una voz sin entonación.

Cardinal le regresa la mirada a Iris, que se balancea como si se encogiera de hombros. Él se pregunta qué se sentiría desmontar un droide a mano limpia. Pero, en lugar de descubrirlo, simplemente toma el paquete sin agradecerlo. Está por quitarse el casco para comer con los niños cuando se da cuenta de que lo más probable es que su cara sea un desastre completo. En cambio, lleva su comida a su cuarto y la encuentra más insípida de lo normal. El paquete para la resaca es un polvo que tiñe su agua de color naranja y la hace ligeramente burbujeante. Una vez que bebe el líquido, el golpeteo sordo en su cráneo se reduce un poco, pero el vacío alrededor de su pecho no cede. Hay un dolor, en lo profundo, que no se alejará.

Llega al salón de entrenamiento antes que los niños y pasa la vista por lo que siempre ha considerado su dominio. Inmaculadamente limpio, perfectamente mantenido, todo donde debe estar para maximizar su entrenamiento. Se para en el alto balcón con vistas a las arenas de pelea por un lado y a la ventana que da al cavernoso cuarto de simulación en

el otro. Cinco técnicos están sentados ante los bancos de las computadoras, esperando que él les diga cuál simulación ejecutar. Se le ocurre entonces que las simulaciones no son reales y se pregunta cómo es la experiencia de los nuevos reclutas cuando realizan sus primeros recorridos por los planetas bajo la mirada vigilante de Pasma. Qué representa pasar de las simulaciones bien ejecutadas y el entrenamiento paciente de Cardinal a sostener un arma real y tomar vidas humanas bajo las órdenes de Pasma. Muchos de sus compañeros soldados parecían disfrutar ese trabajo, pero a Cardinal siempre le pareció desagradable, aunque necesario. Pasma probablemente lo disfruta.

Mientras mira cómo llegan los niños pequeños en sus igualmente pequeñas armaduras y se golpean entre sí con bastones antidisturbios, se da cuenta de que va a descubrir, y pronto, cómo se siente pelear cuando hay algo importante en juego.



CUARENTA EN EL *ABSOLUTION*

A MEDIDA QUE TRANSCURRE EL DÍA Y CARDINAL RECORRE SU vida como un fantasma, seguido por una droide que ahora le parece menos una cómplice y más como una niñera, siente una presión creciente en el pecho. Lleva de regreso su charola a su cuarto en la cena, pero no tiene apetito. Hasta tragar el agua le cuesta trabajo, como si tuviera un nudo en la garganta. Disgustado, la lanza al cubo de la basura y se dirige a la regadera.

La ducha de la noche anterior fue un ataque rápido, descuidado y furioso sobre su carne. Esta noche recorre sus abluciones delineadas por la Primera Orden con un nuevo sentido de calma, sintiendo orgullo y comodidad en cada pequeño paso. Se lava como le enseñaron en la academia de Brendol, izquierda-abajo-arriba-derecha. Usa la cantidad precisa de limpiador. Se seca de la manera en que se minimiza el tiempo. Se rasura con absurda precisión, satisfecho con la manera en que la navaja raspa su piel. Esta vez no se corta. Cuando se rapa la cabeza, siente como si se hubiera revelado una nueva criatura.

—Me llamo Cardinal —dice al espejo—. Alguna vez CD-0922. Antes de eso, Archex. Pero ahora me llamo Cardinal. Soy un capitán condecorado de la Primera Orden y soy un soldado leal.

Mientras se pone un *bodysuit* limpio, no puede sino observar los músculos que ha desarrollado a través de los años de combate mano a mano, carrera y calistenia. Es un hombre en lo mejor de su vida, en la mejor de las formas. Puede correr más rápido que cualquiera que lo desafíe, hacer lagartijas hasta que todos los demás se queden sin aliento. Sólo porque no ha necesitado o accedido a su poder en varios años no significa que esté indefenso.

Antes de ponerse su armadura, la revisa pieza por pieza y le saca brillo hasta que no hay raspones ni asperezas. Selecciona una capa de capitán recién planchada de la fila en su clóset y la arregla de manera impecable sobre sus hombros. Una vez que está completamente vestido, revisa las cajas de municiones en su cinturón, luego cada una de sus armas, asegurando que su bláster está preparado, dispuesto y listo para matar. El cuchillo de Phasma todavía permanece sobre su mesa; recuerda que lo inspeccionó la

noche anterior, sosteniéndolo a la luz como para descubrir algún secreto oculto en la hoja manchada de sangre. Ahora regresa el cuchillo a la caja con el escarabajo en su cinturón de herramientas, descubierto y con la hoja abajo.

Mientras se para ante su espejo, ve a un soldado al que cualquiera se sentiría orgulloso de mandar. Un líder, y un guerrero, impecablemente entrenado y apto para responder en fracciones de segundo ante cualquier situación. Brendol Hux alguna vez le dijo que juntos estaban entrenando a una nueva generación de stormtroopers que sobrepasarían a los troopers defectuosos del Imperio. Cardinal le creyó entonces, y aún lo cree. Cardinal sabe, en el fondo de su corazón, que él es imbatible.

El único problema es que ahora sospecha que la Capitán Phasma es muy parecida.

Mientras se pone su casco, se da cuenta de que se está volviendo su hogar. Sí, claro, el *Absolution* es su hogar y este austero cuartel es su hogar, pero Cardinal se siente más como él mismo cuando ha pulido su traje hasta hacerlo brillar y ve el mundo a través de los lentes polarizados de su casco. Se pregunta si sería extraño sentirse más él mismo en un uniforme. ¿En un disfraz? Hasta ayer no había nada extraño en absoluto, nada que cuestionar. Ahora, mirando su imagen completamente vestida ante el espejo, comprende que su humanidad ha sido borrada. El uniforme violentamente rojo es sólo la expresión externa de lo que le han hecho a un pequeño niño que encontraron medio muerto de hambre, solo, en un planeta apartado. Han hecho de él lo que es; ellos: la Primera Orden, Brendol y hasta Armitage. Él no es el hombre que siempre consideró que se había hecho a sí mismo. Es sólo otro producto, otro engrane perfecto, elaborado y metido en una larga cadena de engranes para hacer su parte en una maquinaria más grande.

Él estaba feliz como un engrane. Pero ahora que sabe que toda la maquinaria es un fraude, que Phasma y Armitage son asesinos egoístas que se preocupan más por su propio progreso que por la Primera Orden, ¿qué caso tiene? Esos niños a los que él está entrenando se graduarán bajo los cuidados de Phasma y serán moldeados, a su vez, para convertirse en cualquier tipo de monstruo que se necesite desde lo alto. Es asqueroso. Es horrible.

Y, como Cardinal lo ve justo ahora, todo es culpa de Phasma.

Los ojos de Cardinal estaban fijos en la oscuridad reflejante de los lentes de su casco. ¿De qué color son sus propios ojos? ¿Siquiera lo recuerda? Antes de darse cuenta de lo que está haciendo, sus puños salen disparados y despedazan el cristal. Esta vez, Iris no lanza un pitido de alarma. La droide parece poco sorprendida.

Da vuelta sobre sus talones, sale de prisa por la puerta e Iris lo sigue. Es sólo una corta caminata a su destino: la sala de entrenamiento.

A Phasma la conocen por su atención personal a cada parte del régimen de entrenamiento de los stormtroopers que supervisa. Cada vez que deja el *Finalizer* para visitar el *Absolution* disecciona por completo cada componente del curso de Cardinal, tomando nota del desempeño de los estudiantes y las simulaciones de batalla que han ejecutado. Antes él veía esto como una manera inteligente de realizar la transición en el entrenamiento de los niños cuando pasan de sus barracas a las de ella debido a su edad.

Pero ahora lo reconoce por lo que es: una vigilancia arrogante y entrometida. Es sólo otra razón para odiarla, aunque por lo menos significa que sabe dónde encontrarla hoy.

La puerta se desliza para abrirse ante él, así que por lo menos el General Hux no ha tomado acciones decisivas basadas en su pequeña discusión anterior y no le ha bloqueado el acceso a su propia sala de entrenamiento. Después de ser excluido de la reunión, Cardinal había esperado que lo echaran de su cuartel y lo lanzaran al calabozo. Si Cardinal conoce a Armitage, y él ha conocido a la comadreja desde que era un niño molesto y vengativo, sabe que no le permitirán seguir en su labor actual por mucho tiempo. De manera muy parecida a como Cardinal demerita a reclutas que cuentan chismes sobre otros, Armitage de seguro mantendrá una cuenta creciente de marcas en contra de él, y esta marca es como una quemadura que no puede borrarse con una buena pulida.

No es que sea tan importante. Cardinal ve lo que quiere. Al mirar abajo desde el balcón de la sala de simulación, observa a Phasma. Está abajo, con su uniforme completo, con el casco y la capa puestos, un bastón antidisturbios en la mano, recorriendo una simulación que Cardinal programó personalmente como la prueba de graduación para sus reclutas mayores. Ella lo está destruyendo, por supuesto, aplastando las calificaciones de sus mejores estudiantes. Toma el control remoto como a menudo lo hace cuando interrumpe una simulación a media batalla para ofrecer instrucción o amonestaciones a sus estudiantes, baja las escaleras y abre la puerta de la sala de simulación. Phasma no lo observa al principio, porque está en modo de inmersión total, con todos sus sentidos enfocados en pelear con un *twi'lek* ágil armado con equipo de la Resistencia, de modo que él pone pausa, congelando la escena a media batalla.

—¿Cómo encuentras mi programa, Capitán Phasma? —pregunta él. Aun a través del vocoder del casco, suena burlón, y no le importa si ella lo percibe.

Ella se desdobla de su postura de batalla, deja caer su bastón de choque y voltea la cabeza lentamente, como si representara una amenaza nula y estuviera sorprendida de que él pudiera hablar.

—Tú sabes cómo lo siento, Capitán Cardinal. Los números son superlativos, pero tus inteligentes simulaciones y los regímenes automatizados de Armitage no están a la altura de la experiencia real. No importa lo bonitas que sean, estas simulaciones insustanciales no pueden compararse con un enemigo de carne y hueso. —Su mano acaricia la cara del *twi'lek*, luego la abofetea. El droide debajo de la piel holográfica del *twi'lek* se tambalea por el golpe—. No puedes tener una reacción real en una batalla falsa. Nunca conoces el valor verdadero de un soldado hasta que se para en el campo de batalla, enfrentado a la muerte.

Cardinal hace clic en el control remoto y el holograma desaparece. Arena, bestias, droides, civiles, obstáculos y combatientes enemigos desaparecen para revelar un salón grande lleno de droides de hologramas de combate en modo de espera. Las paredes están llenas de armas iluminadas fríamente desde arriba. Son sólo ellos, ahora. El Capitán

Cardinal, la Capitán Phasma y su único testigo: una droide flotante que graba en silencio cada palabra.

—Entonces tú... ¿qué? ¿Enviarías a los niños a batallas reales? ¿Les darías puntos por asesinar civiles y posiblemente asesinarse entre sí? Mi trabajo es hacerlos soldados. Tú eres la que se asegura de que sean asesinos.

Phasma se acerca más, y Cardinal odia que sea más alta que él, forzándolo a elevar la vista.

—Correcto, capitán. Me aseguro de que sean asesinos, porque eso es lo que exige la Primera Orden. Valor, tenacidad y la capacidad de jalar el gatillo cuando necesita jalarsé. Así es como se gana la supremacía. Tú nunca has visto un combate real por ti mismo, ¿verdad?

Cardinal se encoge de hombros y saca de manera casual su bláster rojo. *Piu, piu, piu*, y ha dado en el centro de tres tiros al blanco en el extremo del salón.

—Por supuesto que sí. Además, siempre recibí las mejores notas. Considero mi deber hacer lo que la Primera Orden desea. Hago lo que ordena y pongo en juego lo mejor de mis habilidades, como Brendol Hux me entrenó para hacerlo. Aun el Líder Supremo Snoke elogia mis resultados y mis habilidades. Si consideras que mi falta de experiencia reciente es un problema, supongo que puedes verlo con él. O con Armitage Hux. Al parecer, él aprecia a un soldado con experiencia de primera mano en asesinato.

La fría manera en que Phasma levanta su cabeza hace que Cardinal recuerde algún depredador salvaje. Él ha llamado su atención ahora, por completo, y está seguro de que este es un conflicto al que pocas personas han sobrevivido. En el cromo del casco de ella, todo lo que él ve reflejado es un campo de rojo brillante.

—Parece que estás insinuando algo más bien peligroso, Capitán Cardinal.

Cardinal vuelve a regresar su bláster a su funda.

—Un soldado leal nunca desafía a sus superiores. Pero, como ambos somos capitanes, supongo que tengo algunas preguntas acerca de tu compromiso con apoyar los ideales de la Primera Orden.

—Estás desperdiciando mi tiempo con estos juegos de niños, Cardinal. Si tienes algo que decir, dilo.

El momento se alarga. Es imposible verse a los ojos cuando ambas partes llevan cascos encima, pero Cardinal siente que quien parpadee primero perderá. Al final, no está seguro de qué decir. Su entrenamiento evita que acuse directamente a un compañero oficial de asesinato, aunque esté 99.9% seguro de que ella es culpable.

—Eso es lo que pensaba —dice Phasma, con voz entrecortada y chorreando disgusto—. Cobarde.

Todas las ideas desdichadas del día anterior se funden en una sola rabia. Cardinal se apodera del bastón antidisturbio que ha caído y que cobra vida con un destello en el momento en que sus guantes magnetizados lo activan. Con un grito de rabia, lanza un golpe hacia Phasma, desesperado por sentir que el arma choca con carne real, la carne de su enemigo.

Pero Phasma es demasiado rápida para él, se pone lejos de su alcance y se precipita hacia el rack de bastones en la pared. Ella se quita la capa con una mano, coloca el bastón en su posición y se precipita hacia él, lanzando un grito de guerra propio. El grito ululante hace eco en las altas paredes y el entrenamiento de Cardinal se apodera de él. Corre para encontrarse con ella.



CUARENTA Y UNO EN EL *ABSOLUTION*

DESDE EL PRIMER ASALTO QUEDA CLARO QUE LAS APUESTAS de esta pelea son diferentes. Sus bastones chocan con dureza y el impacto sacude los brazos de Cardinal, provocando dolor en sus huesos. Él entrena regularmente con SC-4044 y sus otros instructores subordinados, pero siempre es una experiencia amigable, relajada. No esta... esta locura. Phasma lo golpea sin misericordia, gruñendo y rugiendo con cada impacto. Mientras él la desvía, su cuerpo reacciona medio segundo antes que su mente; él parece separado en dos mitades. Una está actuando en piloto automático, con sus músculos y nervios perfectamente sincronizados, como si fuera un droide ejecutando un programa. El otro es uno puramente emocional, que está lleno de furia, miedo y fuego. Sus labios se tuercen mientras combina esas dos partes de sí mismo, poniendo el poder de la furia en cada uno de sus golpes.

—Eres débil, Cardinal. Golpeas como si estuvieras siguiendo instrucciones que alguien más escribió —dice Phasma, con un gruñido como voz y un acento mucho menos recortado.

—Eres una asesina. —Él va por un golpe directo hacia arriba, pero ella lo aparta con su bastón, haciendo que tropiece y se recupere.

—Si no peleas como si fuera una pelea a muerte, ¿en realidad estás peleando?

Ella aterriza un golpe en su armadura y la electricidad lo recorre, pero no puede penetrar su traje.

—Deberían escribir ASESINA debajo de tu cartel, no EJEMPLAR. ¡Esos niños te admiran, Phasma!

—¡Como deben hacerlo!

Cada intento de detener un golpe es hecho a un lado. Ella es más grande y más rápida. Cada golpe hace eco en los nervios de él. Cardinal mira a Iris, pero ella es incapaz de ayudarlo. Nunca la programó para defender su vida, y de todos modos ella no puede dañar a un soldado de la Primera Orden. Sólo puede mirar.

—Lo único que te preocupa eres tú misma. Tu lealtad no significa nada. ¡Brendol debió dejarte donde te encontró! —grita él.

Sus bastones chocan y se sostienen. Cardinal empuja con todas sus fuerzas, mostrando los dientes mientras gotas de sudor resbalan por su frente debajo de su casco.

—Tu lealtad es asquerosa —escupe Phasma—. Eras como un perro orinándose a sí mismo a los pies de Brendol. ¿Crees que se preocupaba por ti, además de usarte? ¿Crees que te respetaba? ¿Crees que Brendol Hux merecía tu lealtad, tu adoración? Si crees que soy una asesina, entonces debiste llegar a conocer al verdadero Brendol. Quién era fuera de esta nave.

El metal rechina mientras Cardinal lucha por apartar el bastón de ella. Necesita poner todo de su parte para no caer hacia atrás, pero no piensa dejar que Phasma vea alguna debilidad.

—Oh, lo he escuchado. Lo he escuchado todo. Sé que mataste a Brendol, y sé que mataste a tu propio hermano, y sé que dejaste que murieran todas las personas a las que alguna vez fingiste amar. Siempre y cuando tú sobrevivas, ¿qué te importa lo demás?

Phasma da un paso atrás, haciendo que Cardinal tropiece hacia delante. El bastón de ella se eleva y se estrella contra el casco de él, haciendo que las lecturas zumben y fallen y que sus oídos campaneen. Mientras él sigue confundido, ella engancha su tobillo y él cae de espaldas. Pero ha sido entrenado para esto, también; se rueda con el impulso sobre su hombro y vuelve a ponerse de pie, con el bastón preparado.

Ella agita un dedo y hace un chasquido de desaprobación con la lengua.

—Conozco todos tus movimientos, Cardinal. He estudiado tus programas, ejecutado tus simulaciones. Nada de lo que hagás me sorprenderá.

La única respuesta, al parecer, es dar un paso hacia atrás y lanzar el bastón a la cabeza de ella. Mientras se agacha, Cardinal se lanza sobre la Capitán Phasma para tirarla al piso.

Este no es un movimiento sancionado por la Primera Orden. A los stormtroopers de la Primera Orden se les enseña que nunca deben soltar sus armas. Dejar caer un arma da la ventaja al enemigo, además de otra arma. Hacer a un lado su entrenamiento funciona, porque Phasma cae como un saco de arena y su armadura cromada produce ruidos metálicos contra el piso. Mientras ella cae, Cardinal aplica su peso y estira la mano hacia su cuchillo, lo saca de la caja de municiones y apunta al *bodysuit* que sobresale de la armadura por el cuello de ella. Se trata de una jugada sucia, pero es el hueco más grande en su armadura, y él sabe que sólo tendrá una oportunidad.

Antes de hundirse en la carne, el cuchillo se detiene. Presiona con más fuerza, pero sólo raspa contra el metal liso del antebrazo de Phasma. Ella desliza como serpiente su otro brazo alrededor del cuello de él, acercándolo y atrapándolo. Incapaz de moverse, Cardinal se asombra al descubrir que esto es lo más cerca que ha estado de otro ser humano adulto. Nunca ha abrazado a una mujer, nunca se ha puesto su uniforme formal para mezclarse en uno de los bares de la nave ni ha pedido permiso para dejar el *Absolution* y visitar los callejones oscuros de un mundo apartado. Aunque la piel de ellos

está oculta debajo de capas de armadura y gruesos guantes corporales, aunque ambos tienen los cascos puestos, hay una extraña intimidad aquí que Cardinal no puede procesar.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta él—. ¿Matarme? —Sus ojos destellan hacia Iris.

Phasma se ríe, produciendo un sonido oscuro.

—Me he esforzado y he perdido demasiado para llegar adonde estoy como para arriesgarlo todo matándote —dice ella—. Pero si tú te desangras después de este terrible accidente de entrenamiento, dudo que el General Hux investigue detalladamente el incidente. Tuvimos una pequeña charla sobre ti en la asamblea. Tú y tu reciente... ¿cómo lo llamó Armitage? Rompimiento con la realidad. Se planteó que tal vez sea necesario modificar la repetición de nuestro programa para evitar que cualquier otro recluta llegue a tu mismo y triste final. Se analizó implementar mis métodos muy superiores y el desplazamiento paulatino de tu pequeño salón de juegos aquí. Una vez que hayas desaparecido.

—No —dice él—. Eso sería el fin de la Primera Orden.

—Error. Sería sólo el principio.

Phasma ejecuta una maniobra de escape que lanza a Cardinal de espaldas al suelo. Ella queda arriba, en la posición de poder ahora, pero la pelea ha perdido sentido para él. ¿Qué bien haría? Si mata a Phasma ahora, si es capaz de hacerlo, lo que resulta dudoso, también se habrá terminado su vida. Si Armitage está contra él, toda la Primera Orden lo está. No sabe cómo eliminan a los indeseables, pero sí sabe que lo hacen. Con los años ha visto desaparecer niños, o por lo menos ha descubierto su ausencia en la sala de entrenamiento, sus números de serie borrados de los registros y los tableros de calificaciones como si nunca hubieran existido. Siempre eran los lentos, los torpes, los que se resistían a su programación, cuestionaban las simulaciones o rechazaban las órdenes que les daban. Casi como si los hubieran conectado de manera incorrecta. Siempre supo que debía suceder, pero nunca se había preguntado por qué o cómo. Tal vez esa sea parte del entrenamiento: no extrañar a lo que desaparece, a lo que se ha llevado lejos. No hacer nunca preguntas. Ahora que él está haciendo preguntas, por supuesto que no puede durar aquí.

Su cabeza cae hacia atrás y su casco golpea el suelo.

—Ellos me hicieron. Soy lo que se supone que debo ser —murmura, para sí mismo o para su enemigo.

—Ah, Cardinal. Ese es tu problema. Siempre estuviste destinado a ser sólo la herramienta, no la mano que la empuña. Tú eres lo que Brendol pensó que quería, una criatura aburrida a la que él moldeó para hacer su voluntad. ¿En cambio yo? Soy lo que él no sabía que necesitaba. Soy tu evolución. Y eso significa que eres un lastre. Estás extinto.

Dicho esto, sintió un dolor caliente y agudo a un lado del pecho, justo debajo de su hombrera. No tiene que mirar abajo para saber que es el cuchillo de ella. Ahora lo sostiene en medio de ambos, observando la gota de sangre en el borde dentado.

—No había visto este cuchillo en muchísimo tiempo. ¿Dónde lo encontraste?

Cardinal tose y traga saliva.

—Parnassos.

—Entonces parece que tendré que hacer otra visita y ver quién sobrevivió. No podemos tener testigos por allí cargando evidencias, ¿o sí?

Las manos y los pies de él empiezan a ponerse fríos. A pesar de todos sus años de entrenamiento y batalla, nunca ha recibido realmente una herida parecida a esta. En su cabeza escucha una voz gentil que entona: «Usa un cinturón o una cuerda para hacer un torniquete entre la herida de puñal y el corazón. Si se ha perforado una arteria, necesitarás atención inmediata de un droide médico autorizado de la Primera Orden. Trata de mantener la herida por encima de tu corazón y tu cabeza levantada. Si te relajas, tienes mejores oportunidades de sobrevivir. Si sospechas que no sobrevivirás a la herida, trata de matar al combatiente enemigo y alerta a tu sargento para que tu falla sirva a futuras planeaciones».

Cardinal no puede hacer ninguna de esas cosas. Y está muy seguro de que ella le dio a un pulmón, tal vez peor. Todo está sucediendo demasiado rápido.

—Grabadoras por todos lados —dice él—. Siempre están mirando.

Él se agita mientras el cuchillo se hunde en el otro lado, aún más profundo.

—Con los años me he vuelto muy buena en apagar cámaras y borrar transmisiones extrañas. Alguien tiene que hacer que la basura desaparezca por aquí.

El peso deja su pecho. Phasma se para sobre él, saca su bláster y dispara. Iris cae al suelo, chisporroteando. El droide gira un poco y lanza un triste pitido mientras su luz roja deja de destellar.

—Buen intento, Cardinal. Pero nunca tuviste una oportunidad. Hay una razón por la que me pusieron a mí en los carteles y no a ti. Oh, y mira. Me trajiste a un viejo amigo.

El casco de él gira a un lado justo a tiempo para ver que ella coloca el pie sobre la caja de muestras que ha salido de su caja de municiones abierta. El escarabajo queda aplastado entre el plastoide, con los fragmentos dorados de su caparazón brillando en el negro pegajoso de sus tripas.

Él tiene una última movida. Estira la mano hacia su bláster.



CUARENTA Y DOS EN EL *ABSOLUTION*

PERO NO ES LO BASTANTE RÁPIDO. ELLA VE SU MOVIMIENTO y le da una patada en la mano, con fuerza suficiente para romper sus huesos. Él no alcanza siquiera a tocar el bláster. Todo lo que Cardinal puede hacer es quedarse tendido allí, sufriendo.

A pesar de todo el tiempo que ha pasado en la sala de simulación, creando, ejecutando, practicando e instruyendo, nunca la había visto desde este ángulo, en el suelo. Estira la mano para sacar el cuchillo de su pecho y es recompensando con una fresca gota de sangre. Sólo Phasma podía meter una hoja entre las placas de la armadura y hundirla en la carne con esa exactitud fatal. Él apenas puede respirar: ella definitivamente le dio a un pulmón. No es que importe si le dio o no. Él sabe muy bien que el cuchillo está envenenado. Por eso trató de clavárselo, en primer lugar.

Mientras su sangre escurre, también lo hace su furia. A pesar de sus palabras de lealtad, integridad, obediencia, fidelidad, ahora sabe que cuando se llega a esto, las palabras no significan nada ante la cara del poder. Fue su primera pelea real y Phasma tenía razón. Él perdió. Todas las simulaciones y las peleas de entrenamiento en la galaxia no podían compararse con toda una vida dedicada a pelear para sobrevivir.

En ese último momento, con el cuchillo destellando en su mano, ¿él se acobardó? ¿Se suavizó? ¿Le faltó instinto para un asesinato así de personal? ¿O es que ella es demasiado buena para medir al oponente y controlar la pelea? Él aún no sabe muy bien qué sucedió, si él falló o ella lo desvió. Todo lo que sabe es que su cuchillo no encontró carne. Y el de ella sí.

Un ruido le recuerda que no está solo. Phasma está mirándolo hacia abajo. Él ve un campo rojo reflejado en el casco de ella, con una mezcla de armadura y sangre.

—¿Todavía estás allí, CD-0922? —pregunta ella—. ¿Todavía tratando de comprender cómo perdiste?

—Hipócrita —murmura él, aunque debe esforzarse.

—No soy hipócrita sólo porque no creo en lo mismo que tú.

—Mentirosa.

—Sí, ¿y quién no lo es? Armitage no recompensa la honestidad. Recompensa los resultados.

Él tose y la humedad se esparce dentro de su casco.

—Monstruo.

En lugar de responder esta acusación, Phasma hace lo impensable: se quita el casco.

Nadie en la Primera Orden ha visto nunca a Phasma sin casco, hasta donde lo sabe Cardinal: no estaba mintiendo cuando se lo dijo a Vi. Cuando todavía pasaba tiempo entre los hombres de su edad, era un tema que se debatía acaloradamente: si la guerrera alta y brillante de los carteles era realmente horrible debajo de su máscara, o aterradoramente hermosa. Ahora Cardinal lo sabe, y él en realidad se encuentra muy sorprendido. Ve esos ojos azules de los que Siv le contó a Vi, y una corona de suave pelo dorado, como un halo sobre la piel blanca y pálida. Una belleza mortal, y él es el único que lo sabe. Puede imaginar las tiras de color verde oscuro debajo de sus ojos, sus dientes mostrados para atacar.

Ella lo patea y, cuando él no puede hacer más que gemir, ella se hinca y le quita el casco. Luego coloca ambos cascos lado a lado, como un auditorio, uno de plata brillante y el otro rojo.

—Todos son monstruos —dice ella, y su voz es tan diferente sin el vocoder.

—Yo no... lo soy...

—Vamos, Cardinal. De seguro has hecho alguna rebeldía en tu pasado. Algo de lo que te arrepientas. Además de atacar a una oficial esta noche, por supuesto.

—Hice lo que debía hacer —farfulla—, para atraparte.

—Yo hice lo que debía hacer para que llegaras a mí también. No me arrepiento. Esa es la diferencia entre nosotros. Yo sé quién soy y lo acepto. Estoy orgullosa de ello. Peleo por todo lo que tengo, cada pedazo de lo que soy. Ahora que tú ves lo que eres, lo desprecias. Estás avergonzado. Y mira adónde te ha llevado.

Ella sacude su cabeza como si estuviera decepcionada de él y vuelve a ponerse su casco. Él mira a un lado y, a través de una neblina roja, ve que ella vuelve a ponerse su capa de capitán y desliza el cuchillo en su propia caja de municiones. Mientras se aleja, él siente una repentina desesperación.

—¿Simplemente vas a dejarme aquí? ¿Ni siquiera vas a terminar conmigo? —se mofa, con la voz en un susurro.

—Ya acabé contigo —dice ella—. Sólo que aún no te has dado cuenta.

La puerta se cierra detrás de ella.

El mundo de Cardinal se oscurece.



CUARENTA Y TRES EN EL *ABSOLUTION*

—OH, FRENO DE EMERGENCIA. SABÍA QUE TU COLOR ERA EL ROJO, pero no tan rojo.

De alguna manera, Cardinal logra abrir los ojos y ve la visión más extraña: un stormtrooper doblado sobre él y hablando con la voz de Vi Moradi.

¿Cómo lo logró? No quiere saberlo. Odiaría pensar que el *Absolution* tiene debilidades estratégicas que pueden ser infiltradas con facilidad por una espía medio muerta. Pero tal vez ella no está tan dañada como le hizo creer. Tal vez a él ya no le importa mucho el *Absolution*.

—El cuchillo de Phasma —dice él—. Veneno.

El casco de Vi se sacude.

—Odio decir que te lo dije, pero...

Él lanza una triste sonrisa y siente cómo la sangre caliente cae como rocío sobre su barbilla.

—Dímelo.

Quiere decirle que lo deje solo para que pueda morir en paz. Su cuerpo, por lo menos, ha empezado a entumecerse. Hay peores lugares para morir que su propia sala de entrenamiento, pero no quiere que lo último que vea sea una espía de la Resistencia, sobre todo no una que se regodea mientras viste la armadura que una vez llevó él mismo.

—Vete —murmura él, apartando su cabeza—. Teníamos un trato.

En lugar de irse, ella vuelve a ponerle su casco y lo hace rodar sobre lo que él advierte que es una camilla flotadora. Siempre tienen algunas en la sala de entrenamiento en caso de emergencia médica. Pronto él está flotando, en mente y cuerpo, mientras Vi lo empuja... a algún lado.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta él.

—Salvándote —responde ella bruscamente—. Ahora dime cómo llegar al hangar o cállate.

Aun medio muerto, él conoce su nave, y es capaz de darle unas cuantas instrucciones. Las heridas no duelen tanto ahora, pero él puede sentir que la fiebre aumenta, y escuchar su sangre golpeando en sus oídos.

—Desperdicio de tiempo —murmura él—. Fiebre de Parnassos. No pueden amputar mis pulmones.

—No, pero puedo ponerte en un coma inducido médicamente y llevarte a una bahía médica muy moderna.

Él quiere reír, pero apenas respira. Es como si estuviera ahogándose en su propia sangre.

—¿Por qué? —es todo lo que logra decir.

Ella asiente tersamente mientras pasan junto a troopers marchando, luego se inclina para acercarse.

—Porque soy una criatura con esperanzas infinitas, y aún creo que puedes convertirme.

—Hay pocas probabilidades.

—Estoy dispuesta a confiar en ellas. La cuestión es esta: pienso que en realidad eres un buen hombre debajo de esa malvada armadura roja.

Él flota de la conciencia a la inconciencia. La próxima vez que levanta la vista, ambos están en la bahía del hangar principal. Luego ella está maniobrando para meterlo en una nave, no la de ella, alguna otra. Alguna ligeramente más grande, pero aún rápida. Luego están en el aire y ella está gritando en su intercomunicador. Y luego, como una bendición, ve la calma oscura del espacio y queda atónito al darse cuenta de que ella en realidad se ha salido con la suya.

—¿A dónde vamos? —pregunta.

El hiperespacio se arremolina sobre su cabeza y él lucha por permanecer despierto, esperando una respuesta. Vi se para a su lado y se quita su casco de stormtrooper, lanzándole esa sonrisa torcida que él conoce demasiado bien. Hay círculos oscuros debajo de los ojos de ella. La silla de tortura dejó una marca de quemadura a través de su frente. Qué par de seres son, enemigos mortales, cada uno de ellos medio muerto, tropezando en el espacio.

—Hice una promesa —le recuerda Vi—. Le dije a Siv que regresaría por ella, y sabes que sostengo mis promesas. Resulta que ella y Torbi viven en una estación con una maravillosa bahía médica, así que no creo que te importe. Ahora voy a sacarte de circulación para reducir el avance de la infección. Tú vas a hacerme un favor y vas a quedarte inconsciente para que no te mueras.

Antes de que pueda protestar, siente la punzada de la aguja en su hombro. Su cuerpo se relaja. A partir de aquí, todo queda fuera de sus manos. Tal vez vivirá o tal vez morirá. Tal vez, un día, pueda encontrar una manera de derribar a Phasma para bien. Pero, por ahora, todo lo que puede hacer es sucumbir a la anestesia.

El mundo empieza a oscurecerse. Lo último que escucha es que Vi suspira y murmura.

—Desearía tener algo para tejer.



CUARENTA Y CUATRO EN PARNASSOS, NUEVE AÑOS ANTES

EL TIE FIGHTER NEGRO ATERRIZÓ SOBRE LA SUAVE ARENA GRIS. Había pasado casi un año desde que Phasma vio por última vez el planeta que fue su hogar, y Parnassos no había cambiado mucho. Parecía tan inhóspito y arruinado como ella lo recordaba.

No vio de inmediato la cosa por la que vino, pero una vez más ella no esperaba que sólo estuviera esperándola allí, en la superficie. Por fortuna, había traído máquinas para encontrarla. Una rápida exploración reveló la forma oculta, y pronto estaba apartando la arena con sus manos. A pesar de toda su cuidadosa planeación, ella no había pensado suficiente en esta parte y no llevó una pala o siquiera un droide para hacer el trabajo sucio. Aunque sabía cómo funcionaban las cosas en Parnassos, cómo los elementos conspiraban para barrer con todo lo que era importante o bueno, había olvidado que un año en el desierto habría dejado cualquier cosa enterrada en la arena. Debía de haber docenas de cuerpos aquí, los huesos a unos cuantos metros o aun menos debajo de sus botas blancas. Pero no era por eso por lo que había venido. Los muertos no eran su preocupación.

Pronto sus guantes rasparon algo duro y ella empezó a descubrir la forma de su recompensa. Cuando el primer rayo de sol se reflejó en el metal, tuvo que apartar la vista. Un año debajo de la arena no había hecho nada por atenuar el brillo espectacular que había tocado por primera vez un año antes, después de arrastrar a Brendol Hux a través del desierto interminable, luchando para dar cada paso. Le tomó horas descubrir el botín oculto y tuvo que ser cuidadosa con los escarabajos, que brotaban de la arena cada tanto, hambrientos y atraídos por cualquier tipo de movimiento que pudiera indicar líquido. Ella aplastó a cada uno de los que vio, porque conocía demasiado bien su poder. Sin embargo, uno de ellos llamó su atención, sin una razón particular. Ella recordó haber visto cómo la enfermedad se había apoderado de Carr, cómo se desvaneció en sí mismo hasta que quedó totalmente transparente, más allá de toda ayuda.

Mientras el escarabajo se arrastraba sobre su guante, cazando con sus patas y su larga trompa la más pequeña grieta por invadir, y con su caparazón dorado brillando como fuego bajo el sol, ella sonrió debajo de su casco. Desprendió una caja de municiones de su cinturón, la abrió y la vació, tirando el cartucho de energía en la arena. El escarabajo entró allí y ella cerró la tapa con un clic, agitándola para estar segura de que era sólida. La pequeña bestia podría ser útil, algún día.

Regresando a su tarea real, siguió desenterrando la nave de Brendol, la que él llamaba yate del emperador de Naboo. Un nombre tonto para un juguete roto. No pudo sino recordar la primera vez que la vio: una estrella fugaz que se quemaba a través del cielo y se derrumbaba en tierras incógnitas, más allá de cualquier lugar al que alguien conocido hubiera viajado. Phasma había dejado un rastro de cuerpos detrás de ella para llegar allí. Y dejaría un rastro de cuerpos detrás en el camino de regreso, si eso era lo que se necesitaba para borrar todo signo de la niña que había nacido allí, en un planeta olvidado y destrozado de nombre Parnassos.

Le tomó horas dismantelar la nave. Aun con sus diversas herramientas, fue un trabajo exhaustivo, todo hecho bajo el sol abrasador en su armadura completa. Tuvo que tomar varios descansos para sentarse en su TIE, beber agua, estar atenta a los escarabajos, limpiarse el sudor de la frente. Era gracioso cómo, aun en Parnassos, no se sentía cómoda sin su casco. Después de unirse a los scyres, había adoptado su máscara feroz y la pintura de bálsamo como su nuevo rostro, como una mejor manera de enfrentar el mundo y aterrorizarlo, tal vez dándole una ligera ventaja en cualquier batalla. Su casco realizaba el mismo servicio. Ella se había puesto por primera vez la armadura del stormtrooper caído en medio de este mismo desierto y nunca había mirado atrás. Nadie en la Primera Orden conocía el aspecto de su verdadero rostro, excepto Brendol. Ella remediaría eso. Pronto.

Pero primero tenía que completar su tarea. Lo que estaba haciendo aquí tenía las características de un ritual. Se sentía correcto. Transformar restos valiosos en protección era, después de todo, el talento propio de los parnassianos.

No resultó fácil. Pero, una vez más, ¿qué lo había sido en su vida? Mientras arrastraba las placas de cromo a su nave, una por una, y las metía en ella, recordó que habían usado placas de metal como trineos y luego como escudos. Y pensar que todos esos años que ella había vivido en la Nautilus y luego en el Scyre, no había tenido idea de lo que existía fuera de su pequeño territorio. Se había sentido como una revelación que un grupo completo pudiera dormir en un parche de tierra, como los claws de Balder. Después de que encontró los registros y estudió la colonización de Parnassos, supo que, como Brendol le había dicho, hubo en realidad tierras ricas fuera de su alcance todo ese tiempo. Unas cuantas horas en una nave y la vida habría sido completamente diferente, sin violencia. Ella iba a ir de visita a uno de esos lugares llenos de abundancia, por cierto.

Sólo tomó la cantidad que necesitaba de las placas cromadas del yate, dejando el resto para el desierto, donde pronto quedaría enterrado. De regreso en su TIE, despegó y se precipitó al cielo azul y sobre el océano. De niña, esta inmensa y aburrida promesa de muerte fría y monstruos le había parecido tan profunda y oscura. Desde aquí arriba,

parecía amigable, azul y balsámica. Un poco después, la nave aterrizó en una amplia tira de tierra verde. Alguna vez plantada con cosechas para alimentar a los millones de trabajadores de la Corporación Minera Con Star, era ahora un alboroto de granos que florecían libremente. A una corta caminata de distancia estaba exactamente lo que necesitaba, lo que la Con Star había sido lo bastante bondadosa para construir casi doscientos años antes: una fábrica. No cualquier fábrica, sino una dedicada a elaborar equipo de minería a partir de los metales y los minerales locales. La Estación Cleo.

En el año que llevaba en la Primera Orden, Phasma había pasado la mayor cantidad posible de tiempo aprendiendo. Se había acostumbrado a dormir cuatro horas o menos en un ciclo diario, así que mientras el resto de los stormtroopers y oficiales estaban durmiendo, ella se ponía al día en tecnología, táctica, historia galáctica. Y hasta en un poco de hackeo. Ingresó el código correcto en el teclado del datapad y las puertas de la fábrica abandonada se deslizaron para abrirse como si las hubieran engrasado el día anterior. La Con Star no había sabido cómo transformar el paisaje de un planeta, pero sabía lo que estaban haciendo cuando vino a construir y programar sus fábricas para que duraran.

El interior del edificio estaba immaculado. Como si los mineros simplemente hubieran salido caminando y todo hubiera seguido funcionando sin ellos. Que era casi lo que había pasado. Después de que Phasma encontró un carrito y empujó las pesadas placas de metal por el pasillo liso, pasó junto a ventanales anchos y brillantes que daban a los pisos inferiores y a las salas de juntas de la fábrica. En una sala encontró cientos de droides desactivados, de pie, quietos y cubiertos de polvo. En otra encontró varias docenas de personas acurrucadas en el piso, como si simplemente se hubieran echado a dormir y permanecieran allí. Junto a cada una de ellas había un vaso aún recubierto en los bordes con veneno. Era divertido cómo la gente que nunca había tenido que luchar para seguir viva estaba tan deseosa y ansiosa de ceder su propia vida antes que enfrentar unos cuantos desafíos. Phasma había crecido comiendo erizos de mar crudos y bebiendo agua de conchas de caracol, mientras estas personas habían mirado a su alrededor campos que parecían un botín de granos y habían sido incapaces de manejar el hecho de que sus señores los hubieran abandonado.

Phasma estaba más feliz con la Primera Orden de lo que había estado con los scyres, pero nunca desearía beber veneno por ningún amo.

—Tontos —murmuró, mientras seguía arrastrando el carrito por el pasillo.

Había elegido esta fábrica en particular, entre docenas de otras de la Con Star, porque tenía maquinaria específica que era capaz de replicar un tipo de proceso muy particular. Como había descargado el mapa de las instalaciones en su datapad, sabía exactamente cuál sala albergaba el equipo que necesitaba. Ni siquiera tuvo que encender el generador; todo zumbaba a la perfección cuando encendió el sintetizador.

Placa por placa, alimentó las hojas de cromo en la cámara de fundición hasta que se acabaron. Luego, pieza por pieza, retiró su armadura de stormtrooper, la colocó en la cámara de digitalización, esperó hasta que se codificó apropiadamente y la reemplazó con

la pieza siguiente. Habían construido esta costosa maquinaria para no tener que enviar nuevas refacciones cada vez que algo se descompusiera; así podían simplemente elaborar una réplica exacta. Phasma estaba feliz de considerarla una pequeña pieza de compensación de la Con Star por haber hecho su vida anterior un infierno viviente.

El sintetizador chirriaba al ir de un lado a otro, a medida que cada pieza de la armadura tomaba forma en cromo glorioso. Tuvo que limar con todo cuidado las orillas afiladas, perforar agujeros y colocar tornillos aquí y allá, pero el trabajo de la impresora era impecable; superó su más exagerada imaginación. El casco fue la última pieza y también la que consumió la mayor parte del tiempo. Había seleccionado un diseño de casco prototípico que Brendol había rechazado pero que ella defendió; tuvo que retirar primero todos los intrincados dispositivos electrónicos del interior, sin dañarlos, y luego volver a instalarlos en el nuevo casco. Era un trabajo meticuloso cuando se trabajaba con plastoide y aún más desafiante cuando se trataba con lo resbaladizo del cromo. Suspiró pesadamente y sacó su datapad, estudiando los esquemas descargados que le ayudaron a hacer que todo se acomodara a su cuerpo a la perfección. Y pensar que apenas uno año antes nunca había sostenido un datapad que funcionara; en cambio, ahora podía construir uno de la nada, si proporcionaba los materiales correctos.

Phasma apagó el sintetizador y dejó su vieja armadura blanca en el suelo. Pieza por pieza, se puso la armadura cromada por primera vez. Cada placa brillante se amoldó adorablemente a su cuerpo. Su capa de capitán se asentó a la perfección sobre sus hombros, se arremolinó alrededor del metal con un chasquido satisfactorio que no tenía el viejo plastoide blanco. Junto con las placas cromadas de la nave, también llevó una nueva arma de mano de cromo y un rifle bláster cromado coincidente, ambos ordenados en secreto y ya sincronizados con sus guantes. El bláster se deslizó en su funda con un clic decisivo y Phasma sonrió.

De pie frente a una ventana de placa de vidrio, Phasma se mostró, por una vez, satisfecha. De la misma manera en que había construido este traje brillante, el primero de su tipo en la Primera Orden y aún más distintivo y dominante que ese traje rojo del tonto servil de Cardinal, ella también había construido una Phasma completamente nueva. Hablaba con fluidez el básico actualizado de la Primera Orden, su acento era tan recortado y pulido como el de Brendol Hux. Peleaba mejor que cualquier otro stormtrooper, incluido Cardinal, y recibía sus órdenes directamente del general y de nadie más, una posición que había alcanzado en menos de un año.

En parte, al deshacerse de todo el que se interpuso en su camino, por supuesto. Pero eso fue algo que aprendió en este mismo planeta. Matar o ser asesinado.

Así que ella mató. Y aun así logró ascender.

Phasma talló un área opaca en el casco de cromo hasta que le sacó brillo y lo cargó debajo de su brazo. Caminó por un largo corredor, pasó por la tumba de los tontos muertos y salió por la puerta, mientras sus botas producían el único sonido en todo el mundo. Su nave esperaba en un campo pacífico, el tipo de lugar sobre el que sus padres y luego los scyres le habían contado historias de niña. Un sueño perdido generaciones atrás,

de simplemente caminar sobre suelo sólido sin sentir que estaban a punto de morir de hambre. Colocó el casco de cromo sobre su cabeza y respiró a fondo a través del sistema de filtración, probando el aire de Parnassos por última vez y encontrándolo más dulce que nunca. Abordó su nave, despegó y salió disparada al cielo, de regreso al *Finalizer* y su nueva vida.

Juró entonces que nunca regresaría a este planeta, ni volvería a ser la niña que alguna vez había vivido aquí.

Sólo había un hombre vivo que había visto su cara, e iba camino a acabar con él. Se había vuelto la Capitán Phasma de la Primera Orden. Nada podría detenerla.

AGRADECIMIENTOS

Hace mucho tiempo, en una galaxia muy, muy lejana, o tal vez en 2015, compré un *cupcake* de vainilla en la tienda de abarrotes porque tenía un anillo de Darth Vader metido en el glaseado. Mientras sostenía el *cupcake*, pedí un deseo: quería escribir una novela de Star Wars. Unas semanas después de meter ese *cupcake* en mi boca y devorarlo de dos gigantescos y sucios bocados, me invitaron a escribir *The Perfect Weapon*. Un año más tarde, me ofrecieron el inmenso honor de escribir *Phasma*.

Llegar a escribir historias en el universo de Star Wars es un sueño hecho realidad y estoy muy agradecida por la oportunidad de formar parte de algo que ha sido tan importante a lo largo de mi vida. Me gustaría agradecer a todos los que trabajan en Del Rey Star Wars, incluidos Elizabeth Schaefer, Tom Hoeler, Jen Heddle, Shelly Shapiro, Michael Siglain, David Moench, Julie Leung, el Story Group y la gente de publicidad que nos cuida tanto como autores en las convenciones (y en todos los demás lugares). Gracias a mi agente, Kate McKean, por ayudarme a navegar aunque no esté muy segura de quién es Yoda. Gracias a mis mejores amigos, Kevin Hearne y Chuck Wendig, quienes pasaron sus invaluable conocimientos acerca de los cánones de la escritura, además del apoyo de Ty Franck, Daniel Abraham, Matt Stover, Christie Golden, Claudia Gray, Tim Zahn, Janine K. Spendlove, Beth Revis, E. K. Johnston, Kelly Thompson... diablos, a todos los asombrosos autores de Star Wars, con abrazos adicionales al #StarWarsGirlGang.

Estoy muy agradecida con todos los que leen mis libros y con quienes revisan, transmiten, retuitean, bloguean o se toman el tiempo de dispersar la palabra de otras maneras. Los fanáticos de *Star Wars* son los mejores. Gracias a la 501st por invitarnos a su asombrosa fiesta en la Star Wars Celebration Orlando... y por hacer tanto bien en el mundo. Además, una gran felicitación a todos los *cosplayers* de Bazine Netal y la Capitán Phasma. Dudo que alguna vez deje de lanzar grititos cuando veo sus asombrosos disfraces.

Gracias a mi esposo, Craig, por ser siempre mi mayor fanático y mi persona favorita, y por ser tan *nerd* sobre Star Wars como yo... pero, una vez más, debes sentirte muy mal por matarme con un *noghri*. Gracias a mis hijos, cuyos nombres se han colado secretamente en este libro, por ser increíbles. Gracias a mi mamá, Linda, por ayudarme a reñir con los padawans mientras yo estaba escribiendo. Y gracias a mi muy amada Princesa Kneesaa de felpa, quien ha estado conmigo desde la Navidad de 1983. Soy y siempre seré el #TeamMurderbear.

Que la Fuerza los acompañe a todos ustedes, ¡y gracias por leer!

Acerca de la autora

Delilah S. Dawson es la autora de las series *Blud y Hit*, de *Servants of the Storm*, y de la serie *Shadow*, escrita bajo el pseudónimo Lila Bowen, a partir de *Wake of Vultures*. Es la creadora de la historieta *Ladycastle* y escribe para la serie animada *Adventure Time*. Con Kevin Hearne, es coautora de la serie de próxima aparición *Tales of Pell*, a partir de *Kill the Farmboy*. Delilah imparte cursos de redacción en línea para LitReactor y vive en Florida con su familia.

whimsydark.com

Twitter: [@DelilahSDawson](https://twitter.com/DelilahSDawson)

Facebook.com/DelilahSDawson